

(El despelote)
MACEDONIO
FERNÁNDEZ
& la filosofía



(última crítica mala

¿Luciano García?

(1997-2002)

Índice

(0 – **Índice** - *Tributo al paratexto: Cualquier cosa o del derecho a no tener una tesis [Por una contratapa] – Dijo Horacio González... - Dijo Germán García... - Dijo el Autor... - La primera cita – Segunda cita mala – Don – Un par de cartas a falta de prologuista – Atribuciones erróneas - Primera cita buena*

1- Comienzo

Comienzo - ¿Dónde Macedonio? (*El Enigma de la Crítica*) – Ύν μυνδο ψα εμπεζαδο! – Al principio fue la risa

2- El malestar es la cultura

El malestar es la cultura – El sobretodo de Macedonio – El autor-anarquista: Macedonio y Foucault dialogan – Pragmatismo invertido: filosofía de la desocupación – El presidente que no fue

3- Metafísica y metamística

Metafísica y metamística – “Hay Kant” quiere decir *no puedo* – Fenominalismo y uterutopía – Tautología y ontología: tontología – El amor y el conocimiento (*Odio a Kant*) – Misterio y espera – Afección y cogito

4- Ni civilización ni barbarie

La literatura de un abogado – De la mariposa al cuerpo y del cuerpo a la mariposa – Campo y ciudad: itinerancia migratoria y solucionabilidad en inminencia – Pragmatismo a la criolla

5- [(Incruste:) *Experiencia de Macedonio*

“Modernidad” – Experiencia – Tedio – Angustia - ¿Un optimismo sin mundo? (Alegria) – Prólogo postrero o lo que me había olvidado de decir sobre metafísica y experiencia]

6- La pulsión de escribir

Solipsismo y lenguaje – Pampapel – Si no preguntan no contexto – Exilado hilarante anihilado y perdido pierde el hilo ante la nada – Grafobia – La pulsión de escribir – Cuerpóbice – Conversar o conservar – Lo có(s)mico – Descartes y el tango

7- Escritura estado místico y oralidad

(*Otra compulsión entre Macedonio y Borges que tampoco colabora*)

8- Desorden y regreso

Desorden y regreso – Más allá del principio de la realidad – La locura del ser: el antiplatonismo – “Metafísica del amator”

9- Por una ciencia macedoniana

Por una ciencia macedoniana – Objetarismo: objetar al objetivismo – Feminomenología: física y ginecología – Ayer y hoy (*error torpe y emoción mística; emoción y absurdo*) – Einstein vs. la ameba – Discurso de paraepistemología confusa – El escritor-epistemólogo: metaciencia y literatura nacional – Física, metafísica, y patafísica: ¿la guitarra de Macedonio o el violín de Einstein? – Bunge y Bohr: Einstein peronista

10 *Addenda post-data bonus track o yapa*

a - (El el café-bar “El Texto” Fernández y Michel vuelven a conversar)

b- **La anormalidad filosófica**

(El primer argentino perdido en la metafísica) (Macedonio y/o filosofía)

c- Subrogación empírico-fenomenológica de la muerte – Porque sí y para nada: una continuación de Macedonio: Cosmología de facto: La dictadura del mundo

Que No Falte una Página en Blanco: la “Bibliografía Consultada”

Última cita buena)

Estimado Lector: Plagie con moderación o, como el *Autor*, compulsiva y piadosamente. Este *libro* (?) ha sido registrado.

(Tributo al paratexto)

Cualquier cosa o **del derecho a no tener una tesis**

(Por una contratapa:)

Suerte de tesina de un outsider del currículo, un poco afuera y un poco adentro de la discursividad acadêmica su doxa y sus consensos. Cruza de la macedonidad con los saberes flotantes y de uso gratuito de la crítica flagrante, o al menos de los éndoxas de las últimas décadas. Macedonio compareciendo con lo vigencial de lo metafilosófico y de lo histórico de esa extradisciplina fantásmica: “filosofía”, pero en realidad Macedonio cotejado- macedonianamente, desesperadamente- con *Todo*. “¿Escrito desde qué lugar?” suelen preguntar las Chicas de la Crítica. Desde ninguno, no lo hay: “¿Dónde?” inquiera siempre el nonato antitopólogo de las pampas. O en todo caso de uno que sentó Borges: el de “*un argentino extraviado en la metafísica*”, como decir la sarmienticidad- el autodidactismo autoctonal y su erudición falseada y urgida- aterida por el taumazo. El lumpenaje de la “normalidad filosófica” de Romero en el acto de su polución “precipitista” a manos de un retardado multimediático repitiendo nischeanamente los

figurines de la toda historia en la arcada del nuevo siglo,
que será- es el vaticinio de Piglia- un siglo macedoniano.

DIJO HORACIO GONZÁLEZ:

“Estimado Garcia Barabani, solo pudo hojear rápidamente su libro y leer su carta, lo que implica que deberé volver con más tiempo a ellas. Lo que puedo percibir hasta ahora, es su grato atrevimiento, su ingenio reflexivo, la atenta ironía y entre otras cosas, su acertada intervención alrededor de los asuntos que usted llama fernandianos. Es que casi no hay como llamarlos. Me alegra leerlo y volverlo a leer, así que quedamos en esta curiosa relación de afectos a las diversas presencias de este tema. Me gusta su estilo antiguo y moderno a la vez, forzado y libre al mismo tiempo. Un saludo. Horacio González”

**DIJO GERMÁN
GARCÍA:**

“¡Te felicito!”

DIJO EL AUTOR:

“Sé que este libro es malo; me tranquiliza que los de otros suelen ser peores”.

“Una vez un hombre memorable imaginó que si nos ahogamos en el agua es porque vivimos presos en la idea de pesadez. Su razonamiento postulaba que si los hombres lograban sacarse esta idea de la cabeza, creyéndola engendrada en la superstición o en la imaginación religiosa, ya no correrían ningún peligro en el agua. Toda su vida fue una lucha persistente y obstinada contra la ilusión de pesadez, de la que continuamente tenía pruebas nuevas y numerosas.”

Marx-Engels

“La leve paloma, que con fácil vuelo atraviesa el aire y percibe su resistencia, imagina que volar sería más fácil en el espacio vacío”

Kant

Un par de cartas del Autor con Carlos García a guisa de franco despiste y sin obligación de ocupar el cargo pesado de prólogo

(Rosario-Hamburgo y viceversa, 2004)

Colega tocayo:

Si no es molestia quisiera hacerle llegar para que (h)eche un vistazo un libraco que perpetré en desgracia hace algunos años mimetizado de crítico a favor o no de los coletazos todavía visibles de la sombra del doctor Dono Fernández, pasador ejemplar, gaucho y donador, de esta "difunta correa" como dijo Piglia de la letra pampera que nos escribe todavía ("(EL DESPELOTE) MACEDONIO FERNÁNDEZ Y LA FILOSOFÍA (Última crítica mala". <http://www.macedonio.i8.com>). Por consejo sibilino de gentuza al estilo Gombrowicz Deleuze o el mismo Dono he espantado de la Academia con preferir quemar, a cambio de mis papeles, mi intacto currículo. Yo trabajo si no de cara al Misterio - mi adolescencia cesó en mí por ahora- si a favor y por legado del "confusionismo", "deliberado" sí pero patológico, como manda el maestro. Delato sólo para deformar y por ende remozar el mito que nos convoca (¿está usted allí a Todo esto?). Es posible un estado crítico del comentarismo del recensionismo universitario entendido como una suerte de criticismo patográfico o anacronicoide metafilosofismo a la miseria que es casi aquello que he pretendido ejercer sin ti no maromerando en la línea de pobreza de los a penas excluidos del simposium de los papers que es la línea inope de los "papeles", ya en castizo, dignos de olvidar en los roperos de pensión pendientes por una fe de ciego de un recuerdo postumal. Con seriedad y sin ella, que son lo mismo, por el objeto y contra él, con grandeza de delirio, pero con la humildad de quien opera a la vista, como del Mazo, oculista de Borges.

Los adiestrados en la controversia macedoniana sabemos que esto es una cuestión de gayegos de modo que le saludo con la huella del anonimato que me agenció mi padre:

Luciano GARCÍA
Rosario, Argentina

PD. Deseando alguna respuesta suya le dejo comillado el comentario de esto que dejó un amigo ex en un pasquín local que me publica. El e-book que le refiero es, honor de su objeto, un híbrido colage de inquisiciones trucas y lances de enlaces al tanteo en exceso, variaciones a los apurones de lo ya sabido pero con algún que otro error de cálculo que podrá quedar de aporte para los que encaren cualquier día la baladí e imposible epopeya de una crítica buena. Esto es una broma pero acaso algunas páginas contribuyan a acicalar esta supérstite superstición de lo macedoniano hogano:

(...)

Estimado Luciano,

estoy leyendo su E-Book (muy lejos aún de terminarlo).

Sin embargo, algunas cosas me llaman ya la atención.

Por un lado, veo que se ocupa usted de casi todo el mundo. Yo, menos versado, no puedo opinar sobre tanto pensador como usted menciona, cuya obra o intención apenas conozco y que, en algunos casos, ni me interesa.

Viendo la riestra de nombres que figuran en su trabajo, echo uno de menos: el de Ana Camblong, también estudiosa del troesma, como usted, pero un poco más argentina que Foucault, Freud, el insufrible Lacan y otros. Conoce los libros de la Camblong?

Yo, que vivo desde hace casi 30 años en Europa, tengo en poco a todos esos nombres "famosos". Me parece que desde Argentina se los sobrevalora...

Y ya que estoy en eso: sabe usted alemán? Lo pregunto, porque trae a menudo citas - pero varias de ellas tienen defectos de ortografía. Si le interesa, puedo pasarle oportunamente la lista de errores y las formas correctas.

Perdone que le venga con estas pequeneces, pero ocurre que trato de ser meticuloso.

Ignoro si me ha escrito porque ha leído alguno de mis libros, o por otro motivo (es decir: ignoro por qué medios llegó a mi dirección). Si conoce, por ejemplo, mi edición de la correspondencia entre Macedonio y Borges, habrá advertido que me asbtengo totalmente de teoretizar: mi intención fue apenas proporcionar datos para que otros lo hagan.

No creo ser, por eso, el lector idóneo para su libro, en el cual advierto, sí, el esfuerzo de comprensión que usted realiza.

Me permito, sin embargo, dar una opinión, no sin aclarar antes que yo mismo no pertenezco a la academia (no soy académico "ni lo quiero ser"): me parece que usted se lo hace difícil al lector, en vez de allanarle el camino. Sobre todo al comienzo, se pierde usted en jueguitos de palabras inocuos, que apenas dificultan la entrada en materia. Por suerte, ese defecto se pierde un poco en el transcurso del trabajo, pero yo creo que debería revisar eso. Si su intención es hacer literatura "a lo Macedonio", está bien (aunque ya está hecho). Pero si desea que su interpretación de la literatura

de Macedonio sea comprendida, sería más adecuado utilizar de vez en cuando otro lenguaje.

Claro, yo no soy nadie para decirle a usted lo que debe hacer o dejar de hacer. (Soy, por mi nombre de pila, incluso más anónimo que usted.) Pero pensé que quizás le interesara la opinión de alguien que, en principio, simpatiza con quien se ocupe de la obra y/o la vida de Macedonio.

Cordiales saludos
Carlos García

Señor amigo:

Bien. Intentaré sin ánimos ni de ofender, por deferencia a la suya propia, un ligero retruque a sus "reproches" por llamarlos de algún modo no sin saber que usted tiene razón; pero eso es un problema suyo.

Responsabilidad cero: sólo por el "efecto sujeto" en el que deviene cuasi inexorablemente un modo de la subjetividad llamado texto puede llegarse al malentendido por el cual se izan y patentan currículos bibliografías instancias examinatorias o cuadros clínicos o se firman cheques. Me parece que uno, no más, escribiendo eso, quería dar cuenta de "¡a qué hemos llegado!" de cómo una flotante vigencia de éndoxas pueden imprimirse en un cuerpo textor, de lecturas vividas en un "cuerpo" de hueso y carne hecho estilo absorbiendo estilismos a poco de quedar en desuso pero que todavía forman el andamiaje de un ordo de sentido mantenido por los agentes universitarios y o editoriales de nuestro medio ambiente. A decir verdad se buscaba llevar el retruécano típico de la tradición sicosofolingüística al límite sórdido, grotesco, del ridículo por repitencia, ahí donde se pisa el lodo ese en el cual lo parodiado es paramado (como podría haber dicho otro García, primero que nosotros dos, al que presumo enemigo suyo). Yo creo que "El despelote" toma bastante en serio a Borges o a Fernández si es que con estos nombres damos en un legado de fraudulencia capricho y pifíe con llamarlos falsa modestia falsa erudición, confusionismo deliberado retraso bibliográfico o patografía filosófica.

No sé qué autores serán la moda del hoy europeo pero con los desechos de allí aquí seguimos dándonos fiestas paganas. Un divertimento sofocante que sólo puede tener, claro, un lector por lector tan salteado que agarraría a lo sumo por curiosidad malsana algunas parrafadas de algún que otro apartado e invitado a fugar urgido cometería lo antes posible el destino por esencia de ser lector: abandonar al que escribe, aquello que el maestro padecía y reclamaba indistintamente. Deseamos, en defecto, que el lector emerja y raje, cuanto antes peor, y si bien eso ya se hubo hecho, abusar siempre es más lindo. Si no pregúnteselo a S.a.d.e.

Conozco los textos de Camblong, conozco inclusive a esa señora con la que he tenido oportunidad de intercambiar alguna palabra en algún congreso, sé algo de su trabajo filológico por así no decir de curadora principal de los manuscritos fernandecianos, y figura prominentemente incluso en la bibliografía muda del "Despelote" que antes que nada es un collage y una adulteración de un corpus casi inexistente y no obstante elefantiásico cual es el del texto sobre el texto de Macedonio, unos ochenta años de rumor y malversaciones que quizá ud. o la tal intentan apenas disminuir pacientemente. Su correo me fue revelado por Internet

donde he leído algunos trabajos suyos, y si bien no recuerdo haber comprado su libro sobre la correspondencia he por lo menos leído algo pero no puedo recordar por qué medio. Evidentemente el propósito o des, mejor, de esta "última crítica mala" (mala en serio por cierto) está en las más gélidas antípodas de sus métodos de trabajo los cuales valoro más allá de la impaciencia de un nerviosismo mío que me expulsa de la comisión de ese tipo de proezas. Sus pocos textos que he leído de todos modos, no así los de Camblong, me han llegado bien después de haberse escrito desde este cuerpo puesto en mi silla esos papeles sofwéricos que usted dejará cuanto antes de hojear, ojear.

Propósito, despropósito, o mejor gesto, ya que ud amigo, creo que lo lee como tal, bien que en nuestro homónimo mutuo anonimato, pues ello supone una jeta y sosteniéndola, un sujeto, un garcía cualquiera. Gesto pues, es cierto, poco digestible sic como tal, pero en fin...las respuestas a su divergencia ya se encuentran si mal no recuerdo en el texto mismo cuando no en el primer mensaje virtual que supe inferirle. No tome ud. tan en serio aquello que no fue más que un ejercicio de muñeca y casi una parodia: bolazos metaliterarios, teorías carcajadas de un pibe leído. Yo tampoco sé nada y eso es lo que me habilitaba a escribir fingiendo (recuerda aquella frase Metafísica: *para lo poco que sabía...*). Lo único que nos queda de Lacan, piazola de nuestro tango judío, a esta hora es lo mismo que de M. Fernández, las estelas de un estilo que da gracia y que plagiamos para comenzar a cesar de escribir. Sabiendo haberlo hecho en demasía, no lo molesto más manteniendo también esa simpatía de principio que al principio deja cualquiera que se llegue a Macedonio o al principio mismo, sólo al principio, cierto.

Luciano García

Pos:

Es cierto que mi alemán no pasa de los dos o tres años de haberlo estudiado en la universidad y ya para colmo me he olvidado. Acepto su contribución. No recuerdo haber chequeado mucho las citas con antelación al hurto por el cual amigos que me odian dieron en publicar en la web lo que no era más que un flaco disquete. Que yo recuerde no hay abundancia de citas en esa jerga salvo un aparte escrito para un curso en el que se me pidió citar expresamente los textos fuente. Disculpe mi ignorancia. Y le cedo con gusto esa parte del trabajo dado que perdí el diccionario.

Estimado Luciano,

menciona usted en su „retruque" a un „García", de quien supone que sea mi enemigo. Lamento tener que decir que en estas cosas no tengo ni amigos ni enemigos (le ahorro la cita de Aristóteles). Pero me ha despertado la curiosidad por saber a quién alude...

En cuanto al clima intelectual en nuestra „desmantelada república", no hace falta que me cuente mucho: es una de las razones por las cuales le volví las espaldas al país en 1977.

Ya antes de ello había oído hablar de Deleuze / Guattari, de Lacan y otros. De pasada menciono que en el año 1974, antes de que salieran las versiones en castellano

al mercado, traduje con mi pareja de aquel entonces „El Antiedipo" y algunos seminarios de Lacan al argentino, para un grupo de psiquiatras que deseaba estar al tanto de lo que se „llevaba" en París. Si bien hago diferencia entre ellos (por ejemplo, el trabajito de Deleuze sobre Kafka no está mal), debo confesar que todos esos tipos juntos no valen, a mi modo de ver, ni medio Kant – que es lo único que yo „llevo", independientemente de las modas que aquí pueda haber, pero que me tienen sin cuidado.

No soy un profesional de la teoría, por eso no quiero meterme demasiado en ese campo; soy apenas un amateur, interesado en todo y en nada al mismo tiempo. Pero si se me obligara bajo tortura a mencionar nombres, diría que casi todo lo que vale la pena saberse y casi todas las preguntas con las que deseo ocuparme están en la línea Kant, Marx, Nietzsche, Sartre y Habermas (cuando menos, tal como yo los leo). A Hegel y a Heidegger los veo detrás de una línea que me parecería, simplemente, de mal gusto sobrepasar. Lo metafísico me parece no sólo erróneo, sino superfluo.

Mi lectura y mi opinión se basan menos en el contenido de lo que usted tenga para decir; más bien en la forma que adopta, que me parece poco fructífera para el lector, porque le dificulta el asunto. Yo comprendo, básicamente, que temas complicados exigen textos a su nivel (conozco, por ejemplo, el ensayo de Adorno sobre el tema). Pero si el autor tiene momentáneamente la ventaja sobre el lector de haber pensado antes lo que muestra, tiene también, creo, la obligación de permitirle al lector comprenderlo.

Insisto, pues, y también sin ánimo de ofender a naides, que hay mucha morralla postmoderna en su estilo y en que, a mi parecer, ese peinado no ayuda a pensar.

Con gusto le mandaré en los próximos días (quizás el fin de semana) la lista de correcciones de textos alemanes.

Cordiales saludos
Carlos García

ATRIBUCIONES ERRÓNEAS

Quienes abdicando en las sombras me confieren ahora el rol relajado de EDITOR de estos fardos de bits o de alguien que se presenta como ausente de lengua tendrán a bien permitirme los preliminares goces de eliminar a un Autor: yo mismo. Quisiera declarar a mi nombre propio autor de la tapa, privativamente, y le devuelvo por esto el gesto al desaparecido profesor Nazareno Fernández Barrios quien no encontrando a nadie peor le atribuyera en cierto bache del tiempo a algo con mi alias oficial estos escritos; yo, que además soy otro, los doy por reatribuidos a su antiguo casero mientras nadie más afín voluntariamente se postule prometiendo en venideras reediciones licitaciones renovadas. Se compilan aquí entonces esotéricas conferencias y exotéricos manuscritos de este ignoto filósofo, monotemático polígrafo de adulterada existencia y sofocada alfabetización socrática.

Luciano García

(o...

Por Macedonio Fernández, que acaso descifró el universo.

“Todo a la Pasión, todo al Místico”

1 (Comienzo)

COMIENZO:

Cómo comenzar un libro, cómo puede comenzar ¿Por dónde? ¿Cuándo? ¿Antes de qué? ¿Y después de qué? ¿Qué es su antes y qué continúa? ¿Qué lo continúa? Cómo comienza un mundo, dónde comienza la realidad, y cómo comenzarla, cómo comenzar a explicarla, qué es lo que comienza un *filósofo*, cómo comienza. Cómo explicar el mundo, la realidad; porque hay que explicar la explicación, y la explicación de ésta.

Toda explicación, toda interrupción del silencio real, del silencio del mundo, del silencio de la realidad, hace entonces, por lo que parece, aparecer *ipso facto* al *verbo*, creación de la nada, grito inmediato que irrumpe en la callada naturaleza. Y así sólo el *hombre* inicia, porque inicia el *lenguaje* en aquello que no tiene inicio y lo hace iniciar iniciando; una *realidad* que no inicia y sin embargo se la hace “iniciar”. Todo lenguaje es un autolenguaje, que refiriendo a su afuera sólo se refiere a sí. He aquí una hipótesis, o un Mundo...

Cómo empieza un sistema, *de dónde* empieza: ¿por dónde comenzar a explicar la realidad? Se dirá: replicando un sistema anterior. ¿Y el primer sistema? Conocer es conocer en contra de escribía Bachelard. Y efectivamente Macedonio hacía de su “Crítica del Conocimiento” a la que llama enrarecidamente “Metafísica” un ejercicio atolondrado de la confutación de las tesis ecuménicas históricas y en auge. Pero poco importa eso, porque efectivamente es así como comienza la neófita “Metafísica” estrafalaria y aduanera, e incluso cualquier metafísica establecida. Pero el asunto del comienzo gana a veces una dimensión mórbida y más bien mágica y se traslada entre los fenómenos del Misterio como a otra dimensión en la que opera lo que compete a la Mística. Para Macedonio- contrariamente a Bachelard- conocer no es conocer en contra de- eso es “comunicación”-. Es empezar lo que

no empezó. El “Hombre”, ergo, es como el Lector, salteado: se aparece de la nada en la realidad- como lector que principia en un final de capítulo- para explicarla, para cubrirla, esconderla con palabras.

Si no hay un primer sistema debiera haber un primer sistema bueno, el último.

Imposibilidad- en definitiva- de un *Explicans*, lo que según Popper (pero ya Aristóteles había dicho premisa mayor y premisa menor) es la sumatoria de leyes universales, de un lado, y condiciones iniciales, del otro. El Mundo (*Welt*) antes bien es un *Explicandum* infinito, inempezado, sin el “estado inicial” de los estructuralistas que recuerda a ese llenado inmediatamente previo de la *Befindlichkeit* jaidegueriana.

En Heidegger, se puede constatar, existe la distinción entre el comienzo (*Beginn*)- secundario, intertemporal- y el inicio (*Anfang*)- ligado al origen y dador del tiempo-. ¡Pero qué comparancia intentar oh Lector ya contrariado? La nada, la falta, el comienzo, el conocimiento...en fin, hasta en los libros de chistes los temas macedonianos son los filosóficos, y sobre todo, los predominantemente filosóficos en los años europeos posteriores. Porque al pensar a Macedonio le asalta a *uno* el parnaso universal, se agolpan y reclutan para la compulsa nombres innumerables, de la antigüedad al oriente, de los alemanes a los franceses, y sin embargo los metodismos para ponerlos en diálogo se vuelven – congoja – un hacedero y risible fiasco. Para Borges Heidegger había hecho de la lengua germana meramente una “jerga”; para el órgano oficial del Partido Nacional-Socialista el decano era tenido por un filósofo “al que nadie entiende y que no enseña nada” ¿Seguirá el Lector sólo, o precisa que le haga *yo* el trabajito?...¹

Que no hay *αρχη* significa más que no haber gobierno; significa que no hay *poder*, pero que no hay *principium*, no hay comienzo; que de la nada, nada. Ese antes de todo antes que la física no puede explicar físicamente y lo reporta impunemente a la teología y la creencia. Porque sin Dios, puede haber *Big Bang*, pero no *Fiat Lux*. Así el instante macedoniano no parece ser el jaidegueriano, que remite al *αρχη* aristotélico que es propio de la forma hombre, el de la *βουλευσις* y la *προαιρεσις*. Anarquismo cósmico, presocrático. En la Deducción o en la Inducción “no hay de donde partir”, dice el místico. Macedonio regresa por las suyas, a la criolla, a ese lugar de extravío, de incertidumbre, en el que había quedado paralizado Hume, y del cual no se parece- hogaño- haber salido. Toda aserción, todo enunciado, es una petición de principio.

La pluma de Macedonio – en otro orden de cosas o no - es la del *animal laborans*. La escritura *en* Macedonio es la maniobra permanente que descomienza una posible obra. Más que obra o trabajo es lo que Arendt llamaría labor, pues está signada por la repetición sin solución de continuidad. El trabajo es el ejercicio de una violencia sobre la naturaleza. Trabajo será la escritura del escritor profesional y la de los campeones de la “civilización”. En cambio acá escribir es el acto que figura la ilusión de un regreso- ese acto mismo es el sólo regreso posible- a la natura perdida. En la labor no hay comienzo ni fin, cuenta Arendt, que recuerda la frase de San Agustín: “para que hubiera un comienzo fue creado el hombre”. Las escenas del texto macedoniano patencian tropiezos, pérdidas de ilación, paréntesis abruptos, repentismos que agujerean como efectos de la “contingencia” el continuo insistencial. Leemos el fracaso del “progreso” hacia su meta, las irrupciones que inducen a la postergación de la “teleología” novelar. Lo real macedoniano es impredecible y tan estanco que no puede concebir el movimiento que va del sujeto a su predicado y

¹ Acá ya observamos que el profesor comienza a encolerizarse vislumbrando acaso la tarea que le espera (500 páginas a la deriva). (*Nota de un 3º Exclusivo*)

viceversa. Lo real macedoniano- también y al contrario- es tan cambiante que es un rosario de accidentes pero de accidentes de accidentes, lo que para Aristóteles- se sabe- es absurdo. Si hay mutación- contra Aristóteles- es no de algo a algo; es de nada a nada. Sólo en el fracaso del comienzo lo macedoniano cobra forma humana. Donde hay comienzo y hay fin cesa la mística; hay humanidad y Tragedia. La escritura tragicómica de Fernández narra la desventura de haber comienzos y términos donde no los debía haber y de no haberlos donde los debía. Como en este caso.

¿DÓNDE MACEDONIO?

(El Enigma de la Crítica)

No parecería que le hubiese resultado muy grato el relacionarlo con la palabra ensayo, a la que más bien desprecia. La huella de Montaigne la sigue mejor Borges y contra Macedonio, al recuperar en lo lúdico lo erudito, contra el espontaneísmo seudo que une a Macedonio con la vanguardia, y con esto el antiguo sedimento de la cultura que el espacio y el tiempo amasaron en la Historia. La “inquisición” borgeana (cuasianglismo que castellaniza el *enquiry* inglés en un malévolos *traduttore-tradittore* que juega a olvidar que tal palabra castellana cobra ecos connotativos que invocan con mayor premura a Torquemada que a Hume) nada tiene que ver con los artículos de “*Papeles Antiguos*” entregados a la prensa. El ensayo es preferentemente un género que hace desplegar en la contingencia y el azar del vis de su escritura, una dispersión de saberes estantes como restos que se reúnen enhebrados en el eventual objeto discursivo, el tema, el “asunto”. Todo lo contrario: un sólo tema hay en Macedonio: todo. “*Vigilia*” no es un ensayo; es una ficción y un relato. Distintamente de Borges, no es Montaigne sino Descartes el precursor: la escritura desgenerada de Macedonio es el descaminarse de la certeza cartesiana; no es el saber; es la in-certeza. Tengamos Lector por ahora esta certeza.

Macedonio es un goliardo como dice González; pero el ensayo rioplatense- épica de sombras según escribe J. Ritvo- ¿lo tiene en su noble seno hoy víctima de todo filósofo local que no quiera convertirse en traductor? Todo lo que en él aparenta ser articulación espontánea de una conciencia pura(mente desclasada) que percibe el mundo histórico y textual previo y circundante como objeto, en Borges es motivo de inquisición o ensayismo erudito. Si Macedonio es todos, Borges hace hablar a todos, a través de su convocatoria sincrética, renegación voluntaria y precisa del pasado adanismo. Por lo menos, se aceptará que Macedonio está lejos del viejo “ensayo literario”. El ensayista roba, hurta, los saberes del otro. Es un caco del saber; sin plagiar (quizá sea el único que no plagia) es no obstante un choro. Pero el procedimiento ensayístico también es sino anárquico, anarquista. Sabe que la propiedad es un robo.

Así abordar a Macedonio desde el orden tesitual académico y monográfico daría como corolario un empobrecimiento alarmante, a menos que nos atuviéramos a una o dos de las enésimas posibilidades que este objeto nos brinda. Por eso hemos preferido también “*un confusioismo deliberado*” como estrategia de lectura que esperamos codee fuera a los operarios del silogismo ortodoxo. Escribir, filosofar, criticar, conocer, son en contra, son una respuesta negativa y afrentosa a una pregunta no formulada sino a un impertérrito tercero pero que repercute en nuestra cavidad craneana como un *cross* obsesivo; son un ejercicio de sospecha, maledicencia, delación. Esta continuación de la crítica pero que

tampoco colabora, aun con orificios, es a la larga cómplice, “cómplice impotente”. Ni siquiera complicidad porque Macedonio Fernández no siempre es su objeto, a veces es decorado y otras transmigrado sujeto. ¿Qué es este libro? Pastiche crítico, mescolanza. Desarreglo de papeles, serie de recortes, de apuntes, anotaciones, diario disimulado, enhebrado por parrafadas conciliadoras, por un titulismo despistante. La imposibilidad de responder a la pregunta por Macedonio. Fracaso crítico.

Macedonio hace volar el alma ordenada de los académicos que se fían de esos cantones claramente escindidos: crítica, literatura, filosofía, humor...La crítica exponencial, tesitua, inventa la ilusión de un recorrido circular; narra desde un comienzo hasta un término y concluye una “solucionabilidad”. Nuestra *crítica* vendrá a ocupar con *otro* vacío el vacío de las tesis. Redesordenar a Macedonio es la insolvente pero malograda voluntad de estas páginas.

¿Alguien entendió algo de Macedonio? ¿Lo entendieron martinfierristas, académicos, positivistas, nacionalistas...? ¿Entendemos algo nosotros? Leamos sus textos; leamos las semblanzas que de persona-Macedonio se hicieron, en los años 30, 50. Cotejemos. La densidad de “*Suicidia*”, y el anecdotismo pueril. El señor Piglia tendrá razón entonces: el siglo XXI será macedoniano. Porque Macedonio era el Estudioso de una Esperanza, pero este es el libro del Estudioso del Estudioso de una Esperanza. Toda una Vida estudiando a quien toda una Vida (o sea Siempre) estudió una Esperanza: *descifrar el Enigma del Universo*. Estudio infinito como infinita (o sea Toda Una Vida o sea Ahora) fue esa Novela Eterna, la de la Eterna, que nació y murió con Macedonio (o sea Nunca). Cada Instante de este-texto es un Autor. Este es el libro de un Argentino Perdido en Macedonio. Y Recuperado.

Y otra vez Perdido; y Recuperado...

Seguimos la Esperanza citada; este nuevo siglo será Bueno. O Bueno Con Macedonio, como el Museo, llega la Era de la *Crítica Buena*, que se identifica con su objeto, según la denuncia del platonismo de eras anteriores. Inclusive no hay Crítica pues no hay Objeto. Esta Crítica de Macedonio (y del Ser y del Conocimiento) no tiene objeto. ¿Por qué la escribo? Porque sí. “Porque no hay Causalidad, porque a veces nos determinamos por finalidad y a veces nuestra acción mental o física no se propone nada; es una espontaneidad y no tiene por qué buscar nada”.

No decir nada sobre Macedonio sería reivindicarlo en el siguiente sentido: corroborar el eminente telos místico de su obra y escritura, llamándonos, al cesar sus papeles, cerrar sus libros, al respectivo silencio. No sucede ello. El insólito nos marea de tal suerte, que no se puede fugar de este estado sino con la aspirina de la escritura de la lectura, el comentario. Mas comentar a Macedonio en el café fue lo primero que se hizo hasta la llegada de la crítica profesional en los sesenta y su resultado fue una pauperizada caricatura-¡pero “bonita”!- que produjo una literatura-rumor sobre aquel rica en sí misma pero inope en referencia a la connotación de su objeto. O no. Pero lo cierto es que Macedonio compulsa a la crítica, y su crítica recompulsa. Y no podemos leer a Macedonio como si fuéramos su padre y el del lector tratando de conciliar dos hermanitos explicando sus problemas con sabiduría pedagógica. Su texto *nos* acribilla al momento en que lo creíamos más envejecido, más histórico, ya insabio. Macedonio pega otra vuelta al rulo y nos deja impertérritos. Un infinito preguntar por Macedonio, y el recurrente fiasco contestatario trazan la senda laberíntica de esta escritura esquizobsesiva. Para el delirio filosófico menester es una tortuosa disciplina. Bien. Compulsa obsesiva y ridícula; boba. Hacerlo comparecer ante todo (s) y a todo(s)- sobre todo- ante él. No, no estudio a Macedonio a través de la Filosofía; estudio a la Filosofía a través de Macedonio.

¿Desde dónde escribimos este libro, esta crítica?, preguntarán ¿Y por qué hay que saberlo, por qué hay que delatarlo? De ningún lado, de múltiples... Macedonio es quien con

manía pregunta dónde está la ciencia, dónde te busco alma afanosa, dónde la muerte? La *Grundfrage* fernandeciana es topológica, no ontológica. ¿Acaso para Heidegger el *da* sería el Dónde del Ser? Si no tiene donde es porque no está. La Muerte no tiene lugar. Si el Universo es un recipiente de entes, es donde las cosas están, el estar de los entes. Si los entes están en el Universo, son, sin embargo, en el Mundo. ¿Cómo son? ¿Qué son? ¿La Afección es un Donde? ¿La Afección-Sin-Mundo es un estar permanentemente sin ser? ¿Y qué pregunta la Crítica?: ¿*Dónde Macedonio*? Como se sabe, se trata, fuera de la ficción de la función-autor, de encontrar su lugar; pérdida de tiempo de esta busca de un espacio que permanecerá siempre perdido. La Biblia no podría ser criticada pues su autor es ubicuo; los textos de Fernández- omniausenciales- se nos escapan como agua de las manos. La desubicación no es la ubicuidad. Macedonio no está en ningún lado. Ateo. La “Primera Crítica Buena” queda nuevamente postergada. Lo presente es su agitado fracaso.

Querrás, acaso, Leyente ido, saber Quién Habla. Pues *otro argentino perdido en la Metafísica*, otro yecto en la errancia, errando en el yerro, en el pifie, en el error. Nuestro nomadismo criollo y posmo le escapa al acierto, pero huye en vano de la certeza zapando su escritura equívoca.

ὁν μὺνδο ψα εμπεζαδο!

¡Un Mundo ya empezado! El comienzo de cada acción singular es sobre lo ya comenzado de un mundo nacido previo, repentino pero viejo. El nonato- como se cansó de decir el lacanismo- ha empezado a ser sin haber empezado a existir; ni siquiera a vivir. Sin haber nacido ni a la vida ni a la humanidad, sin ser ente existente- ni siquiera uno biológico - ya es un proyecto un escaupín y un nombre. ¡Nace empezado! La “fenomenología” macedoniana que indica que “el Universo o Realidad y yo nacimos el 1º de junio de 1874” es una cruzada quijotesca contra este perseverante y riguroso orden: aquel agitado de comienzos y de términos: lo trágico, lo humano macedoniano. Lo simbólico instala el comienzo, es el donde y el orden del comienzo. Un “haber nacido”, una efemérides, una genealogía, una cronología, una épica y una época. ¿Dónde lo simbólico? Donde se comienza, donde hay comienzo. ¿Pero qué es lo que comienza? Comienza el fantasma, *il castrato*. El Hombre y la Tragedia. Tal como escribe Deleuze, el comienzo es *with-out*; es en el vacío. Un mundo previo y ulterior capaz de recomenzar en la ejecución de cada nuevo acto. La vida comienza en el sanatorio o en la ameba, la materia en el estallido inicial. Cada relato, en el primer enunciado de la primera página. Pero el prólogo lo descompleta y lo descomienza. Todo prólogo- en rigor- es un epílogo puesto adelante. La “Metafísica” también es un epi-logos. Una vis corrosiva sobre los innumerables papeles de la babel de logos. Que haría las veces de prólogo como “Mística”; pero de prólogo al silencio. ¿Una paradoja, o bien un oxímoron, o una contradicción? Epiloga a los otros prologándose. Se prologa la novela; pero la no-vela es el final y marital silencio de tálamo y de tumba. El lecho-nicho. Los prólogos macedonianos son efectivamente prólogos; o prélogos. Son antecedentes. Difieren permanentemente lo malo: la novela. Con devenir el prólogo la novela no adviene. Tiene el ser de esperada. La novela macedoniana acecha como inminencia. Si en Borges el hecho estético es la inminencia (de una revelación), hay que ver en esto una huella del viejo maestro, y pensar que la “genuina artisticidad” de Beldad es la

flagrancia del prólogo, el estado de prólogo, y pensar al cuento borgeano, con su suspendida expectativa de resolución (porque los prólogos borgeanos sí son prólogos *a posteriori*), como la adaptación- en un sentido inclusive conductista- de la degeneración proológica al género cuento, de lo paratextual a lo textual, de lo “bueno” a lo “malo”. Ciertamente Borges emprende la coherencia que le faltó a Macedonio dada la existencia de su no-novela. (Inventó la Novela-Sin-Existencia.)

Tal como procede la “Crítica del Conocimiento” con respecto a las Metafísicas Discursivistas, el prólogo carcome, en este caso a una novela inactual, eidéticamente formal y potencial, futura. ¿O no es el prólogo macedoniano el *a priori* de una novela-noúmeno? Lo real es una “Pretextación” de la conciencia. Y se escriben solamente pre-textos. Es esta la *adaequatio* fernandeciana. El texto es el silencio. Mística y muerte. Es efectivamente en los espacios en blanco donde Macedonio es propiamente el autor.

Podríamos escribir, como en el título de una antología de chistes de Fontanarrosa:

AL PRINCIPIO FUE LA RISA

“Y he aquí que en este Pliegue se adormece de nuevo la filosofía en un nuevo sueño; no ya el del Dogmatismo, sino el de la Antropología (...) tan profundo que lo experimenta, paradójicamente, como vigilia”.

Foucault

“Todo lo que se instala fuera del Gran Principio”/ ya es cómico en alguna medida razonable”.

Marechal

El pensamiento tiene necesidad de puntos de parada decía Aristóteles (Met. L II 2) “Es evidente que existe un primer principio”. Pero del estagirita al “positivismo lógico”- radique donde radicare el mojón primo- no ha habido más que un dar vuelta el pensamiento principista. Las palabras *αρχή* y *principium* fueron desposeídas de su significado original de comienzo (entendido aquí como prioridad temporal), por una prioridad metafísica, escribía Carnap. ¿Qué ofrece a cambio? Un principismo protocolar presuntamente ametafísico; porque cada palabra- escribe este señor- se retrotrae a otra pero no sin fin hasta que demos con las proposiciones protocolarias o de observación. Si bien no hay unanimidad con respecto a la naturaleza de lo dado- se excusaba este autor- “se ha establecido” que una secuencia de palabras cobra sentido al ser fijada su derivación de las susodichas proposiciones. El significado se desprende de una pretendida y pulcra empiricidad.

No hay- volvemos a nuestro objeto de estudio- demostración. El lugar de la demostración, el discurso demostrativo, donde el anonimato señala un más allá de la *dóxa*- se dice -, tiene que ver con el orden del perverso. El esquizo muestra, no demuestra; pero- en este caso- lo invisible, lo que no está. Macedonio es la mostración del vacío. La demostración requiere un principio (*petitio principis*). Pero el principio no está demostrado. ¿Es evidente? ¿Qué es evidente? Acaso la tautología: que A es A. No que A es el principio. Al no haber Demostración todo queda circunscrito a la Creencia. Pero la Creencia es Imposible.²

La sentencia versificada de Marechal citada arriba nos deja ver el secreto de lo que es el humor en Macedonio. Donde la Metafísica desprincipia y la Mística no puede principiar queda el intersticio por el cual el Humor se hace patente y constituye el (des)orden del Mundo. Donde el Misterio y hasta la desesperación son el consecuente y el remanente inexorable, el Humor se aparece, quizá por virtud de un motor hedónico, pero que tiene la meta tanática que- otra vez- Marechal refiere de este modo: “el poder unitivo de lo cómico” (también para los místicos españoles lo unitivo era la instancia final - permanentemente devenida ulterior, seguramente -). Para Marechal “una carcajada puede ser el arranque de una metafísica” porque el hombre que ríe ríe de lo defectuoso y limitado y lo defectuoso y limitado es su condición, que se hace patente sólo por cotejo con la idea de lo sin defecto e ilimitado, Dios. Por cierto que la metafísica marechaliana es con-Dios y la macedoniana sin. Y si para aquel la carcajada es el *a quo*, más bien para este otro se conforma en el *ad quem*, pues su punto de partida era, al contrario, la Infamiliaridad de lo Familiar y el de llegada ninguno, la permanentemente postergada e inempezable Mística. La metafísica marechaliana empezaría donde la metafísica macedoniana termina al no poder terminar en la mística. Macedonio ríe del no haber principio y Marechal lo hace a las puertas de su encuentro.

Si es Borges el que inspira la forjación de “*Les mots et les choses*”, como su autor alardea: ¿en qué medida no es en rigor, y de guisa furtiva y silente, el ignoradísimo Macedonio el que, con el rostro de su efficacísimo epígono, le susurra en el oído al festejado francés la irrisión del halo inspirador que fecundaría esta obra maestrísima? ¡Que se lea el prólogo! ese Borges inspirador no es el celeberrimo, ciclópeo Borges lugoniano: ¡es el Borges macedoniano en su más prístina macedonidad! Pues todo el Borges-filósofo esconde *ex profeso*, de la primera a la última obra, a ese Macedonio que, ornado de ludismo y buena literatura, y camuflado tras los nombres conspicuos del eficaz parnaso anglosajón, es sin embargo repetido minuciosamente en sus afirmaciones negaciones y burlas. Y para colmo de males este Borges inspirador no es tampoco el majestuoso ficcionador metafísico, sino el simple y chusco enumerador de un disparate. Porque- digámoslo, ya que gracias al mismo Borges somos compulsivamente heresiarcas- , si como relata la “*Ciudad Ausente*” de Piglia, hasta los cuentos de Borges vendrían de la máquina de Macedonio... no es éste, es la risa madre de Macedonio (quien regresa otra vez a Borges como a aquel joven de otrora que lo “imitara hasta el plagio”) aquella “risa que sacude, al leerlo, todo lo familiar al pensamiento”, a este pensamiento concebido como “práctica milenaria de lo Mismo y lo Otro”, palabras fucoltianas.

² Es lo que los entimemas del discurso encubren: esa falta de “principios evidentes por sí mismos”- comienzo aristoteliano, recuérdese- sobre los que se cuela la demostración. Esa Evidencia, vista del revés, es el Poder. El Poder es legible en el lenguaje; pero es lo que liga al lenguaje con las Cosas, y en esa liga van el Dolor y el Placer (la maldición, la bendición, la humillación y el goce). El Poder es lo que en el Lenguaje hace las veces de su exterioridad, hace las veces de Realidad, y Principio que empuja a la acción, el cambio, el movimiento. En este sentido el Poder es *principium, initium*; principia lo que está, lo que no empieza, lo que no ha empezado. Poder pues es $\alpha\rho\chi\eta$. Cierta pensamiento contemporáneo tendería a ver al poder como núcleo de “lo social”, de “la sujeción”, “socialización”, de lo “político”, “humano”, “histórico”, cuando el pensamiento presocrático vio en esto algo “natural” y “cósmico”. Cierta discurso postularía un afuera de este poder- lugar ascético de resguardo para lo especulativo y lo emancipatorio- con hacer de él un concepto de jurisdicción parcial. La idea fucoltiana de poder- si la hubiera - recupera, de tal suerte, el holismo presocrático. Este cotejo (Foucault-Presocráticos) dejaría ver, verbigracia, la perennidad inexorable de la “metafísica”.

Infamiliarizar lo familiar, familiarizar lo infamiliar- en este circuito, si se quiere, de pérdida y recupero de lo ediposo- la metafísica graciosa de Macedonio, de mancomún con su humorística de la desgracia, aniquila la posibilidad de cualquier solucionabilidad fundativa. El sentido y la observación, o lo proposicional y lo experiencial, no dan la parición de ningún comienzo sin absurdidad, y no presentan solucionabilidad otra que la Risa o el Silencio.

2

(El malestar es la cultura)

EL MALESTAR ES LA CULTURA

Sócrates se borra del Teléfono y de “*La Nación*”. Humor contra el sentido común, contra el espacio-tiempo que amasa la Historia, y a la vez universalización de Bs. As. Ironiza sobre la “inteligencia” de los griegos. Macedonio- y en esto es condigno de su época y situación (positivistas, neocantistas)- no es en nada helenista, helenófilo. Pero como el mismo Sócrates, es doblemente una existencia histórica casi inconstatable, y una entidad intertextual y ficticia. Bioy juega a ser Dupreel: Macedonio es un invento de Borges- dice- (para aquél, lo era Sócrates de Platón). En efecto Macedonio es un personaje de Borges, de Marechal, de Piglia, etcétera. Macedonio mito es el texto de lo que se dijo de él; pero no de su texto: de su existencia, de su persona. Hay 1) su “texto” (lo poco publicado en vida y lo que se publicará torrencialmente posmortem), 2) un “texto” sobre su “texto” (es el intento de la crítica, tras su muerte y conforme la aparición de lo inédito), y 3) un “texto” sobre su “mito” (que es lo dominante en el primer período, vivo Macedonio, y se superpone luego al “texto” sobre su “texto”). Es notable cómo la indistinción Autor-Personaje, Persona-Personaje, se sigue en este sentido del texto-macedonio al mito-macedonio – ya me voy hartando de las comillas - dado en el texto-sobre-Macedonio. Macedonio se borra como Autor en el Personaje: la primera persona es Deunamor, el Personaje. Filosofía es Ficción: el Filósofo es un Personaje. Sigue siendo Personaje cuando de su Texto pasa al de los otros pero no ya como “Deunamor” sino como “Macedonio”. Borges ha sido su Platón, pero también tiene sus Jenofontes y sus Aristófanes. Lo digo simplemente en el sentido de la oficialidad que ha cobrado casi el Macedonio borgeano. Pero hay que decir que Platón más bien se tapaba con Sócrates y que al contrario Borges, al revés, lo tapa con “Emerson”, “Hume”, o el mismo “Borges”.

Lo llamativo es que el texto macedoniano es el desrumbo, evanescencia, y regresión (al absurdo) del relato. Y sin embargo Macedonio es, por sobre todas las cosas, un relato. Todos “Hablan de Macedonio”, y hablan de su voz, de su conversación. Primero nos llega el relato de Macedonio; el único relato posible suyo: el que se viene haciendo desde “*Martín Fierro*” hasta la crítica actual; *uno* se enamora por anticipado y cuando se va al texto no encuentra relato alguno, sino una perseverante verborrea corroyendo todo “asunto”, y una sostenida petición de inexistencia. El relato no está en su *texto* sino en su *mito*. ¿Quién es “Macedonio Fernández” en “*No Toda es Vigilia la de los Ojos Abiertos*”? En el paratexto

alguien (el autor, “Macedonio Fernández”, supongamos) dice que la primera persona del texto es un “personaje”: Deunamor.

Todo ensayo- *creo*- presupone la noción de autor y su existencia extratextual y personal. La negación de Vigilia-Sueño tiene que acaecer con la negación paralela de la dualidad paralela Ficción-Realidad en la que va la distinción Autor-Personaje o Autor-Narrador. Especulemos: a) Autor es una entidad del mundo real-moral, b) Personaje-Narrador entidades del mundo real-estético. A es teleológico. B es empírico-positivo.

Toda otredad es hipostática: Lector es hipóstasis del Autor, Ella soy Yo. La desrealización de la novela confirma el monismo panteísta.

No puede olvidarse a Pirandello pero tampoco a Fernando Pessoa, que decía que era preciso inventar personajes para ahorrarse el trabajo de vivir.

¿Arte y Vida como se escinden? ¿Somos más Personas que Personajes? Acaso no se es, mucho más abundante y extensamente, el Personaje del relato de Otro; acaso no se es lo que otro cuenta a otro, lo que nos cuenta, lo que a otro le contamos. Esa Persona (sustancia individual de carácter racional, según la definición de Boecio) que uno es - el Yo Empírico de James -, es ínfima- además de un Autopersonaje - comparada con los cientos, miles de Personajes que somos en las innumerables novelas de los otros. El Yo Social de James y el Para-Otro sartreano, la dialéctica Arte-Vida como trascendental-empírico, otro-yo..., la Novela-Vida está indicando algo más que un problema de la literatura.

Estamos-Vivos; pero somos Personajes.

EL SOBRETUDO DE MACEDONIO

La Cultura es para Macedonio Fernández el Sobretudo. Así como Freud tiene su Sobreyó- que es el modo en que aquella se pasa y supervive- (o Nietzsche su Sobre hombre), para nuestro cómico sabio la Cultura es, sobretudo, algo que se adosa al Todo, agregando no un sobrante- pues esto es absurdo- sino la falta. Hiende con su Nada al Todo y lo fisura. La Cultura sobra. Pero es curioso o paradójico que Macedonio, en este preciso sentido el Hombre Desnudo, cubriera permanentemente su escaso cuerpo con papeles y el sobretudo (como se sabe la palabra es la ropa). Y, como lo atestigua su insólitamente diversa y finalmente no tan breve obra, escribió sobre todo, y sobretudo- pese a la mala prensa de Borges -: escribió.

Macedonio no existe; nunca existió. Aunque se le llamara el “Existidor” era ciertamente el No-Existente Caballero. Por eso no se puede escribir sobre Macedonio Fernández sin escribir sobre todo, sobre nada, que es, a más, sobre aquello que Fernández escribió. Borges hizo- Macedonio menos- una Literatura de la Literatura; hay quien ha dicho que la Crítica es asimismo una Literatura de la Literatura. El viejo platonismo setentista sin embargo, criticaba a la Crítica identificada con su objeto. Pero bien podría decirse que cierta filosofía vinculada con el psicoanálisis y la psiquiatría, en los sesenta y setenta, como repudio a la Ciencia Confesional y su No-Ideología ha terminado por identificarse con los locos. Tanto que Deleuze ha sido llamado sin más por Tomás Abraham, “el esquizofrénico”. Germán García puso a Deleuze contra Macedonio pero el tiro la salió por la culata; baste tomarse el trabajo de leer el “*Anti-Edipo*” para advertir que Deleuze hubiera optado por Piglia. Pero Macedonio no es un Pensador Bajo. Es un Pensador Flaco. Ni la conversión platónica, ni la subversión presocrática, ni la perversión cínica y estoica. La reversión, como decía Foix (la inversión dice Germán García por ahí). El bastón de

Recienvenido no es el de Diógenes. Macedonio quiere ser el Hombre-Desnudo, no el Hombre-con-Taparrabo. No es lo mínimo (Serres)... Macedonio- hay que decirlo mejor -: se pone el Traje de Hombre Desnudo ¡Diabolismo insólito! Incómodo trajín de vestirse de desnudez (recuérdese aquel relato de ese Cortázar epigonal) y de desvestirse para estar trajeado. En este caso es la *Idilio-Trajedia*, dialéctica de la Ropa y la Piel. El Sobretudo y la Cc., y entre medio, el Papel. La leve Piel del Pensador Flaco lo arroja a un peligro de intemperie y exposición que sólo puede ser tapada con los papeles- de diario y de diaria escritura- y el Sobre-Todo. El Sobretudo (capa superior del papel: escritura) más que cubrir el cuerpo, tapa lo concienical (conciencia desnuda, primaria, conciencia bajo la especie del inc. froidiano), cubre con vacío el vacío (= escritura), el corte de lo místico. Si conciencia es piel y la evidenciación de su porosidad como colador, como paleta de agujeros, es acto esquizofrénico (“Metafísica del Agujero”) (y añadiría: melancólico), la desdermización de lo concienical es “solucionabilidad” mística. El vacío no tiene *en*, y es en todo caso la respuesta del ¿Dónde? El bastón- escribía Deleuze- es el amo de las preguntas. ¿Dónde? pregunta el bastón parlante. Con vacío sobre vacío tal la trama, textura, género, de una respuesta, un perenne responder nunca satisfactorio, la escritura; que es por eso mismo carencia de trama de género y, al final, en su autocesección, de texto.

La desnudez fernandeciana es membrana sin revés, Membrana-Moebius. La piel alímica de Freud- separativa, dualizadora- no mienta ninguna desnudez. Lo contrario: alega vestidura. La piel protege lo animal; la ropa lo cubre y pro-teje lo humano. Un Hombre sin Ropa es un Sinvergüenza. Un Hombre sin Piel es un Fantasma, un enviado del Otro-Mundo. Racienvenido no daba bastonazos. ¡Todo lo contrario! La Metafísica Descripcionista no se encarna en acciones; no se pela un Gallo, ni se come o se rompe lo que se muestra. El bastón de Diógenes era uno que rompía todo lo que mostraba a modo de crudélica patencia de que el Lenguaje no se funda en significación ni en designación (Deleuze). Si tienes un bastón- dice el Zen- te doy uno, y si no lo tienes, te lo quito. Pero el bastón macedoniano habla ¿Quién Habla? Ese bastón sustraído y agregado, en el defecto del exceso y en el exceso del defecto. El bastón habla para que nos riamos del fracaso místico. Solucionabilidad humorística.

(¿Alguna vez habló el bastón del viejo Borges?)

Artaud: sólo hay Física. Macedonio: sólo hay Metafísica. La Mística es la física muda de Fernández, utopía ginemórfica. La fernandeciana es ciertamente una Metafísica en Movimiento, nómade. Cuando Deleuze llama estatal a la filosofía del ser, nos parece estar escuchando a Fernández. En efecto, la Pasión macedoniana como el deseo deleuziano no es humana ni representable. Pasión no era “Pasión”, como indica García: todo lo contrario. Como si “ausencia” fuera presencia. Heidegger nos ha venido a decir que el ser es devenir mientras Macedonio escribe el devenir del ser, callando su estar presente...El centro, eje, inubicable de la escritura es la ambivalencia, diabolismo, lo nimio, doble fracaso de lo místico y metafísico. La risa a cambio del significante primordial sería el *a quo*. Heidegger dirá que Hombre es Metafísica. Macedonio que Metafísica es Lenguaje. Foucault principiaba su libro por el fiat de una risa que era eco de la macedoniana para terminarlo- traición insabida- queriendo descodificar, atajar, a Kant. Confusionismo terminológico, su criticismo lingüístico a efectos de desbaratar la Metafísica del Hombre era ya ejercida por Fernández encubierta en los paréntesis.

La superficialidad de lo profundo, la profundidad de lo superficial. Este es tema macedoniano y de su crítica. No es un pensador bajo; tampoco lo es alto³. Ausencia de

³ “Mi altura no es mala; depende del uso. Por debajo empieza al mismo tiempo con la de Firpo; por arriba deja suficiente espacio hasta el cielo” (...).

alturas. Profundidad que aparece sobre una multiplicidad de casi lúdicos y tupidos efectos de superficie, que juegan a tapar las abisales oquedades en la que leyéndolo uno cae permanentemente. Profundidad que aparece en el traspiés (el “mareo”) que arteramente provoca su escritura presuntamente graciosa, inicua, ingenua, niña, cuya experiencia de lectura es un texto que ningún estudiante, iniciado, diletante, practicante, de filosofía actual argentino y... libertario- cuyo vuelo sepa migrar más allá de la estatuaria académica consagrada- debería atreverse a omitir. Que quede claro, eh.

¿Cuál es la caída macedoniana? No es ninguna que evoque lo alienatorio de un estado terreno de inspiración cristiana, es el tropiezo chaplinesco que inicia la Metafísica del Agujero por el cual la profundidad- de la oquedad- se resuelve en superficie.

EL AUTOR-ANARQUISTA (: MACEDONIO Y FOUCAULT DIALOGAN)

Entre otras cosas el arquitecto Molina y Vedia consideraba, en su reforma social, que las escuelas debían ser boicoteadas por los padres. Eran lectores de Fourier pero nosotros- sus ahora leyentes- lo somos forzosamente de Foucault...

Pero al interior del “anarquismo” vernáculo ¿cuál es el doble y el opuesto de Macedonio? ¿Di Giovanni? ¿Badaraco? ¿De qué anarquismo hablamos? Pues hasta podríamos pensar- ¿quién lo va a impedir?- una comunión entre su tesis del “ser no tiene límites” con el “todo vale” de la epistemología “anarquista” de Feyerabend, quien sin dudas demostró compartir aquello de lo “pedante” de la ciencia. Macedonio llevaría el rechazo de la antelación de las preceptivas metodológicas al campo de la teoría de los géneros, y encontraría en este autor una epistemología internalista también “cooisionaria” (¡tanto tuvo que esperar la ciencia para poder decir esto!- mejor dicho: para que este anarquismo interno cobrase cause institucional y tuviera silla en el foro epistemológico-).

Un anarquismo inobrero, un anarquismo ligado estrechamente al pensamiento liberal tradicional y con visos de un antimodernismo con alguna lejana evocación terrateniente. Pero ciertamente una filosofía anarquista con una coherencia que bien podría llenar las oquedades de inactualidad que en tal materia existen en el pensamiento anarquista. El anarquismo argentino encontraría su metafísica de anticipación posmodernista. Así, la relación entre Macedonio y Foucault podría pensarse en función de la negación del realismo ingenuo de Justo: una realidad producida por el discurso que en Foucault guarda no obstante y quizá contra Macedonio una referencia ineludible a la materia, aunque esa referencia no es ingenua sino diferida permanentemente, porque esa materialidad no deja de ser un nómeno; una referencia posible y un referente imposible. La izquierda actual encontraría acaso mayor fuente en Macedonio que en Justo.

Por cierto, hacer desaparecer al Autor es un gesto anárquico. El más puntual de los anarquismos macedonianos es textual no político, ya que en política sólo sugiere reducir a un mínimo al Estado y la alianza del Trabajo y el Capital, una actitud- paradójicamente- más “progresista” que anarquista. El autor- recuerde el leyente a Foucault- es un propietario (o dicho para el gusto más académico: la función autor es una forma de propiedad). Foucault decía también que el discurso, en la que podríamos denominar era preautoral, era no un bien o una cosa, sino un acto. El ideal macedoniano sería llevar la obra al estatuto de acto (acto intelectual, no práctico, *energeia*), tornarla fragancia de escritura-lectura, y anularla como bien, deshacer su cosidad. En rigor de verdad el Autor no desaparece. “Macedonio Fernández” a fin de cuentas- de esto casi no hay dudas por ahora- es el “nombre de autor”. Sólo se subvierte temporariamente bajo la forma del mareo, en el acto del mareo. Macedonio es esa subversión efímera, ese *shock* luego del cual el Mundo regresa, no obstante, tal cual era.

O no.

Se pensaría a Macedonio cerca del estructuralismo si se piensa en la historia y la temporalidad, donde la estructura sería el penúltimo retorno del quietivo de Schopenhauer, o su nominalismo sin mundo ni yo convocaría a la gesta pro “lenguaje” de Foucault y el

imperio del anonimato. Ahora: “saber sin sujeto”, “pensamiento anónimo” pero: “Foucault” “Foucault” “Foucault” “Foucault” por todas partes. Es lo siniestro de un discurso paradójal- que ya satura, que ya harta- del que participa de una forma no obstante tan distinta, distante, el guitarrista y juez aborigen en sus picardías contra el “Autor”. Ahora: Foucault era un académico ayoico en contra de un inacadémico yoico- Sartre -, y en este caso Macedonio viene a estar del lado del “inacadémico”, y sin bien ayoico, del lado de la “originalidad” contra la “objetividad social”, tal la dualidad propulsada por el lejano Bachelard. Lo que Fernández y Miguel Foucault- oscilando, jugueteando ambos entre “un cierto” positivismo y otro “cierto” nominalismo- dirían de común: no hay Mundo, hay Lenguaje.

Foucault recuperó también la forma diálogo para la filosofía, y todos estaremos esperando el día en que se invente la máquina de recuperar sonidos perdidos en el espacio, para poder escuchar la conversación macedoniana, ya que a falta de un grabador de un taquígrafo o de un auténtico Platón que los redactara conforme su propia memoria, desaparecieron de la materia accesible para hacerse un inflado mito.

Lo que habría que pensar es cual es la relación entre los Papeles de Recienvenido y la Ley de Residencia, para encontrar el quid histórico en el que vislumbremos los contrastes entre el anarquismo inmigratorio- lumpen-pequeño burgués y extranjero- y el anarquismo criollo y metafísico- lumpen-terrateniente, gauchístico -, antiprogresista, pero auténticamente antirrealista. En el anarquismo nacional- vamos a imaginar esta entidad cuyo rótulo acuna un oxímoron que podría interesar al cadáver de Borges- Macedonio, bien visto, es la otra punta de Severino Di Giovanni, aquel a quien Bayer apodara con el sugerente eslogan del “idealista de la violencia”. Toda paradoja va a parar a Macedonio: ser anarquista e irigoyenista es la eminentemente política. Modo macedoniano de operar paradójalmente, ahora en lo político, para superar el dualismo del “Maximalismo” y la “Plutocracia”. De algún modo, la potencial presidencia de Macedonio hubiera intentado el insólito pero no obstante razonable montaje de un anarquismo irigoyenista. Lo que no puede negarse es si no una tácita alianza “convival” por aquella benigna época, por lo menos la admisión de que el régimen irigoyenista fue la fugaz primavera del anarquismo violento argentino. En la década del 30 con el advenimiento del primer gobierno de facto- la popular o indiferente dictadura de Uriburu- Lugones hijo es elegido como jefe de la policía. Desaparecido el gobierno del peludo padre bonancible, comienza a desaparecer de un modo estrictamente definitivo de la vida pública argentina el anarquismo. Acababa lo que parece una absurda y tácita alianza cuya juntura sólo es apodable con el insondable comodín-adjetivo de “macedoniana”; y en ese acabamiento y en esa escisión, encontramos a Lugones. Era la hora de la espada. Y a esa hora, Macedonio, irrecusablemente viudo, cuasi inédito, e incurablemente metafísico, se retiraba a su prolongada Siesta de pieza de pensión.

Di Giovanni era otro quijote pero en versión crudamente virulenta; un lector devoto que operaba a base de sus libros, entre los cuales encontramos uno también ubicable en la biblioteca macedoniana, el del teórico anarquista Reclus, anarquista pacífero a quien Di Giovanni en sus últimas horas logró tesoneramente editar y que vaya a saber por qué macedoniano diabolismo alentaba sus atentados y detonaciones. Lugones dejó el anarquismo por la policía; Ingenieros pasó del anarquismo a la criminología. Macedonio, dentro de los del ampuloso grupo de “La Montaña”, tuvo un desenlace después de todo menos drástico: de la anarquía avanzó a la gramatología. Grama o crimen, puede ser ésta la formulación radicalizada de un dilema existencial que se deja leer en el texto macedoniano, cuya resolución se llama escribir para no matar, que acaso haya pasado por igual por la cabeza blanca de su sosias en negativo al interior del tragicómico espectro del anarquismo telúrico, quien se decidió evidentemente por la opción contraria. Es el tema prudoniano-fucoltiano de la propiedad: para uno la expropiación plagaria- robarle a Quevedo y a Twain

-, para otro la anarcobandidista- robarle a la burguesía -. Di Giovanni no toleraba el anarquismo proposicional e intelectual de “La Protesta” al que bien podría haber sindicado- con ese término tan caro a Fernández- como mero “verbalismo”. Fernández redactaba su “protesta”, pero contra el “noumenismo”. Qué hubiera dicho aquel del campeonato de epítetos antiestatistas, del acratismo rococó que declamara a comienzos de la centuria aquel pasquín de cuya panza habrían de emerger al unísono el padre de su verdugo, el alienista Ingenieros- Lombroso autoctonal -, y el futuro hacedor de un anarcogongorismo cuyo sino sería la gramática confusa de Hipólito Yrigoyen. Góngora, Gorgias, Maquiavelo y Derrida confluyen en este destino perversamente nominalista y semiológico del anarquismo. Di Giovanni bregaba por la “acción directa”; Fernández- pragmatista nirvánico y extremista pero del quietismo- por la acción de omitir la acción (la Metafísica: “la acción intelectual que procura liberarse de la acción”). La escritura, empero, en cuanto concreción del “sin límites”, no cesa de ser un acto criminal. En la escritura el crimen se llama “Inexistencialismo” y la agresión- gramada- ya no afecta a los somas sino a los semas. La escritura, también- sustituta de la telepatía -, es un modo de actuar a distancia, política estética y metafísicamente; Macedonio tira bombas de papel cuyo impacto- la “conmoción concienical”- no afecta al cuerpo pues el cuerpo en definitiva no existe. Severino escribía en italiano, Macedonio en una autojerga de múltiples y dispares connotaciones. Ambos se forjaron un microcosmos funerario de marginación y desubicación, que, dispar en el medio- el crimen y el grama- fue común en lo suicida del fin, sea el suicidio concienical místico o el camicasismo terrorista.

Ciertamente un anarquismo quietista, criollista, metafísico, barrial y de evasión; por eso mismo, precisamente, no puede sino cobrar interés en estos días en los que si queda en este mundo algún “anarquismo” es antes que nada macedoniano, pintoresco nostálgico y nominal; y es allí donde su propulsor gana hogaño un buen número de entusiastas anoticiados de su simpática mitología de entrecasa. Con Macedonio- no obstante, y debe reconocerse- el anarquismo encuentra su ontología. Y no precisamente por ese balbuceo de cuasi reaccionario anarquismo “spenceriano” (aunque el fucoltiano fue tenido por Sartre por “la última barrera de la burguesía contra el marxismo” palabras más palabras menos), sino por aquello que podría pensarse que es lo que siempre está en esto que denominamos “macedonio”, el tema no tematizable, el asunto sin asunto de su texto: el arché, el poder. El poder- escribe Deleuze hablando de Foucault- aparece como afecto y lo que era espontaneidad y receptividad (palabrillas de una ordenanza cantiana) es afectar y ser afectado. El texto macedoniano es una arqueología sincrónica que prefiere, de todos modos, los “quietivos” de Schopenhauer a las “estructuras” posmarxistas. La arqueología macedoniana- no una geología textohistórica sino la logía del arjé- tiene los apodos de “Nominalismo de la Afección” o “Metafísica de la Afección” y si no es una “física de la acción” como la que refiere Deleuze, sí es una “Crítico-Mística” que espera ser una “Crítica del Ser” y cuya sintomatología se registra en el texto por ejemplo en la noumenopática diferencia entre saber (Metafísica) ser (Mística) y poder (Pragmatismo). Las relaciones de poder no son conocidas- narra Deleuze- e izan una dimensión del pensamiento irreductible al saber. Macedonio Fernández sobre el edificio en ruinas de la epistemo-logía cantiana texta su arqueo-logía. Donde hay noumeno hay arquismo y Macedonio patencia la anarquía, o sea la impotencia.

PRAGMATISMO INVERTIDO: FILOSOFÍA DE LA DESOCUPACIÓN

Hay un punto, de todos modos, en que Macedonio Fernández es el filósofo más pragmático de la historia: lleva toda teoría a la práctica⁴. Escribe y/o piensa teorías estéticas, escribe poemas, escribe y/o piensa una teoría de la novela, escribe una novela; escribe una teoría del chiste y se dedica a escribir chistes, gesto que resulta impensable en Schopenhauer o Freud (bien que el público “autoanálisis” freudiano podría tener algo de esta índole...), meros teóricos del humor que omitieron cualquier intento de práctica. Ahí se ve un resultado más hedoniano de la justa mezcla Schopenhauer-James: practicar el humor.

Conforme va descascarando el óntico resto biologista de su psicologismo bisono e inclinándose más por el proyecto literario el pensamiento macedoniano va pareciéndose cada vez menos a James y más a Peirce (al que es bien probable que no haya leído jamás- en principio porque tampoco era éste muy habituado de las casas editoriales-), sea por su insistencia en el continuo, por su obsesión con Kant, por sus reservas para con el pragmatismo *à outrance*, por ese enredo de nominalismo berkeleyismo y realismo del que resulta un cierto semiologismo (societal en el yanqui, acaso radical en el argentino), etcétera. Con Macedonio como hijo expósito y no reconocido, como bastardo esquizofrénico del Pragmatismo en su reverberar en la remota periferia, se hace carne la cachada originaria del “*Metaphysical Club*” que James junto a Peirce- según cuenta el mito- formaron y del que resultaría la institución de esta corriente que se hizo pasar por la filosofía del antimetafísico (o sea pragmático) Nuevo Mundo. Pero Macedonio, en una síntesis que es de su autoría y que podríamos considerar inmodestamente como argentina, da un tratamiento semiológico a la metafísica que- como bien lo ha advertido Germán García- se convierte en una suerte de Metafísica del Signo. Donde Afección y Motricidad se desadunan el Pragmatismo arroja lanzas a la Mística y ésta se aduna a la Metafísica. Allí se levanta la arquepática Metafísica de la Afección (“metafísico en cuanto anula la ligazón a un cuerpo”), que no es como la poderología que querría Deleuze, una Física de la Acción, sino una Mística (Física de la Inacción).

Macedonio mantiene la limitación de austeridad que impuso Kant, el señalamiento de la imposibilidad de la Metafísica de levantarse como Ciencia. Su regresismo metafísista no comporta un retorno al orden precantiano; se trata por el contrario de un manifiesto de protesta contra el noumenismo que hace del alegato de su “*Vigilia*” una especie de “*Martín Fierro*” pero contra la sujeción al fantasmagórico orden cantiano, y cuya estilística ultraísta se extremiza y enrarece y tensa las lindes que connotan el vanguardismo agroexportador y anarcofeudalista a los efectos de limar esa rebarba más o menos al mismo tiempo (pero por cuenta propia y tan distintamente) que Peirce y el neopositivismo vienés. Si Heidegger por las suyas concilia la metafísica con el pragmatismo, Macedonio podría hacerle hacer las paces al profesor de Friburgo con sus adustos contrincantes lógicos.

Pensar en James Macedonio y Marx será de algún modo pensar en la guerra fría (Marx-James), en imperialismo y colonia (James-Macedonio), en la tercera posición, en las viejas coordenadas Este-Oeste y Norte-Sur. Porque de algún modo la U.R.S.S. emergió de

⁴ Entre el “aprender haciendo” de la pedagogía pragmatista y el libro haciéndose de “nuestro autor” habrá que pensar una identidad de lo gerúndico y actualista. También, en el recurrido fracaso histórico de esta corriente pedagógica en la Argentina. (Puede verse en el pensamiento de Carlos Vergara, filósofo pedagogo contemporáneo a Macedonio, que la actividad es función de un plan ya trazado por la herencia en el organismo y es lo bueno, y lo divino- lo que le da, en este sentido, una dimensión teológico-metafísica- y la inacción es lo malo. En el pensamiento de Vergara- referido por Juan Carlos Tedesco- hay una notoria impronta pragmatista. Por su espontaneísmo, pero más aun por su extravagante desubicación y rotunda ineficacia históricas, interesa cotejarlo con Fernández.)

Marx, tal como el capitalismo imperialista yanqui de James. Están en la base, son, fueron, la “filosofía” de esos mundos. La Argentina jamás vio en Macedonio lo que estos vieron en Marx y James respectivamente. Fue la ilustración burguesa-aristócrata argentina la que miró como modelo platónico a la democracia yanqui, y fue la que como oligarquía se traicionó. Aquí estamos tentados de analizar el fracaso argentino como república y nación como correlato parejo del fracaso macedoniano como filósofo nacional y como pragmatista. ¿Resultado melancólico de codear fuera a Hegel para ir a escuchar las desoladas clases de Schopenhauer? El estado místico macedoniano- el pronominal esto, la matria macedoniana- a la vez que es el puro estado vegetativo de la voluntad sin representaciones de Schopenhauer, es igualmente la experiencia pura- materia prima del mundo, estofa de todas las cosas- que postulaba James; es un misticismo que a diferencia del que describe James carece de creencia, de divinidad, de religión, y de mundo (Macedonio unificaría lo transitivo jamesiano con el quietivo yopenjaueriano, ajeno a lo sustantivo. Un quietivo sustantivo sería el divino reposo platoniano...). Ese misticismo jamesiano era lo que Macedonio llama “unidad práctico-mística”, que tiene pinta de ser un emersonismo. Entre uno y otro hay el paso de lo premetafísico a lo posmetafísico. Para James el emersonismo y el budismo eran credos sin dios, el uno optimista, el otro pesimista; macedonianamente, un misticismo mundano o premetafísico y otro amundano o posmetafísico. (Macedonio da ciertas solucionabilidades orientales a cuestiones- por no decir problemáticas- contemporáneas y permanentes de occidente, pero en un *modus* que parece buscar una terceridad emancipada: como máxima, Macedonio hubiera puesto a América afuera de Oriente y Occidente, o por lo menos a *Buenosayres*.) El ociosismo metafísico resultante de la inoportuna intromisión de Schopenhauer en el pragmatismo ha venido a ser su impugnante hispanización criolla alardeada en máximas del tipo “jactancia de quietud”. Lo que primero ha menester el quietivo es desprenderse de la urticaria del “asunto”, aquello que emprende Macedonio en su estética, particularmente en su teoría de la novela. Asunto, esto es: las cosas en las que uno está ocupado: *πραγματα*. No hay otra ocupación que aquella que los vacíos efectúan sobre los vacíos, y en un país que viene esforzándose por hacer de la desocupación un estado de normalidad social no podemos sino percibir la actualidad- aunque oblicua- de esta premonitoria doctrina de su más justo filósofo.

EL PRESIDENTE QUE NO FUE

Si el tema del Estado fuese para Macedonio tan importante como el Amor, el furor inferido a Kant tendría par en Hobbes, quien siendo al Estado macedoniano algo así como Kant al macedoniano amor, es *empero* tratado con cortesía cuando se aparece en “*Vigilia*” como haciendo las veces del Pierre Menard del texto macedoniano en su estilo de nonsense a la metafísica y pastiche filosófico-erudístico. En los umbrales de ingreso a Macedonio difícil es no resbalar, máxime cuando se trata de pensar su “pensamiento político”. Porque si algo está en entredicho en este texto-mundo es eso que Hannah Arendt ha insistido en designar como la categoría política fundamental: la natalidad (por contraste, habría que pensar que la mortalidad es la categoría fundamental de la metafísica; y la doble abrogación, pues, el estatuto místico).

La diferencia entre Boedo y Florida, según demarcaba Álvaro Yunque, era que unos querían transformar el mundo- los “revolucionarios”- y los otros transformar la literatura- los “vanguardistas”-. Pero esto tampoco tiene sentido para pensar en Macedonio, más preocupado por el lema Campo-Ciudad que por el de Florida-Boedo, cuya síntesis

culminativa es no la sociedad sin clases sino la Ciudad-Campo y su paso previo parecería esa enrarecida revolución en la estancia que pone en acto su anarquismo textual y latifundista en el que convergen de un modo cómico-siniestro vanguardismo y revolucionarismo. Renta y Afección, lumpenismo latifundista. Dentro del “diabolismo” podría incluirse el ser rentista y vivir en pensiones. La renta en el lugar del Estado. ¿No es este, en el caso de cualquier filósofo- el lugar del principio, tácito, callado, sociológico- ¿económico hay que decir?-, el a quo, el cero, el suelo, el padre, la casa? En la “conquista” que maquina el Presidente, preciso es admitirlo, está mucho más presente la *Wille* de Schopenhauer que el *Geist* de Hegel, y aunque se trata de una política estético-revolucionaria, en esta conquista de Buenos Aires para la belleza y el misterio estamos en las antípodas de una simbiosis del tipo Marx-Nietzsche. En el lenguaje, es decir en la metafísica- se leerá más adelante- no hay más que emoción y absurdo; en la política, como metafísica “salida a la calle” (esa “novela metafísica” y esa “metafísica fantaseada”) los bandos “Enternecedores” e “Hilarantes” pretenden poner en acto ese sino de lo humano traducido en ternura e hilaridad. Una revolución como tal solo tiene de común con la que habrá soñado el freudomarxismo la impracticabilidad: en vez de emerger de la violencia y la lucha de clases parece hacerlo de aquello que la tradición inglesa (Shaftelbury, Butler) llamó benevolencia y entendió por la tendencia natural que hace mermar la conflictividad social sujeta a la intestina desigualdad que contiene, y de un eros enternecido- o sea sublimado- poco cercano a Reich. Mao se amigaría con Buda. ¿Podríamos imaginar una Argentina donde en vez de Perón hubiese ocupado su lugar vacante Macedonio Fernández? Leída la revolución macedoniana desde esta argentinidad flagrante bajo el dominio de la menemidad- si su ética es el cinismo, la estética del menemismo sería una vecina de la farsa y el grotesco, Versace loco y empanada- la política macedoniana se definiría como el arte de lo imposible, es decir la antítesis perfecta de aquello que Menem acostumbraba pregonar. A Macedonio le simpatizaba Pellegrini porque con él “habríamos experimentado si sin comedia se puede gobernar”⁵.

3

(Metafísica y metamística)

MATAFÍSICA Y METAMÍSTICA

“Quizágenio dice: ‘Los signos matan a las cosas: el traje de luto al dolor, el ir a misa a la creencia; la teología hace ateos’”.

⁵ Leer a Macedonio puede resultar un imposible borgeano pero que debemos factizar en una epocalidad propia de un presidente que lee a Sócrates. El presidente virtual, el artista de lo imposible, atribuía su pensamiento a los otros; el presidente real, el artista de lo posible, atribuye a Machado versos de Yupanqui. Son, sin embargo, los dos autores nacionales de páginas en blanco más reconocidos.

En una época del pensamiento cuya presunta cúspide cree encabezar una definitiva, final, “superación” de la “metafísica”- sea del lado de Heidegger, que la ve “culminada” con Nietzsche, sea desde la Secta de Viena, que cree loco a Heidegger -, ya finiquitada inclusive por las corrientes dominantes en nuestro país- positivismo, pragmatismo, neocantismo, y aun los marxismos -, un tardío y chaplinizado deudor de Schopenhauer, optimista por comicidad, payador del nonsense, va a hacer de la palabra “Metafísica” uno de los escasos apeaderos de su sincrético y excéntrico pensar, y con inactualidad nischeana e ironía socrática, y con displicente incredulidad criolla, señalará para las generaciones posmortem, además de la inexistencia de la muerte, la inflexible irreductibilidad de la metafísica.

El pensamiento para Macedonio es tantálico, y tantálica es su relación con el saber y con el conocimiento, su relación con la filosofía, y su filosofía. Es el tormentoso desplazamiento incesante y la diferencia continua del objeto su condena gnoseológica, aquello que Foucault ha sabido mostrar pero como impersonal o épico avatar de la “episteme”. El juvenil diálogo epistolar que entabla con su tía es prueba de ello. Es posible que en la risa empezadora de Foucault esté Macedonio; pero en su “solucionabilidad” el heurismo fucoltiano da la mano al sofista de Borges. Las melancolías e incurables cuitas de Borges no eran al fin y al cabo predominantemente “gnoseológicas”. Eran, en todo caso, “desesperaciones aparentes”.

En Macedonio “Metafísica” es primero que nada una compulsión a la crítica. Una compulsión- la “Crítica del Conocimiento”- que de consuno con su poética y su “Belarte Prosa” tejen esa “fantasía lingüística desconceptualizadora” como llamó con grato acierto Hugo Biagini a este esperpéntico estilo-método. Si la lira fernandeciana emite ecos que nos susurran connotaciones surrealistas y su Humorística más bien evoca al previo movimiento desimonónico de la bohemia francesa del “nonsense”, su “Crítica” de protesta contra el noumenismo y afines realísticos no por jocosa deja de ser por sobre todas las cosas un impulso dadaísta. En el terreno de la “Dialéctica” (“razonar la contradicción verbal ajena”) su desesperado procedimiento por contraglosación es de una cordialidad empinadamente menguante, un dadaísmo moderado. Ese dadaísmo filosófico es la protesta que gesticula Deunamor a lo interpósito entre él y Ella. “Metafísica” (“Crítica del Conocimiento”) es la diaporía fernandeciana: yuxtaposición y elaboración de las antinomias encontradas en el cotejo de los distintos textos de valor filosófico para Macedonio, y los intrínquilos más o menos personalizados e independizados de ese contexto histórico-lingüístico. “Mística” (“Crítica del Ser”) es la euporía: “solucionabilidad” y “todocomodidad concienal”.

Pero porque Metafísica y presente se excluyen, Metafísica y Mística, a la larga o a la corta, se revelan inmiscibles; entre una y otra hay una escisión infranqueable por la cual Mística no puede jamás ser deducida de Metafísica. La Mística, Vigilia, fuga del Sueño de la Historia, despertar de la trama intersubjetiva, Sueño de la Ciencia la Lógica y la Novela, Sueño de la Cordura, del Ser y la Razón, del Tercero Excluido, la Razón Suficiente, la Ley Causal, Sueño de la Demarcación, de lo Simbólico, del Morir y el Nacer, de Dios, de la Inferencia, de la Abstracción...La Mística es un ensí-parasí mudo que resulta de nada, una benévola facticidad más allá de la Deducción y de la Inducción. Mística aparece milagrosamente, y es la “solucionabilidad” macedoniana al dilema del conocimiento que dejó Hume y del cual nunca hemos podido (ni se ve que podamos) exonerarnos. Metafísica es un principio de refutabilidad ilimitada, un principio de imposibilidad de demostrabilidad, con el añadido existencial de una imposibilidad de credibilidad. Mística, por su parte, es arbitraria, antojadiza y caprichosa, y está más allá del principio de razón suficiente. Mística no tiene otra explicación que las tautologías, por lo que es sempiternamente diferida por la Metafísica. La Metafísica no puede más que abstraer lo abstracto; pero nunca fundamentar

la Mística. La Mística, por su parte, es la vigilia macedoniana y una vigilia salutífera, devenir-sano, única cordura curandera de la “Locura del Ser”; para Macedonio- froidista invertido- sueño equivale a binarismo- el teatro de la Representación- y esto a locura. La forma humana es el síntoma primordial de la enfermedad del lenguaje. Lo real es milagroso: simplemente está. Macedonio nunca lo reconocería por la veda de su irrealismo oligárquico: pero lo místico es lo real, y lo real es milagroso absurdo e imposible⁶.

“HAY KANT” QUIERE DECIR NO PUEDO

De la gnoseología fantasmática cantiana llamable trascendentalismo a la “ontología de lo impensado” denunciada por el archivista calvo, hay en el trueque del saber al ser, la metamorfosis de lo incognoscible a lo impensable. El nómeno torna tope ontológico del Hombre, cesa de ser tope gnoseológico de la Ciencia. Lo que era metafísicamente pensable, deviene antropológicamente impensable. Entramos en la trágica biografía del Hombre-Ciencia.

Lo que separa al clasicismo de la modernidad, o a nuestra prehistoria de lo que aún nos es contemporáneo, dice Foucault, es el hecho de que “las palabras dejaron de entrecruzarse con las representaciones y de cuadrar espontáneamente el conocimiento de las cosas”. El lenguaje- y siempre según el repetido cuento del camarada Foucault- pierde su unidad y se separa de la representación. La filosofía lo deja por la vida y el trabajo pero regresa en el efímero diálogo que el filósofo de las poleras consagró:

NIETZSCHE: -¿Quién habla?

MALLARME: - La Palabra.

⁶ Tres etapas tenía la mística española: purgativa, iluminativa, y unitiva. En Macedonio las dos primeras se reportarían a la Metafísica: *ασχησις*, ejercicio. De la primera a la segunda, el paso de la Abrogación de la Mismidad a la Todocomodidad Conciencial. Mística es la última: unitiva y silente. Secreta (*μυστιχος*: secreto). El ser no es. En Mística no rige el principio de no contradicción que dice que es imposible que algo sea y no sea al mismo tiempo porque está afuera del Tiempo y porque es, como el nómeno, imposible- pero para Metafísica -. El ser ni es ni no es: Mística es lo que en Hegel era el devenir pero sin dialéctica ni leyes respectivas; importa la abrogación del principio de tercero excluido. Si la Metafísica es esquizofrénica, la Mística tiene automaticidad psicótica y silencio afásico. La Mística es una fisis afásica y antiplatónica y la Metafísica su permanente *plus ultra*. Con el fracaso obstinado de Metafísica fracasan la referencia y la trascendencia (salvo en la recusada dimensión de la “practicidad”). Mística y Metafísica son dos autistas juntos, son dos insulares inmanencias. Pero meta-física, como más allá de los entes- *se sabe* por Heidegger -, no es una reflexión sobre el sentido de los enunciados de las ciencias fácticas, ni la pregunta por aquello que de momento la ciencia no pueda responder, dado que la ciencia- y nada escapa a ese destino- es inmediatamente metafísica. Ligada al ser y a su localía- ya la del ente preguntado como la del ente preguntante- contiene en su estómago toda pregunta y toda respuesta. Vale lo mismo decir que es tan propia del Lenguaje como del Hombre (elige tu propio paradigma); Heidegger narrará que es el acontecimiento fundamental del *Dasein*, con Kant, con Schopenhauer, quizá en definitiva- que pertenece a la naturaleza- en sentido ciertamente lato (críticos abstenerse)- del hombre, en la medida en que esa palabra pueda ser una traducción empobrecida o cínica del estar ahí. La Física no es el ente por el ente mismo, por lo que toda Física ya es Meta en cuanto ordena cosas diciendo lo que son.

El ser es decomisado al objeto, el lenguaje se fractura y amenaza encerrarse en sí, todo en el aparente redor de esa conversación fugaz entre dos muertos que jamás se vieron los ojos.

El ser en Macedonio sería en definitiva no más que una flatulencia lingüística. El ser es una palabra, la palabra ser; como si fuera la matriz o la medida de toda palabra, en el mejor de los casos. El existencialismo sartreano- podrá el improbable Lector conmemorar-reenviaba el ser al *an sich*, pero todo Macedonio parece la lucha sempiterna contra el desconsolado dualismo *an sich-für sich*, sobre la cual se cifra el haber de la existencia. La existencia es esa imposibilidad de coincidir con el ser; mas aquí lo que se presenta imposible es la alteridad que consagra el dualismo. Macedonio es en todos los casos inexistencialista. La “existencia” que él refuta no es la existencia existencialista, sino la del motor inmóvil, la del *summum ens*, la existencia como lo no consistente, tal cual enseñaba por aquella época a sus alumnos de la universidad de Tucumán el- autoproclamado- “filosofillo” hispanocantiano don Manuel García Morente. Y sin embargo el Macedonio que hoy tanto resulta tentador para la vindicación es aquel que supo también saltarse a esta otra existencia que en él se concentra señeramente en lo idílico-trágico. El ser es lenguaje; pero cómo nombrar lo que no es; pues no es ni no-es, sin regresar al vilipendiado nómeno cantiano, he aquí la tragedia gnoseológico-lingüística del vitgüenstein pampiero.

(El estado místico postmetafísico es un abandono del ser; indica callar, indica el silencio místico. Pero el estado místico premetafísico, la invisible soldadura de la unidad misticopráctica, supone un uso del ser mucho más que lingüístico. Sólo en la lejana comodidad de este estado el ser excede al lenguaje e incorpora a la cosa y hace de la vida social y el universo todo el gozoso uno del edipo materno.)

Sigue habiendo en Heidegger una seriedad del ser, aun con su desentificación, que triangula como Edipo *nuestra* vida, y nos empuja haciendo presión desde lo pasado hacia un rumbo marcado por él. El ser como sentido tiene *im primis* un carácter histórico y de estructura que nos agarra por todas partes, desde los otros a las cosas, desde el pasado, el presente, el futuro, pues es lo ontológico algo mucho mas sólido- y holósico- que una entidad verbal. En Macedonio el ser suele hacerse patente más bien como capacidad de comunicar (más allá del conato terco de nombrar lo innombrable), y así de inventar, que no como algo que habita la intimidad de *nuestra* simiente⁷.

FENOMINALISMO Y UTERUTOPÍA

*“A la seriedad ontológica le hace falta
un humor diabólico o fenomenológico”*
Deleuze

Como no lo era con Hume, el problema del conocimiento es en la modernidad el problema del ser. Vuelta al *cogito* pero sin el consecuente del *soy*, a título evidencial, sino en todo caso el de la *Néant* o la *Sorge*. La “reflexión trascendental” en la modernidad fucoltiana no encuentra su necesidad en una ciencia de la naturaleza como en Kant, sino en el oscuro doble de ese Hombre a quien Foucault escupe su ira inflexible. No que la experiencia de la naturaleza dé juicios necesarios, sino que el pobre hombre piense lo que no piensa. El

⁷ El rutilante “yoísmo al pedo” que Samuel Tesler hace confrontar con el almismo ayoico sería una acertada puerta de ingreso a la confrontación de Macedonio con el *Dasein* de “*Ser y Tiempo*”...

análisis trascendental de la fenomenología respecto del cantismo va de la posibilidad de una ciencia de la naturaleza a la posibilidad de que el hombre se piense, y respecto del *cogito* cartesiano, de conducir a una existencia apodíctica, a mostrar cómo el pensamiento puede escaparse de sí y encausar hacia una interrogación del ser. Pero si en el orden cantiano la ciencia imputa a la filosofía (al racionalismo como metafísica) de infundada y la reduce a su vasallaje, en el orden moderno acontece una inversión donde la filosofía quiere hacer lo mismo con la ciencia. La fenomenología no puede desprenderse de los “análisis empíricos del hombre”, al punto de que no deja de ser una descripción empírica de lo vivido (y acá pareciera aparecer la Metafísica Descripcionista, que empero no sería fenomenológica puesto que carecería de la posibilidad de sintetizarse sobre *cogito* alguno), y al mismo tiempo una ontología de lo impensado que quita la primacía del *pienso* (y aparece ahora lo *trágico* macedoniano, y la finitud que impone el Misterio, y a la vez la ausencia del límite que instaurara el *pienso* en la forma de la Autoconciencia, y con esto la lid entre lo finito y lo ilimitado). Pero si Macedonio se parece mucho a la fenomenología en sus tics y sus preocupaciones, hay que decir que *en rigor de verdad* es por sobre todo un antifenomenólogo. Si el archienemigo de Metafísica es el ingenuo y tautológico positivismo objetivista que hace de la experiencia un hecho mediativo y la confunde con el objeto (cuando es toda ella inmediata y neutra), es, a no dudarlo, el *φαινόμενον* el enemigo de Mística (agnosticismos, relativismos, historicismos, existencialismos, pragmatismos vitalistas). El *φαίνεσθαι*, aparecer, es como para el viejo Platón el insoportable velo a roer; la experiencia en Macedonio no quiere ser fenoménica. Pero levantar el velo de lo inconciente no es para él reflexionar en la forma del para-sí los contenidos del en-sí, ni una forma de la “ontología de lo impensado”. No es espiar por debajo de la pollera de la naturaleza objética, sino desnudarse desnudándola en la unión mística de Amor, absoluto final como el jegueliano, pero sin hartos fajos de abstrusas páginas, muda. Para el Macedonio místico ontología es de lo impensado, porque el ser aparece en la ruptura de lo místico y lo práctico; por eso es que hay que huir a desontologizarse. Y tal desontologización es para él sólo viable no en el estado místico del uno misticopráctico, ni en un pragmatismo no antropocéntrico, sino en el absoluto retorno inhumano a lo inconciente. De manera que este existencialista antiexistencialista, invisible para la briosa historia de la filosofía europea, y ocultado de la modesta y copística de la argentina, en un modo de anacrónica desubicación y rotunda ineficacia, ha tenido empero un ímpetu semejante a aquel del positivismo, pero sin conato de metafísica realista: disipar al hombre, esfumar al para-sí y al sujeto cognocente, abrazar lo empírico en plenitud. Aun cuando niegue la palabra inconciente, por considerarlo un afuera ingobernable, un agnosticismo noumenista, aun cuando levante toda su reflexión sobre el paradigma moderno de la conciencia, sobre la palabra “Conciencia”, el *ad quem* metafísico señala la negación de la conciencia, si es que esto induce siempre a una finitud, si es que es siempre lingüística, verbal, decidora, y así, como decidora y menguante, dualizadora. ¿Cómo se hilvanan Conciencia y Libre Experiencia? La conciencia en cuanto *für sich* o sujeto cognocente es un apriori que oculta la espontaneidad libertaria de la Experiencia. Esa conciencia expectante no es una voluntad de poder, más bien es un no poder ser voluntad. Esa conciencia percipiente tiene la pasividad de la representación empirista, no la actividad creativa y productiva de una Autoconciencia jegueliana. Esa conciencia percipiente no es humana, no es trágica ni voluntarista. Tal vez es ginemórfica, mujeril; tal vez teromórfica⁸.

⁸ (Lo concienzial

¿Que es la “Conciencia” en Macedonio? No es la Autoconciencia jegueliana. No es el espíritu cierto de sí mismo, la inmóvil tautología del *Ich bin Ich*, el absoluto Para-Sí (ese que encontraba un doble objeto, sí misma y el inmediato de la certeza sensible, y que tenía seguridad de sí sólo al superar aquello otro que se aparece como vida autónoma). Nada del orden del amo y el esclavo parece connotar lo macedoniano, sino todo lo contrario. Más bien parece ser un regreso al *esto*, referencia de aquella rústica y primaria Conciencia que señala su objeto como con un mero deíctico. Macedonio más bien en todo tiempo está alertando sobre el límite solipsista del “paradigma de la conciencia”.

Se dice que el objeto de la psicología de la conciencia era el Hombre Conocedor y el del behaviorismo el Hombre como Animal (el hombre indistinto del bruto decía Watson). Pero en Macedonio tenemos al animal por dentro. No al animal objetizado, puesto enfrente para ser estimulado con electrodos. La mística borra la finitud al mismo tiempo en que lo concienencial se ayoíza. Lo concienencial es un orden-¿un odre?- ahistórico, inmediato. Conciencia sin autocertidumbre, sin dualismo; es todo lo que se despliega sobre la Afección: percepción, sensación, raciocinio, dolor, amor. Más bien es un concepto negativo, puesto que en definitiva su neutralismo monista descarta el dualismo conciencia-materia. Es el odio a la materia, a la soledad del objeto, la necesidad de una paradoxa y una resistencia a la loca dominación de materialismos, objetivismos, modos de la flagrante alienación en la cultura, y modo pedante y grave (*loco*, en este caso, es bárbaro; pero éste es término que compete al dualismo sarmientino, machista, eidocentrista, alienado: loco) denominado criminalmente “ciencia”. Parecemos- siendo la conciencia así tan total- estar ante un cartesianismo ayoico, cuya certidumbre muy al contrario del estoicismo de Cartesio, es la Pasión. ¿Irracionalismo fenomenológico?

La síntesis de esas dos corrientes dispares en el tiempo no deja de convocar al misantrópico busto de Schopenhauer. Lo inconciente, ese destino, esa otra sombra, como la materia, vago fantasma, a expulsar: entelequia, abstracción, intelectualismo, congelamiento de la Pasión. El “inconciente” aparece ante Macedonio como noumeno (hay que pensar la relación herencial entre el noumeno cantiano, la voluntad de Schopenhauer y el inc. froidiano). Lo concienencial, sin embargo, tiene más del inc. froidiano que de la conciencia jegueliana o cartesiana. Freud escribía que en el inconciente no hay muerte; que la muerte es un concepto abstracto insusceptible de morar en él. Lo concienencial pareciera ser el registro immanencial del orden de la voluntad yopenjaueriana. El descripticismo se pretende irrepresentacional.

Para la psicología clásica de linaje empirista, lo concienencial es eminentemente cognocitivo. Macedonio, como sus secretos herederos fenomenólogos, sigue la huella cartesiana en la relación conciencia-conocimiento. El sujeto, para aquella, es un sujeto conocedor; el hombre un ser propiamente pensante. Se trataba de explicar la génesis del pensamiento. Ahora, en eso de la miscelánea de irrationalismo y fenomenología (porque si Macedonio hubiera figurado en manuales de filosofía de los años cincuenta sus metódicos autores no hubieran dudado en ponerlo en la grilla del “irrationalismo”) pareciera acercarse al “existencialismo” que inundó las librerías mientras el viejo hacía su estadía mística en las marfilicas pero guñaposas pensiones. Yopenjaueriano en su ascetismo irracionalista (un Sartre habría racionalizado el ascetismo pero igualmente y de modo simultáneo lo habría visceralizado). El amor anestesia al cuerpo macedoniano; Macedonio es el patriarca de una literatura sin cuerpo que ha dado prosapia en las letras argentinas, y del amorosismo marechaliano. Desde Freud, opuestamente, la conciencia ha comenzado a ser desconocimiento (desconocimiento de las cargas, de lo inconciente); y desconocimiento- platónicamente- es apariencia. Pero la conciencia psicoanalítica es yoica, es una función del Yo que en el primer Freud- arriesgo sacrilegamente- muchas veces parece confundirse con el mismo Yo (no conmigo, el Autor, se entiende...). (Freud liga al Yo con la Cc. hasta la aparición del modelo estructural- la santa trinidad Yo Ello Superyó- en donde aquel tiene un mayoritario costado inconciente y es visto como una parte del Ello modificada por la realidad exterior. Un Yo sobretodo inconciente y corpóreo cuyo “nódulo” radica en lo Prec. Cf. “*El Yo y el Ello*”. En la ontogénesis el yo es una configuración del ello a las puertas de la inminente realidad. En la filogénesis, el ello al contrario abreva del yo, de yos absorbidos del pasado.)

En ambos casos lo yoico es desconocimiento (por razones diferentes: perspectiva en uno, represión en otro). El psicoanálisis lacaniano ha relacionado la continuidad con el yo. El hiato, el vacío, la dispersión, el sinsentido, la emergencia disolutiva propia del inc., el significante, el lenguaje. En cambio la continuidad macedoniana es ayoica (si en aquel caso continuidad equivaldría a yo y a imaginario, para éste yo equivale a dualidad y a lo simbólico). Lo yoico establece la finitud y, en

El Hombre para Macedonio Fernández es Cósimo Schmitt. Extirpar la futuridad es extirpar al tiempo trial y finito. Al 3 del Edipo, al 3 de la *Sorge* (Presente, Pasado, Futuro), al 3 del Silogismo, al 3 de la progresión algebraica, al 3 del relato (exposición, nudo, desenlace). (El 2 marital no es el 1 sino el 0.) Pero la operación macedoniana por excelencia es la extirpación del inconciente. Es allí donde deviene cirujano. Doble extirpación: de un inconciente de estirpe fisiológica, de un lado deducido, de otro empírico, y de una conciencia gnoseológica y solipsística ligada a la finitud, la falta, a la espectralidad exclusiva e inespecular del otro, al fenómeno aparential, y al nouméno. La conciencia se inconcientiza, y el inconciente deviene “conciencial”. Macedonio nos dice: “el Individuo-Universo”, el “Cosmos-Persona”, el “Mono-Ser”. En Macedonio Fenomenología es Cosmología. Una Cosmología moderna, del Individuo. Cualquiera podría pensar que, como se supone que pasa en el mundo-texto llamado Heidegger, el mundo-texto Macedonio tira entre una superación de la modernidad y anticipo de su pos en la negación del Sujeto, y a la vez y en algún sentido un recupero moderno-posmoderno del orbe griego. No es mucho decir, pero así parece, o parece que se dice. Macedonio rechaza el “ser” pero desde una reflexión a partir de él, y recupera además el “Asombro” y el “Cosmos” (y el diálogo), y si se vio en su figura a un retardado presocrático abstraído entre los baches del asfalto hay que culpar entre otras cosas a algunos yeites antojadizos de su... “mono-jerga”; armadura para resistir – más pro ridículo que pro fantasía – los imperialismos del saber de turno, basados en el *principio de seriedad ambiente*. Pero tomemos las cosas en... serio: ¿en que medida no es un neopresocratismo toda la fenomenología? El relativismo subjetivo hace del sujeto Dios y de su representación un Universo. Cosmos dice Macedonio y *Welt* dice Heidegger. ¿Un Cosmos-Privado? ¿Un Micro-Cosmos? ¿Cosmos-Minimal? Toda fenomenología es tolomeica. En una suerte de involuntario punto de cruce entre Heidegger y Husserl, Macedonio propone una Metafísica de la Presencia pero sin Yo; esto es: una Mística. Mística de la Presencia - Meta-física mienta la Ausencia -, presencia continua, que no principia, en el identitario principio parmenídico. Presencia mística: sin sujeto ni sustancia.

Hay algo que acerca a Macedonio con la fenomenología entendida según Husserl; éste también tuvo su solucionabilidad sin margen de misterio pero le llamó acabar con todos los supuestos. Herencia moderna del Saber Absoluto, jegueliana del Saber Absoluto de lo Absoluto. Si con Hegel terminaba la historia de la filosofía, con Husserl la filosofía querrá dejar de ser aspiración, amor, y tornar Ciencia. Claro que Husserl aguarda un final

últimas, el orden filial y parental, la continuidad maximalista y reproductiva por la especie- orden yopenjaueriano-amacedoniano -. Sin embargo: ¿quién sino *nuestro filósofo* ha hecho en este país de y por el lenguaje un lugar de agujeros y nonsense?

Lo que no hay es apercepción. Un ser- escribe J. Ritvo- que pudiera registrar en el mismo momento lo que percibe y ser conciente de lo que percibe sería divino. Pero hay otro modo de escapar a la dualidad leibniziana percepción/apercepción. Es el macedoniano: hacer de percepción y conciencia sinónimos. Y es animal.

Lo inconciente se vuelve dérmico, se vuelve piel, pero sin cuerpo, se vuelve meros afecto y motilidad (como si todo tornara “acto reflejo”); lo conciente se independiza del “tiempo”, “realidad” y “exterioridad”; es decir- si tuviera algún sentido el irrisorio cotejo fúnebre con el mapa almático froidiano- proceso primario y proceso secundario se entrelazan, cobran simultaneidad. Si la conciencia. era- en la “definición tradicional”: la propiedad de conocerse a sí mismo y a las demás cosas, en la borración de esa dualidad la conciencia inconciencial se hace todoconocimiento en acto, o- lo que místicamente da lo mismo- ignorada insapiencia en calma chicha. El estado místico, como lo inc. en Freud, no tiene contradicción. La no contradicción no es tautológica; no tiene principio. Muda mística.)

jegueliano de la Ciencia en su sentido sustancial, y el sabio nacional sabrá a la larga que cualquier final de esa índole es un coronamiento de alguna Tautología. Sin supuestos no hay más que Silencio. La Fenomenología- decía Hegel en la reseña previa al texto homónimo- es una ciencia de la filosofía en el sentido de devenir del conocimiento, y en la Introducción dirá que llegó la época del pasaje del amor al saber al saber real. Como sabemos el conocimiento macedoniano no es sino lo contrario: abandonar el Saber en el Amor.

TAUTOLOGÍA Y ONTOLOGÍA: TONTOLOGÍA

“...una cosa es contar cuentos de los entes y otra apresar el ser de los entes. Para ésta última tarea faltan no sólo en los más de los casos las palabras, sino ante todo la gramática”.
Heidegger

Heidegger conferenciará sobre la coyunda de ontología y fenomenología, extricación que en Macedonio debe buscarse en la inexplicada ligadura entre su descripticismo metafísico y su ontología restrictivamente verbal. El descripticismo sería un enumerativismo de estatuto óntico- contabilidad de entes en su acaecimiento bajo el estado-fenómeno - pero que en virtud de ser inmediatamente lingüístico sería a la par ontológico. “Ontología” y “fenomenología”, términos severos codeados fuera de su léxico que preferiría (Heidegger y Derrida se abrazan filiales) la pronunciación contenta de “metafísica” y “escritura”.

La fenomenología para Heidegger más bien es un método y un proceso que conduce a la ontología, y es el modo en que es posible; quedarse en la pregunta- devoción del pensar- más que terminar con todos los supuestos y retener el humano *Weg*, camino, que en Hegel es camino pero hacia la ciencia y ya siendo ciencia. Pero en Macedonio, *como sabemos*, todo relato- Todo- se “descamina”.

El *λογος* como *Rede* permite ver algo mostrándolo. El ser es el fenómeno por excelencia. Fenómeno: lo que se muestra, el ser de los entes. En Hegel el fenómeno aparece como verdad de lo sensible y lo percibido, porque lo suprasensible es el fenómeno como fenómeno. Sacar al nómeno de su ocultación, sacarlo a la luz (*φως*), hacerlo *φαινομενον*, tarea de un acabamiento antiescatológico de la fenomenología. Después la Mística reniega del *Lichtung* o Iluminación del Ser; el ser opaca, oscurece. La “Visión Pura” es sin ser. Al querer fugar del ser el Ostesibilismo Inexistencialista es, en todo caso, una Nomenología; esto es, una Mística sin credo (el ser, credo de la Mística), sin Fe; sin credo ni prefijo.

No hay, menos que menos, ninguna épica concienical. Esa épica del Espíritu que es la Fenomenología al modo jegueliano es su antítesis. Novela del Espíritu ¿La Novela finalmente realizada no evoca al Saber Absoluto?

Conocimiento es dominio para la modernidad, conquista y cálculo; la primacía de la Teoría es simultánea a la de la Técnica. Recuperar la Teoría por afuera de la Técnica es un modo de volver a aquel lugar del sabio que Aristóteles bosqueja en el capítulo décimo de la “*Ética Nicomaquea*”. Es este antimodernismo- o si somos optimistas: protoposmodernismo- lo que lo apareja para dicha universitaria a Heidegger y lo afilia a otro club del despropósito como el de Kusch.

Uno recuerda que Heidegger se negaba a ser tenido por filósofo de la existencia, y es un gesto que sin embargo está lejos del aserto fernandeciano de “la existencia no existe”;

es la *Seinsfrage*, pregunta por el ser, el comienzo de su filosofía, y no el Hombre ni el reconocerse como nada en medio del vómito, como le pasaba a Roquentín. Lo que lo perturba es esas muchas maneras de decirse el ser que dejó fijadas Aristóteles en famoso pasaje de la Metafísica. Jaideguerianamente Dios, Materia, Bien, Sustancia, Idea, Acto, Conciencia, *Geist*, son, es decir, son-entes, y son también los hitos de una época que ha olvidado al Ser. *Seinsvergessenheit*, apretujada hilerita de letras que quieren decir que se ha olvidado al ser. Mas lo que Recienvenido olvida es su comprensión del ser; esto es, el ser-olvidado del ser. Olvida su olvido.

Se podría decir, la ontología no es más que una pregunta sin respuesta. Hay sólo una pregunta por el ser, por lo que el ser es (otra por lo que los entes son); pero como es un absurdo decir lo que el ser es, no queda más cosa para el saber que un plexo indefinido de ónticas.

El ser no tiene un sentido, sino todos los posibles. Lo que algo es (definición) es su al respecto del ser. Todo conocimiento es una jerarquía gramática. Todo saber *qua* saber, “engaño de la gramática”, por utilizar la blasfemia de los lógicos de la positividad. Al saber lo que algo es sin saber lo que el ser es uno vuelve al Sócrates ígnaro que nada sabía, ya que nada y ser jeguelianamente se mezclan y confunden. La Abrogación Radical de la Mismidad es incomprender al ser, y la única ontología una pregunta de respuesta tautológica: tau(tonto)logía. Si el tiempo es el sentido del ser, lo permanentemente presente está afuera del tiempo (*ousía* es presencia). Macedonio retorna a lo constantemente presente, lo continuo. Decir que el ser es una palabra también es una tautología y un absurdo. Comprender el ser es mantenerlo indecible; es un permanente estado preontológico puesto que definirlo es absurdo e imposible; ahora bien, definir algo (decir qué es) sin saber el ser del ser es un vacío sobre otro; empezar lo inempezable. Ergo, tampoco los positivistas lógicos pueden escapar del engaño gramatical.

La antropología jaidegueriana dice que es ese estar comprendido el ser (*Seinsverständnis*) el fundamento o esencia del... Hombre, aquel animal metafísico a juzgar por Schopenhauer. Con dos variantes: la preontológica que es como lo premetafísico (adunación de lo practicomístico), y una ontológica ligada no se sabe con que forzocidad a un modo de ser auténtico (que reniega de su mero carácter ético) contrario al quietivo yopenjaueriano y a la comodidad concienical. *Sein zum Tode*, castellanizado quizá de la mejor manera por Julián Marías como “estar a la muerte” (recuerda al “sentirse en muerte” de Borges). El aquietamiento (*Beruhigung*) (S T 206) es uno de los estados de la Caída.

Respecto de la Muerte, no queda más que mantenerse entre Macedonio y Heidegger: si la Muerte es siempre, permanentemente, una posibilidad, y nunca-permanentemente- un hecho, es pues imposible. No se puede estar muerto. Pero además es imposible- en el sentido clásico- porque M es No-M; porque es posible siendo imposible e imposible siendo posible. Otro rostro de la ambivalencia que desfunda la Lógica y funda la Locura.

¿Por qué dice Horacio González que Macedonio no tiene asidero? El ser no tiene asidero; no tiene asa, no puede asirse. La Cordura-del-Ser es tenerlo a la mano como un asa por la que los entes se manipulan: el Pragmatismo. Ese precipicio del ser que es la parca jaidegueriana tira un límite para controlar la inminencia de su Locura. La autenticidad jaidegueriana para Macedonio sería un acto o un modo de Beldad, presencia liminar de la Muerte. La Muerte estetiza.

Tautología, Ontología, Tontología, en fin... el Bobo de Bs. As., recordando al ser y olvidando su *Verstehen*, puede leerse como una alegoría de la universal tragicomedia filosófica.

(Un detalle de dudoso gusto: lo que no hay por suerte en Macedonio es la palabra “trascendencia”, fatigada por los filósofos de la existencia y célebre en el país donde el Estado torturó en su nombre, en la hora, ya que no de la Espada, de la Picana. Pequeñas gracias de una jerigonza mejor para la filosofía del extremo sur.)

EL AMOR Y EL CONOCIMIENTO

(*Odio a Kant*)

Mezcolanza de los tiempos, hablar de la “recepción” de Kant en Macedonio es un poco complicado, y mejor sería pensar en su “lectura” dado lo poco que le interesan la cronología y localía que presupone una “recepción”, y por lo demás Macedonio quiere codearlo, lo que no es muy buena recepción que digamos. Macedonio tiene en esto tanto sentido histórico como una planta. Reacción mejor. Esa gárrula historieta filosófica en la que aparece un deforme señor llamado Kant es solamente la insufrible novela de “los que creían conocer”. En el fracaso místico de la Metafísica Macedonio hallará la solucionabilidad humorística como *ad quem*, lo que quiere decir que dejará de tomar en serio todo aquello que gravemente enmascarado era *empero* crédito y tautología. En clara venganza, la aburrida historiografía filosófica nacional no lo ha tomado en serio, y lo ha pasado por alto (cuando sabemos que no lo era en lo más mínimo). En una época que tanto ha tomado a Nietzsche en serio y habla hasta por los poros de él, la omisión pertinaz de Fernández llamaría la atención si no fuera que estamos en la Argentina, un paraje inubicable que jamás ha podido terminar de comenzar a lograr *una filosofía*, pedido insignificante que le ha hecho Jean Bautiste Alberdi pero en vano. Alguna vez habrá que hacer el careo de la lectura nischeana de Kant- que aquí pasa por seria- y la macedoniana, tan asemejables, pues para el polaco bigotudo Kant también era increíble, y fue leído desde la creencia.

Dos que fugaron del pesimismo yopenjaueriano por un lado, y por otro manifestaron una aversión burlesca y despiadada a Kant, bajo una crítica de trazos apresurados, irónica, tan distante en uno como en otro de lo que hoy pueda considerarse como un gesto académico. Sin embargo, mientras todo Nietzsche- incluso hasta el hartazgo y la permanente repetición de lo mismo -, y su crítica a Kant, son la milanesa con papas de filas de profesores parejos, la de Macedonio- y Macedonio- es tomada con esa tonta simpatía piadosa con la que también se decía que Nietzsche era un escritor, como decir: un no-filósofo.

(Distintamente, la palabrita “Kant” aparece en Schopenhauer como la palabrita “Schopenhauer” en Macedonio y el juvenil Nietzsche. Schopenhauer se señala como el heredero e intérprete que traduce a Kant al lenguaje de la voluntad. Antes bien, magüer el afecto y reconocimiento, precursor que maestro. Su enemigo es Fichte)

Es la razón práctica, aquella a que concierne el conocimiento de la realidad nouménica en Kant. Antes bien Macedonio lleva la Libertad de la razón práctica a la teórica pero borrándola como razón y tornando al fenómeno nóumeno. Saca a lo incondicionado tanto de su noumenidad velada al conocedor científico, como del imperativo categórico de la razón práctica, y lo coloca en lo inmediatamente presente y en Amor. Habría que intentar dar alguna explicación de por qué Macedonio *odió a Kant*, especie de enemigo único que monopolizó su agresividad casi nula.

Es poco menos que nada aunque cierto decir que recupera el asombro y el ser de los griegos ante la duda y el conocimiento de la modernidad (Descartes, Kant: duda

gnoseológica), como en Platón, el *thaumazein* es un *pathos*. Pero hay quizás una simbiosis ser-experiencia. Macedonio pregunta primero: qué es ser, y qué es. Hay dos respuestas posibles: 1) el ser es lo que aparece: el esto inmediatamente percibido sin Sujeto ni Objeto, 2) el ser es una palabra: por lo tanto la experiencia inmediata y potente no es; porque el ser es lo apriorístico, el orden onírico del lenguaje humano, la representación. Ante tal dicotomía acaece el Misterio- orden de lo Trágico: es decir el lugar donde existe el *hombre* (lugar del desconocimiento según Foucault, de lo trágico según Hegel). La cuestión del ser reviste dos solucionabilidades. La “ontología de los afectos” (según llama Horacio González) introduce la cuestión cantiana del conocimiento. ¿Qué es? es la pregunta metafísica. Pero Macedonio no es realista ni idealista sino empirista topológico; nuevo postulado. Lo “conciencial” es del orden de lo empírico. Más que ontología tendríamos una gnoseología de los afectos, ya que ni ser ni ente tienen cabida. Aparecen en el desconocimiento: misterio y sueño: el no ente atribuye ser al ente representándolo. Un sujeto le atribuye forma a un objeto. Este es el modo en que es posible el conocimiento (científico) desde Kant; pero es una tergiversación, experiencia trunca: operativa y no perceptual e intesivamente evidencial. Podemos poner que no parte del saber (y la duda) sino del ser (y el asombro); pero el tema es el cantiano: el conocimiento. Para Kant el conocimiento de las ciencias empíricas es un hecho. Pero ¿cómo? dice. Hay que explicarlo. Macedonio al contrario duda: ¿es posible el conocimiento? El *Amor-Conocimiento* es un hecho y no lo es: lugar humano de la ambivalencia, lugar jegueliano de lo trágico. Lo que hay que explicar es *como es posible amarse*; es decir: *conocerse*. Amar es conocer. Superar por adelantado la tragedia nauseabunda del neocartesianismo sartreano. Por eso menos que ontología tendríamos una gnoseología de la afección. Conocer, mejor dicho: no ignorar.

Nunca olvidar que Kant era célibe.

El problema del amor en el sabio aborigen es el problema del conocimiento. Es, en este sentido, un platonista invertido, empírico: del eidos a la empiria. El lema cantiano y jiumiano es trasladado al problema de la intersubjetividad. Aceptado el sujeto moderno, átomo, individuo: ¿cómo el posible el amor, esa filia traslaticia contraontológica, en términos no de posesión, no de propiedad? La razón y la idea son adminículos inmanentes, ingredientes oníricos, mercadería apriorística. Sólo existe lo sensible, lo empírico. Si la *adaecnuatio* realista es una petición de principio, verbosidad atolondrada ¿cómo es posible ese concilio desde lo real mismo, sin la asistencia de la idea? Si hay cosas y si hay sujetos, estamos solos. O hay un Dios que adecue, o estamos como el Cartesio inicial. Si el amor es como el conocimiento cantiano (sintético *a priori*) es pues un usufructo del otro, es, tipo Nietzsche, una relación de amo y esclavo. Es una alienación del otro, un provecho. El otro cobra cuerpo de útil: naturaleza tecnizada, usurpada, profrica; pero desconocida (en sí). Se exige del conocimiento (del amor) lo que demandaba el realismo metafísico: su absolutidad. Pero a partir del empirismo.

Kant no sirve. La transacción no es amor. El resultado de Metafísica es la rúbrica del escepticismo jiumiano. En el mundo dualista de lo sintético *a priori* la solución ya la ha dado James; se llama *pragmatism*: agiorna y corrige al criticismo. El almismo ayoico es neutro, y el Amor un abandonarse al otro: conocer al ser amado es ser el ser amado. Esto es arrojar a lo real; esta es la Experiencia. El Amor es hacerse a lo real; hacerse real. Lo amado es real, y hacerse lo amado, realizarse. Amor es un acto.

Kant encuentra en el conocimiento: 1) “sensibilidad” (“receptividad”), 2) “entendimiento” (“espontaneidad”). Son términos que de todos modos insinúan a Macedonio. No existe esa dualidad de lo *a priori* cantiano y por lo tanto la “sensibilidad” no sería solamente receptividad sino más bien una comunión simultánea de receptividad y

espontaneidad. Eso es lo Intenso. Claro que tampoco es *a priori*. La “imaginación” en Kant (puente entre la sensibilidad y el entendimiento) es espontaneidad y receptividad. Algo de esa índole parece ser lo Intenso, lo que en todo caso- léase tozudez de lenguaje dualista; esto es: lenguaje- es lo existente fernandeciano. Lo macedoniano es lo imaginario, ya en el sentido cantiano como en el freudiano.

Como bien lo seguirán repitiendo los fatigados manuales, para Kant los pensamientos sin contenido son “vacíos”, las intuiciones sin concepto son “ciegas”. El estado místico es pues una ceguera. La Metafísica, un vacío sobre otro. El “conocimiento” cantiano, una utilidad expuesta de mejor manera por James (jeguización del cantismo). Más allá de su carácter de mera practicidad: es un vacío ciego.

Para Macedonio la realidad no tiene límites; están puestos, no dados. La Mística se formula por ahí como “visión pura” y sin embargo es, puramente considerada, afecto sin imagen, vaciamiento de todo Eidos.

En Macedonio el $\phi\alpha\iota\tau\upsilon\sigma\mu\epsilon\nu\omicron\nu$, lo dado, lo presente, lo empírico, lo aparente, en la tradición fenomenológica inaugurada por Kant, no es el alienarse la cosa en sí bajo las condiciones de su representación, sino que es justamente *lo incondicionado*, esto es, el *Unbedingte* cantiano, lo absoluto o en sí. No es un velo sino el reverso ondulatorio del noumeno. Concebir lo dado como fenómeno induce a dos filosofías: el (neo)cantismo, que restringe el “conocimiento” a la ciencia (sea mera convención pragmática utilitaria, o sea de lo contrario verdadero y universal) o el pragmatismo entendido como modo de comprender al mundo todo (en la episteme y en la praxis) a partir de una (aceptada o evidente) dualidad: un sujeto pensante y semoviente y un objeto potente y también manipulable.

De todos modos a la “Crítica del Conocimiento” le debería ser indiferente, pues está proscripta la afirmación del carácter patente, evidencial, real, de la Experiencia-incondicionada; puesto que afirmarla es condicionarla, es llevar su patencia (llamémosla así en vano “lenguaje dualista”) a Principio. Y la “Experiencia” no tiene “Principio”, no empieza nunca, no nace jamás, siempre está. No sólo no tiene origen: no tiene demostración, ni explicación, aunque la turbación del Misterio y la pertinacia de lo Trágico obliguen a adjudicárselos. Mística y Metafísica son como las paralelas: nunca se tocan. Se tocan en lo infinito dice la retórica. Y cuando el fénix del Misterio se reincorpora, se espera el acaecimiento de ese infinito en donde se empalman. Se espera infinitamente lo imposible.

En Kant “Crítica” y “Metafísica” simbolizan en principio a dos antagonistas inconciliables. ¿Por qué Macedonio las agrupa y las hace una y la misma? ¿No será que Metafísica aspira a ser una Metafísica *de la* Mística, es decir su fundamentación proposicional; esto es, un principio y una construcción positiva, pero sólo puede, muy al contrario, ser Crítica (del Conocimiento) en el sentido antes bien de destrucción, deconstrucción, y sin solución de continuidad? Crítica en Kant significa antes que nada conocimiento. Metafísica es la razón pura. En el desconocimiento Metafísica conoce para dejar de desconocer. El estado místico es el dejar-de-desconocer. Pero el conocimiento de Metafísica no es el conocimiento de Mística (incognoscible) sino el conocimiento de sí misma: de la razón pura. Metafísica es pura razón. Y es crítica de la razón, pura e impura. Lo trascendental no es conocimiento para Macedonio sino practicidad. Si se quiere: Metafísica es lo trascendente y Mística lo inmanente. La Crítica en Kant es un conocimiento de la metafísica, y la Metafísica en Macedonio una crítica del conocimiento. Crítica es doblemente su conocimiento y su- final- impugnación. En la metafísica no hay conocimiento; ese es el saldo del conocimiento de la metafísica en Kant, y del conocimiento del conocimiento en Macedonio. Claro que para Macedonio el conocimiento cantiano también es metafísica, tal como asentirá años después Borges. Crítica de toda la razón, e

irracionalización de la Mística. No hay razones para la Mística, como no las hay en la escritura. También en este sentido es espontánea; una generación espontánea.

(Mística, Crítica del Ser, es doblemente su conocimiento, su experiencia, su vivencia, y su impugnación como “ser”, un término, una metafísica)

La crítica es “la preparación indispensable para la institución de una Metafísica como Ciencia” (C R P 143). Sobre la Crítica la Metafísica recobra la “Experiencia” que no tenía como razón pura que era. Si cambiamos Ciencia por Mística y éxito por “fracaso” obtenemos a Macedonio. Esa metafísica científica tiene una “practicidad” por conocimiento, es decir una “eficacia” en términos de James; es decir que es del orden de la representación y es la relatividad del en sí al para sí. El sujeto y la sustancia vuelven en James a título de eficacia y método. El conocimiento macedoniano demanda como la metafísica racionalista una absolutidad de en-sí-para-sí. Pero lo real no es racional sino místico, mudo. La practicidad o el silencio. Lo sintético *a priori* es la petición de principio, la tautología. No hay *adaequatio*, no hay *concordantia* entre lo metafísico y lo místico. El conocimiento es incondicionado, y codea a Kant y a James. En Kant la posibilidad tiene que ver con lo *a priori*, aparece en la comunión de lo apriori y la experiencia. Lo *a priori* para Macedonio es “Imposibilidad” pues el conocimiento, como para los precantianos, tiene que ser realidad.

Kant elabora una teoría del conocimiento *a posteriori* de un hecho: el conocimiento científico. Cómo sucede algo que sucede. Kant explica *como* sucede el conocimiento científico del mismo modo que las ciencias explican *como* suceden las cosas. Schopenhauer lo trocó por el Por-qué, el *Warum*. Nietzsche preguntó por qué era necesario creer en la narración cantiana. Macedonio, James, Nietzsche, abordan el conocimiento desde la *radicalidad*. Por eso regresan a Hume. Tiembla siquiera por un momento el firulete copernicano. El hecho es el desvanecimiento de los hechos. No hay origen: el origen es el deshecho. Crítica (Blanchot *dixit*) es igual a desunir. La Mística es unitiva, la Metafísica separativa. Macedonio señala que toda unión es mística, que la metafísica- lo propio del animal humanizado- es trágica, propia de la separación, y, él le añade, separativa.

La Crítica del Ser suponía tarde o temprano su excomunión.

Kant: la cosa en sí no puede conocerse; pero puede pensarse. En Macedonio la Necesidad de la Metafísica es superar ese desfasaje entre el pensamiento y el conocimiento; si se quiere: hacer fenómeno al noumeno y noumeno al fenómeno. Pero esa Necesidad deviene Imposibilidad en tanto cuanto la Metafísica sólo puede pensar, no conocer. Y a la vez la Mística no piensa, conoce. Pensar a “Elena” sin conocerla es una forma de la Ausencia. La Ausencia es una forma de la Muerte. Noumeno es lo ausente. Es límite. Muerte. Se diría: la cosa en sí no puede pensarse; puede conocerse. Pensar en “Ella” es representarla. Su representación confirma su ausencia. Se representa en la ausencia. La representación es del orden del fantasma. En Macedonio no hay traslación de objeto a sujeto, no hay comercio entre *an sich* y *für sich*. El conocimiento es *revelación*. Muda, extática: mística. La abolición del “Tiempo” y el “Espacio” en Macedonio confirma el regreso al seno puro del noumeno. Lo afectivo macedoniano por eso escapa a la cantiana sensibilidad, tempoespacial y apriorística. Se acerca a la impresión jiumiana, pasiva, y que estaba fluctuando en la linde de lo subjetivo y lo objetivo, de lo puesto y lo dado. ¿Cómo afirmar, o dicho macedonianamente: cómo demostrar que la impresión imprime lo real tal cual es? El escepticismo en Hume doblega al empirismo. ¿Qué es lo que afecta a la Afección? Hay que suponer un desdoblamiento intestino en el seno de lo ayoico: la Afección se afecta a sí misma.

Como en Macedonio desaparece la pasividad de la Impresión jiumiana a cambio de la actividad de la teoría de la “Pretextación” esa Experiencia, sueño y centro del empirismo, insomnio de Hume, desaparece del campo de la ciencia (no hay ciencia objetiva, no hay

realismo empirista)- la ciencia pierde su en-sí, la realidad pierde su exterioridad, cosa que ya pasaba con Kant y después con Hegel, y después con el pragmatismo como cantismo jegueliano- pero se recupera en la Pasión con la Afección sin revés, sin adentro ni afuera. Puede resultar irrisorio que una cuestión de la Teoría del Conocimiento no sólo perviva- perplejismo cansado o estúpido- en la problemática epistemológica contemporánea, sino que se introduzca en un mero intríngulis marital; pero es ese mismo Objeto que no puede ser impreso y que si es impreso puede no ser Objeto, que con aparecer y desaparecer- entre el empirismo y el escepticismo de Hume- se vuelve Uno y Centro como Impresión que reúne y anula la existencia autónoma de Sujeto y Objeto, y tan luego se devuelve a su nouménica objetidad, el que ya no detenido en un Cuadro sino desplegado en el Tiempo desenlaza la dialéctica de la Idilio-Tragedia y a la par a la Escritura que objeta al Objeto (su existencia, su real realidad) al mismo tiempo que lo funda como si fuera un Padre-Muerto, un Amo-Fantasma, que con presentarse como ausencia es el vis, ya que no la razón de ser, de esa Escritura.

Más propiamente que volver a la metafísica precantiana, Macedonio vuelve a Dante. La dimensión de Elena es la de Beatriz. *Beatrice* era el símbolo del conocimiento de las cosas reveladas, de la Teología. El conocimiento es místico; se trata de una mística sin Dios, y sin Mundo; pero empírica. No el transmundo sino el antemundo, único continente de una Experiencia total. Revelación sin promesa ni futuridad. El Hastío es la experiencia de la imposibilidad de experiencia. El esplín, ciertamente, no es ni un existenciario macedoniano ni un tópico de su arte poética. La Angustia revela la posibilidad de la Muerte; el Tedio, su imposibilidad. Desaparecida *ad aeternum* la amada Macedonio quedaría cercado por el Hastío, sin Muerte y sin Experiencia. Menester fue abrir el Agujero, por el que la Muerte pasa. De esta guisa se viola- pero parcial y desviadamente- el imperativo del “sin Dios, y sin ser Dios” poniendo afuera del agujero a Ella. Que ya no puede ser experienciada en el estado místico sino en la angustia melancólica, donde la muerte es posible porque es real. Ella tapa el Agujero; esto es: ocupa el lugar de Dios (Macedonio olvida lo que Metafísica le grita: “¡vacío sobre vacío!”). Lugar sin lugar, lugar amundano; antes- por decir así, forzando una temporalidad, vicio del “lenguaje dualista”- antemundano; ahora transmundo. Siendo Dios nos agujereamos; teniendo a Dios tapamos el agujero. De lo animal pasa a lo divino, en un cristianismo invertido, porque Dios es Ella. El animal sin oquedades, desagujereado por Pasión, abre el agujero para esperarla. El Estar-Agujereado es estético, es lo propio del orden de Belarte. La “Metafísica del Agujero” como le decía Foix, si existe, debe de encontrarse en esa tapa. La espera es metafísica; precantiana metafísica.

Para Macedonio toda metafísica es del agujero, es el conato necio de tapanlo con otros agujeros. Por eso hace de lo agujereado una Belarte. Mística es el interior del agujero, donde, efectivamente, no hay agujeros. Es estar lleno de vacío.

MISTERIO Y ESPERA

Misterio es por momentos Malestar, por momentos Melancolía.

Hay que analizar: 1) el Misterio es negativo y positivo. La todoconocibilidad de la Metafísica lo aborrece (es ametafísico dice). El rechazo del Misterio en Metafísica se torna aceptación y vindicación en la poesía del pensar en Belarte, etc. En su negatividad y desde el punto de vista de la Metafísica es el acaecimiento simultáneo de Imposibilidad y Necesidad y persevera en la Necesidad e Imposibilidad de la Metafísica de darle derecho a la Mística.

2) Hay ciertamente una ética o una estética del Misterio. Misterio es dos cosas: a- descriptivo: un estado, b- prescriptivo: un deber ser, un imperativo. a) La existencia nunca está completa y se busca una completud: acaso la completud del vacío: el lleno-de-nada de la Mística. Como lo absoluto no es saber absoluto sino silencio, el Misterio se torna una condición de la vida. b) Esta ética y/o estética del Misterio es lo que lo lleva de la filosofía a la literatura. ¿Cuántos filósofos podrían propugnar una ética del Misterio? Tipos que viven tratando de explicarlo todo y sintetizarlo en un sistema. El Misterio no es simplemente un agnosticismo. Quizá el Misterio sea el segmento que traza la oscilación de la Melancolía a la Mística. Han sido más bien no los filósofos sino los escritores lo encargados de encomiar y además ejercer y provocar el Misterio. Borges, Kafka, Michaux, Ionesco...pero la lista puede de ser enorme. Contrariamente al filósofo el escritor es el que insinúa. El filósofo – dentro de este espacio tópico – es aquel que busca suturar definitivamente el misterio inicial. Ya lo dijo Aristóteles: en el origen de la poesía y en el de la filosofía radica el asombro. Sólo que la poesía no cesa de mantenerlo y la filosofía lo aborrece. Es Cortázar su continuador más o menos intencional en esta eticoestética del Misterio. Lo toma doblemente de Macedonio y de Kafka. Y con el aval de Borges que es quien consiente al primer Cortázar- el metafísico-fantástico, el estético- y hasta lo instituye- años más tarde- con un puesto en la Biblioteca-Borges. En la Ética del Misterio se trata, finalmente, de conservar, siquiera intermitentemente, digamos mejor, de hacer aparecer, un resto de ignorancia; fisura que señala el escalón de lo humano. Una oscuridad, una sombra, una humana sombra- don del cuerpo y sus lindes- proyectada sobre el saber absoluto, sobre la divinidad, sobre el sabio y colmado silencio de la mística, sobre la naturaleza.

Ante la luminosidad de la Siesta Evidencial, instante de la Todoconocibilidad (sabemos que por lo menos desde Platón luz es razón conocimiento y verdad), la ética del Misterio es el recupero de la relatividad y la incertidumbre (antecedente – ya que estamos – de lo “nocturno” en Sabato, quien lo hereda antes bien de Jaspers).

Así como el Misterio es ametafísico, es también apragmático, a juzgar por Rorty: “Platón, Aristóteles y el monoteísmo ortodoxo insisten en la sensación de misterio y asombro ante poderes antropomórficos pero no humanos. Desde el punto de vista pragmático, esa indeseable sensación de asombro no debe confundirse con la deseable toma de conciencia de que hay muchas cosas que los seres humanos no podemos controlar (...) La gran diferencia entre una sensación indeseable de humildad y una sensación deseable de finitud es que la primera presupone que ya hay en existencia algo mejor y mayor que lo humano. La segunda únicamente presupone que existen cantidades de cosas que son diferentes de lo humano.”

Lo que sabemos es que en Macedonio el Misterio humaniza, hace recobrar la forma idílico-trágica de la vida humana, del tiempo humano, pues instala una irreductible imposibilidad e incompletud que desvanece el mero estado místico deshumano. Lo que vemos en Rorty es la sed jegueliana del Hombre-Amo que sabe ahora que no hay orgasmo definitivo, ni control permanente. En el caso de Macedonio- no en la metafísica griega- lo que empuja al Misterio es el acaecimiento de una Incomodidad (una facticidad que ha menester de una acción- por ejemplo intelectual- para ser ahuyentada) que no la certeza o intuición de una existencia sobrehumana. Es- como en el caso pragmático que pone Rorty- la viva presencia de lo diferente de lo humano que inclusive es el origen de lo humano pues lo iza en su emergencia. Pero si en el argentino el Misterio tiene la forma de una epifanía súbita, en el norteamericano tiene la forma de un todavía falta que es parcial y provisionalmente suturado con la portación de una “esperanza” de que las precarias herramientas actuales sean en un futuro menos inadecuadas. Y el todavía falta y la esperanza macedonianas eran de rencuentro póstumo con Elena.

La muerte de Elena lo regresa a un universo humano y divino; pero divino invertido: Dios es Ella. Elena ocupa el lugar de Dios. El hombre sin Dios, el hombre de la pasión inútil, el hombre finito, desgarrado del tiempo de las cosas y de la divina eternidad, el hombre de la existencia, paria y maromero, que oscila permanentemente en su borde, su inexorable y venidera inexistencia, es aquel azorado ante la patente y prepotente evidencia de la Muerte, en la fuga de Dios. La Muerte es el vacío dejado por Dios. Pero aquí no hay Dios como no hay Muerte: se puede vivir sin Dios y sin ser Dios, dice Macedonio desacreditando de antemano a Sartre. Pero el Macedonio *postmortem* recupera un Tiempo. Un tiempo histórico, es decir un tiempo con sentido, es decir un tiempo divino. Abandona esa naturaleza, el hogar místico de lo inmediatamente percibido, a cambio de la espera. La historia- recuerda Umberto Galimberti - está medida por el tiempo de la espera. El tiempo se hace historia con la aparición de Dios, se hace espera de un plan a realizarse; cobra sentido. La vida de las plantas, decía Galimberti, no tiene sentido; la tiene la del hombre con Dios. Con Elena presente y desocultada, lo actual y lo sentido; con Elena oculta y ausente, lo futuro y el sentido. Abandona lo sentido por el sentido. De la insensata suma de horas, de acontecimientos, de azares, a un tiempo sensato. La Naturaleza vuelve a ser Tierra. Este Macedonio tiene ahora algo de la estructura de un Proyecto-Yecto.

Otra inversión macedoniana encontrada por Germán García es la de lo futuro como pasado. ¿Indica esto al contrario de un retorno al Sentido cristiano otro al tiempo cósmico cíclico y natural de los griegos donde conocer es recordar?

Dice Foix: “La vida era de este modo la auténtica espera, una forma pura de la espera, que se comunicaba con todas las otras esperas, con todos los otros que están solos y esperan y configuran una sola espera esencial e intemporal”. Según Foix la Metafísica del Agujero es un descenso autocirculatorio pero sin autoencuentro, que no es un aislamiento pues, no por arriba, donde los yos se diferencian en la individuación, sino por abajo, hay una comunicación con todo el universo. Recordemos aquel gráfico filosófico de la hilera de montañitas cuyas solitarias y escarpadas cúspides son los yos y sus lados o laderas se hallan interceptados como conjuntos, base común que acaso sea la meseta de lo Práctico-Místico, espíritu de la tierra en el que abreva el Hombre de Corrientes y Esmeralda, o bien un acaso transhistórico estado de abandono, que siempre hay un Lector a la espera que borra a la materia y a la historia en el acto de lectura y se recupera en su instante extático de un haber sido abandonado ya no por Dios sino por Ella. Entonces ese otrora aislamiento de la escritura es un reencuentro hogañero y leyendo.

(Siempre provisorio)

AFECCIÓN Y COGITO

¿Qué es la afección? se preguntaba *monsieur* Bergson. Su respuesta era un poco esquivia; creo, de todos modos, que es esta: a diferencia de la imagen, que es percibida, la afección es sentida; la afección es interioridad y subjetividad porque está en el cuerpo; la imagen no. Bergson las reduce a la acción, a las acciones en su carácter doblemente real y virtual. La tesis (macedoniana) de su autoexistencia y de su carácter inextensivo (palabra del señor Bergson) es tenida por “especulativa”. Invierte, asimismo, la prioridad temporal: es primero la percepción (que es de orden objético, extracorporal; está en el objeto), segundo la afección. Sin exterior-interior, objeto-sujeto, la afección macedónica, al contrario, torna

un entre originario, definición sin embargo espúreamente inmacedoniana, pues aquella es señera, vale decir, es entre sólo medida con su superestructura ficticia: yo, los otros, etcétera. La percepción es ya superestructura, oniricidad, dado que supone la ilusión del objeto. Todo fenómeno se sustrae a esa Afección que es como el pienso cartesiano, todo. Pero un *cogito* de nadie e irreferencial: anárquico. Primera tesis de su anarquismo cósmico: al almismo ayoico no tiene propiedad. Hay un pensamiento, el almismo, monismo neutro, y el resto es *flatus vocis*, ficción. El almismo es el límite místico que se le aparece, de vez en cuando, al nominalismo. La existencia es la más necia de las ficciones (esta palabra, sabemos, es borgeana, no macedoniana). No hay personas (sustancia boeciana individual-racional) hay personajes (de ahí la urgencia de la novela como género discursivo). Deunamor, en “*No Toda es Vigilia*”, demuestra la falsedad de la mayor y primer tesis cartesiana: que para pensar es necesario existir. Deunamor no existe y “*No Toda es Vigilia la de los Ojos Abiertos*” es su pensamiento. Es esta la corrección de Macedonio al cartesianismo.

Anticartésio: lo oscuro e indistinto embrolla la dialéctica del escribir y el pensar; y, no obstante, no hay un autor más cartesiano que él. Baste, simplemente, pensar en tres mutuas obsesiones: el sueño, la locura, la soledad (solipsismo).

En Macedonio la “Afección” juega el papel de la voluntad en Schopenhauer, la reemplaza anulando toda la viril, activa, connotación fanfarrona de este término por la de “afección”, que suena a receptiva y que en Freud, más o menos, es lo opuesto a la “motilidad”.

4

(Ni civilización ni barbarie)

LA LITERATURA DE UN ABOGADO

En el treinta Molina y Vedia, urbanista y anarquista digamos así utópico, con quien Macedonio emprendió la expedición al Paraguay, escribía en su libro “*La Nueva Argentina*”- según refiere Horacio González- que todo aquello que destruya a la abogacía- entre otras cosas- es muy ventajoso para la Nueva Argentina.

Llama la atención- en realidad no- que siendo abogado y juez (*o.k.: fiscal*), y a sabiendas de que teorizó sobre todo, a Fernández del Mazo poco le importó llevar a cabo una filosofía del derecho. Lo que no hay: Tribunal de la Razón. César Fernández Moreno- también escritor-abogado además de macedoniólogo macedonista- escribió cierta vez que ser abogado “es la manera más intensa de ser argentino”. Argentinismo, abogacía, e intensidad, tres palabras de la macedonidad, y sin embargo su juntura en esa frase parece ser cabalmente amacedoniana. Inadmisible para aquel. Argentinidad del “falsete”, fracaso literario, triunfo del buró. ¿Abogacía/Literatura son un par trágico como Metafísica/Mística? “De la Abogacía me he mudado; estoy recién entrado a la Literatura y como ninguno de la clientela mía judicial se vino conmigo, no tengo el primer lector todavía”. Es que la Abogacía parece aparecer como el opuesto de la Literatura. En ésta no hay Ley, no hay límite. Y es, además, lo insolemne- en una línea en la que lo querrá seguir César Fernández Moreno -. “¡Muchas gracias!, dijo la Abogacía; ¡Nadie me asuste, dijo la Literatura”. Mudarse es el trajín más propio de Macedonio. Las mudanzas son un abandono

y una huida. Macedonio pasa de un fracaso a otro, de la falta de clientes a la de lectores; Abogacía y Literatura se excluyen, como Política y Metafísica. Un presidente metafísico es un cuadro cómico, poner una cosa donde no va; lo risible para Schopenhauer.

Grosso modo, parece, no está mal decir que el siglo XIX argentino es el siglo de una política bélica, marcial, así como el siglo de una literatura política. La política está dominada por la guerra: violación permanente de los pactos y los urgentes órdenes jurídicos levantados y derribados seguidamente y a los apurones. La literatura es una literatura política: literatura de ocasión, literatura menor, literatura dominada por lo cruento, álgido, de la guerra política. El escritor profesional aparece aquí con el siglo XX. Borges y Macedonio sean quizá la negación más firme del siglo XIX en el sentido susodicho. Negación en los dos puntos: 1- de la literatura política, 2- de lo violento, de lo sanguíneo, en general, y de la literatura vital y violenta. Afirmación de la “metafísica”. La “literatura” pierde la política y recupera la metafísica. Recupera aquello de que fue privada por el orden del siglo anterior. Recupera aquel patrimonio de la literatura europea: por ejemplo la filosofía sin más. Sea por el ludicismo en Borges, sea por el sinsentido de la historia en Macedonio, la literatura se vuelve ascética. Macedonio será sin embargo el paradigma del escritor no profesional, por lo que en ese sentido cobra un lazo con los del siglo anterior. Borges- al contrario- síntesis y superación de Macedonio y Lugones, será como éste último el homero autóctono, pero sin cuerpo y sin política: macedoniano, ascético. Macedonio es homónimo e hijo de un militar; pero su padre brilla por su ausencia. El padre de Borges no. Borges recupera el cuerpo perdido a través del libro. Y el libro y la biblioteca es en él el legado paterno. Su padre- también homónimo- lega en él a la vez a Macedonio (esto es: la falta de cuerpo) y a la biblioteca: su recuperación final. Lega asimismo la ceguera. Principalmente, el cuerpo de Macedonio es Elena. En Borges queda- y quiere quedar- la añoranza de haber perdido ese cuerpo guerrero de sus “mayores”. Ni la charretera ni el coraje; Macedonio, la biblioteca y la ceguera. La guerra sigue a la vuelta de su casa; pero para él se perdió con el cuerpo: mezcla de biblioteca y ceguera, vuelve hecha épica, tardía, obsoleta. El Borges nacional fracasa como texto a partir de “Cuaderno San Martín”. Comienza a aparecer el Borges-Torre de Marfil. El tema nacional en ambos sigue estando: en Borges es un deber primero y un fracaso después, y más tarde una insinuación; en Macedonio es una simpatía. Lo que queda de político es el tema nacional. En Borges es épica, no lucha, no libelo; en Macedonio menos: simpatía. La aparición en la escena del peronismo es simultáneo y condicionante de la radicalización del silente retiro ascético de ambos (no hay ironía en la palabra radicalización). Borges, claro, esconde el cuerpo, pero disemina los libros. Cuando cae el peronismo de alguna forma Borges vuelve a la escena política: hecho libro. Homero en las dictaduras, y homero luego en el imperio mediático: todos escribieron, y todos escribimos, peor que Borges. Regresa a la materia como libro y estatua. Pensar en una estatua de Macedonio, en calles, salas, corredores, llamados “Macedonio Fernández” nos daría gracia: a nosotros y a él. Macedonio- y en esto somos fielmente coherentes- sigue inexistiendo en el espacio (a dios gracias). En el espacio público al menos: televisión, pasquines semanales para el ama de casa, escuela primaria.

Contra el *cross* en la mandíbula de Arlt- que se prolonga incluso extraliterariamente en Viñas -, un *cross* a la Lógica, ni siquiera un *cross*, un cosquilleo por el que sus Principios basados en el control de esfínteres se dilatan con dejar pasar la risa como un súbito y laxo acceso de colitis. Metafísica y carcajada, contra política y violencia, cuarteto que levanta dos tradiciones, dos cánones que signan nuestro escribir. Nominalismo o cinismo, mansedumbre o brío, Borges o Arlt, son un par antitético que acaso prosiga, pero con más efectividad, el sueño del par Florida-Boedo como fundatriz edad dorada.

Realismo novelístico en el fondo “ingenuo”, contra genuina artisticidad metafísica e idealística, pero con chaplinesca “candidez” de acínica infamiliaridad. Ingenuidad

filosófica o bien candidez realística, dos vacíos sobre vacíos sobre los que nuestra literatura querrá comenzar a escribir. Pensar qué puede de alguna u otra forma ligar a Macedonio con Roberto Arlt no es tarea fácil, salvo para nuestro rebuscado ingenio. Pero hay algo: tanto en uno como en el otro caso estamos ante dos inventores ineficaces.

Acaso en la distinta índole de sendas invenciones ineficaces y disparatadas se cifre la distinta índole de entrambas novelísticas. Las de Arlt y las de Erdosain pretendían objetivarse, tornarse reales, y eficaces, puesto que su fin era el dinero. Las macedonianas- el problema de Macedonio no es la falta de plata sino de tiempo (para meditar y resolver el “Enigma del Universo”- pero que en definitiva podría ser de dinero habida cuenta de que, a diferencia de los profesores, era un filósofo *ad honorem*-) tenían más un fin “hedónico” que “realístico”. Pasa lo mismo que en la escritura: Macedonio da “escritura loca” no personajes locos. Arlt da personajes locos no escritura loca. Erdosain es el “loco” por querer llevar a cabo, entre otras cosas, esos inventos; en cambio los inventos macedonianos son locos *per se*. Acaso una estética del fracaso esté en ambos presente sino en la generalidad de *nuestra* literatura...

Se ha dicho que Arlt es un adelantado al infierno sartreano. Es entonces (seguiré la adjetivación de Tomás Abraham) un escritor bajo. Macedonio es, mejor, un escritor flaco. Lo visceral, lo sórdido, lo sexual, lo económico, la vida cínica, el crimen, la estafa, son lo que Arlt hacer emerger y lo que Fernández hace desaparecer. Es Borges, en todo caso, quien une a estos dos, al arrojarlos de su parnaso más o menos por la misma época, y dejarlos del lado del mal gusto, de la escritura mala. En Borges asistimos al disimulo de la locura: ni personaje loco ni escritura loca.

DE LA MARIPOSA AL CUERPO Y DEL CUERPO A LA MARIPOSA

“La pluma no se debe “empuñar”, se debe suspender en la línea de la cabeza al papel”...

Quien escribe es siempre un precursor precursado, y se ha abusado y abusamos con puerco goce de esta lógica temporal de la literatura historiada. Macedonio fue un existencialista adelantado, doblemente desubicado y renegado, se dice, decimos, no sin tino alguno. Que el cuerpo fue una de las más frecuentes excusas de su cavilar, y que lo hizo paralela y anteriormente al somalogismo existencialista europeo, lo han recordado a su tiempo, hasta donde en este instante recuerdo, Fernández Moreno, Foix, Piglia. Lo que sus detractores recordaron (Viñas, G. García) es que el cuerpo se le presentaba para ser expulsado. Cómo no pensar siquiera por un instante a Viñas como un No-Macedonio cuando no olvidamos que su desmonumental historia de Sarmiento a Cortázar está regida por la lógica del Pone y Saca del Cuerpo y a favor del Pone (donde Pone es Política y Saca es Metafísica). Su marxismo quizá más nischeano que sartreano es por esto mismo un recupero del optimismo por el cuerpo (Nietzsche) y no por el humor (que es desvanecimiento de la materia) (Macedonio); más precisamente por la Ira que por la Risa. Fuera del volumen, del cuerpo del Libro (que es el cuerpo borgeano- y por ende metafísico- de la literatura) Viñas trata de rastrear un cuerpo anterior que es político. Viñas pone además ese “cuerpo” en la historia como apriori categorial de su exotopía porque sabe que en su objeto falta; pero donde no falta es en Macedonio. En Macedonio falta el cuerpo pero no el “cuerpo”, así como en Sarmiento- y los otros colosos predilectos que hicieron de la

Pluma Espada- no falta el cuerpo pero sí el “cuerpo”. En Macedonio no está presente ni el Cuerpo-Libro borgeano- por el cual el Ángel de la Cultura se devuelve a la madre materia- ni el cuerpo casi vuitmaniano de Viñas, pero está presente un “cuerpo” que está ausente en el pensamiento y la literatura argentinos en los que Viñas hurga. Macedonio habrá querido ser Antilugones; pero Viñas Antimacedonio. Los años treinta fueron para Lugones la Hora de la Espada; para Borges y Macedonio comenzaron a ser la hora de ascender a la Torre de Marfil donde la Pluma y la Palabra recusan su espadidad; para Borges el filo de su hoja será la ironía de la antilogía, de papel no de metal, el Lenguaje como Metafísica y la Cultura Universal como morada; para Macedonio ni la Espada ni la Palabra, el Silencio. Para Macedonio la Pluma jamás fue Espada. La materialidad de la escritura, como prolongación del cuerpo, acaece con ser borrada en la inmaterialidad de la lectura y en la desmaterialización del chascarrillo cósmico. La Pluma puntualmente es eso que da cosquillas. La escritura como pluma roza al cuerpo y ese rozamiento es lo que demuestra que la materia en su eficacia es solamente un motivo de risa. ¿Por qué Hobbes está a las puertas de “*Vigilia*”? Tal vez lo que comparte con Macedonio es la escisión Palabra-Espada, que puede equivaler a Metafísica y Política. El Estado Máximo contra el Estado Mínimo pero también dos formas de nominalismo que se empeñan en olvidar que la Palabra es otra forma de la Espada, así como la Política es la continuación de la Guerra y no de la Metafísica, que es la continuación de la Nada. Olvido de un Recienvenido.

Pensar en el Cuerpo tiene varios sentidos. Yo puedo pensar en Roma sin estar en Roma como estar en Roma sin pensar en Roma. O estar en Roma pensando en Roma, síntesis viñasiana pero respecto del Cuerpo. Irse del cuerpo para pensarlo es lo que haría Macedonio. Regresar pensándolo, Cuerpo como sujeto objetizado y objeto sujetizado, puede ser el punto de partida del presente hacia el pasado y del pasado hacia el presente por el cual el Viñas historiador aborda su objeto. Si Macedonio piensa al cuerpo cuando nadie en la Argentina (ni en el Mundo) lo hacía es porque lee a Schopenhauer cuando nadie lo hacía. Schopenhauer es el precursor del precursor. Cuando Rest dice que en Borges hay un existencialismo nominalista o nominalismo existencialista está olvidando que en esto Borges continúa a Macedonio lugonizándolo sólo en forma pero manteniendo el rechazo de lo deletéreo- sexo y locura-, el cuerpo como obstáculo del amor y no como vehículo del sexo, y por eso rechazando al existencialismo visceral como roja idolatría esto es como barbarie, cuerpo positivo a recobrar por el vitalismo pugilístico viñasiano.

Pero nos podemos preguntar lo siguiente: de alguien que rechazó de cuajo el logicismo y demás verborreas, imponiendo a cambio la radical importancia del placer y el dolor ¿puede decirse que haya rechazado al cuerpo? ¿Qué cuerpo rechazó? El cuerpo paranoide, ontomórfico, el cuerpo falizado y demostrativo del padre; el cuerpo del significante, el significante encallecido, hecho cuerpo.

La negatividad del cuerpo macedoniano es, ciertamente, la del *aquénó*. Foix recordaba la naturaleza de los *aquénó* (aparatos cuyo funcionamiento es siempre precedido de una expectativa incrédula) y decía que es el Cuerpo el *aquénó* fundamental (para Kafka lo era el mundo mismo). Condición de posterioridad del hombre, que procede del cuerpo, que en vez de ser “lo instrumental por excelencia” es “lo duramente adverso”. Es el tema del caber, el tema del cuerpo, la base de su humor. Mas el cuerpo aparece como el lugar del fracaso místico, en tanto cuanto se hipotiza o evidencia la posibilidad (de facto imaginaria pero afirmada como venidera) de una Afección sin Mundo y de un connubio transmundo con la Amada. Ahora bien: si es la hégira del cuerpo, lo es asimismo de la disciplina (Foucault) ¿Cómo se desarrolla una “medicina-otra” a cambio de la prisión, taller, fábrica, escuela, hospital? La medicina reafirma la muerte al concebirla existente mas la conjura en la técnica, siendo el macedoniano el procedimiento inverso. Lo macedoniano borra las instituciones disciplinarias en la siesta evidencial y el campo.

Estando tan cerca de las disciplinas el doctor Fernández del Mazo las domina; Macedonio extrañado las estudia; entra a todas por el agujero metafísico, y de todas sale por el agujero místico. Su texto son los géneros discursivos (los géneros discursivos son disciplinas, postulo) acribillados, y el acribillarlos. Pero si no tiene cuerpo no puede ser marcado por ellas. Huye; es el huir de las disciplinas. La tentación de tenerlo por “loco”, se sigue, es evitable sólo abnegadamente.

Delatar, delinquir... ¿Qué Cuerpo le han arrogado sus delatores? El Cuerpo del Delito, aquel a perder a cambio de la mística Inocencia...La Ciencia Confesional – vamos por probable encargo concluyendo - rechazará siempre a Macedonio porque su rechazo de la “sexualidad” y del cuerpo- contrariamente al rechazo neurótico, que afirma su realidad negando su verdad- es simultáneo del rechazo del pecado, y por ende de la investidura del secretito como el lugar de su verdad.

NI CIVILIZACIÓN NI BARBARIE

(Campo y Ciudad: Itinerancia migratoria y Solucionabilidad en inminencia.)

La crítica compinche gustaba hablar del cariz eminentemente “porteño” de Macedonio. Lo llamativo es que Macedonio sabe que el contexto idóneo de la Solucionabilidad no es de ninguna forma la calle Florida; es el Campo. Quizá, pues, lo medular macedoniano esté en esa Tendencia-al-Campo donde lo porteño deviene criollo, donde la vasta Pampa y la densa Buenos Aires nublan sus límites. Es un criollo decía Xull; guitarrero, payador, han agregado otros. Esa dialéctica Campo-Ciudad (es decir Pampa-Buenosayres) es tema recurrido del Borges plaguario de la tríada poética inicial. Este Borges toma las riendas del costado macedoniano que éste menos enfatiza: la localía inherente de lo Práctico-Místico-Premetafísico. La *phige* tiene varios modos: el protodeleciano nomadismo pensionista- diacrónico y al interior de la Ciudad- que define el lumpenaristocratismo macedoniano; otro sincrónico y que acaece tras los muros de cada pensión (el mero Estado Místico); y un tercero- el que señalamos- diacrónico y porteñófugo, que como el primero requiere de una *kinesis* material, no solamente imaginaria.

Entre las vías de fuga de lo urbano, unas juveniles han sido Paraguay y Misiones (la que lo liga a Quiroga- a quien lo liga de otra parte Poe-); pero la solucionabilidad campera-reclamo de senectud- es distinta: en el Campo Macedonio no quiere ya fundar una sociedad anarquista sino desfundar una sociedad arquista (y una “naturaleza” también arquista que le viene pegada). Podría volver o no volver del Campo luego del acabamiento del Enigma. Una vuelta verbalmente triunfal comportaría la torpeza de haber fundado, cuando ya sabemos que es doblemente Necesario-Imposible fundar. Fundar es imprimir la Ciudad en el Campo, la Civilización en la Naturaleza, cuando sabemos que al contrario lo macedoniano proyectivo es lo opuesto a lo jegueliano; funda el que conquista: el Espíritu, o para decirlo más macedonianamente la Palabra, la Meta-física. Fundar es lo que han hecho Juan de Garay, Pedro de Mendoza, y Arturo Schopenhauer con su metafísica “*Wille*”. Naturaleza para Macedonio no es Tierra, Suelo, *Grund*, conceptos dualistas que presumen de un Cielo, verbocentrismo platonista. A diferencia de Scalabrini y Kusch, no habla de ninguna “tierra”. Naturaleza es Mística. La Pampa es una prolongación horaria de la Siesta Evidencial.

La Ciudad es una Babel de máquinas, de “máquinas”, de pragmas, de palabras; por más alta que sea la torre jamás se llega a Dios; que la torre está hecha de humano cimiento; una torre heurística por la que trepa Borges en ironía, no para ir hacia Dios, sino para escapar de los hombres. Torre de Babel y de Marfil. El deseo es rusoiano decía Deleuze para olvidar por Nietzsche a Schopenhauer. Todo ismo sobre la vida deviene cinismo (la vida es sin ismo), y el programa para máquinas deseantes deleziano (la ética, bah) señala huir. El deseo, decía Aristóteles, es $\delta\iota\omicron\chi\iota\varsigma$ y $\phi\upsilon\gamma\eta$: huida. El deseo deleziano es rusoiano no sólo por no lacaniano, por no humano, sino por emílico, por crusoiano. Varias veces E. Sabato- para nuestro público local- insinuó que la salida estaba en el campo. Sabato, también el jipismo- al que acusó el tercer Perón- fueron pues macedonios. La Teoría ha devenido de la Contemplación a la Especulación, por un camino cuyo hito inicial es el Apartamiento del resto pero no el Encierro. Desde los Presocráticos pasando por Sócrates hasta algún peripatetismo extramuros del Liceo, el contemplador se alejaba del rebaño pero a cielo abierto. Platón y Aristóteles deben de ser no sólo los primeros en enclaustrar la filosofía en una forma de institución sino en encerrar el pensamiento. De ahí a la filosofía alemana- a la que tanto crédito se le da aquí para ahorrarse tener una propia- el paso no es mayor. El *Ich* es el modo en que el Encierro se nombra. Y es un invento del frío. Cuando hay Sujeto es porque hace frío. La Filosofía comienza a escribirse- a ser su escritura- a medida que comienza a encerrarse. Es el paso del delirio solilógico-cósmico de los Presocráticos y de la conversación (*dia lógos*) socrática a la escolástica. El encierro es también paralelo a la división de su espacio en un pedestal para el maestro y una grada para el alumno.

La liga Campo-Verdad es al final un rechazo del encierro como el lugar de la verdad, y de la institución⁹.

Lo que hay que entender ante el fácil malentendido de los detractores, es que el presunto y mentado “Idealismo Absoluto” es una aducción a la positividad. Su problemática filosófica puede reducirse a: cómo encontrar la verdadera empiricidad y positividad que se

⁹ Macedonio propone en “*Museo*” una suerte de urbanismo afectivo, esto es, antihistórico y antigestal, con calles llamadas “del Despertar”, “Despedida”, “Amigo”, “Vive sin Nunca”, “Olvido”, o “la avenida del Hombre No Idéntico”. He escuchado en la radio esta idea de parte de Alejandro Dolina (cuyas relaciones con Macedonio [humor/porteñismo-criollismo/música-tango/escritura-oralidad/literatura amorosa] de transmisión y resistencia por la vía de Scalabrini-Marechal-Borges son analizables, y cuyo predicamento actual se podría tomar en serio pensando sobre todo en la psicagogía fonética que en dos generaciones distantes sendos protoescritores han sabido erigir. La radio- medio que ha recibido la invisible presencia de escritores tan dispares (pero a Macedonio- sabemos- todo es asemajable) como Artaud, Wimpí, E. S. Discépolo, y hasta un Borges a la medida de Carrizo) nos habría dado a un Macedonio ideal a juzgar por la difusión borgeana, fonético e invisible; pero como medio plebeyo y cohesivo se hace difícil pensarlo contiguo y precedido de avisos de tiendas textiles, telefonía celular, y prolegómenos de locutores acartonados. Volviendo a las calles, el cantante de Bersuit Vergarabat proponía la erección de intersecciones tales como “Indio Solari y Bochini” con el fin sanitario- así argüía- de propiciar un mayor respeto de los eventuales peatones y viandantes que procurarían- es la hipótesis- no mancillar veredas y tapias por íntimo respeto a quienes las calles representan; sin abandonar, claro está, el urbanismo gestal, nos obligaría a un permanente recambio onomástico del plano urbano conforme la acelerada movilidad de nuestra acostumbrada epopeya masmediática. Barrabravas y grupies harían carrera para terminar en el legislativo local. Los partidarios de la esquina “Cerati-Toti Iglesias” sabrían donde ir a cagar. Mejor es el criterio matemático de la ciudad de las diagonales, y dios quiera- para cerrar- la sempiterna inexistencia del pasaje “Macedonio Fernández”... ¿O ya existe?

arrogan cierto materialismo y el orondo positivismo, ya que el cantismo es huero e insoluble. ¿Qué es lo que hace por momentos a Macedonio sumamente más respirable que a un Nietzsche a un Artaud? Es notable cómo más o menos al mismo tiempo pero en contextos tan hartamente heteróclitos Artaud y Fernández del Mazo enarbolaron el repudio más firme y casi maniaco contra el dualismo y la metafísica del discurso. Tan notable como que se los tenga- y se tengan uno y otro- por extremistas del “materialismo” y del “idealismo”. Salta a la vista la ineficacia y residualidad de estos términos en sendos antidualistas que, de algún modo (¿qué querrá decir esto?), tuvieron que agarrarse de uno de los dos haces, más que nada a efectos de hacer patente la oposición al adversario inmediato. Que en el caso del porteño es el “contexto” positivista, y el autoritarismo estólido del cientificismo de la “materia”.

A criterio de Oscar del Barco el “proyecto revolucionario” de Artaud tenía estas tres estaciones: una unidad, su pérdida en el capitalismo, y su recupero en el comunismo. Se trata, ciertamente, de las tres instancias místicas. Artaud ha querido, entonces, un Estado Místico Posmetafísico holístico, societario, general. Su mística era mesiánica. Acaso Macedonio haya descubierto una complicación impensada por el monismo antirrepresentacional francés: la existente entre la representación y la acción. Para Macedonio, la acción le pone el re duplicante a la presentación, lo que pone en entredicho al ideario del teatro de la crueldad. Si Revolución equivale a Mística, no hay otro revolucionario que el asceta.

Para Artaud (para uno de los tantos) el individuo era el capitalismo en el nivel de la conciencia. Es notable cómo el Macedonio político mete en el eje de su política, y con insistencia desesperada, al Individuo aquel al que expulsa, con parejo desesperar, de su Metafísica y de la existencia o la realidad. “No sentirse vivir como individuo”- escribía Artaud- es “escapar al capitalismo de la conciencia”. El individuo político macedoniano parece ser de derecho. No hace de su política una mística, ni piensa la posibilidad la verosimilitud o la conveniencia de un fraccionamiento de la Unidad Práctico-Mística de lo Premetafísico. Se trata del *jure*, de un “acuerdo”: el del Capital y el Trabajo. Alterando un poco los términos, pareciera que recupera al yo sólo y exclusivamente al interior de la política. Foucault- recordamos- había buscado, en su edad moza, perder al yo en el partido comunista; pero finalmente se contentó con la escritura como señero lugar de perdición. No hay para Macedonio, pues, una política deductiva. Metafísica y Política son discontinuas. Una conduce a la mística, la otra al acuerdo. Es que Antonín pedía una “revolución fisiológica total” que jamás puede tener lugar. Es decir que sólo afuera del cuerpo puede acontecer. Sólo advertimos nuestro cuerpo al perderlo, al verlo como un objeto. Hay toda una melancolía somofílica. La Esquizofrenia Social es la “República” del Platonismo Invertido.

Si algo brilla por su ausencia en el texto macedoniano es la palabrilla “barbarie” que oscura y odiosamente deambula en *nuestra* historia textual trazando ese dualismo terrible a suturar por la violencia. Contrajegueliano, invierte la metáfora de la violación. Al contrario su literatura es la esperanza de comunión con una natura en desaparición del espíritu. ¿Qué “seducción de la barbarie” hay en Macedonio? De Sarmiento y Mármol a Borges la barbarie será lo idolátrico, la sangre, la tierra, el cuerpo, lo rojo. Lo que Macedonio rechaza en este orden es- digamos así- lo perpendicular al Amor: la “sexualidad”. La sexualidad es para Macedonio diacrónica, es *dynamis*; el amor es *energeia*, como la divinidad aristotélica, es sincronía como la estructura de Levy Strauss (el gozoso disparatado paralelo se sigue de

González). Sin embargo, da la sensación, el rechazo de la “sexualidad” en Macedonio no tiene el mismo tenor represivo que el rechazo de lo carnal en Borges¹⁰.

¹⁰ Para entenderlo habría que volver al viejo concepto germangarciano de esquizofrenia, de cuya esfera hay que eximir a Borges. Si lo macedoniano es esquizomelancólico, lo borgeano es histeriomelancólico. El Borges juvenil es irigoyenista. Macedonio se dice “anarquista spenceriano”. Su pensamiento político (cuyo eje es el de “Estado-Individuo”) es individualista: anarquismo liberal. Hay como un cierto, insinuado, latente, desfasaje entre su Teoría Política y el resto de su obra. Su Teoría Política es utópica, o a mejor decir, analítica. Macedonio piensa sobre la base de la tradición liberal anarquizante del siglo XIX (Thoreau, Spencer, Mill), y sigue epigonalmente a Spencer, darbuinista, biólogo. Se liga pues a Ingenieros, a Sarmiento, y a Lugones. Pero ciertamente Macedonio no puede ser sino anarquista. Pero su anarquía no tiene nada que ver con la de aquellos. Tiene que ver su “anarquismo” no su anarquía. Macedonio es la anarquía. Es el despoder. Metafísica es la anarquía: la Imposibilidad del $\alpha\rho\chi\eta$. Macedonio ontologiza la anarquía- por decir así-. La saca de la mera polis y la extiende al cosmos. Su anarquía es mucho más que su anarquismo, y es lo que lo hace a la fecha duradero. Y lo acerca a Foucault. Porque su anarquía- no su anarquismo insisto- es contra el poder no contra el gobierno. Es anarquía fucoltiana puesto que el poder, el arjé, no es el del orden político, el ateniense, el que está en juego en la discusión de los sofistas y los metafísicos. Macedonio- como Foucault- es un anarquista presocrático. Una anarquía profunda es la que recorre y encanta y dimana en el texto macedoniano- entendido lo profundo en su sentido deleziano- cuya resolución, empero, asalta por las superficies y es el humor. Platón sigue a Parménides cuando lleva la naturaleza presocrática a la racionalidad. La Naturaleza platoniana es racional y la macedoniana real, moderna y empirista. Si la teoría macedoniana es anarquista, liberal, individualista, la simpatía macedoniana es irigoyenista. En el mito se ha querido, inclusive, que Macedonio le escribía los discursos a Yrigoyen. Macedonio simpatiza, Borges profesa. Pero, sabemos, el Borges-ecuménico es “conservador” y observa esta tríada: Rosas-Yrigoyen-Perón: la barbarie (sí, sobre todo Rosas-Perón, Yrigoyen es un eslabón incierto). Porque la Teoría Política tiene que ver con Metafísica, pero la simpatía política tiene que ver con lo práctico-místico: el Estado Místico Premetafísico. La Teoría es metafísica y la simpatía premetafísica. El estado místico de lo práctico-místico de Macedonio es, lo sabemos, la esperanza voluménica, el tamaño esperanzado de Borges-joven: el panteísmo pragmático, monismo diacrónico y molar. Macedonio es seducido por Yrigoyen; no lo es por Rosas, ni lo es por Perón. Si Macedonio se liga a Yrigoyen por el Estado Místico Premetafísico, hay que decir que se desliga del peronismo por el Estado Místico Posmetafísico: la pensión y el silencio (el estado místico post es sincrónico- inactivo- y molecular: huidizo). Cuando lo místico-premetafísico es ocupado por el peronismo a Macedonio ya no le queda ni un ápice de Tiempo para la simpatía (ni la antipatía por cierto: la agresión de los replegados en la revista “Sur” le es imposible. Si hay un escritor en “Sur” que no puede tener odio al peronismo es él. Pero Macedonio no sólo se borra del peronismo, sino que se borra de “Sur”: se borra). Sólo silencio místico y trágica espera de Elena. La microfísica o el transmundo. No tiene cabida en el léxico macedoniano el agresivo término “barbarie” (acaso la única barbarie sea la desalmada “sexualidad” tempoespacial, histórica, reproductiva, pragmática, biológica, más extensiva que intensiva). El vínculo histórico de Macedonio al peronismo es Scalabrini. La proximidad teórica: el Estado Místico Premetafísico. Esta es la casa del Hombre de Corrientes y Esmeralda. Y más aun: es el Estado de Bienestar del pueblo peronista. La Argentina tuvo su Edipo extendido a lo largo y ancho de lo práctico-místico; tuvo su Estado Místico Premetafísico. Con Perón, sin Macedonio. En lo místico-práctico fue seducido por Yrigoyen. En lo místico por la Naturaleza, el Útero, Elena, lo Inconciente. El disparatado conato de una sociedad anarquista en Paraguay que junto a Vedia emprende en el 10, tiene que ser ligado al Fracaso Místico, y a su absurda cuasicandidatura a Presidente. La simpatía empalma a Macedonio con lo místico-práctico. El humor, a la vez, es el intento por la Metafísica de aproximar lo místico-práctico- a los místico-prácticos- a la mera Mística. La anarquía en la selva misionera es el primer intento- por acción física, no intelectual como Metafísica- de erigir la Mística. Mística debía ser la Tesis de Metafísica. La colonia anarquista en Paraguay sería el intento por la Física, por la Práctica- acción física, no acción intelectual- de fundación del Estado Místico. Estado, si se quiere, en el sentido de su Teoría Política: Estado Mínimo. Borges inventó Tlón en el texto. Macedonio lo quiso hacer en Paraguay. Fracaso práctico de lo místico. A este circuito- ya advertido y aleccionado- regresará sólo por el humor. Macedonio se dio cuenta que su

colonia era un chiste. Si Macedonio hubiera sido presidente, la Argentina hubiese sido Tlön. Para Piglia el siglo XXI será macedoniano. Borges presintió la inminencia de Tlön en el mundo. Macedonio es el ápice de la No-Violencia (“la agresión imposible”) en el país- así llamado simplemente por Feinmman- de la violencia. Pero también del sujeto crítico y cartesiano que sabe elevarse de su época y verla como desde afuera (“Metafísica”, despojamiento de la *Befindlichkeit*, y asimismo, con Sartre y con Nietzsche, contrahistorisismo). Pero también del respeto de la decisión de la mayoría (y aparece Deleuze: la indignidad de hablar por los demás). Macedonio es el hombre que perteneciendo a las clases dominantes abstrae su cuerpo de ellas de tal modo que erige un texto y un pensamiento rotundamente ajeno- o siquiera extrañamente distinto- al de ellas. El Che también. Ambos advienen de una cierta aristocracia, y ninguno de los dos es Borges, el homero de la derecha nacional. Ambos cortan el hilo umbilical de la Historia. En esto son similares aunque en la acción son lo opuesto. El uno la desfundamentación de la praxis, la inacción mística, la agresión imposible, y la aceptación ética de la decisión de las mayorías, de las determinaciones de la democracia política (aceptación crítica vía teoría o ironía). El Che es lo contrario: rechazo general de la argentinidad (que sin embargo le da el nombre por el cual el mundo lo conoce), teoría del foco insurreccional. Se me dirá ¿qué tienen que ver Macedonio y Guevara?. Quieren un texto en que aparezcan ambos: léase a Cortázar. Quieren otro: Martínez Estrada. Macedonio se ha disparado por todos los vuines, no sólo Borges, no sólo Marechal, no sólo Scalabrini, no sólo Gironde. Macedonio “saca el cuerpo” definitivamente. El Che: ¿no saca el cuerpo de la Argentina-además de sacarlo de su clase- y lo pone en Latinoamérica? ¿Por qué Macedonio dice que le simpatiza Moreno? Moreno es el teórico de la violencia emblemático y más firme del siglo diecinueve argentino. Moreno es el jacobino por excelencia y Macedonio la compasión yopenjaueriana. ¿Tiene algo que ver la Experiencia Radical, la Libre Experiencia, con el radicalismo jacobino? Dos teóricos: el de un Radicalismo de la Inacción y el de un Radicalismo de la Acción. Uno estratega, el otro eremita. Hay otro dato. Macedonio un poco se burlaba de Ingenieros (en la carta en la que le pide una psicología-psicológica- así como uno le pide a él un pragmatismo-pragmático); pero lo liga, sin embargo, la común reivindicación de dos tipos: Emerson y Moreno. ¿Hay algo que ligue a Emerson-Moreno-Macedonio? Acaso sí: la primacía del Presente. Ingenieros en “La Evolución de las Ideas Argentinas” dice que Moreno era un místico, que cambió la teología por la democracia y a Santo Tomás por Rousseau. De modos muy diversos Macedonio y Moreno son rusoianos: buscan el retorno a la Naturaleza. Uno por la violencia y el derecho natural; el otro por Metafísica, esto es: una suerte de (auto)educación natural: Macedonio es Emilio de sí mismo y es Crusoe. Regis Debray, también, dice que Guevara era un místico. Mientras Castro es un político al que le interesa sólo durar, el Che era un místico que iba por la muerte. Viva la Patria aunque yo perezca. Hay, de tal suerte, una ligadura estrecha entre la mística y la muerte. La Mística de la Acción lleva a la muerte por la acción y por la violencia. La Mística de la Inacción por la inacción; claro que a una muerte provisoria: la pulsión de muerte. La pulsión de agresión en Macedonio jamás se encarna: es Metafísica. Dos modos, entonces, de regreso- por la Muerte- a la Naturaleza: el macedoniano-yopenjaueriano, y el moreniano-guevariano. El Lector elige.

¿Ahora: de qué modo extraño el ideal del Filósofo-Rey, ciertamente milenario paroxismo de la ineficacia, llega absurdizado, autoironizado, a Macedonio? La historia (no su ciencia sino su facticidad), al revés ¿no la imponen los Reyes-Filósofos? ¿Por qué no leer en paralelo los textos, la filosofía, de Macedonio y Perón? El Filósofo-Presidente y el Presidente-Filósofo. El mismo prejuicio histórico (ese coctel de burocratismo y eremitismo que subrepticamente semblantea lo académico) expulsa en un mismo gesto sendos textos del campo minado de la Filosofía. Si una voluntad o un azar disipasen de un saque nuestro mundo actual- como en esa ficción de Tulio Carella- y una verdadera civilización exhumando sus ruinas recobrara los textos peronianos ¿no haría de él un Platón? Habría minuciosamente que revisar los lugares que el callado hábito de la historia ha fijado para el “Filósofo” y el “Político”. Si vemos al Pragmatismo como suerte de inversión del Platonismo: ¿no es Perón el perfecto pragmatista, el regreso de la filosofía de la eficacia? Hay dos estados en Macedonio, el político y el almático. El primero es el Estado Mínimo. En el segundo ítem, uno de los habientes, junto al Metafísico y al Místico, es el Místico Premetafísico. La utopía peronista está inscrita en este orden y tiende a maximizarlo en dos sentidos, erradicar su afuera, y llevarlo a cabo en virtud del Estado Máximo.

Kusch vincula barbarie a inconciente; Macedonio, con ser la tendencia permanente de borrar conciencia-inconciente borra Civilización-Barbarie, temática medular del pensamiento argentino, y medularmente cruenta, que inexiste por completo en el texto macedoniano, a cambio de su versión privada, la Idilio-Tragedia. No hay violación de la Barbarie a la Civilización sino de la Muerte al Amor. Ese es precisamente el explícito concepto de “Tragedia”.

Kusch con inquietante tino indica a lo “criollo” como vocación por la ficción y a lo “mestizo” como lugar de fusión del ser y el no-ser. El entero texto macedoniano no sería otra cosa que una desgarrada y siempre reempezada ficción, un sempiterno alegato “pro fantasía”. De las ficciones jurídicas a las literarias, esa es su “transeuncia”; el pensamiento y la metafísica fernandecianas están explícitamente inscriptas en el género ficción, no son más que el delirio hiperlúcido de alguien que fingía vivir, Deunamor. Con mucha más fuerza que Borges el texto macedoniano indica permanentemente la doble y bicondicional borración de sendos principios, el de identidad y el de realidad. La permanente “mudanza” es de ficción a ficción; en su defecto, la fuga al campo como retorno radical- esto es: uteriano- a la naturaleza, es la mudanza a la mudez. De tanto mudar se queda mudo. Escribía Robert André: “Borges resuelve a su manera el problema con el que tropezó cierto tipo de filosofía de la existencia: fundar una literatura que pueda responder a la angustia de una condición humana reducida a la inmanencia. La ficción ocupa el lugar dejado vacío por la muerte de Dios, el fin de los sistemas y la insuficiencia de las filosofías de la historia”. “En verdad, esta forma abstracta de la angustia es más insostenible que su manifestación visceral. Destruye el sentimiento indispensable de la identidad personal”.

El existencialismo criollista es, como lo sospecharía Rest, un existencialismo nominalista, minimalista verbal amenazado por la inminencia del silencio, que impedido de narrar descuenta lo visceral; mezcla todo mientras ese todo sea “almático” y no se mezcle con el cuerpo; expulsa lo que Borges llamó “los caóticos ídolos de la sangre, de la tierra, y de la pasión”. Al mezclar la macedoniana Pasión con la “creencia”, Scalabrini busca la unidad de Metafísica y Tierra, aunque el Hombre de Corrientes y Esmeralda, hispano cocolicheado, esté lejos del extremo del citado “mestizo”.

Existencialismo nominalista, es decir, inexistencialismo trágico; la crítica de André es pareja a la que Sartre hiciera al surrealismo: de anular la subjetividad. Inubicabilidad, imposibilidad de un *loco dolenti*, ilocalización de la locura. Como errancia sin cesar y dolor sin dónde la angustia enloquece. Es allí donde la melancolía borgeana pone un freno, y Macedonio patina. Kusch, que buscaba la conciliación de la conciencia con la tierra, denuncia con horror la nadización de la conciencia en Europa. Borges y Macedonio en este punto extreman este *status* sartreano, al anular aquellos principios de marras que Sartre, ese comunista solipsista, machacaba y afirmaba. Si la provincia es el “interior”, Buenosayres es el exterior. A la profundidad que reclama Kusch, el triunfo de la extimidad eurotrópica de lo criollo. En la sudamericana periferia rioplatense, el ficcionalismo pareciera llegar a su punto cúlmine. Pero si Macedonio- y no Borges- es el esquizofrénico, también es el terapeuta; y el Presidente.

¿No es comprensible el silencio de Macedonio en aquella hora de un país que comienza a perfilarse como un vicioso rosario de golpes de estado, gobiernos fraudulentos, estatismos autoritarios y racistas, violentos y religiosos, donde las ideas blancas y benevolentes, pacíficas, de libre asociación, de maximización de las libertades negativas, de conventual libre intercambio de mercancía y opiniones era arrasado por la virulencia cruda, visceral, biológica, del devenir político flagrante y concreto?

La itinerancia migratoria de la “incomodidad” fernandeciana es propia de la neurosis urbana del criollo, boyante- diría Kusch- entre el suelo y la ficción. Ahora sí se concilia la abogacía con la literatura y la meta-física, en lo imaginario, en lo intelectual, en lo inteligible, en lo ficticio- diría Kusch-, donde no se absorben “las leyes hondas de la tierra”. En Macedonio profundidad y superficie se vuelven un monismo a lo cinta de Moebius, y Ley y Naturaleza son inabrochables; es indeseable e imposible la “domesticación del fenómeno”. El fenómeno, en estado salvaje, es fenómeno místico, en el estado místico, estado-fenómeno. Domesticar, familiarizar, civilizar el fenómeno. El estado místico es la Barbarie del Fenómeno, bárbara experiencia sin unidades de síntesis; pero barbarie analgésica, barbarie pacífera.

La “seducción” señala un vínculo histérico; la “neurastenia literaria” nacional- la locución encomillada es de Kusch- en Macedonio se privatiza. No es un tema del pensamiento político macedoniano- muy notorio y serio, diré hoy-; pase de nuevo de la “política” a la “metafísica”, a esa metafísica entendida como una patológica aporética de la monogamia.

PRAGMATISMO A LA CRIOLLA

Macedonio y Sarmiento: El Pragmatismo Platónico

Para Sarmiento- estamos leyendo ahora la famosa “*Educación Popular*”- “la España” y sus descendientes están destituidos de todas las dotes que la época requiere. “Carecen de medios de acción, por su falta radical de aquellos conocimientos en las ciencias naturales o físicas, que en los demás países de Europa han creado una poderosa industria que da ocupación a todos los individuos de la sociedad” (...) Las características de los españoles aquí son: “atraso intelectual” (o sea Metafísica) e “incapacidad industrial” (o sea Mística). Y lo español es también “ineptitud civil”, “desorden administrativo”. Si pensamos que es cierto lo que decía Piglia respecto del desempeño de Macedonio como juez de paz en Posadas, lo tenemos descripto de cuerpo entero. “Falta radical”- sintagma sarmientino- suena macedoniano; en efecto la física no da conocimiento sino practicidad (el conocimiento-relativo [lo técnico-científico para Macedonio es antropológico] es antes bien rédito). Por eso carece de medios de acción y de ocupación. Macedonio podría ser incluido en las “razas salvajes o bárbaras indígenas” puesto que se destacan por su “odio a la civilización” y sus “idiomas primitivos”, sus “hábitos de indolencia”, “incapacidad absoluta de industria”, “ignorancia voluntaria” (¿el Misterio?) y “repugnancia desdeñosa contra el vestido, el aseo, las comodidades y los usos de la vida civilizada”. Uno ha aprendido a leer gracias a Sarmiento, el Primer Maestro, en la escuela. Y ha aprendido a desleer por Macedonio. Macedonio deseduca. Es la desujetación, es la inescuela: el Anti-Sarmiento. Extrañamiento en torno al acto de lectura, al acto de escritura. En Macedonio se enturbia y se hace incógnita la vana transparencia que sobre este asunto existía en la literatura. Si la “mística” de los morenos y los guevara es una cuya articulación requiere insoslayablemente la violencia, la pacífera mística macedoniana es lo contrario. El continuo místico es aquello que la escritura interrumpe, irrumpiendo como una violencia advenida del exterior, como una violencia propinada por la “Externalidad”. La escritura- como ha señalado la vieja teoría marxista- es violencia, violencia escisional que pone el fierro rojo de la demarcación con discriminar una civilización de una barbarie. La violencia que vehiculiza el escribir

macedoniano es una crueldad recibida que busca escudarse en una provisional coraza de gramas que agujerea la realidad para fugar por el boquete metafísico. Perfecto antisarmiento, pues, que no cesa de desbaratar los códigos y de ironizar y burlarse de los saberes escolares consagrados, factizados, y conformadores de la identidad colectiva y de la unidad con las cosas; así pasan Colón, Sócrates y la ciencia básica, como vidriecito molido y coloreado del “calidoscopio de figuritas” histórico-natural para emprender sus sacudones descolocantes. ¿Qué pasaría si en vez del poema “*El Grillo*” de Nalé Roxlo hubiese dado y diera la escuela primaria los textos macedonianos, conjuntamente con los mapas de los Estudios Sociales y los porotos en germinación de Ciencias Elementales? ¿Colapsaría la educación?

Escribía Adriana Puiggrós: “el discurso normalizador impuso, como mecanismos homogenizadores, la Palabra, la Verdad, la Ciencia, la Realidad y los Principios Doctrinarios. Imprimiéndole a la educación un carácter esencialista, remitió al Ser”. Ciertamente, Macedonio es la inescuela.

Por Sarmiento nos forjamos en lo práctico-místico premetafísico. Por Macedonio huimos de regreso a la mera y muda Mística. Debemos instruirnos y saber leer- dice el loco- para desempeñar las “funciones sociales” a que seremos llamados; pues el “efecto” de la “escuela” es “absorber el tiempo destinado a la ociosidad y el abandono”. El efecto de la antiescolástica macedoniana es absorber el tiempo, simplemente. A este fin menester es el reposado ejercicio del ocio y el abandono. Y el desclasamiento, inclusive.

Ninguno como ellos dos ha estado aquí tan preocupado por la lectura. Sarmiento es el práctico de la lectura, y Macedonio el teórico. La lectura sarmientina, por cierto, es útil y práctica; la otra impráctica, mística. Sarmiento encuentra un vínculo entre el no saber leer y el vestir: “los individuos que saben leer visten de ordinario con más arreglo y aseo”. Los que no, visten de formas que “lo llevan a la inmovilidad de espíritu, limitación de aspiraciones por lo limitado de las necesidades y hábito inalterable de desaseo y perpetuo desaliño”. De modo que Macedonio no sólo no sabía escribir- como han dicho los tontos; tampoco sabía leer. Y es cierto: leía “salteado”, se burlaba de Dante, de Víctor Hugo, de Calderón, etcétera, etcétera. Macedonio- en todo caso y diría Cortázar- estaba leyendo mañana. Era el lector futuro (única “futuridad” macedoniana- a excepción de la espera). De ahí- sigamos a Sarmiento- su desaliño. Pues, como sabe el lector sarmientino, nadie más preocupado que él en este asunto del vestido. El arreglo y aseo susodichos están en el “frac”, en la “levita”, en las “formas de las habitaciones”, “el amueblado”. Y Macedonio vivía en pensiones, vestido de desnudez, o bien poniéndose papeles de diario entre la desnudez y el “Sobretudo”. (Propongo que se analice esta tríada histórica en Sociología Indumentaria: Sarmiento-Levita, Macedonio-Sobretudo, Menotti-Perramus.) Y el pensionismo trashumante macedoniano es el sucedáneo del “rancho” y los “Huangualies” (tolderías), domicilios-tipo de la barbarie.

La nomadología-esquizo de Macedonio lo acerca- doble y extrañamente- al gauchaje y a Deleuze. No lo digo yo, lo han dicho tantos otros: Macedonio es un “payador”, y es un “esquizofrénico”.

Sabemos que el prometeo político es el “cambio de razas”: es la base del “cambio de tradición, instinto, ideas”. Pero Macedonio, conforme lo anterior, es un gaucho: mezcla de español e indio. Se ha dicho por lo menos que era un “payador”, un “guitarrero”. Sarmiento diría que si hubiera habido un cambio de razas hubiera habido un Pragmatismo, laborioso y diligente, y no un Estado Místico Premetafísico, letargo soñolento. Lo macedoniano es la Siesta. Sarmiento es pragmatista, es voluntarista, es antimaterialista, pues los grandes acontecimientos del mundo de hoy- dice- estribarán más en las “fuerzas intelectuales y productivas” que en las “fuerzas materiales”. “Las fuerzas productivas de una nación dependen menos de la feracidad del suelo (salvo casos excepcionales) que de la capacidad general de sus habitantes”. Sarmiento es pragmatista; pero *está* en la Argentina.

Por eso es prometeísta, no demócrata como Jefferson. Y es platonista: su Topos Uranos requiere la eliminación criminal de la barbarie somática para instalar sobre ese suelo cuya feracidad es infecunda, por sí misma inútil, la europa aria y sajona. Platón nunca explicó como era posible su República. Sarmiento sí. La civilización y el progreso de la ciencia ablandan las costumbres y generan repugnancia a la violencia, dice el Padre del Aula. Pero para la realización del progreso (que es del orden de lo diacrónico, horizontal, de lo pragmático) es menester una previa revolución (orden de lo sincrónico, vertical). Este progreso no mana impregnado de lo concreto como en Norteamérica. Sarmiento es teleólogo: la violencia es el medio de concretar lo abstracto. La República sarmientina es abstracta; Sarmiento la capta con el ojo intelectual, la deduce de Estados Unidos. Y violencia es abstraer lo concreto, lo que hay. Abstraer es sacar; y también hacer abstracto: matar. Un muerto es una abstracción, ya lo supo Macedonio.

Para Macedonio, me parece, el *loco* aquel está atrapado y preso en una ingente locura: “la Locura del Ser”. Habíamos hablado de un platonismo macedoniano: el desprendimiento ascético, y la demanda de absoluto. No sólo Macedonio traiciona al pragmatismo por Platón. Como vemos, Sarmiento ya lo había hecho. El pragmatismo sarmientino es una idea platónica ¿Cómo copiarlo? ¿Cómo hacerlo aterrizar? (el sur es un “abajo”, ya lo dirá Benedetti) ¿Vendrá de este fracaso sarmientino la idea macedoniana de que el pragmatismo es otro centrismo, otro realismo?

Macedonio y Alberdi: Rumbo y Desrumbo de lo Práctico-Místico.

Para Alberdi- ahora leemos los capítulos XIII y XVI de las “*Bases*”- los patriotas revolucionarios confundieron la educación con la instrucción, el género con la especie. “Los árboles son susceptibles de educación; pero sólo se instruye a los seres humanos”.

Macedonio- cómo no decirlo- es un árbol: lo macedoniano es vegetativo. (El cimbrar es su movimiento y es la experiencia. La abolición de la praxis es también la de todo movimiento interior, de todo motor interno, vaciamiento de interioridad. El movimiento en Macedonio es pasivo y receptivo, adviene como una brisa. Macedonio es el árbol que se bate en el viento, el yuyo cimbrando en la mañana. Cimbrar es el movimiento macedoniano. La conciencia es percipiente y recipiente (aunque de algo que no está fuera, ni es algo: acontece, acontece *hit et nunc*). Más que la hormiguita de infinito trajinar cuya locomoción es impulsada por un vis intestino, por un motor ajeno, autónomo, pero incorporado, Macedonio es ese yuyo zarandeado por los acontecimientos. Lo macedoniano es vegetativo.) Este error condujo a otro dice Alberdi: desatender la rusoiana educación de las cosas; “la educación- sigue Alberdi- que se opera por la acción espontánea de las cosas, la educación que se hace por el ejemplo de una vida más civilizada que la nuestra, educación fecunda”. “Nuestros primeros publicistas” tomaron como modelo de Europa a la instrucción. No vieron que nuestros pueblos “estaban en caso de hacerse, de formarse, antes que de instruirse, y que si la instrucción es el medio de cultura de los pueblos ya desenvueltos, la educación por medio de las cosas, es el medio de instrucción que más conviene a los pueblos que empiezan a crearse”. Primer liga Alberdi-Macedonio: Rousseau. Porque la educación a diferencia de la instrucción es de orden cósmico, de orden fáctico, de orden espontáneo: es el modo en que la Civilización es Naturaleza. O sea: lo Práctico es Místico. Alberdi- contra Sarmiento y anunciando a Macedonio- está bregando por lo Práctico-Místico. Pero sabemos que hay dos educaciones rusoianas, hay dos Emilios: el *citoyen*, y

Crusoe. El práctico-místico, y el místico; y aquí Alberdi y Macedonio- aun dentro de Rousseau- se bifurcan.

La instrucción fue “copiada” y no fue “adecuada” a las “necesidades” de “nuestros pueblos”. En efecto, el platonismo continuado por Sarmiento es copiar en el mundo de la materia y el cuerpo, la cerúlea idea. Rivadavia prefirió “las ciencias morales y filosóficas” “a las ciencias prácticas y de aplicación, que son las que deben ponernos en actitud de vencer esta naturaleza selvática que nos domina por todas partes, siendo la principal misión de nuestra cultura actual el convertirla y vencerla”. ¿Como leería Alberdi lo de la colonia anarquista en la selva misionera? A saber: la fusión de lo impráctico, lo inaplicable, lo filosófico, con la naturaleza selvática.

“¿Podrá el clero dar a nuestra juventud los instintos mercantiles e industriales que deben distinguir al hombre de Sud-américa? ¿Sacará de sus manos esa fiebre de actividad y de empresa que lo haga ser el *yankee* hispanoamericano?. Del Hombre de Sud-América, el Yanqui Hispanoamericano, al Hombre de Corrientes y Esmeralda se cifra Macedonio. Está lo Práctico-Místico. Pero que lo práctico-místico sea más místico que práctico, más estanco que hacendoso, supone el predominio de lo hispanoamericano sobre lo *yankee*. Instintos mercantiles e industriales son los que perdieron, ciertamente, Macedonio y el *homo* escalabriniano.

La instrucción- continúa Alberdi- para ser “fecunda” (o sea, pues, para ser como aquella educación rusoiana) “ha de contraerse a ciencias y artes de aplicación, a cosas prácticas, a lenguas vivas, a conocimientos de utilidad matemática e inmediata”. “La industria es el único medio de encaminar la juventud al orden. Cuando la Inglaterra ha visto arder la Europa en la guerra civil, no ha entregado su juventud al misticismo para salvarse; ha levantado un templo a la industria y le ha rendido un culto” (...) El “filósofo de la juventud” después de todo era Ingenieros. Macedonio, por lo demás, es el desorden. “La industria es el calmante por excelencia. Ella conduce por el bienestar y por la riqueza al orden, por el orden a la libertad” (...). “La religión, base de toda sociedad, debe ser entre nosotros ramo de educación, no de instrucción”. “Necesita de la religión de hecho, no la poesía” (...). Templo industrial, calmante, bienestar, religión de hecho. Indudablemente, Alberdi brega por lo Práctico-Místico, por fundir Rousseau con James, no con Schopenhauer. Pero lo místico-práctico se le hispanizó, se le adormeció, se le cansó.

La dualidad real en América es europeo-bárbaro, ciudad-campaña. “Rosas no ha dominado con gauchos sino con la ciudad. Los principales *unitarios* fueron hombres de campo (...) La mazorca no se componía de *gauchos*”. ¿Qué asocia a Macedonio con Rosas? El desprecio del “Progreso”, lo hispánico-argentino, y lo porteño. Buenos Aires es un país decía en joven Borges, cuyo *homo* argentino era un franquenstain de Rosas y Macedonio (que da por resultado a Yrigoyen). Hay sí- dirá Alberdi- una “subdivisión” en el seno del “hombre americano español”: hombre de litoral-hombre de tierra adentro. El primero corresponde a la Europa del siglo XIX, el segundo a la del siglo XVI. La Europa del siglo XIX no necesita la espada. La América es “inconquistable” pues ya es europea, ya está conquistada. La “guerra de conquista” supone civilizaciones rivales que ya no existen: el Salvaje ya fue conquistado. La raza europea es “dueña” de América. Por eso ya vencimos en “el campo de batalla”, “pero estamos lejos de vencer en los campos del pensamiento y de la industria”. La dualidad Europa-América es ya un odio fuera de lugar; nuestra patria no es el suelo, es la libertad, el orden, la riqueza, y la civilización, que son europeas. Y “nos trajo hasta la población que constituye el personal y el cuerpo de la patria”. Pues “a la necesidad de gloria ha sucedido la necesidad de provecho y de comodidad, y el heroísmo guerrero no es ya el órgano competente de las necesidades prosaicas del comercio y de la industria, que constituye la vida actual de estos países”. Claramente, ni Alberdi ni Macedonio son nischeanos. El hombre libre para ellos no es el guerrero. La *pax* de lo Místico-Práctico, es la

abolición del *pólemos*, de la lucha, del jobesiano estado de guerra. El amor cantiano para Macedonio es una masturbación cuya palma es el cuerpo presente del otro. El amor nischeano es para Macedonio el conquistar la Civilización a la Barbarie. Ni Alberdi ni Macedonio quieren conquistar. Lo Místico-Práctico es un uno. Pero en lo Místico-Práctico James y lo *yanquee* irán en merma, cuando de Yrigoyen a Perón recrudezca lo hispano-amaricano.

5

(*Incruste empeorador.*)

EXPERIENCIA DE MACEDONIO¹¹

*“La historia de nuestras relaciones con el mundo es la de una
continuidad rota y renovada sin cesar”*

Marcel Havrenne

¿DÓNDE LA MODERNIDAD?

No sé lo que es la Modernidad ni me interesa saberlo. No creo que sea algo pensable, o en todo caso es pensable de casi todos los modos posibles- como Macedonio -. El fárrago de papeles lelos que se destinan a esta enteleguía es abominable. Los varios cientos de páginas del libro de Berman son un superlativo pie de página, inflado de datos probatorios, de su título. La modernidad es un aforismo de Marx: “todo lo sólido se desvanece en el aire”. Una vida de paradojas y contradicciones- dice -, ser revolucionario y conservador, gracioso y serio... esa es la Experiencia de la Modernidad que nos inhiere a todos en nuestra estúpida y terrible vida, y cuya lengua más fiel es la (quieruegardiana) ironía. Todo, pues, se sublima. Crisis de lo terrestre y lo celeste, lo sólido y gaseoso, el animal y el dios, o lo que se quiera. La sublimación - ahora sí la froidiana - podría tener que ver con ponerle el No a la positividad sorda del Inc. El No - desprendimiento de la Nada (o viceversa), límite, y muesca del morir - en el Si, y éste en aquél, de lo que resulta la Ambivalencia, como si fuera, aquella categoría, aquel concepto, el que tocó la intimidad genital de la cansada Modernidad. De la mano del ser que no es, de nuestro jaidegueriano “ser”, la

¹¹ Según dudoso consenso entre el esquelético grupo de hagiógrafos del desapercibido profesor este embutido maniático sin ensayo previo fue rasgueado para un curso libre de nombre “La experiencia interrumpida” dictado por el profesor Bianchi en época incierta donde por descuido asistía su Grupo de Tareas en calidad de Brazo Armado Ortopédico. No hay indicios firmes, incluso, de que el Dr. Fernández Barrios haya existido.

Es de propiciar que otros atribuyan este folleto a su permanente archienemigo: el Genio del Mal, que ya jodiera antiguamente al famoso Doctor Cartesius; o bien el mal genio. Otro atributo suyo.

Lex Luthor descartado.

Modernidad sería, de última, una gesta antiparmenídica, la conclusión de su principio. O su fracaso, su ineficacia. Y su padecimiento. Ni siquiera el río heraclítico; en este neuma no nos podemos bañar (nunca).

Puesto que los norteamericanos creen tener todo por el asa: ¿tiene esa tesis tan vaga asidero? ¿Pero es esto una mera “piel de víbora”- locución marxiana-? ¿O hay que adjudicarla al Hombre, al Hombre-Desnudo?

¿O callar?¹²

“Todo lo sagrado es profanado” escribía Marx; pero “todo lo sagrado es profano” podría haber escrito Freud. Marx esperaba en el Hombre Nuevo una fuga de la burguesa “modernidad” contradictoria. La Experiencia de la Modernidad da la sensación de vivir en dos Mundos, escribe Berman, y el cristianismo de Marx indica lo que los Evangelios: que no se puede servir a dos reinos. Con el número dos nace la pena decía también un Marechal idílico-trágico que sin embargo no hablaba del “acceso a lo simbólico”. Conocemos, en cambio, la Solucionabilidad fernandeciana: se trata de no estar en el Mundo.

Mundo y Novela hacen lo mismo: interrumpen la Experiencia. La Novela sin Mundo no puede admitir la loca existencia, que coarta la experiencia del texto.

Ser moderno es ser diabólico¹³. Ser es devenir. Quiera el tigre ser o no ser tal, no lo es.

Berman encuentra en Foucault al único autor que ha arrojado algo relevante sobre la modernidad en los últimos tiempos (si todavía son éstos). Eso relevante sin embargo es haber seguido chapuceando sobre la “jaula de hierro” de Weber (la modernidad, sin ir más lejos). Las jaulas se vuelven pájaros decía Pizarnik por aquel entonces, y los pájaros- contestamos ya - se vuelven jaulas. Para Foucault el Hombre era Viejo. Ser moderno es chapucear en lo incurable escribía Cioran.

Baudelaire (es conocido juicio de Verlaine) hizo del hombre moderno un héroe. Y esto a costa de haber perdido el poeta la “aureola”, la del vate. Un héroe del boulevard. Es a la vez que el aeda del boulevard, el aeda de lo siniestro, de lo ambiguo, del desencuentro, del diabolismo. La Idilio-Tragedia no se

¹² Con lo de la desnudez y la piel viperina aludo al Marx de la “Cuestión Judía”. Se trata de ver- si se quiere a contrapelo de aquellos que como Foucault y sus amigos porfiaron en mostrar la historicidad de *constructo* del “Edipo”- si eso que se dice lo propio de una acotada era no lo es de las restantes y de aquello a lo que no toca el resabio de las eras. La discusión es irrisoria.

Al interior del enrarecido y disperso mundo de críticos de la obra macedoniana es Flammesfield quien centra su trabajo en la “modernidad” paradigmática de Macedonio, en este caso como valor occidental-universal en detrimento de la vindicación meramente regional de su precursismo sobre el parnaso autóctono. La “ambigüedad” y la “ambivalencia”, para dicha comentarista, son algunas de las características de su susomentada modernidad emblemática.

¹³ “Todo es diabólico en la naturaleza humana” escribe el teórico de la Salud. “Hay una dosis de diabolismo en todo; por ejemplo: dice Spencer que la bondad genera la bondad; y dice también que la caridad genera la concepción de que ella es debida y el mendigo insulta al que no se la presta. Otro diabolismo: se clama hoy por socialismo, por más solidaridad, y la realidad es que hace un siglo que estamos socializados: exceso de Estado es socialismo. Otros: los laxantes crean estiptiquez; los narcóticos generan excitación (...); cuanto más incapaz es un hombre para vivir cordialmente con los otros más sueña y proyecta organizaciones asociativas” (...).

Este ejemplo final trae a la memoria a aquel con quien Ducasse encabezara su lista de las “Grandes-Cabezas-Fofas” (*Grandes-Têtes-Molles*) de la era - la modernidad, precisamente -, Juan Jacobo Rousseau, apodado en esta compilación como “*le Socialiste-Grincheux*” (el Socialista-Huraño), cuyas cualidades, unidas a las del tercero en la retahíla ducasiana - Saint-Beuve, “el Suicida-para-Reir”- podrían dar por resultado un mutante algo emparentado a Macedonio.

sostiene en ninguna teoría del mal o del instestino egoísmo ni mucho menos, ni del destino fortuna ni nada; es una circunstancia inexplicada cuyo corolario pasible de ser acaso la única “Belarte Palabra” es la melancolía (lo que para Macedonio es Amor o Pasión, “la traslación del yo”, para Freud, en todo caso, sería Enamoramiento y Melancolía). Si se trata de pensar la modernidad desde la vorágine técnica y urbanística en Fernández, y en el escenario de la calle, hay que irrecusablemente leer los “Papeles de Recienvenido”. Recienvenido, precisamente, es un antibéroe. Un antibéroe moderno; el antibéroe de la Modernidad.

Ser totalmente modernos es ser antimoderno escribe Berman. Entonces ¿cómo pensar a Fernández? ¿Pre? ¿Pos? ¿Anti? Mejor callar, ¿no?.

Como el ejemplo de la más cerril modernolatría del siglo veinte (que para este autor equivale a “polarización”) Berman cita el futurismo de Marinetti. Y da un fragmento de un manifiesto suyo de la primer década de aquel siglo cuyo nombre aventuramos es su tesis (“La guerra, única higiene del mundo”): “buscamos la creación de un tipo no-humano para quien se hayan abolido los sufrimientos morales, la bondad de corazón, el afecto y el amor, esos venenos corrosivos de la energía vital, interruptores de nuestra poderosa electricidad corporal”.

Es extraño que el siempre recienvenido que sin embargo era el único que jamás había salido diera la bienvenida a los reciénllegados; y que la diera a Marinetti por demás irónico. ¡Qué cuadro “moderno”! (“Lo sé, por viajeros tan apasionados que nunca estuvieron en su casa, que no tuvieron nunca un lugar desde el cual empezara su viajar; que, por lo tanto, nunca se ausentaron de algo o alguien y, por consiguiente, nunca viajaron”) Tanto o más que con “Recienvenido” y las ironías del aludido convite Macedonio le responderá con la cirugía de Cósimo Schmitt, y con la mayor obra jamás llevada a cabo sobre la “Afección”¹⁴.

¹⁴ El más punzado usufructo de la ironía que pueda leerse en Macedonio está seguramente en el “Brindis a Marinetti”. Ingresivamente, sigue con sus bromas sobre el idioma (“y si yo me pusiese en el apurón de un cómodo esfuerzo por hablaros en italiano, quizá os notaríamos poco preparado para entenderme; falla que, en tan insigne prosista itálico, no debe hacerse visible por nuestra culpa”), pero el tono es otro ante la salvedad de que “en materia política soy adversario vuestro”, como dice con su consabida cortesía, considerada entre otros por Trípoli. Le reconoce el mérito de haber rechazado “la veneración del pasado” y lo compara con Lugones. Pocas páginas atrás donde confesaba su yerro juvenil de haber sido “socialista y materialista”, consideraba las dos creencias solidarias, en la ciencia y el progreso: la ciencia “se entrega a predecir todo el porvenir - manejándolo por lo tanto como un pasado -”, de acuerdo a la creencia en el progreso “que degrada el pasado y valoriza neciamente el porvenir, infatuándonos de ser posteriores al pasado y agitándonos de no estar en ese privilegiado porvenir”. Ciertamente Marinetti, “primer memorista conocido” “de esa Tardanza Llegadora: el Porvenir”, cientiza la artisticidad, y es, en todo, un perfecto antimacedonio. Así remataba Fernández: “hay que confesar, insigne futurista, que el pasado no ha muerto, y no le falta un parecido porvenir./ Pero contentémonos, señor Marinetti, con que vos vivís y yo también. Yo no he muerto; porque como ando siempre con una libretita y un lápiz para anotar todo, si me hubiera sucedido eso lo tendría apuntado”. Cortesía y confusa oratoria amortiguan, vuelven romo el filo irónico, que no llega a agresión.

Los tropiezos de Macedonio, *flâneur* del Topos Uranos, conturban el orden de las razones, alteran la física, y dejan al Existidor ante la subitez de lo anteverbal, o en el borde intransitable del antemundo, ante la inminencia de un todocomenzar que sólo deja que empiece su impedimento. Tropiezos como los de aquel presocrático mirador de estrellas, pero ante huecos civiles, baches y cordones de vereda. Como *flâneur*, fracasado: sólo observa lo faltante, y lo que en la calle no pasa jamás, motivo por el que huye a la plana y pacífera pampa - donde no hay con qué trastabillar (campo para Macedonio es camposanto) - para fundirse en el todo. Lo que más debía gustarle a Macedonio de Campoamor es eso: “campoamor”.

Lo empírico - estamos ahora leyendo un canonizado tramo de Foucault - es ese otro en el que lo trascendental se ve a sí mismo, otrorizado, objetizado, pero que es *históricamente* el lugar que hace posible la existencia *en el saber* de la finitud, del hombre, de la perspectiva, del relativismo, de la comprensión, del nihilismo, de toda esa merma de objeto que aparece en el conocimiento con el subjetivismo humanista, por así decir, como si el positivismo y su imagen de lo humano sujeto a las leyes objetivas y naturales de la vida y el trabajo fuese la condición de posibilidad histórica de toda la crítica del conocimiento inspirada en la negatividad gnoseológica de la finitud. Macedonio restablece al campo de la experiencia todo el discurrir gnoseológico del pensamiento analítico subjetivista que reacciona contra el positivismo y que tiene vedada su experiencia pura pasiva, puesto que el telúrico pensador disipa la finitud y reabre lo infinito, no en un cuadro sino en la atemporalidad (sempiternidad, mejor) del estado místico. Quizá parta también del ser - junto con la “modernidad” - y no a lo Hume del saber (Cassirer *dixit*), porque igualmente ha sacado al ser del objeto, y porque lo ha mudado al lenguaje, y porque, diría Foucault, su reflexión “trascendental” es posible merced a aquella circunstancia histórica del saber en la que lo trascendental y lo empírico se duplican, y podría añadir, toda crítica del conocimiento a la metafísica del objetivismo positivista refleja un rechazo e inversión de la imagen que el espejo de la empiricidad objética arroja. Extrañamente el tenaz antipositivismo de Macedonio lo devuelve a la experiencia - lugar depuesto por la analítica surgida de la reflexión de lo trascendental - aunque, podría decirse, no a la empiricidad del orden natural-objetivo sino a esa neutralidad sin sujeto ni objeto que pretendía dubitativamente Hume. Pero para Macedonio la ciencia no puede demostrar que ejecuta una experiencia, no puede demostrar nada y su experiencia no es auténtica pues no es receptiva u objetiva. La experiencia vuelve pero a la Mística. De la ciencia es llevada a la vida práctica, fracasa en ambas, y termina siendo sólo asequible en el nirvana.

Partir de una reflexión pura pero que borre al sujeto, ya sea el cartesiano, el empirista, el cantiano, no para fundamentar, como pasaría bajo un orden llamable científicismo decimonónico, un objetivismo, sino para abrazar la empiricidad por completo en un estado sólo factible con la subrogación de la finitud. Una empiricidad que por lo tanto tiene que desentenderse de la objetividad, pero que, de esta forma, no puede fundamentarse. La reflexión trascendental no puede ser otra cosa que una continua crítica del conocimiento. A su vez lo que podría ser un *cogito* se desmembra en lenguaje (aunque por suerte Fernández, previendo la desgracia actual, nunca usa esa palabra), y lo que debiera ser formalización del conocimiento o ética de la acción, al no poder ser comprendidas por fuera de la “creencia”, se niegan como posibles, y sólo resta la espera de un probable retorno a lo inconciente que al ser aludido y al querer ser fundado tautológicamente, al modo metafísico, se vuelve ora pasado (perdido), ora futuro (inalcanzable) y se vuelve imposible (de decir). La representación (orden clásico) es imposible. El objetivismo (lo empírico) también. El subjetivismo (lo trascendental) también. El *hombre* como posición ambigua de objeto de un saber y sujeto que conoce aparece cuando desaparece *el discurso clásico*, en el que el ser y la representación tenían un lugar común. Los objetos quedan de un lado, autónomos, con “el principio de su existencia en sí mismos”. El hombre descubre que es finito sobre las formas positivas del saber. Reconoce su finitud luego de reconocer su empiricidad. Dice Foucault: el hombre como *inadecuación* al infinito da cuenta a la vez de lo empírico y de la *imposibilidad* de conocerlo en un conocimiento absoluto. Macedonio, como *inadecuación* a lo finito, a lo humano, da cuenta de la inexistencia de lo en sí y de la continua posibilidad de un conocimiento absoluto, el Amor, en el almismo ayoico. La positividad de la vida el trabajo y la producción fundamenta el carácter limitado del conocimiento, así como los límites del conocimiento fundamentan la posibilidad de saber (pero limitada). Esto, desde el momento en que la praxis y la teoría confluyen, toda vez que la episteme y la praxis vital se juntan en lo moderno, y el hombre recusa lo infinito divino a la vez que la ciencia se corre de la representación en cuadro, pone a la filosofía de la finitud ante un nuevo solipsismo (el de la voluntad de poder en cuanto autoconciencia o para-sí) que resulta asaz repelente para el amador macedoniano. El paradigma moderno de la conciencia hace del amor un fantasma nouménico o un jobesiano estado de guerra.

Cuando, en el “orden clásico”, los contenidos empíricos yacían radicados en la representación, dice Foucault, existía una metafísica de lo infinito. Macedonio propugna una Metafísica contra la metafísica de lo infinito (contra el “realismo”), y al mismo tiempo contra la metafísica de lo finito (metafísica en el sentido antropológico que este término cobra en Heidegger), pero que en cuanto poder de absoluta refutabilidad, como infinito vis deconstructivo, impide que la Mística se haga una suerte de metafísica

de lo finito ilimitado, pues siendo así sería un principio, un axioma (metafísico). Esto es, otro infinito, un dios patas para arriba. Es de esta suerte que la Crítica del Ser no puede contar con la asistencia de la Crítica del Conocimiento. La Mística se volvería metafísica, otro realismo. Macedonio más bien funda una infinita Metafísica. Nada la limita, su poder es omnímodo. Es lo ilimitado lingüístico, lo ilimitado en el ser. Arranca al ser de todo límite. Ante Metafísica nada es posible, todo es imposible. En el roce Mística-Metafísica acaece a la manera de Macedonio la reyerta moderna entre lo empírico y lo trascendental. Mística es lo ilimitado. Pero a fin de cuentas Metafísica la hace imposible.

Ese viejito chistón – va a haber que decirlo –, también es lo más cercano a un Leonardo del despuntar argentino del siglo veinte. El hombre de la crítica a la Civilización, el hombre del regreso a la Naturaleza, era también y en principio el Hombre-Ciencia, el último intento posible (en ese ignoto fondo del mundo rioplatense de la bisonia Argentina de los 30)- y bordeando lo irrisorio- de acaparación en persona única del total de los saberes históricos en punta. Es como si Macedonio viviese en carne propia (suena unamunesco) aquel conflicto que aparecía legible historiando la raíz de la “episteme”. Clínica del saber: la neurosis y esquizofrenia de Macedonio se revelan como el problema del conocimiento y su eliminación. Todo el texto macedoniano está horadado por el dolor incómodo de una dualidad insuperable, que lo extiende sobre lo largo de las páginas a fuer de una repetición siempre mudada. Dualismo es neurosis, y en el hombre-ciencia se le confiere una dimensión no sólo gnoseológica a lo psicológico, sino epistemológica. Foucault mienta tal ambivalencia epistemológica librada sobre el *field* del “hombre”, duplicado empírico-trascendental, como fundacional del saber moderno. En la “apariencia”, dice, lo moderno es el Hombre-Objeto; pero en lo “arqueológico” lo es el Hombre-Finito. La incomodidad concienical, el Misterio, la infamiliaridad de lo conocido, revelarían esta irresolución, esta partición del saber. De la mano de la analítica de la finitud o del relativismo se denuncia la Imposibilidad de un saber absoluto, tanto cuanto con el positivismo o con las formas del esencialismo materialista (es decir lo que Foucault considera como el intento moderno de una Metafísica del Trabajo, del Lenguaje, etcétera) se anuncia una Necesidad del mismo. Lo propio de la modernidad - se lee en Foucault- es hacer valer lo empírico en el nivel de lo trascendental. ¿Pero en qué forma, si es, es la ambigua figura histórica del *hombre* el agente de este errático desconcierto macedoniano? Al destituir la reflexión y aplicarse a sí mismo el pensamiento científico, el Hombre arriba a lo Inconsciente, dice Foucault. Macedonio lo hace místicamente, y en un insipiente silencio. O la verdad del discurso constituye la verdad del objeto, o la verdad del objeto la del discurso. Macedonio es subjetivista contra el objetivismo, pero tiene, parece, la probable avidez de absoluto del objetivismo. El discurrir macedoniano es una reflexión pura que inmediatamente desarma al sujeto, a lo trascendental y lo trascendente y se autodeclara lenguaje; *lenguaje*: como una oniricidad inmanencial de tipo antes bien intersubjetivo (es el antecedente inmediato de la realidad como “sueño compartido” de Borges, que recuerda también al *Mitwelt* jaidegueriano, el “comundo”) y comunicacional (¿sería un precursor habermasiano?). Y sin embargo no deja de buscar en sí mismo, un modo de salir de sí mismo. La incomunicación de (no) sustancias entre Metafísica y Mística es la perennidad de una sombra que sigila sin descanso sobre su labor filosófica. Lo místico es una inmanencia, y lo práctico otra. Metafísica muestra la hilacha tautológica de lo práctico-ontológico. Destruye lo práctico; pero no construye lo místico. El conocimiento no puede ser un recorrido de un sujeto a un objeto. Eso es un “conocimiento” utilitario, además de una tautología. No es verdadero sino redituable. No es demostrable sino creíble (para los que *creen saber*). Como dice Foucault, un análisis que quiera ser a la vez crítico (Metafísica, Crítica del Conocimiento) y empírico (Mística, Crítica del Ser), no puede ser sino positivista y escatológico; contradicción (la doble verdad discurso-objetiva) que Macedonio quiere a toda costa resolver pero que no termina de hacerlo nunca. O la verdad del objeto prescribe la del discurso, o la de éste la del objeto. Pero si Mística es algo así como verdadera, Metafísica es limitada, y si Metafísica es ilimitada, Mística no es... verdadera. Macedonio retorna a lo vivido de un modo no fenoménico sino ilimitado, y rechaza la existencia del hombre, ese masturbador cartesiano. Sabe que con el *hombre* como *subiectum* no hay plena solucionabilidad... ni *solucionabilidad poca*. La Libre Experiencia es neutral (no hay objeto) y silenciosa (no hay verdad). A tal efecto menester es la deshumanización mística. Nos lleva hacia un retorno sino de lo infinito por lo menos de lo ilimitado. Su Inexistencialismo es un regreso al *θεριον* y o al *θεος*, al *απολις*, al hombre sin sociedad que es superior o inferior al *πολιτης* pues es bestia o dios según la

EXPERIENCIA

“La experiencia de desconocerse (...) para conocerse en otro distante ámbito, en aquel otro ámbito remoto de la concavidad”.

Foix

La Angustia es la Experiencia de la Interrupción de la Experiencia.
El Hastío es la Experiencia de la Imposibilidad de la Experiencia.

De modo que aquello que en principio podría parecer la sindicación de su merma o su falencia resulta ser el señalamiento de su fatalidad. Sólo es posible la experiencia. La experiencia se interrumpe con la experiencia, y su imposibilidad es imposible ¿No sería una mera treta tarsquista pretender que la primera es una suerte de experiencia-objeto y la otra una metaexperiencia? Al contrario, es el maleficio de Epiménides aquello que persevera inficionando malestar y dejando ver la desnuda médula del lenguaje. Reformulamos pues de un modo quizá particular la postulación de lo continuo. No hay sino experiencia.

(¿Cómo llamaríamos a la experiencia de la continuidad de la experiencia? ¿Asombro? ¿Misterio? ¿Y a la experiencia de la posibilidad de la experiencia? ¿Ansiedad? ¿Espera? ¿Esperanza?) Falta, empero, una experiencia originaria que es una experiencia perdida- y prometida -, cuya pérdida e irreuperabilidad son experimentadas en una experiencia, acaso, inoriginal, secundaria ¿Pero es o no es posible aquella experiencia originaria?

Tenemos una intermitencia permanente; o acaso, una permanencia intermitente: ¿Un continuo agujereado? (Lo imposible es la no-experiencia. El hábito recoleto y roco có de nuestra intelectualidad prefiere decir que es imposible una representación de la muerte o que es imposible la experiencia de la muerte para ahorrarse esfuerzos de elipsis y decir simplemente que es imposible la muerte ¿O lo es sin serlo su experiencia y su representación? Lo experiencial es lo posible, lo inexperiencial lo imposible. Si la muerte es inempírica es imposible. Es real. Si la muerte es posible, es irreal. Y es realmente posible que Macedonio haya considerado esta oposición, habida cuenta de su irrealismo, en principio, estético, y a sabiendas de que arte es “Belarte”, sublimancia velatoria, técnicas de la emotividad del duelo.)

A juzgar por Blanchot, la trama es a la novela lo que el *work progress* a la experiencia. Blanchot destila del texto de Lautrémont las siguientes variedades: experiencia, relato de la experiencia, hastío. Donde comienza el hastío comienza la novela, que en Lautrémont deviene inclusive y finalmente en su parodia, dice.

frase conocida de la “*Política*” de Aristóteles. Esa extratemporalidad que Borges encontraba en los animales es el “estado místico” del abogado. En todo caso sólo podría decir: ni empírico ni trascendental. No puede interesarle lo que hace posible *históricamente* su pensamiento. Desmembrar al ser es desmembrar la historia, y arrojarlo arrojarla. Es el *homo natura*. Toda la historia es una incomodidad, una arbitrariedad a refutar, la excusa para perpetuar el “proceso esquizofrénico” de Metafísica, indicar su indemostrabilidad y recuperar el estado místico.

El “libro haciéndose” es el vis por el cual la novela es vaciada de “asunto”. La novela sin trama es lo que tienen de común- como se sabe- Proust y Macedonio; pero éste presenta una variante nada diminuta que lleva al género a su absoluta deformidad: la imposibilidad de narrar otra cosa que no sea el pensamiento. El caudal de teoremas y proposiciones filosóficos del texto macedoniano es proporcional al estoc de anécdotas del prustiano. Lo que no existe en Proust, *debe señalarse*, es aquella imposibilidad de narrar que da Macedonio a Borges como herencia a la par que delega en él la ficcionalización indefectible de los filosofemas.

Escribe Piglia: “La novela moderna es una novela carcelaria. Narra el fin de la experiencia. Y cuando no hay experiencias el relato avanza hacia la perfección paranoica. El vacío se cubre con el tejido persecutorio de las conexiones perfectas, la estructura cerrada, *le mot juste*”. De modo que recuperar la Experiencia sería llenar de vacío y desnovar la novela. La Novela Buena narra de esta suerte el retorno de la Experiencia. La Novela Mala ocupa un vacío con otro. Cierra, es realista; es paralela a la paranoia-onticista, al ser para el ente. La persigue el Pasado mientras persigue el Futuro. La Novela Buena, abierta, es la Novela de la Presencia. Es la novela esquizofrénica. No la novela familiar.

Son- como escribe Beutler- las fallas en el *continuum* de la existencia, el alerta y la denuncia recurrentes y ejemplares de las páginas de Proust. La experiencia del despertar en él confirma la discontinuidad y en juez capitalino la permanencia. Los del modernoso hombre representante eran “ojos duros”; era “escleroftálmico” en palabras de Derrida. Mas el continuo macedoniano es afectivo no visual. Por eso ni el temblor ocular del que habla Benjamin, ni el *Augenblick*, el instante-parpadeo que comenta Ritvo, revocan sus tesis ni trizan esa singular postulación del continuo que no responde a la *perceptio*- suerte de eidos del *subiectum* como *res cogitans*- porque está al margen de la representación y del dualismo gnoseológico.

La experiencia prustiana es “ambigua”, está como trabada entre la sensibilidad y el entendimiento, y entre la impresión y la expresión, bordeada por la mudez de lo imposible; el acto de la escritura y la empresa artística son el conato de volverla narrativa, siendo narrarla asimismo comunicarla y explicarla. Esa dificultosa captura de los momentos experienciales da como saldo una “sensibilidad trágica”, concluye Beutler. La de Proust- sigue- es la experiencia de la heterogeneidad del tiempo. La creación, acto continuo, forja un revestimiento que la devuelve en un tiempo homogéneo, que es el del encuentro del presente con el pasado. Lo heterogéneo- según el criterio que brinda Ritvo- es el orden sin centro (el desorden es heteróclito). En la anarquía organizada en la que vivimos (desprendimiento de la libertad burguesa), el poder se reduce en instancia última- dice- al control de lo heterogéneo. ¿Es que el desorden está descontrolado? El filosofar de Macedonio- como el de Borges- está por lo menos fuera de un control: el de la “normalidad filosófica”.

Lautrémont se libera de sí en la experiencia de un libro y de éste en la de otro, indica Blanchot. Foucault diría “perder el rostro”. Pero si su escritura es un prefacio, si es prefacial, es porque el rostro está en la meta, a saber: en la novela. La escritura es una hégira, es ipsófuga. Pero Ducasse/Lautrémont era también un novelista futuro; los “*Cantos*” y las “*Poesías*” son el proemio de libros por venir. Entre lo escrito y lo a escribir- dice su crítico- no existe sino la unión que hay entre el prólogo y la novela (“es una novela que yo voy a fabricar” dice quien fue llamado por Aldo Pellegrini “poeta niño”). Si la novela es pospuesta, el tedio es diferido, empujado a la escritura venidera. La escritura presente se mantiene proológica y empírica. Por su escritura de parto va naciendo el novelista de después. En la experiencia- consigna el Heidegger que comenta (oh eufemismo) a Hegel-

hay un nacer (*Entstehen*) de lo nuevo (*neue*). La primera novela buena era “lo que nace”, que según Jitrik en este caso es lo que “carece de signos”. Siendo por definición lo experiencial lo antepredicativo entendemos de qué estamos hablando. Distinto- al revés- lo que pasaba en Lautrémont: la escritura experiencial, escritura alumbramiento, escritura nacimiento, parto, era el mal: el mal de aurora de *Maldoror*. Los “*Cantos*” serían la última novela mala ducasiana.

Por definición, Experiencia es aquello que se da como suceso antepredicativo y, con más razón, prerreflexivo. El conocimiento de lo que cambia en Platón; el conocimiento primario y primero en Aristóteles. Si la experiencia es lo prejudicativo, lo prerreflexivo, lo anteverbal, se diría que es antemundana aun cuando sólo pueda acaecer en el mundo. En la experiencia colisionan el mundo y su más acá. Kafka escribía en una carta a Felice Bauer en 1913 que solamente aquel que es capaz de aburrirse puede aspirar a ser un buen narrador. El aburrimiento para Kafka y también para Flaubert, resultaba la condición para escribir, escribe Sergio Chejfec.

Según Chejfec, la pérdida del aburrimiento es “capaz de condenar a la literatura a su propio exilio”. ¿Era acaso Macedonio Fernández un escritor, un literato? ¿Es esto literatura? “La experiencia del tedio, ese sumergirse en el tiempo franco y sucesivo, a veces con angustia y casi siempre con indolencia, es también una experiencia semejante a la duración dentro de la cual nos extraviarnos al leer”.

La experiencia- esto suena verosímil- es a la escritura, lo que el tedio a la literatura. Era, en este sentido, un escritor, y en este sentido, no era un literato. Macedonio enseña también, que se puede escribir filosofía con la experiencia. Y es esto, en el criterio de Michel Serres,- una filosofía que se empuña desde la propia experiencia- la grandeza de Diógenes sobre Platón. ¿Acaso hoy se puede seguir creyendo que era sólo “estilística” la peculiaridad del filosofar de Fernández? En la tácita controversia entre G. L. García y H. P. Murena queda merodeando por nosotros la autoaxiológica duda del Autor: la quizenalidad...

La filosofía puede ser- lo es de hecho en él- una experiencia acaecida en la escritura. Una o doscientas.

No existe la página en blanco. Nada menos macedoniano que el temor a la página en blanco. Al contrario, lo domina una pasión por blanquear las páginas, para dejar de las innumerables que dejó la historia, la sola página que fuera “prólogo” del silencio definitivo. La escritura macedoniana es prefacio y diferencia, diferenciación, de la Libre Experiencia; es pues una experiencia sometida, una vía de redención, una inminencia de emancipación, cuya fragancia permanentemente futura, es blancura y silencio. Los escritores del tedio se ven arrinconados por el temor pánico de no poder escapar de la página en blanco; pero para Fernández la página en blanco no existe, es promesa y futuro; es meta, no punto de partida. Macedonio es el padre espiritual de una de las camadas incipientes de escritores profesionales de aquí, pero- “antilugones”- jamás fue un escritor profesional. En este sentido hace papel de gozne entre el siglo diecinueve y el veinte de la literatura nativa, y, por otra parte, da a pensar acerca de la relación entre el tedio y la profesionalización de la escritura, o sea lo que, en general, termina y empieza llamándose literatura. Dos formas del futuro para Macedonio: el silencio y la novela: la Libre Experiencia, y la Inexperiencia. La página en blanco es la utopía del estado místico en el papel. Imposible.

Hannah Arendt invocaba aquello de Isak Dinesen de que “todas las penas se pueden sobrellevar si las ponemos en un cuento”; pero el motor hedónico macedoniano- *uno lo sabe* - va para el otro lado. Tanto las *stories* como la gran *history* del orden premetafísico se hacen menudos en la incomodidad de la paramnesia inversa. El malestar es la cultura. El

goce es el descuento de la historia en el regreso a la natura (siempre postergado y por eso regresión infinita). Las penas se van por el absurdo, tomando a la chacota todo lo que fue contado. Macedonio preferirá lo que Marechal en su teoría de la comicidad llamara “catarsis por la risa”. Narrar, contar. Pero- como quevedescamente- vivir muriendo. La escritura es dar cuenta del tiempo. El tiempo- como tiempo humano o finito- es una cuenta regresiva. La escritura regresiva macedoniana es eso: un descontar. Patenciar la ambivalencia, acaso el fin del textar macedoniano, y renuncia por eso a los escalones del relato- sea en la forma científica-filosófica o literaria- con los que sólo tropieza, prefiriendo los rellanos de un escribir sobre nada y sin solución de continuidad. La narración es como la Historia: acumula.

A criterio de la señora Arendt la función política del narrador (historiador o novelista, dice) es enseñar la aceptación de las cosas tal cual son. Claro que en Macedonio las cosas son al revés. Narración imposible se dirá con Rosa. Desnarrar para desrepresentar. Narrar y Representar están en lo mismo: entre Pasado y Futuro. Relatar. Piglia habla de Narrar el Pensamiento. Parece jegueliano. Efectivamente: ¿los tramos especulativos del novelar macedoniano, no nos hacen acordar a esa otra novela oracular, abstrusa, densa e interminable, la “*Phänomenologie des Geistes*” de Federico Guillermo Hegel? Para que la escritura- en un plano- o la literatura- en otro- tienda a la Mística tiene antes bien no que Representar sino que Presentar. Tal vez narrar el pensamiento es esto: no narrar lo trascendente, lo que tiene que ser representado trascendentalmente. Narrar lo representante en su inmanencia: el pensamiento. Es narrar sin representar. El orden del discurso se superpone e impone sobre el orden de la representación. Se representa lo representante. Esto es inclusive compulsivo. Es otra imposibilidad: a la de creer se suma la de narrar. El relato es imposible. La imposibilidad de una Novela es la misma imposibilidad de un Sistema Filosófico. Para Macedonio son relatos. Precursor pues de Lyotard. El relato en todo sentido. Macedonio pondría a Kant y a Hegel junto a Víctor Hugo. La imposibilidad de narrar que Rosa encuentra en Borges es la herencia y la marca indeleble de Macedonio. La literatura de Borges queda del otro lado de Víctor Hugo, no sólo porque la narrativa borgeana se desnarra permanentemente sino también porque Borges jamás o casi jamás pudo escribir algo que excediera las cinco o diez páginas. Pulir el concepto para Macedonio: imposibilidad de narrar salvo el pensamiento.

Narrar el pensamiento: estando el ser en el pensar (en el lenguaje)- lo que señala una ontología dinámica, no en cuadro, una metafísica descriptonista- el objeto acaece en el movimiento y devenir de la escritura. Representar lo representante: *natura naturans et naturata*. Tal es su desbarajuste semántico, por el que resiste- gaucho renegado- el dominio de positivismo, cantismos, pragmatismos, que “Metafísica” en acepción macedoniana es claramente experiencial. Ingenieros tratando de devolverle un valor a la metafísica seguía, no obstante, teniéndola por extra-experiencial. La metafísica macedoniana... inhiere al extraser. Sólo hay una experiencia y no es científica; es mística. El tema se invierte, revierte. En vez de ser un murmullo absurdizante que parlotea sobre el resto, la sobra, de la ciencia, es el perorar cuasi tartamudo que sale cuando la mística es agujereada. Lo que la vieja metafísica sería a la ciencia, la macedoniana lo es a la mística. Grita en la linde de lo místico y la palabra. Contra Kant, no es “conocimiento” lo que comienza con la experiencia. La experiencia no comienza. Contra Bacon: lo que comienza con la inducción, es la creencia. No hay fundamento; la experiencia es infundada. No hay *Grunderfahrung*.

Si la novela contiene básicamente el relato de una experiencia, y el hastío que deviene en su cesación, es de verse su parentela con la “Fenomenología” jegueliana, que no es sino el relato de la peripecia universal de la Experiencia.

El Saber Absoluto sólo puede tener la forma del Tedio.

Poco sentido tiene en este caso (y quizá en cualquiera) internarse en el infinitamente divisible lodo abstruso de un Heidegger narrando a un Hegel. La Libre Experiencia macedoniana es, por lo demás, inenarrable, es lo presente y por eso no está presente en el ser, pues el ser, antes bien- y en esto se evoca a “*Sein und Zeit*”- adviene en un éxtasis trial que preteriza y futuriza de modo inmediato un presente cuya pureza fracasa. La experiencia jegueliana de Heidegger parece ser extática; la macedoniana más bien parece estática. Macedonio parece indicarnos que es menester la quietud zen de Schopenhauer para permanecer por entero inundado en el heraclítico movimiento de la pura duración. Es la quietud del quietivo del maestro alemán lo preciso para fugar de lo “quieto” del espacio mecánico indicado por Bergson. Paradoja- o no- de que el quietivo sea un retorno a lo inanimado (la materia, lo quieto según Bergson) para darse *in extenso* al *pantha rei*. (La libertad del místico-metafísico - libertad de la Libre Experiencia - no es libertad del Individuo- “Beldad Civil”- sino principio de desindividuación; - contra Spinoza - es una libertad en la ignorancia, estado de naturaleza, estado de no-saber. Es el Macedonio político quien recupera al viejo Individuo liberal de la desintegración de su mística y metafísica.)

Lo que en principio pareciera tener de común lo empírico macedoniano con lo jegueliano es la absolutez. Hegel escribe que la experiencia es la atención a lo presente como tal (*die Aufmerksamkeit auf das Gegenwärtige als solches*). Lo fundamental de esta experiencia- dice Heidegger- es el movimiento (*Bewegung*), y a la vez el ser de la conciencia consiste en que se mueva (*be-wegt*). Pero es el camino aquello que Macedonio sonsaca en su experiencia para estar en la *durée* como tal a modo de parusía. Camino ontoteológico- como quiere Heidegger- por el que ruedan ciencia experiencia y conciencia. Debe decirse que hay algo en éste que Fernández juzgaría acaso como *diabólico*: esta procesión de la ciencia caminando hacia sí, este camino, es donde acaece el todavía no del ya (*Noch-nicht des Schon*), sitio entonces del diabolismo, de la ambivalencia, de la paradoja. Pues ese *Weg*, ese camino sobre el que tanto insiste el profesor Heidegger, tiene nada de budista y mucho de ruta cristiana, de vía crucis del *Geist*; es el camino de la desesperación (*Verzweiflung*) que hace de la fenomenología del espíritu (es decir de la ciencia de la experiencia de la conciencia), como lo confiesa el mismo Hegel sobre el final, un calvario (*Schädelstätte*), el sitio del mal, del daño, del dolor. Menester es detener la caminata para abandonarse al puro movimiento de la Libre Experiencia. Vemos también cómo en Hegel podemos encontrar una precursión involuntaria más insólita que cualquiera de las que le fueron imputadas a Ducasse/Lautrémont: la experiencia como mal. Otra reversión macedoniana.

La experiencia jegueliana es movimiento pero movimiento dialéctico en el cual el objeto nuevo contiene la nulidad del anterior en calidad de experiencia realizada sobre él. Es el camino de la desesperación donde se amasa la bola dialéctica del *an sich*, el *für sich*, y el *an und für sich*, semoviencia que en el mundo macedoniano cobraría el mote de Idilio-Tragedia, esto es: la dinámica propia donde acaece el fracaso de la Libre Experiencia y su virtual retornancia.

En probable discusión con Valéry, Blanchot arroga el carácter de la crítica cantiana a la crítica literaria. Tal como aquella era la interrogación sobre las condiciones de posibilidad de la experiencia científica, lo es ésta pero sobre las condiciones de la experiencia literaria. La crítica, sin embargo, - antes que cualquier cosa literatura de la literatura - es como lo puede ser la literatura, una experiencia, tanto cuanto el relato de una experiencia, y no sólo una colección de inquisiciones acerca de sus condiciones de posibilidad. En todo caso debería discriminarse en un texto ubicado en el catálogo de la crítica aquello eminentemente crítico, jurídico, demarcatorio, de aquello empírico y narrativo.

Llanos dice que Hegel acepta la prescripción kantiana según la cual todo conocimiento comienza con la experiencia. Por cierto su experiencia es holística, omnívora se diría: religiosa, moral, científica, práctica, estética- dice el traductor argentino -, lo que fuere. Todo el avatar de la cultura- avatar conciencial - va en el vía crucis de esta experiencia, lo que le da razones para sospechar al vernáculo profesor que el enófilo filósofo de Jena continúa pues a Hume aun aceptando el susodicho prurito del célebre célibe de Königsberg. Escribe Llanos: *Wissenschaft* en Hegel caracteriza la interrelación de hechos, fenómenos, hábitos, conocimientos, experiencias que el hombre ha acumulado a través de la historia y que llamamos también cultura. La *Wissenschaft* jegueliana y la *Metaphysik* jaidegueriana - agregaríamos- parecen ser bastante próximas en su indeclinable omnitud.

A Macedonio le son repelentes tanto la cosa en sí kantiana, el noumeno, cuanto el *für uns* jegueliano, el para nosotros...Se sabe que el "intuicionismo" de Bergson, la "fenomenología" de Husserl, blasonaban de una experiencia primaria. La del abogado rioplatense- y mal que le pese a Levitas - sí es, ciertamente, una experiencia plena, en el sentido cuantitativo de ser una que codea a quien *Herr Zarathustra* llamara el "eunuco de Königsberg". La Experiencia misma, en todo caso, es nouménica- emancipada de cualquier instancia previa o exterior que la contenga o la exceda -. Toda fenomenología es kantiana. La experiencia es neutra y real en Macedonio, es lo real (mención que él difícilmente aceptaría). No hay el *ente* jaidegueriano, ni el *être* en sí de Sartre. Hablar de fenómeno es hablar en lenguaje "dualista" y ocultista: kantiano. Kant decía- la lectura platonista de Schopenhauer lo negará- de su fenómeno que era real (por sensible y posible) y que no era apariencia. Pero el fenómeno kantiano induce a una Tragedia, la del relativismo, porque deja el resto, el velo, el inasequible noumeno, exclusiva agresión posible por la que Fernández monta en brío.

En fin, el *esse est percipi* tiene que acabar, en su coherencia plena, con la Impresión jiumiana que hace las veces de Dios, que está puesta allí donde iban los dioses berkeleyanos y cartesianos. Abolir el Tiempo y el Espacio, es abolir la fenomeno-logía, de Kant a Heidegger, para abandonarse por entero al noumeno, al ente, con hacerlos desaparecer como tales. Y la Experiencia macedoniana es humanamente imposible¹⁵.

¹⁵ ... "sino para que estemos en la experiencia que es a la vez nuestro ser mismo, y esto en el antiguo sentido tradicional del ser: estar presente en...lo presente (*anwesend bei...dem Anwesenden*)"

Heidegger

La "Fenomenología" jegueliana, como la novela macedoniana, - por lo que cuenta Heidegger - también padece la tragedia del comienzo. Su "Introducción" (*Einleitung*) no lo es, dice, porque no hay, ni puede haber, una introducción a la fenomenología: "Para el ser de lo existente no hay una introducción para el hombre, porque la esencia del hombre es la escolta (*Geleit*) del ser, es esa escolta misma".

La ambivalencia, el diabolismo, radica en el mismo y oscuro seno de la conciencia, habida cuenta de lo que es su esencia: ser algo que todavía no es. Todo lo que la conciencia sabe y capta está en su experiencia. La fenomenología del espíritu es la ciencia de la experiencia de la conciencia porque es el *Skeptizismus*- el escepticismo- que se realiza.

El andar (*Fahren*) en el experimentar (*Erfahren*) tiene el significado originario del salir (*Ziehens*) El experimentar es el llegar saliendo y alcanzando, dice Heidegger, y nosotros no podemos no recordar su ser deviniente y extático y su relación a lo presente lo pasado y lo futuro. El experimentar es un modo del estar presente, es decir, del ser, donde está presente la experiencia, que es - la experiencia - quien mienta lo que significa el *sein* del *Benutzt-sein*, ser-sabido, conciencia. Lo concienal macedoniano con perder al "ser" quita el velo y libera, pleniza, su experiencialidad.

Como ya se sabe, el camino mismo a la ciencia es ya ciencia (*ist der Weg zum Wissenschaft selbst schon Wissenschaft*), y así, ciencia de la experiencia de la conciencia (*Wissenschaft der Erfahrung des Benutzseins*), tal el título originario de la "Fenomenología". ¿Pero, por qué cambió el título?, pregunta nuestro

Benjamin trata de recuperar el ascendiente jegueliano en el concepto de experiencia al decir que se trata de “un hecho de tradición”. La experiencia bersoniana, la experiencia de la “filosofía de la vida”, es - por lo menos en este sentido - de raigambre más bien cantiana. Claro que Benjamin va a llevar a Hegel con Freud, con lo que esa experiencia procesal y semoviente va a ser ahora menos la íntima escolta de la conciencia que de lo inconciente. Y no va a dejar de evocar aquella froidiana maraña onto-filogenética. “Donde hay experiencia en sentido propio del término, ciertos contenidos del pasado individual entran en conjunción en la memoria con los elementos del pasado colectivo”.

Benjamin larga un concepto de narración en cotejo con la información; ésta busca comunicar el puro en sí de lo acaecido; la narración, distintamente, lo encarna en la vida del relator para proporcionar a quienes lo escuchan lo acaecido como experiencia. El receptor, el alocutario, es entonces un sujeto *empírico*, alguien destinado a hacer experiencia. La narración- poco importa si oral o escritural- es el relato de un acaecimiento, pudiendo ser el acaecimiento una experiencia- y por ende relato de una experiencia- y ser en sí misma una experiencia, ora del lado del narratario, o del narrador. La novela pues es el límite de la empiricidad narrativa de la escritura. Podría pensarse al folletín como la forma más pura de publicación de la novela si es que ésta de suyo tiene ya un parentesco con el periódico (el objetivo de la prensa- escribe Benjamin- es sustraer la información del ámbito de la experiencia del lector). Según Piglia (y creo recordar una carta del “*Epistolario*” que lo corrobora), Macedonio pensaba publicar su “*Museo*” en forma de folletín. El folletín encontraría su excelencia en el prólogo. El hiato propio de la publicación folletinesca funda en la oquedad de la espera una sed de continuidad. La novela macedoniana no continuaría, continuaría sin comenzar, modo extraordinario de afirmar el *continuum* por la negativa.

Piglia: “Y quizá eso es narrar. Incorporar a la vida de un desconocido una experiencia inexistente que tiene una realidad mayor que cualquier otra vivida”.

Cual la bersoniana- a fiarse por la delación de Benjamin -, también la macedoniana es una experiencia transhistórica; lo que en el léxico del juez porteño se llama “mística”. La “Libre Experiencia” está dotada de toda la absolutidad de la experiencia del empirismo moderno. Experiencia, ésta, que nada tenía de la trágica relatividad de la conciencia finita, la del Hombre sin Dios (el Hombre-Dios), moderna en sentido fucoltiano, la de la “analítica de la finitud” en la era de la jeguelización del cantismo o viceversa. Sin Dios, pero sin ser Dios, es el lema macedoniano que acompaña a su experiencia. Para no ser Dios sin que lo haya menester es tapar su vacío, la muerte. La Libre Experiencia abroga la finitud; en este sentido cobra la magnitud desbordante de la beiconiana, sin ser, sin embargo, una “experiencia vivida”. Pero en ella nada puede comenzar, pues la Mística no empieza. Ni nada puede fundarse. La experiencia científica es una experiencia alienada; alienada por la

profesor. ¿Por qué no codeó a Kant? Puesto que la significación de su experiencia es la “originaria” (experimentar como llegar a ser suficiente y éste como modo del estar presente del εἶναι, del ser)... La parusía de lo absoluto sucede como fenomenología (la fenomenología del espíritu es la vigencia de la susodicha parusía).

La experiencia es el ser en virtud del cual quiere lo absoluto ser en nosotros (*Die Erfahrung ist das Sein, demgemäß das Absolute bei uns sein will*). En la experiencia hay un coloquio (*Gespräch*) entre lo preontológico y lo ontológico (en nuestra jerga: lo premetafísico y lo pos o metafísico), entre el saber natural y el real, o bien, entre la conciencia natural y el saber absoluto.

Basten - y sobren - no más estos datos.

lógica. Pasa lo que denuncia Benjamin, la suprahistoricidad de la *durée* requiere la abrogación de la muerte. “La *durée*, en la que ha sido suprimida la muerte, tiene la infinitud mala de un adorno. Excluye la posibilidad de acoger la tradición. Es el prototipo de una experiencia vivida, que se pavonea con las vestimentas de la experiencia. El *spleen*, en cambio, expone la experiencia vivida en su desnudez. Con espanto melancólico ve a la tierra caída en el desnudo estado de naturaleza”. Efectivamente, para Baudelaire la Naturaleza es Mal y es Mujer; su patencia nos induce a una suerte de asqueamiento que puede llamarse esplín. La macedonidad es un modo de ser - de estar, de haber - impermeable al tedio donde la Naturaleza es también Mujer, mas todo lo contrario del Mal. Se diría que es el Bien si no fuera que esta es una palabra amacedoniana y que todo lo macedoniano- contrariamente a los “*Cantes*” lotremonianos que narran la tortura de esta dualidad - parece estar más allá del bien y del mal. En todo caso es una Naturaleza rusoiana a la que urge regresar... La naturaleza es la experiencia permanente. El tedio bodeleriano feminiza al jobesianismo: la mujer es sino el lobo del hombre, por lo menos su vampiro. Para Rousseau - recordar - el hombre, antes bien, habría caído al estado de sociedad.

La infinitud para Benjamin es mala. Pareciera que Benjamin se hiciese eco de la ironía que se reservó Borges- ese orador de velorios- para aquellos que murieron sin creer en la muerte¹⁶.

¹⁶ Lo que Borges ha querido hacernos creer - *como creo que sabemos* - es que Macedonio- como Gironde, como Arlt, en fin, salvo él y Lugones (y en todo caso Groussac), como todos por aquí - escribía mal. Borges no escribirá la novela mala ni la buena, mas, invierte la maldad en su demanda de clasicidad decimonónica. Ni el mal ni el odio en Macedonio pueden ser registrados en la escritura a modo de representantes; se escribe mal pero no el mal. Y el concepto de “diabolismo” indica algo así como lo malo en lo bueno, lo bueno en lo malo, su indiscernible miscibilidad. La ambivalencia, eso es el diabolismo, lo más propio del orden del ser y del lenguaje, el desmoronamiento del *Grund*, la infinita, pesadillesca, fisión del fundamento. Todo a la Pasión, todo al Místico, impulso automático de la escritura que está - todo Macedonio lo está - más allá del bien y del mal. El sin Dios supone la transhumanidad del *απολις* y del *σοφος* precursor del nomadismo asceta deleciano pero sin alarde “diabólico” de “vitalismo”.

El ser y el lenguaje son en sí mismos separativos, son malos y odiosos, posponen el silencio místico; a la bondad de la novela en realidad no se llega nunca más que prologicamente... Sabato veía a la “novelística” como “indagación del Mal”. Es la tradición francesa que dice: buenos sentimientos = mala literatura. La estética contemporánea ha sacralizado lo maldito y lo visceral. ¿Es necesario ser malo para ser-escritor? Macedonio sin embargo encontraría el “diabolismo” en lo no dicho (... por no decir que desnudaría lo latente en lo manifiesto de dicho discurso): lo que está bien, parece, es la maldad. La contemporaneidad literaria se caracterizaría por una moral que señala la bondad de la literatura inmoral. Salta a la vista cada vez que sus campeones - los que se postulan a portadores del criterio de demarcación de la auténtica literatura- se irritan ante la ingenua falta de inmoralismo (falta, claramente, en su sentido moral). Borges dice de su precursor que “exigía de la novela que todos sus personajes fueran éticamente perfectos”. Sin dejar de ser justo no es del todo cierto. Macedonio se negaba a ver en el Amor un acto de piedad; es decir, un acto ético. Se trata - otra vez - del codeo de Kant, del rechazo de la tradición cantiana y su universal imperativo. Antes bien tendería a renaturalizar esa finalidad del otro, lo que lo acercaría a Hobbes (la *lex naturae*) y a los Evangelios; pero más aun y en verdad al neutralismo de Rousseau, siendo que para ambos se trata de un repudio del “amor propio” del *hombre* egoísta moderno no en favor de una “Ley Natural” pues ley y naturaleza son - esto es claro en Fernández no en Rousseau -, más aun que inmiscibles, opuestos. La “Altruística” para Macedonio no es una ética. Hubiera dicho que es natural si no fuera que su época estaba dominada por el machaque de materialismos y positivismos que tomaron para sí el usufructo exclusivo de esa palabra que debió expeler a fuerza de táctica nominalista. Hubiera dicho que es ontológica si no fuera que esa palabra le sonó a pedante y solemne interjección del filosofismo germanista. Tal vez haya que decir cósmica; tal vez haya que decir mística.

Esta ética de lo inético de la literatura contemporánea tal vez diblee entre lo inmoral y lo amoral. A Macedonio le molesta el arte de personajes malos y de personajes locos; pero su literatura dista tanto como aquella de la clásica parábola, y tanto como aquella de la pedagogía (hecho verificable por su considerable y afortunada ausencia en el universo curricular de la escuela argentina). Y es por ende tan amoral como aquella. (Siempre aceptando que toda paradoja es una parábola contra la parábola, y que esa aséptica amoralidad no deja de ser un ascético sueño moderno.)

La novela está circunscrita a una temporalidad ordinal de jerarquía axiológica: pues o es última y mala o es primera y buena. El *continuum* prologal pretende confirmar en la escritura a la par que la imposibilidad de la Novela la “realidad” de la Mística: en la escritura, ciertamente, la no-vela es imposible. La Mística está fuera del tiempo y la sucesión prológica supone- como dijo alguien- “el sueño de la escritura móvil”. Donde cesa Mística aparece la escritura. No hay propiamente novelas en acto sino novelas pasadas y antiguas y novelas por venir, o presentes como no-novelas.

Sobre el tándem Proust/Macedonio doy por economizar energía fragmentos del libro de Horacio González: “En Proust todo puede liberarse de la serie del tiempo, de ahí la existencia de un día extraviado, una palabra extraviada, un sabor extraviado. Al extraviarse todo, desarmándose los conjuntos superficiales del tiempo y lugar, Proust encuentra un “método” tan impresionante como el de la memoria involuntaria, para dar origen al conocimiento: el desarreglo de la secuencia de los días en nombre de la pasión. La realidad se extravía, quedan sus piezas causales en descomposición, el calendario tendrá hojas que se intercalan donde no corresponde. La vida escapa a la ordenación serial, pero la memoria involuntaria está continuamente creando series”. “Para Macedonio, un adversario de Proust, no era relevante el simbolismo de los nombres ni los pliegues de memoria liberados de su prisión calcárea por medio de conmociones de la experiencia actual. Aunque en Proust, este magno acontecimiento tiene el sarcasmo de ser provocado por objetos cariñosamente ridículos, como la galletita de almacén que compraba la tía Leoncia. Sin embargo Macedonio comparte con Proust los ejercicios de duda metódica sobre la continuidad del yo frente a los objetos del entorno matutino al despertar./ Pero el “almismo ayoico” de Macedonio Fernández, al radicalizar su idealismo absoluto y considerar el mundo externo un mero “capítulo extra de las matemáticas”, le impide el dramático contraste de los objetos con la memoria del yo. No es que Proust también un “almista”, un partidario de ver en los objetos de la naturaleza “reencarnaciones de la conciencia”- tenga alta estima por la coreografía del yo institucional y público. Pero el poder evocativo que le atribuye a los objetos desmembrados por el nombre y viceversa y el tiempo - reconstruido por la memoria y viceversa - le permite a su crítica del mundo técnico-natural, un desenlace lírico, subjetivo y simbólico que en Macedonio sólo se resuelve por el humor absurdo y la desconexión causal permanente del mundo “objetivo” ”.

Ahora léase a Beutler: “¿Cuál es la naturaleza de eso que llamamos “la experiencia” de Proust, su valor, su peso? Se ha dicho que es ambigua, porque se coloca en el punto de enlace entre sensibilidad e inteligencia. Esta experiencia se manifiesta como una inefable presencia, de la cual Proust no se cansa de tratar de comunicar una explicación, una interpretación que, por aquella vía, pierde cada vez, posiblemente, aquella autenticidad que estamos llevados a reconocerle al puro instinto. (...) Toda la obra se deriva, entonces, de la estrecha unión de sensibilidad instintiva y acto intelectual, de los “momentos” de la experiencia”.

A manera de escolio personal me atrevo a sumar lo próximo:

a) El olvido mortuorio del porteño es el “tiempo perdido” del francés, acaecimiento sucesivo y fragmentario de la muerte. Pasado y futuro: “palabras de dos muertes”.

El consuelo para Macedonio no está en el tiempo recuperado. No radica en ninguna memoria - artimaña del olvido - sino en el transmundo. Entramos en la dimensión de la espera. (Y antes todavía en el gozoso Leteo del fluir místico.)

b) Para Proust escribir es estar afuera del tiempo. Para Macedonio dar cuenta del tiempo.

El escribir de Proust sería algo no muy distante del estado místico; pero el macedoniano parece mejor tendencia a recuperar en el movimiento de la escritura en la que se imantan variedad diversa de restos néquicos aquella anestésica y cabal presencia de la amada. Pero la escritura- al contrario- rubrica la ausencia, el fracaso místico. (Proust, además, pergeña una estrategia teórica que al Metafísico del Plata

Un moderno es un hombre despojado de su experiencia, escribe Benjamin. Lo es el jugador, lo es el trabajador (dos “impermeables”); también lo es el poeta. Ahora, en lo que acaece en el juego y lo que sucede en la relación obrero-máquina, hay algo de la proliferación de singulares de la crítica macedoniana de la “Causalidad”, pero que ya está en Hume. La partida consecuente no sigue a la antecedente, lo que tampoco le pasa al obrero que interviene permanentemente en la máquina. El *animal laborans*, en efecto, no está sujeto a la conexión causal que el *homo faber*- como *homo sapiens*- pone en la teoría de su proceder en la *téchne*. El obrero y el jugador comienzan siempre de nuevo, *ex nihilo*. La experiencia que no hay, es la benjaminiana. Aquella que se atesora. Lo concienal macedoniano es la permeabilidad sin mella. Es vegetativa, como es inmune a todo *Schock*, no precisa fuga por la motilidad. No es – de Freud hablo - piel, ni sogá para la cinchada neurótica entre el adentro y el afuera, pues no los hay. El *Schock*, Infamiliaridad de lo Familiar, es el *a quo* metafísico- ahí sí experiencia vivida -, pero no el de su poemática (siquiera en la teoría). Macedonio reclama una “artisticidad” minuciosamente conciente a aplicarse sobre la bruteza de la *Erfahrung*, experiencia no vivida, no conciente, que es el Ideal - tal experiencia - que pide Benjamin para una poética del “aura” que Baudelaire- por moderno- no podría del todo concretar, ganado por el eficaz amortiguador de traumas que es el *ennui*.

“Presento hechos-prólogos”. Prólogo y experiencia (lo prerreflexivo, lo antepredicativo) suceden de mancomún. La escritura prológica es la escritura de la insistencia no la de la existencia, que es la escritura novélica, de personas, privada epopeya del *Dasein*. Insistencialismo. *Fort da*, lanzar para adelante el ahí; y en la hendidura de la nada se dice ¿dónde? ¿dónde?, pero desde el descripticismo no hay manera de encontrar una topología de facto. Allí donde no hay ya experiencia, la novela mortuoria, y el relato, el cuento, de una “Muerte”. Novela y Muerte equivalen en Macedonio: son imposibles. Son lo que está más allá de la experiencia. Prólogo es vela. Velar, acompañar al muerto; velar: ocultar; velar: no poder dormir. ¿El museo es un velatorio? Tanto el objeto propio del museo cuanto el sujeto velado en el velorio están fuera de su lugar. La psique desprendida de su cuerpo, la cosa de su uso y su contexto... cosas muertas, cuerpos inusables. La desubicación de aquel que anda en un museo como el Dante en su *infierno* pero sin cicerone, sin Virgilio alguno, sin lugar - paterno -. Desordenamiento calidoscópico, materias sin forma, formas sin materia, crisis geográficas y calendarias. La novela realizada es el cementerio. La vela también, candela, es la evidente alegorización del tiempo consumidor, cronos, destructor, reverso velado y existencial de la insistencia. Pero un velatorio poblado de *gags*; sus escenas nos recuerdan lo sucedido en el propio velorio de Fernández o de su cuerpo, en el que fue amortajado sobre el fondo de una leve risa irónica para quien había absurdizado a todo y todos.

horrorizaría: da artisticidad a la Inducción: concibe al trabajo creativo, al suyo de escritor, por caso, como paso de lo particular a lo general...)

c) El decorado de la novela de Proust es el mundo mundano de París; la novela macedoniana es la “Novela sin Mundo”, novela de los afectos hilados sin imagen, agujereados, eso sí, por la permanente intervención teórica del Autor, entre otros personajes.

En una época como la vigente- diré para ir dejando un ampuloso remate -, pletórica hasta el hartazgo exceso de historicidad - en el lugar del valor -, y con una literatura que parece hacer de la crítica su oráculo y su consejero, una literatura como rupestre escritura de la experiencia resulta cada vez menos posible. Macedonio, Proust, narran tal vez el fin finalmente final de ese probable procedimiento romántico.

En Schopenhauer hay continuidad en la voluntad, discontinuidad en la conciencia. *En nuestra hipótesis...* Macedonio disuelve la conciencia en lo inconciente- sempiternidad, constancia- y la hace superestructura (sueño) de la Afección, categoría deudora de la *Wille* que impide la posibilidad de la nada como “un mero tiempo sin estado” (modos premortales de esa nada- instantes inafectivos, cortes del continuo intensivo - serían el dormir sin soñar o el desmayo, para Macedonio inempíricas hipotizaciones del aperceptivismo realístico). ¿De qué continuidad hablamos? Podemos hablar de otra. ¿Qué es “Metafísica” sino obstáculo; obstáculo de la “Mística”? Toda metafísica, toda ciencia, todo discurso al final, para Macedonio Fernández son discontinuistas. Descontinúan la mística, continuidad omisa. Ninguna doxa/episteme, ninguna dualidad. Si por continuismo entendemos la “ciencia” que tiene su comienzo y fundamentación en el proceso inductivo, *sabemos* que su continuidad es de segundo orden y tan meta y patafísica como cualquiera de los proclamados deductivismos. Epistemólogo dadá, la cháchara metodologista le da lo mismo. El único “continuismo”- pero Fernández sabe que eso es falso - es la “Metafísica Descripcionista” que él sin embargo sólo lleva a cabo como experiencia de lo vivido sometida a un variopinto arco de técnicas de artísticidad que van a parar al cajón de lo tenido por “literatura”. Lo que Fernández sabe: que tanto “literatura” cuanto “ciencia” siempre son, en último análisis, metafísica; esto es: patafísica.

Si hubiera solipsismo no habría escritura. Lo que acaece en la escritura como “pérdida mística” es la mentada Metafísica Descripcionista, que por ser pérdida es Belarte. Perdido por la pérdida de la pérdida, todo el metafisiquear fernandeciano es ese extravío en el resto de tiempos y espacios cruzados que Borges denunció como suyo en aquel prólogo a su refutación del tiempo- dónde podría ser si no -, y es a la vez registro caótico o no de la experiencia, que si en todo caso ya no puede llamarse “ciencia” aparece leído como “literatura”. Experiencia, antes bien, vivida, puesto que la prustiana sólo puede acontecer con creces en la comodidad inerte del descanso místico. Entonces la experiencia como borde, bordear, bordación de los límites con lo ilimitado, enunciado ahora como posibilidad pero diferida su realización, es la experiencia escrituraria que antes que nada es interjectiva más que narrativa y no es tampoco la “Libre Experiencia”, que es experiencia de fundición en la presencia de “Ella”. Experiencia narrativa es un oxímoron. Entre la escritura y el estado místico se dirimen las dos experiencias: una como límite y posibilidad de lo ilimitado. La otra- “libre”- sería la realidad de lo ilimitado.

Un continuo por la negativa, un continuo de vacío. La escritura en estado de prólogo es una escritura empírica, experiencial; pero una experiencia que se fragmenta, se corta, se interrumpe- y de ahí la justeza de publicarla en folletín -. Termina en el borde en el cual la novela amenaza comenzar. La narración asalta y despeña la experiencia escrituraria tanto cuanto la lógica, el sujeto, el cógito, la científica, o el verbalismo metafísico la mística. Angustia y Tedio, interrupción e imposibilidad, no son existenciaros macedonianos. Lo es la experiencia mística. Mejor dicho: inexistenciaro. La experiencia en el texto, la experiencia de la escritura, es turbia, mezclada, intimidada por una alienación, por su particular alienación, narrar; contar, construir la realidad. Texto y Presencia- fórmula derridaiana - se repelen. La escritura es la casa de la metafísica, arroja lo místico a la intemperie. Metafísica y Papel se complementan. En el papel, en la escritura, la Metafísica conversada y autoconversada, se completa. El papel es el material de una esperanza sino de completad - porque no es la andrógina, la unitiva, la mística- por lo menos de completamiento, siempre prometida: poder comenzar a concluir la “Doctrina” Estética, Política, Humorística, y sobretudo, la Metafísica. Metafísica y Presencia se repelen. No puede fundarse una Metafísica de la Presencia sino otras de las infinitas “Metafísicas de la Representación”.

Queda la “Descripcionista”, y la infundada Mística de la Presencia. La Afección no es un Lenguaje.

Es que la palabra es cósmica- tal como la cosa palábrica- (papel, sonido...Materia), y Ser (: triangulación de la presencia). El sueño es escritura podría decir Derrida. La escritura es onírica, diría mejor Fernández del Mazo. El signo y la re/presentación son el velo de lo místico. En la escritura- donde *to on* se manifiesta como *to apheiron*- se difumina como en el sueño el principio de la realidad, y su prescripción e impulsión a lo binario y a lo separativo. Pasión/Razón, Placer/Realidad, Imagen/Símbolo, son la vocación separativa – odiosa - de Metafísica. La experiencia original, es la Paramnesia Inversa, interrupción de la experiencia. La Metafísica más bien cobra a veces un parecido al tedio - incomodidad concienical, imposibilidad de la Mística -. La “escritura psíquica” no podría otra cosa ser que el sueño despertador de la “escritura loca”, pérdida del sentido por el sentido de la pérdida, e insanidad curativa, y descodificadora ensalada de códigos, cuyo efecto esperado - el “mareo”- puede inducir al Misterio, y éste, al estado místico. Macedonio querría una escritura no fonética- “aceptiva”, no sonora -, es decir- derridaianamente- no lógica-logósica -, más allá del principio de identidad.

Si la escritura es espaciamento (: Derrida), ¿será acaso un poro del Tedio?, ¿una enviada del Tedio?

TEDIO

“La vida pastoril en un territorio casi desierto nos había enseñado a los argentinos el hábito de la soledad sin el tedio; la televisión, el teléfono y, ¿por qué no decirlo?, la lectura, tienen la culpa de que hayamos desaprendido ese precioso don. Macedonio era capaz de estar solo, sin hacer nada, durante muchas horas”

Borges

Baudelaire es Culpa donde Macedonio es Inocencia, Tedio donde éste es Misterio...

Más o menos por las primeras páginas del famoso “¿Qué es metafísica?” Heidegger nos musita que ya no hará el entendimiento más objeciones a su busca por la nada que solamente una experiencia radical (como traduce el certero Zubiri) (*Grunderfahrung des Nichts*) puede hacer legítima. Heidegger camina pues por esta cornisa acechado por la nada, acechándola, espetándonos mientras tanto sus preguntas de antología. Y un par de años después de que Macedonio publicara su ignota “Vigilia” en Buenos Aires inaugurando el “¿Dónde?” como *a quo* e inflexión radical de su payante metafísica, el indiferente maestro alemán y sin contarle como precursor voluntario inquiría: “*Wo suchen wir das Nichts?*”: ¿Dónde buscamos la Nada? Para encontrarla, como se sabe, versará sobre el Tedio y la Angustia para bien de nuestro aburrido propósito.

El *Stimmung* es la afección jaidegueriana. Que no está dada en abstracto, sino que Heidegger ofrece un abanico de templos o estados de ánimo que valen ontológicamente ya que no como caracteres de jurisprudencia clínica. Estos afectos abren, ponen al descubierto, y el verbo clave al que van unidos es *offenbaren*, al que alude la famosa “patencia” (*Offenbarkeit*). La Angustia (*Angst*) pone de manifiesto (*offenbart*) la Nada. El Tedio

(*Langeweile*) revela el ente en total (*offenbart das Seiende im Ganzen*). Es el Todo- nada menos - lo que nos molesta estando ocupados nosotros en las cosas y en nosotros, toda vez que estamos- irrecusablemente parece - en medio de todo el ente. Este aburrimiento o *tedium* jaidegueriano pone en una misma bolsa cosas hombres y a uno propio con notable indiferencia (lo de la bolsa alude al “*rückerl*” que Xavier Zubiri cambia por “nivela”. Nuestra ignorancia puede sugerir: *rejunta*). Se diría que: *todo da lo mismo*.

Lange (sentencian los diccionarios) es un adverbio de tiempo que se troca por largo. *Länge* es longitud y largueza. *Weile*: momento. *Weilen*: quedarse, detenerse, permanecer, pararse. Todo esto da la idea de un tiempo dilatado, moroso y pesado, espaciado, un erial languidecido. El Tedio es un tiempo que se espacia y espesa; río devenido barro. Si así fuera es propicio pasar a Baudelaire.

Monstruo delicado (*mostre délicate*), tal la primera referencia que - si renunciamos, claro, a nuestra perseverante ética de lectores saltados - se hace del Tedio (*Ennui*) en las “*Flores del Mal*”. *Tu, hypocrite lecteur*, lo conoces.

Entre Autor y Lector, en Baudelaire, se levanta una hermandad a fuer de mutua y medular hipocresía; en Macedonio- tan distintamente – hay connubio lectoescritural donde Autor y Lector adquieren la súbita e irrisoria categoría de Personajes, y lectura y escritura, enhebradas por lo mutual de una mismidad enrarecida, brotan como por generación espontánea y simultáneamente. La identidad no es filial sino coipsística, o mejor: coaipsística. Si el tedio es la forzada patencia de la totalidad del ente, hay que decir que la relación Autor-Lector que acaece en el “sin Mundo” de la novela macedoniana, es, asimismo, sin ente. No hay diferencia (base sobre la que se iza la identidad filial) ni hay narración. El tedio inexistente. La estrategia saltadora del lector macedoniano, inclusive, es la elusión pertinaz del tedio inminente. El lector seguido hace del aburrimiento su oficio y su jornada. Saltar es huir del turbio hastío del lector normal (que es el tradicional y es el profesional), en la apresurada maniobra por la que se trata de retener la experiencia en la lectura. Pero *ennui* y *spleen* pertenecen al orden de lo que debe ser representado en “*Las Flores del Mal*” y es menester esperar hasta que toque el timbre Beckett para encontrar al tedio allí donde Macedonio se desvela por expulsarlo. “*El Innombrable*” no dará un concepto, un existencial del tedio; tampoco una representación: un personaje, una subjetividad presa del tedio. Su factible invento es haber registrado *en la escritura*, la temporalidad propia - e irritante- del tedio.

El Tedio hace cruel (*cruelle*) el alma de la puta aquella que metería el universo entero en su callejuela:

*Tu mettrais l'univers entier dans ta ruelle,
Femme impure! L'ennui rend on âme cruelle*

A la manera de su lúbrico y lúgubre cinismo, Baudelaire aquiesce ante Heidegger, puesto que su entrañable y execrable puta, lo que metería en su escueta jurisdicción y por razón del *ennui* es a la totalidad de los entes, al ente en total (*l'univers entier*).

Un cuadro imposible de leer en un texto macedoniano: la mujer desconoce el aburrimiento, escribe Foix, crítico macedoniano de Macedonio (“cómplice impotente” diría G. García). Hay que ir hasta el anaquel de Arlt para encontrar el sopor de las prostitutas en versión rioplatense. La escritura dedicada al Lector Saltado es fuga, expulsión, y diferición del aburrimiento. Insiste Foix: “En lo que atañe al aburrimiento, Macedonio, que no todo pudo aprenderlo de la mujer, entendió que en la vida hay sólo tres posiciones: estar parado, estar sentado, estar acostado”.

El Tedio es, a la vez, un abismo (*gouffre*) en el que uno se hunde (*plonge*) y unos llanos (*plaines*), *profondes et désertes*. Abismo desértico donde inexiste el secreto, donde todo está sabido, donde no puede advenir la esperanza.

Ahora, en Macedonio no hay Muerte porque ella no tiene “donde”, porque es inempírica; pero en el *Ennui* (si es como el *Langeweile*) donde no hay otra experiencia que no haberla, la muerte es también sonsacada con la esperanza¹⁷:

*L'ennui, fruit de la morne incuriosité,
Prend les proportions de l'immortalité.*

En el tedio bodeleriano se contornea una provisoria inmortalidad; lo de Macedonio, en cambio, es no nacer ni morir, la sempiternidad de un permanente ahora de zoológica inocencia. Un verso de “*Le voyage*” revela la dimensión de esa inmortalidad: “*Le spectacle ennuyeux de l'immortel péché*”, el espectáculo tedioso del pecado inmortal. El Tedio es la *hexis* propia del cristianismo por la negativa inherente a Baudelaire. Momento que coagula siquiera provisoriamente la chillona finitud, manteniendo no obstante Mundo y Nacimiento, y sobretodo al Tiempo, cuya obstinada destrucción se figura incesante. Inmortalidad en la Tierra, inmortalidad en el Mal. El Tedio es el momento aquel en el que nuestro corazón ha hecho ya su vendimia (como dice el poema “*Semper Eadem*”) - y el vivir es entonces un mal y un secreto sabido:

*- Quand notre coeur a fait une fois sa vendange,
Vivre est un mal! C'est un secret de tous connu,*

Vivir es un dolor sencillo y nada misterioso (*Une douleur très simple et non mystérieuse*), visible por todos (*éclatante pour tous*). El Tedio es, esencialmente, *sans secret*.

Pará de buscar, ¡callate! dice Baudelaire: ¡Callate, ignorante! ¡Alma siempre asombrada! (*Taisez-vous, ignorante! âme toujours ravie!*) El hombre del Tedio sólo quiere la embriaguez de la mentira. En el “Soneto de Otoño”, por ejemplo, se pide también a la amada que calle y que sea encantadora porque el corazón de este hombre que exige se irrita por todo (salvo el candor del animal antiguo) y no quiere mostrarle su secreto infernal:

*- Sois charmante et tais-toi! Mon coeur, que tout irrite
Excepté le candeur de l'antique animal,
Ne veut pas te montrer son secret infernal*

¹⁷ La *Mort* engendra la Esperanza (*Esperance, Espoir, espoir*); es la única esperanza de los pobres. En el *spleen* ésta es vencida y llora mientras la Angustia (*Angoisse*) se torna despótica y los *corbillards* - los coches fúnebres - desfilan lentamente en el alma, sin tambores ni música. En el cuadro referido en “Al lector” se trata de ir sin horror (*Sans horreur*) en medio de las tinieblas que apestan. El tedio hace mella en la sensibilidad y exaspera:

*(...)- Son âme exaspérée
Et ses sens par l'ennui mordus*

Nadie diría- pese inclusive a las teorías de su autor- que “Elena Bellamuerte” es *sans horreur*.

El Tedio- como lo están confirmando Baudelaire o Beckett - es una imperiosa e irritada voluntad de silencio, y la parla que señala su imposibilidad. El Tedio es el fracaso del silencio en el deseo de silencio, y el límite del grito. Para Heidegger, sin embargo, es en la Angustia donde cesan las palabras. Al fugar la totalidad del ente la nada comienza a apretarnos mientras la Angustia tapa, cierra (*verschlägt*) las palabras, y el “es” hace mutis. Porque para el profesor de Friburgo- se diría- el *tedium vitae* sería más bien el estado de ánimo ideal del técnico y del científico, de los que nada quieren saber de la nada y piden incluso a gritos el silencio pero de la metafísica y su fidel personera, la filosofía (y si fuera cierto que en el Tedio el tiempo se espacia, Bergson nos brindaría gustoso su consentimiento). La ciencia y la técnica superviven todocomodas en lo premetafísico, en lo místico-práctico (donde *ser* y *acción* se adunan), *sans secret* y sin el agujero insipiente por el que pasa la hendidada nada.

“El Hastío nivela los enigmas: es un sueño positivista...”, escribió Cioran. Parejo, Macedonio semblantea al positivismo como “el ascetismo intelectual adoptado por la fatiga. Son treguas, transacciones, es decir, cansancios. Cuando existe exuberancia de energías se intenta nuevamente la interrogación metafísica. En los períodos de depresión pónese en boga el positivismo”.

ANGUSTIA

“Sólo resta el puro existir en la conmoción de ese estar suspenso en que
no hay nada donde agarrarse”
Heidegger

Se diría que, como la bruta *Trieb*- pulsión- froidiana, la *Angst* jaidegueriana no tiene objeto. Esa falta de objeto es también la nada, cuyo nombre aparece cuando tras cartón nos preguntamos ¿De qué carajo estábamos angustiados?

En la Angustia jaidegueriana perdemos el asidero y quedamos como suspensos (*schweben*), pero en vez de sumirnos en la confusión como sucede en lo que llama *Furcht*, Miedo, nos inunda una particular – fascinada - tranquilidad (*Ruhe-eine gebannte Ruhe*) que no es un huir (*Fliehen*) pero sí un retroceder ante... (*Zurückweichen vor...*), un recular.

Se ha perdido el asa; pero momentáneamente, ya que existir, *Da-sein*, ex-sistir, ser-ahí, quiere decir “estar sosteniéndose” (*Hineingehaltenheit*) en, o dentro de, la nada. La totalidad del ente se aleja, por lo que volvemos hacia nosotros dice el filósofo. Ahora, si la Angustia es una inducción a la intimidad ¿no será el Tedio el afecto inherente a la *extimidad*? Conocemos el remate del texto: la filosofía (que es lo que pone en movimiento (*in-Gang-bringen*) a la Metafísica) ha menester primero darle lugar a la omnitud del ente (el Tedio), segundo abandonarse a la nada (la Angustia), y por último quedar gravitando en la susodicha suspensión para oír los címbalos de la *Grundfrage*: ¿Por qué hay Ente y no Nada?

En el “Madrigal Triste” se le dice a la mujer: “hasta que no hayas sentido el abrazo/ del Tedio irresistible (*irrésistible Dégoût*) / no podrás, esclava reina” decirme: “¡Soy igual a ti, oh mi Rey!”

Macedonio, por qué no decirlo, como programa, aspira a ser como aquella dama ingenua, preguntadora y cándida, para la que el *tedium vital* - en el que todo se revela, en el

que lo secreto se vela - es ajeno, lejano, oscuro, secreto. Si para Macedonio la feminidad es un misterio, su estrategia permanente y empirista fue un remedo mimético por el que expulsaba de sí la harta y sabida masculinidad sonante y tronante - tan hartamente positivista -. Para Baudelaire el misterio es un atributo cabalmente femenino. *Dégoût* es hastío, desgana, y repugnancia, y obliga a traer al ruedo al *goût* del “Gusto por la nada” (*Le goût du néant*). Aquí el cuadro alimático es de resignación. Se han abandonado la lucha y la disputa (*lutte, dispute*), la Esperanza (*Espoir*), el amor (*L’amour n’a plus de goût*), y se pide a los placeres (*Plaisirs*) que no timent al *cœur* enfadado y sombrío. El corazón debe resignarse y dormir su sueño de bruto:

Résigne-toi, mon cœur; dors ton sommeil de brute

Cansancio, desgana, sólo apetito por la nada. Sólo la nada tiene sabor. El saber macedoniano, en cambio, era como el marechaliano sabor, gusto, limpidez del gusto y el afecto donde la eidética visión - que desde Platón iza al saber metafísico y técnico-científico occidental (masculino)- es relegada como umbral de lo onírico (léase representación). (Cuando Heidegger nos advierte de los peligros de traducir y pensar como ciencia la *ἐπιστήμη* aristoteliana, señala que saber es haber visto, y esto, disposición inmediata a la presencia, con lo cual las ciencias contemporáneas tornan una suerte de ciencias segundas o segundas filosofías, y Heidegger inclina la balanza en detrimento de Kant, en favor de Hegel, que se hace deudo y epígono del estagirita.)

En el gusto por la nada se pierde aquello que está a la base de la *mémoire involontaire*: el olor.

*Le Printemps adorable a perdu son odeur!
El le Temps m’engloutit minute par minute*¹⁸

¹⁸ (“¡La adorable Primavera ha perdido su olor! Y el Tiempo me devora minuto a minuto”).

MEMORIA

Decía un señor Cadús en un congreso marplatense: (...) “Macedonio disloca el lugar del asunto en esa metafísica que ya se esencia como metafísica-estética (en la que, por otra parte, la idea de una estética trascendental incurriría en una *contradictio in adjecto*) mucho más cercana al saber como sabor de un Leopoldo Marechal sin cristianismo y sin teología. Saber como sabor, es decir, ser, ocurrir como sensibilidad. Macedonio se aleja de la representación por no ser ésta más que visualidad (por lo tanto más recordable, asignable que lo gustativo, lo muscular, lo olfativo) y se acerca a la afectividad a través de la crítico mística: despertar de la vigilia por la crítica del yo, último sedimento del realismo en el idealismo”. La tesis no parece del todo fiable si es que se tiene en cuenta el rechazo firme de la estética macedoniana a la “Culinaria”. Su “nominalismo de la Afección” se lleva mejor con la “emoción” que con algo más bien del orden de las sensaciones. Lo “aceptivo” como una gustación asensacional. Benjamin barrunta que la experiencia beresoniana de “*Matière et mémoire*” parece ser alcanzable sólo por el poeta. Dice también que Proust (“*A la recherche du temps perdu*”) es la tentativa por alcanzar aquella experiencia artificialmente en las condiciones sociales flagrantes. Pero la *mémoire pure* del profesor Bergson torna para el novelista *mémoire involontaire*. En la *mémoire volontaire* el pasado no está, no retorna. Solo puede ingresar a la *mémoire involontaire* aquello que no ha sido una experiencia vivida. La memoria pura es llevada a memoria del cuerpo; o podríamos dar un nombre que a Freud parece no se le ocurrió: memoria del Ello; una memoria que no tiene nada del *vidi* de la *skepsis* sino que devuelve lo pasado primitiva y animalescamente por el olfato. Lo pasado retorna a la presencia de un modo arrepresentativo, sin imagen, sin aspecto, sin visión. Los frasquitos de Proust invierten el platonismo.

La reminiscencia prustiana, no obstante, al igual que la platoniana, no es de este mundo. No es mundana; pero adviene del inframundo, de allí donde no es posible que la experiencia sea vivida y sea conciente. La memoria pura, devenida inconciente, devenida corpórea, devenida acaccimiento que nos sobreviene como una efímera dación de gracia en la que el presente se adormece en lo sido, vuelve a fugar del mundo. Mas si, jaideguerianamente- concédaseme el tino de la vaguedad -, el mundo es conciential y la conciencia mundana, macedonianamente, lo conciential es nirvánico, orgásmico (separación del plasma germinativo y el soma a juicio de Freud), amundano, asignificativo. La conciencia macedoniana es una conciencia ígnara, pureza de un presente que reduce a un *minimum* la expectativa y la memoria.

Bergson define al recuerdo boyante en la memoria como la representación de un objeto ausente. Si el recuerdo fuese una percepción desvaída, la percepción – propone – sería un recuerdo intesísimo, vívido. Dirá luego que no hay más que una diferencia de naturaleza entre la ausencia y la presencia; pero acá colegimos: si la memoria es una representación del objeto ausente, ¿no es la representación una memorialización del objeto presente? ¿La representación no es un modo de introducir en el objeto algo de orden fantásmico, ausencial, pretérito, némico? La memoria - otra vez habla el profesor Bergson - mide en un ser vivo “el poder de acción sobre las cosas” equiparando percepciones pasadas con la presente por analogía. Tengamos para nosotros que en el plano de la Libre Experiencia aquella memoria antipragmática a la que pudiera estar ligada, quieta, (in) “conciential”, sería una pareja a la reminiscencia prustiana, que es memoria ininteligente, afectiva. (“Psicología.- Lo más interesante de la psicología humana - y de muchas animales quizá - es la vuelta a vivir las cenestesias pasadas - cenestesias no emocionales pero sí de mecanismo emocional de suscitación.- ¿En qué queda el Pasado si no sólo se retienen y reviven las inocuas Imágenes sino que se vuelven a vivir las Cenestesias?”)

(Lo macedoniano es la necesidad de postular la cinestesia como kinesis de impracticidad y la cenestesia neutral como facultad del precepto sin mundo de la propiocepción expropiada o impropia: infamiliar)

Bergson llama “plano de la memoria pura” a aquel en el cual nuestro espíritu conserva en todos sus detalles el cuadro de nuestra vida transcurrida. Un plano ciertamente obsesivo. El “plano de la acción” es aquel en el cual nuestro cuerpo ha contraído su pasado en hábitos motores. Si la memoria intelectual no devuelve el pasado, lo devuelve el cuerpo en sus contracciones ¿No es la memoria involuntaria una experiencia retroactiva? La memoria voluntaria no consuela, no devuelve lo birlado. Es - como puede destilarse de Baudelaire- una aliada del Tedio. Nos consuela el miasma balsámico y milagroso del fetiche indumentario, no el imaginario identiquit que boceta el tesonero recuerdo.

El sintagma froidiano “recuerdos encubridores” pareciendo un oxímoron es empero un pleonismo. Sabemos que para Macedonio Muerte es ocultación. Sabemos también que el olvido es la única muerte - ideas de las que Borges, más tarde, hará uso y abuso -. La muerte pues es verificable - experienciable - sólo como ocultación y olvido, y la memoria - froidianamente - es una función del olvido, cuya transparencia amortaja lo sido, le da figura e imagen a lo ausente. Su desocultación, al presentar lo pasado como en un *vidi*, es fraudulencia y mascarada, en relación al pasado, aun cuando en relación a lo presente - y futuro - sostenga lo veritativo. El carácter de la *αληθεια* no escapa al maleficio del si/no, de la ambivalencia, pues como anota J. Ritvo “la verdad es indisociable del encubrimiento”.

Pongamos que Proust lleva la memoria espiritual bersoniana a la involuntaridad; Benjamin regresa esta memoria ahora involuntaria y pura a la fisiología (siquiera a su linde froidiano: lo pulsional) donde residía la memoria motora bersoniana. Son dos viejos temas: voluntariedad o no de la memoria, y su jurisdicción corpórea o alámica (ya Descartes tenía sus dos memorias).

Para la memoria del cuerpo, la memoria involuntaria, no somos el caminante sino el camino.

El tiempo no sólo es tirano en televisión. El *spleen* está sometido al Cronos famélico - el “oscuro enemigo”- que atormenta a la memoria conciente. “Guardo más recuerdos que si tuviera mil años” dice un “*Spleen*” donde los cajones con versos, cartas de amor y papeles varios, esconden menos secretos que “mi triste cerebro”.

*Tres mil seiscientas veces por hora, el Segundo
susurra: ¡recuerda! (Souviens-toi!) - Rápido con su voz
de insecto, Ahora dice: Yo soy el Antes,*

La memoria inventa, se dice. *Creo* mejor: la memoria imagina. Es una especie de retrovisor de la imaginación. El pasado es imposible. ¿Pero no hay acaso en la sucesión indefinida de prólogos algo del orden de la compulsión a la repetición? Se repite lo que no regresa, porque no estuvo. Se olvida lo que nunca sucedió, y lo que nunca sucedió se recuerda. La repetición es una dinámica del vacío: tapar un vacío con otro vacío, como reza el epígrafe de “*No Toda es Vigilia*”... , la nada es compulsiva, y es esa una continuación de la nada.

Escribe Heidegger: “la nada continuamente nada” (*Das Nichts nichtet unausgesetzt*). Este acaecer incesante - sigue el celeberrimo decano - es sin embargo casi permanentemente insabido, sumido a una veda que hace dormir a la angustia que queda reprimida (Zubiri traduce el término “*niedergehalten*” por “reprimida”) (la nada es para Heidegger más original que la negación y el no que son - teniendo en cuenta su inicial pregunta en relación a cuál es primero- sendos consecuentes). Como se ve, estamos ante un tópico eminentemente macedoniano- la nada y la continuidad -, que difícilmente haya sido tratado por autor otro con tanto y tan sabio despojamiento.

El anonadamiento (*Nichtung*) acaece en el escape de la holidad óptica y es la “esencia” de la Nada, que es precisamente su negación (*Verneinung der Allheit des Seienden*), pero a la vez lo que permite la revelación (*Offenbarkeit*) del ente como tal ente, y por lo cual es posible orientarse llegar y entrar en él (*zugehen und eingehen*). El anonadar acaece en el ser del ente (*Im Sein des Seienden geschieht das Nichten des Nichts*) El Anonadamiento, pues, continúa al Tedio.

En definitiva, el ente en total viene a sí mismo sólo en la nada (de la existencia); pero de modo finito (*in endlicher Weise*) dado que el ser por esencia - como gusta escribir Heidegger- es finito (*endlich*). Y es en este punto, claramente, donde el “Inexistencialismo” macedoniano con reclamar la ilimitud ontológica escapa a la harta figura del “hombre” a la que viene pegada la trascendencia. En el monismo macedoniano- donde la “todocomodidad concienical” repele de la “hendida nada”- no hay trascendencia. El “über” de la trascendencia, el más allá (en este caso del “ente”), induce al vivir sino con-Dios, sí siéndolo. Se puede vivir sin Dios y sin ser Dios. Pero también quien escribe esto es quien sugiere vivir como “autoexistente increado”, lo que evoca sospechosamente al *summum ens* en cuanto *ens increatum*: Dios. Revertir es lo que hace Macedonio decía Foix, y sea acaso eso el estado místico: una reversión de Dios.

y be chupado tu vida con mi inmunda trompa!

(L'horloge)

El Tiempo es un ávido jugador que gana sin hacer trampas: *c'est la loi*. La memoria voluntaria, sometida a la Ley del Tiempo, campea en la negra melancolía del hastío - permítase el pleonasmointimidada y harta de recuerdos estériles, sin experiencia ni secreto. En cambio, a veces encontramos un frasco viejo que se recuerda, donde sale un alma viva que regresa:

*Parfois on trouve un vieux flacon qui se souvient,
D'où jaillit toute vive une âme qui revient*

(Le flacon)

James distingue los estados transitorios y los estados sustantivos. El estado místico en James es comunión del sujeto y el objeto, pero en relación a un dios creído, situación inadmisible en Macedonio. El único misticismo se da en la experiencia radical, sensible, perceptiva, plena y actual amatoria, en lo ayoico. La experiencia- mística y amorosa- sale afuera del universo ontoteológico. Es – puntualmente - sin Dios y sin Ser.

Es la cesación de la trascendencia, y de la diferencia ontológica que hace menuzos entre el ser y el ente. No ir más allá del ente - ciego destino trágico del hombre, del animal metafísico- sino la adunación mística, ya no práctico-mística: posmetafísica; una suerte de estar en el ente: parusía mística.

La comicidad que se practica en la escritura de “*Recienvenido*” y “*Continuación de la Nada*” puede verse como una traslación de la angustia a la alegría, a la par que un movimiento de expelencia del hueco por donde se filtra lo trascendente.

¿UN OPTIMISMO SIN MUNDO?

(ALEGRÍA)

El ángel y el poeta parecen ser las dos haces de “*Reversibilité*”, poema que Baudelaire (digamos, el poeta) dedica a Mme. Sabatier. Para el *ange* la bondad (*bonté*) para éste el odio (*haine*); para aquel la salud (*santé*), para éste la Fiebre (*Fièvres*); para aquel la belleza (*beauté*), para éste las arrugas (*rides*)

*Angé plein de gaieté, connaissez-vous l'angoisse,
La bonte, les remords, les sanglots, les ennuis (...)*

Ángel pleno de alegría, ¿sabés lo que es la angustia, la vergüenza, los remordimientos, los sollozos, el hastío?...

Borges - el “ángel de la cultura” como le decía Viñas - escribió alguna vez, refiriéndose a los ángeles de Swedemborg, que basta que uno de ellos, un ángel, piense en otro, para que lo tenga sin más junto a él.

Macedonio ha hecho de su infierno babélico de saberes científicos, de la metafísica, de la literatura, una utopía angélica. La “íntegra realización de la revocabilidad del mi-cuerpo” y la posibilidad de una “Afección sin Mundo” son dos tesis colaterales y medulares de lo que H. González llamó su “ontología de los afectos” cuyo ápice es el puro afecto sin sobra tangible ni resto observable.

La alegría (*gaieté*) y el hastío (*ennui*) para Baudelaire son reversibles, y Heidegger le daría su aval. Pues dos son las *Stimmungen* que ocultan (*verbergen*) la nada: el ya citado Hastío y la Alegría (*Freude*), que a juzgar por la connotación que da Heidegger, bosqueja con bastante buen tino un visaje particularmente macedoniano. Pues se trata de un empático contento por la presencia de un ser querido (y no sólo de su “persona”) (*der Gegenwart des Daseins- nicht der blossen Person- eines geliebten Menschen*).

Es el “ser con alas de gasa” (*l'Être aux ailes de gaze*) (v. “*L'irréparable*”) aquel que nunca revolotea ni lo hará en el Tedio y que es una presencia - si bien espectral - permanente de la blanca melancolía macedoniana. Es la Mujer quien ha mordido y desgarrado el *cœur* bodeleriano hundido por completo en lo Irreparable, allí donde, por lo demás, se porta siempre una cruz y una tumba (*croix et tombeau*). Desde el vamos sin tumba

ni cruz, el Macedonio final, el Macedonio transmundano se demuestra en la esperanza que estudia el estudioso de la esperanza que nada es irreparable.

Si en un pantallazo general *uno piensa* a Heidegger a Baudelaire y a Fernández, lo que podrá saltar a la vista rápidamente son sendos vindicadores tácitos de la Angustia, el Aburrimiento y la Alegría, a la que habría que llamar de mejor modo Simpatía.

Para quien no puede tener más una Experiencia no hay Consuelo, hay Cólera - escribe Benjamin -. La bondad macedoniana- reconocida casi con azoramiento por todos los que lo evocaron - es la de aquel hombre para quien - subrogada la “agresión”- hay Esperanza, y hay Experiencia, y hay Consuelo (*Freude* es también *consuelo*).

PRÓLOGO POSTRERO O LO QUE ME HABÍA OLVIDADO DE DECIR SOBRE METAFÍSICA Y EXPERIENCIA

El ocaso del *novum*, de la categoría de lo nuevo, es propio de la manida era de la “posmodernidad” según se sabe por Vattimo. La repitencia, la retornancia, la sempiterna marejada de lo mismo, al menos en un plano, parecen ser el semblante de esta era; pero del otro lado - regresión del diabolismo moderno o universal- un continuo atolondrado de novedades- el estúpido pasmo, el asombro perenne de los ovals ojos del televidente devoto, la busca inagotable de los incurables odiseos de Internet - parece ser su contracara inexorable. Como veneradora de lo “nuevo” la regresión macedoniana parecería más bien moderna; pero eso “nuevo”, al contrario, esperado como continuo, como estado místico tiene que ver con la postulación de una experiencia deshistorizada (fenómeno ejemplar del post según tesifica Vattimo) y deshistorizante, la de sacarse el sobre todo ontofilogenético. Hay continuidad en la Afección pero “desconexión” en todo el resto. Lo que por igual buscan Arte y Metafísica es la “enucleación” de la “continuidad histórico-personal”. Macedonio quiere una experiencia sin resultados, sin inducciones, una experiencia taumática, una expectación. Es el espectral expectativo de la “Paramnesia Inversa”; esto es: la antítesis de la “familiaridad de lo nuevo” del *modus vivendi* adocenado. Lo nuevo macedoniano es místico, inhistórico; su vanguardismo sin historia, sin tiempo, es moderno no por moderno sino por diabólico. No es el tipo de experiencia moderna que esperaría Benjamin pero sí es, entonces, del tipo de las que señala Berman.

En Macedonio hay dos experiencias: en la escritura, la experiencia de la errancia metafísica, errancia del yerro y experiencia en el sentido de Oscar Wilde - que Popper recoge para la ciencia -:

“Experience is the name every one gives to their mistakes”.

Y por otro lado la mística: libre e irregistrable; plena.

En aquella se registra el acontecimiento del ser, del lenguaje, de la metafísica, en el “choque” con su afuera: la mística. Es así, “al tanteo”, como, en todo caso, podría darse el *événement* de una “verdad” - aunque la “verdad” no es un tema muy caro a Macedonio -, en

camino y pifiando, como desocultamiento, como quería- dicho rápidamente- Heidegger, y, a la vez, nischeanamente, como error.

La *Erfahrung* jegueliana puede ser definida como el hecho de tener conciencia de un objeto; pero la macedoniana, en la escritura, es propiamente el *factum* de perder el objeto, y en la mística, de perderse en el objeto, de desaparición en el objeto, es decir: de desaparición de la conciencia y de desaparición del objeto. ¿Qué describe la metafísica? La ausencia de la física, la falta del objeto perdido. Es la experiencia de la ausencia, la metafísica. La experiencia de la presencia es el estado místico, la Pasión.

Tal como en Blake - un claro opositor, sin embargo, en el tema de la “creencia” -, en Macedonio experiencia e inocencia tienden a reunirse en la busca extática de una limpieza de las puertas de la percepción. El “nominalismo de la Afección” espera hacer aparecer a las cosas sin mella de finitud, encontrando por esto un precursor mucho más atinado en el inmaterialismo anticientífico de Blake que en el empirismo sensualista de Hume.

*“How do you know but ev’ry Bird that cuts the airy way
Is an immense world of delight, clos’d by your senses five?”*

No se ve, con Macedonio, cómo sea posible salirse de la metafísica salvo con el silencio; pues si la meta física es la mística, la metafísica es el lenguaje mismo. Con la metafísica descriptonista macedoniana se ofrece un antiplatonismo, supérstite en la muerte del logocentrismo ontoteológico, que señalaría la circularidad de la metafísica, cuya culminación no puede ser más que su recommienzo. No hay más posmetafísica que la mística; quiero decir, que la muerte, que el silencio.

El pensamiento, sin objeto como la pulsión freudiana, para nada como la existencia sartreana, se desenvuelve en la forma de una metafísica estética, lo que indica como posible una cierta fuga de la modernidad y como imposible una salida de la metafísica a no ser la muerte o el silencio. Escritura es espaciamento: la “escritura loca”. Su locación es la de la locura; locura terapéutica, sanadora: lo cura. No es un *artifex*, no es un artesano; es un arte insano pero sanador: la escritura reemplaza a la medicina. El verdadero escritor médico argentino, el platón nacional es éste, ni Justo ni Baldomero Fernández Moreno, sino un abogado anarquista. Por la “escritura loca” que despliega su Belarte - estética velatoria, artísticidad nigromántica -, Macedonio hace del “Museo” el sólo “Dónde” por el que la Amada puede regresar más que resucitada renacida (nacer = experimentar)¹⁹. La metafísica fernandeciana tiene una utilización terapéutica, como escribía Flammensfeld; permanece sin cesar en estado crítico, es una crítica curativa, convaleciente, a la que bien podría caberle el sayo de lo que Heidegger llamara *Verwindung*. Si Heidegger se mantiene en los términos de una metafísica, posmetafísica, o ultrametafísica ontológica, Macedonio al mismo fin de fugarse del universo ontoteológico, postularía una suerte de metafísica ultraísta que, diabólicamente, termina no obstante aguardando el *plus ultra*. Bajo el flagrante régimen de un existir sumergido en una historia disoluta - en una historicidad en vilo, latente y polivalente- la

¹⁹ “Es decir que mi novela tiene lo sagrado, la fascinación de ser el Dónde a que descenderá fresca la Amada volviendo de una muerte que no le fue superior, que no necesitó Ella para purificarse y sí sólo para inquietar al amor y por ello descenderá fresca de muerte, no resucitada sino renacida, sonriente como partió y con apenas un solo ayer de su ausencia de años”.

experiencia de Macedonio parece estar bastante conectada con ciertos modos bien actuales de experiencialidad fuera del par alienación/autenticidad y cerca del ser como acaecer.

6

(La pulsión de escribir)

SOLIPSISMO Y LENGUAJE

Más que preguntar por la relación del texto macedoniano con la literatura y con la filosofía, o mejor para saber cuál es, debería *uno* ver cuál es la relación, el modo posible de darse, del solipsismo en sendas “tradiciones de discurso”. Macedonio sea acaso un modo de un vaivén permanente entre una presunción, intuición, de solipsismo, y una intuición, presunción, de no-solipsismo. Cómo es, ha sido, apropiada por sendos géneros, esta indecible, prohibida, instancia terrible, obligada a rebasarlas, ya que es esencialmente incommunicable, comunicarla es su infracción, su cancelación por ella misma, su parodia. El cuadro patético intimista e intimidatorio de la Clínica del Texto es un sobretexto del que hay que empezar a desvestirse ¿Solipsismo asustancialista? ¿Solipsismo ayoico? El “solipsismo” macedoniano es en todo caso celular y edípico. En definitiva, todos los personajes del “Museo” son hipóstasis de Macedonio y Elena (o no, desde luego).

“Un raciocinio genuino no ha de figurar en mi exposición”.

No hay otro lenguaje que este “lenguaje provisorio” pues todo lenguaje es “dualismo, lengua infiel”. Se recordará al positivismo lógico y la provisoriedad de las pruebas así como al relativismo de la finitud que hace del pensamiento un camino permanente. Pero aquí no se dejará de buscar la siempre diferida parición de otra lengua, acaso una lengua originaria que fuera el reverso del silencio. Entre una subjetividad sin lenguaje y un lenguaje sin subjetividad puede estar boyando Macedonio. El autismo afásico que lo quiere un Descartes de psiquiatría, o la negativa de la estética yoísta romántico-existencialista profesada por su nominalismo inexistencialista afeccional. Su reivindicación de Zola da cuentas de que prefiere a ese otro “Yo Sufro” pero subjetivista de la estética novelar de Dostoievsky aquel objetivismo realista pero por naturalista y cuyo panoptisismo es afiliable y vecindario de su panteísmo siestal. Empero, el autor de “*Elena Bellamuerte*” es un expresionista cuyo ultraísmo podría solamente estar en el acto de una expresión de un dolor doliéndose y no doliéndole a alguien. Su resultado es ese poema que agrega a su interminable nómina de universales sosias al Vallejos de “*Trilce*”.

No hay otra lengua que la “infel”. Por el lenguaje, definitivamente, se está inexorablemente condenado a un fracaso, el de comunión con la amada, traicionada permanentemente por la palabra.²⁰

²⁰ Reír sobre el desastre. Mezcla irresoluta de humor y horror, comicidad y patetismo. La escritura como suicidio del yo es una autobiografía apócrifa. Si en Baudelaire se va de hipócrita a hipócrita acá

PAMPAPEL

“Sólo se define por desesperación”.

Cioran

¿Dónde? De la página al campo es preciso un pago en la ausencia de la matría perdida. Escritura es espaciamento; como *ad quem*, localizar el tiempo, canalizarlo, lacunizarlo. Pero ¿dónde? Pampa o papel, telos pacífero y vis desesperado. De la blancura de la página a la ensombreción tipográfica, la hégira, al contrario, del campo a la ciudad, de la ruralia a la civilidad. Tanguero geórgico; un criollo.

El “papel” es un género de lo precario, lo perentorio, lo perdible, lo olvidable, lo instantáneo; lo escrito es lo que queda, un resto, pero efímero como estela, “polvo de nuestras peregrinaciones”, polvo de los caminos de su mudanza de las veredas al suelo gaucho y viceversa.

Lo sugiere Serres: Descartes empieza- de la duda a la certeza- expulsando, arrancando toda la maleza, haciendo tabla rasa, limpia, virginiza. Casi se diría que el ensayo- la huella de Montaigne- es una “culinaria”: amasa mezclas, opera mezclando, aturdido por las multitudinarias y disonantes voces de la historia toda. La *reductio ad absurdum*, hasta el cero de la certeza, cancela el griterío infernal de la historia, sale a ver afuera.

Pocamente es un ensayista porque “no es gracia hablar de lo que se sabe” y porque no se trata tanto del “*que sais-je?*” de Montaigne cuanto de un recorrido de la duda a la certeza, pero una duda no impertérritamente metodológica como la de Cartesius, sino patológica; esto es: ontológica. Recupero- simultáneo al jaidegueriano- del *θαυμαζω* presocrático, con borrón del *ego* por los “estados” y culminación mística sin reses ni deidades. Entre estado y fenómeno no hay escisión.

El saber es gustar, *gôûter*; sabor, *savoir*. Pero siempre bajo el régimen de lo mínimo, porque estamos ante el pensador flaco, junco inteligente cimbrando ante el acaecer; por lo que el suyo es un humor en extremo frugal y por eso radicalmente contrario al exceso, a la exuberancia opípara, al atolondramiento del humor de la gula rabelesiano. El sabio retorna a la naturaleza y su sabiduría aspira a ser savia que lo recorre nutriciamente sin logos y en la inmovilidad. Cimbrar en el *événement* mudo del darse del estado-fenómeno; fenómeno sin domesticidad pero no bárbaro; mejor salvaje. No lo seduce la barbarie porque la barbarie es inseparable de la civilización, y como su gemela, es siempre violencia. Es el buen salvaje rusoiano, homeostático estado de bonanza²¹.

se va de solipsista a solipsista en una efección recíprocista que cancela una tal insularidad en cuanto acacimiento comunístico. La escritura como un cine mudo donde una suerte de subjetividad vaporosa se contorsiona. La lectura como un cine mudo donde una suerte de subjetividad volatinera esboza un rictus leve. Contraristotelismo: donde no hay sustancias sólo hay accidentes. Chaplinismo de la razón súbita. Escritura que es desesperación no exasperada. El más fiel anticartesiano se está llamando: “confusionismo deliberado”.

²¹ Sin embargo no guardaba Macedonio mucha simpatía por Rousseau. Fuera de la saviduría del silente saver místico, no hay otra sabiduría verbalizable y aplicable que aquella factizada fuera de la institución y la voluntad individual, aquella tejida de un modo anónimo y espontáneo: impersonal: la de la madre (que opone a la de la medicina) y la del proverbio popular (que opone al genio artístico y

SI NO PREGUNTAN NO CONTEXTO

“Quien cree no se topará nunca con un milagro.

Las estrellas no se ven de día”.

Kafka

Se diría que es un romántico en busca de claridad, si es que (Hegel) la literatura romántica es la que quiere concluir en reflexión o teoría, y si es que (Blanchot) el clásico es aquel que posee el secreto de su obra. Macedonio quiere borrar el resto de misterio que enturbia su quehacer escriturario. Es este paso: del “Dudarte” a la “Doctrina” y la “Teoría”.

Pese a su “nominalismo” el texto fernandeciano no deja ver otra escena que la de la desesperación por significar. Desordenamiento de sintaxis y gramatical, perturbaciones semánticas, pero no la erección de una lengua cerrada inexpugnable y separada del sistema lingüístico comunicacional y tradicional, porque aquello que está en juego es el sentido. Está o es - siempre la misma castellana ambigüedad - un juego, un juego con el sentido; pero juego a muerte, masóquico, ruleta rusa. Loco calidoscopio vistiendo de retazos la desnudez pulsional, un juego sin reglas, en últimas, pero que sólo puede manifestarse como la violación permanente de la infinidad de sus dispares reglamentos sin final sentido que pululan disparados por el Mundo.

El retruécano- como relación entre significantes en Macedonio- hace las veces de lo que en las filosofías estatales es la etimología - también relación entre significantes -, truculencia retórica tejedora de un saber constituyente de un procedimiento filosófico que invoca a la historia y manotea en su fondo profundo haciendo de cuenta de que allí se

filosófico y a la cientificidad vigente). “El colmo de ese producto ficticio y aberrante que se llama libro es todo Rousseau, el que abandonó sus hijos para escribir sobre educación del niño y dedicó su obra a las madres, que nunca abandonan sus hijos y que siempre supieron mucho más que él sobre la obtención del bien para los niños y cuyos errores, no pequeños es cierto, provienen quizá de filtraciones de las pedagogías de libros y maestros y periódicos que anarquizan su natural seguridad de observación y pensar”.

La mujer habita en el interior de la naturaleza y en su seno están inscriptas sus órdenes e inercias. El hombre, teórico por esencia, no hace más que anarquizar, arrebatarse a la naturaleza la ley, a lo práctico lo místico, a lo dado el ser. Debe decirse que como padre Macedonio no fue tan extremadamente radical como su inquerido sosias, pero no escatimó demasiado en ausencia e imprevisión, y su hijo, que hace las veces del Max Brod de *nuestra* literatura, que aparece como el compilador, publicador, y hacedor de la “ordenación” de su obra- rol asumido de seguro no como una orden de aquel padre incapaz de ordenar y sólo capaz de donar la anarquía, el desorden -, principal comentarista, antólogo y arqueólogo de sus escritos, en un intersticio mínimo de su labor promocional ha filtrado un genuino y filial reproche que se lee así: “su déficit acusado se dio en el dominio de la naturaleza económica o práctica”. “Esta ausencia de sentido de las pesas y medidas sociales no es justamente su perfección sino una de sus imperfecciones, porque a la vida hay que pagarle la cuota de atenciones y exigencias positivas o utilitarias que forman al fin parte de la estructura total de la Realidad, y se sabe que no hay libertad (sino sofocación) fuera de la ley propia de cada orden de situaciones y deberes”.

extraen sentidos más fuertes, cual si el tiempo fuese el vis por el que las palabras se alejan de las cosas.

En una época dominada por la emigración y la inmigración, por la emigración literaria de los recoletos floridistas, y por la inmigración “aluvional” de masas analfabetas a suelo pampeano, el Sócrates presocrático queda, yace, pero deambula. Macedonio migra. De la polis porteña al desierto pampero, de la urbe a la ubre. Aquel que se adelantó a todas las teorías ahora contemporáneas de la lectura y la escritura, es el mismo que según el albur borgeano ni leía ni escribía. Yuxtaposición de borramientos: al Macedonio que buscaba recortar los bordes de la escritura, el “contexto”, se le añade la radicalización de Borges, recortarle los bordes de la realidad, el “texto”. Ni mundo ni tierra, la poética del pensar fernandeciano parecería no poder ser abordada desde los presupuestos jaideguerianos, pues el visaje más genuinamente macedoniano de sumar restando, de descontar contando, es tapar vacíos con vacíos, imposibilidad de fundar, fracaso nominalista de la significación- o sea, ni tierra ni mundo- e inubicabilidad de un origen.

Se es en el lenguaje, o mejor: se es el lenguaje. Se está en el cuerpo. Por eso la escritura se funda en una pregunta sin respuesta: ¿*dónde*? El lenguaje es ser, el ser tiempo. La escritura suspende al cuerpo y se pregunta por él pero el cuerpo no responde, es mudo. El cuerpo no es nada porque es nómeno y el nómeno palabra. La escritura es el curso de una inquisición topológica que sin embargo sólo da cuenta de sí misma, esto es, del tiempo.

En la escritura, la muerte. Aunque se escriba “¿Dónde la muerte?” se termina escribiendo en el museo, en el cementerio, y se termina siendo un escritor póstumo. El fracaso de la mística es que se termina, y se termina escribiendo. La escritura no es más que una sucesión de términos que no atina a terminar. No se puede terminar de escribir, pero escribir es en sí mismo terminar (: “palabras terminan”). Todo está terminado: ¿cómo comenzar?!

Se suspende el suspenso- lo narrado -, se mantiene en suspenso el comienzo- lo narrante -. La escritura le dice no a la muerte y al tiempo pero los factifica. Como *dictum* no, como *factum* sí.

EXILADO HILARANTE, ANIHILADO Y PERDIDO, PIERDE EL HILO ANTE LA NADA.

Estrambótico, y extraño; pero un extrañamiento que insufla un malestar difícilmente soportable por el lector normal, que asiste a la escena escrituraria donde acaece el enrarecimiento confusivo de un dadaísmo tragicómico, mezcla casi oximorónica y siniestra. “Gags trágicos” sentenciaba Viñas con la consabida iracundia irónica. Una escritura sojuzgada por el acontecimiento, hilarar y deshilar, perder permanentemente el hilo de la ilación y fugar por la hilaridad. Filosofía hilarante, proposiciones absurdas y objeto perdido. Se escribe exilado. El vis escriturario de Fernández parece ser un automatismo ayoico, como el surrealista pero concienical, y en eso menos surreal que romántico. Macedonio Fernández inventó de buenas a primeras el *zapping* en la literatura y antes de haberse inventado la T.V. E inventó una forma de escritura que recién ahora puede ser recobrada- quizá sin “artisticidad”- en el chateo, donde texto y presencia tienden a acoplarse.

Es difícil saber si aquí, en esta crítica que se ofrece como dación de lectura loca, hay algo más que lo meramente “estilístico”. Escritura es fracaso, ese es su saldo. Escribimos locamente en la perdidumbre

metafísica apenas sabiendo lo que decimos sin solucionabilidad, con confucionismo; fracaso crítico, o sea, triunfo místico, dado que por la escritura vamos uniéndonos a Macedonio pero en mudez; no puede ser de otro modo. No puede dársele unidad al texto macedoniano porque toda unidad es mística, y su referencia ficticia. Quedará el triunfo crítico para mañana²²; estas letras pueden ser el aliciente por desilusión para la claridad futura de otros, que completarán esta crítica escrita también en “lenguaje provisorio”...y harán la primera buena. Pero a qué patentizar lo que ya se sabía, tesitar lo ya confirmado en obviedad? No era mejor una confusiva experiencia de escritura aclarante por oscuridad? Ser vitoreado no es ser victorioso. En el grueso de la literatura rioplatense ganar es perder. El éxito literario importa fracaso en la vida. La crítica, por su parte, vive chillando su inoportunidad, su fiasco, su ociosidad a sueldo, a gusto con una era de locuacidad logofóbica. Criticar es desunir escribía Blanchot, y es lo que uno aguarda: coartar el coipsismo que izó Macedonio como esperanzada teoría de la escriturolectura.

Fernández no era un tratadista; su texto no es sino una permanente digresión. Su filosofía su metafísica es disgresiva, y le devolvemos crítica pareja. Descaminada. Al tanteo, crítica anarquista y descontrolada²³. Es necesario un pensamiento que le abra algunos buracos a la academia. Este engendro crítico, escrito sobre la dispersión del lugar y la mezcla indiscriminada, porta una ametralladora de eunucos en su zóca.

Macedonio hace escribir; es una máquina de hacer escribir. Pues para dar con Macedonio no podemos sino cometer el enorme rodeo de cientos y cientos de páginas, acoplados de palabras que con revelarlo lo dejan escapar. No es que Macedonio no tenga centro, dejamos de tenerlo al leerlo. Como se evidencia en el “Innombrable” de Beckett, todo su texto indica la continua inminencia del silencio simultánea de su continua imposibilidad. La escritura es pérdida y recuperación de la Mística: habiéndola perdido estar recuperándola, o perdiéndola recuperándola. El telos de una obra presupone al homo faber; su escritura inoperante es el curso sin fin ni comienzo del animal laborans. Su novela es una novela de aventuras pero teoréticas: no de cosas que ocurren sino de ocurrencias. Allí se ve la simetría de la filosofía y el humor: se trata en ambos casos de ocurrencias.

El texto macedoniano, en fin, es una experiencia que sacude de un modo que no pueden remedar esos jueguitos de lenguaje que concluidos dejan a la realidad tal y como estaba. Macedonio se aparece- y persevera en aparecer- en el mundo histórico-sémico como lo contrario del “Libro-Almohada” que anheló alguna vez. Dardea y acicata de un modo que hace pensar si no habrá que atribuirle responsabilidad en el insomnio borgeano. Sólo se lee a Macedonio haciéndose del Mundo, siendo el Mundo ese flagrante acto de lectura (y de escritura); siéndose Macedonio, borrándose el resto, Materia, Muerte, Historia, Dinero...

GRAFOBIA

“*La inutilidad de los libros*” es un texto arltiano, una aguafuerte, que invita a ser leída para el cotejo con Macedonio puesto que nos deja ver esa común grafofobia que siquiera intermitentemente los comunica. Claro que en este caso bajo una modulación enteramente cínica, aquello que está en tela de juicio es la relación de la escritura, y de los libros- ergo, de la literatura, y en el sentido más lato que fuese posible- con la verdad. El libro y la escritura son en ambos casos lo interpósito, pero para un pragmatismo cínico en Arlt y para un

²² ¿Soy o me hago? ¿No?...

²³ Mmh... ..

misticismo de la inacción, prajñatismo o pragmatismo invertido, en Fernández. Macedonio es un pragmatista invertido, la más extraordinaria modulación autóctona del pragmatismo jamesiano, un teórico inerte del pragmatismo acriollado, y Arlt sólo es un pragmático sin pragmatismo, un pragmatista fáctico.

Para Macedonio la verdad no puede encontrarse más que en la “certidumbre mística” y es coextensiva respecto de una “todocomodidad concencial” que se logra a ley de concluir la metafísica y desbaratar el valor de verdad preso en las páginas de los textos vigentes. Arlt relaciona los libros con la desgracia, con la infelicidad, con la complicación. “Lo que hacen los libros es desgraciarse al hombre, créalo. No conozco un sólo hombre feliz que lea. Y tengo amigos de todas las edades. Todos los individuos de existencia más o menos complicada que he conocido habían leído. Leído, desgraciadamente, mucho”.

LA PULSIÓN DE ESCRIBIR

Borges, *nuestro* superescritor, daría el más completo ejemplo con su “ética de la infelicidad” como le llamó Horacio González, de que una vida destinada a la escritura y la lectura es una vida destinada a la infelicidad. Complicar, después de todo, es lo que hacía la pulsión de vida freudiana. Entre la muerte y el amor, la escritura. Escribir o matar fue, se sabe, la alternativa macedoniana en principio; pero su desenlace fue escribir o morir, escribir o matarse, esto es la escritura como sustitución de la “Terapéutica”. Amar y escribir, las dos facultades macedonianas por excelencia que izarían la ética más hedoniana, pero que sin embargo se trenzan en una dialéctica de exclusiones. La escritura es ese objeto sustituto tanto del objeto amado cuanto del objeto odiado. La escritura más que en nadie en Macedonio es aquella síntesis final y pacífera por la que cesa la cruenta dialéctica de la vida en su concepto “longevístico”: matar o morir. El escribir reemplaza al amor y es prueba de ello la escasez de escritura del Macedonio casado. “Ya no seré feliz, tal vez no importa/ Hay tantas otras cosas en el mundo”, registra el Borges soltero y abandonado en “1964”, quien en otro texto se justifica diciendo ser un lector hedónico. En el haber de Borges, pues, la lectura, y en el debe la escritura: escribir en Borges es un don paterno, un mandato, un deber; en Macedonio es compulsión. Lo hedoniano, aquello en donde los límites son cancelados (para Platón el *ἡδονή*, el placer, era lo *ἄπειρον*, lo ilimitado) es la escritura; la escritura es solucionabilidad más hedoniana pero por la negativa: hedonismo terapéutico, epicúreo. (Es porque el ser no tiene límites que se saltan y asaltan las fronteras de los géneros al grito de “libre sin límites sea el Arte” y se borran de un plumazo: en las teorías aparece el humor, en la poesía, en el humor, en la trama narrativa, la teoría. Si no se los puede borrar por completo, al menos reducir a un estado mínimo (como su Estado en Política) la diversidad genérica. Lo imaginario se ontologiza en esta Metafísica de la Afección que bien podría albergar el rótulo de Ontología Hedonística de lo Ilimitado, con el plus de una ética epicúrea encargada de vigilar que no sea desbordado ese estado mínimo de los límites concesionado al principio de realidad. Evasión llama Miguel Morey al instante en que los límites se perciben como ajenos, carentes de sentido y valor ¿Es acaso la macedoniana una literatura de evasión?) ¿Qué es lo que suma, lo que agrega, Más Hedonismo al hedonismo corriente? En todo caso el goce y la ataraxia, nociones que a tientas- nada puede ser de otro modo en Macedonio- nos permiten vislumbrar sesgadamente su categoría místico-poética fundamental, la “Pasión”. El hedonismo de la escritura pasional, pulsional, macedoniana es negativo: evitar el dolor. El hedonismo de Borges termina con la lectura. La escritura de Borges no es hedonismo negativo sino negación del hedonismo. Más que por

placer se escribe por deber. Por eso el cinismo arltiano dejaría ver mejor las cosas: se escribe por poder. Y ese poder es primordial y eminentemente dinerario en Arlt. La escritura metafísica es una escritura que descoloca a sus operarios, a sus Borges y sus Macedonios. Arlt es quien mejor ubica a la escritura en su contextualidad, el capitalismo. Es mejor con Arlt con quien entramos por fin de lleno a la esfera del escritor por profesión, del “escritor como operario”. “Todos nosotros, los que escribimos y firmamos, lo hacemos para ganarnos el puchero. Nada más”. Retórica cínica, ciertamente; esto es: retórica de la sinceridad (: “Sea sincero”. “Yo con toda sinceridad, le declaro que ignoro para qué sirven los libros”); pero un cinismo plebeyo y populachero, retórica plebeya del resentimiento de las capas bajas de la clase media. Al final, *me parece ahora*, Arlt también encubre en su afán de identidad con el lector masivo y folletinero del diario “*El Mundo*”, al poner a la manutención y la sobrevivencia como *raison d’être* del escribir literario, que es el poder, no el placer ni el deber ni el hambre, y más allá de su mera dimensión económica-monetaria- y a excepción en todo caso de la escritura obligada de las crónicas en la prensa -, la auténtica razón cínica que fundamenta la voluntad de escribir.

La gente lee porque espera encontrar la verdad en los libros, le dice Arlt al lector que le pide que escriba sobre “los libros que deberían leer los jóvenes, para que aprendan y se formen un concepto claro, amplio, de la existencia”; pero “es necesario- contesta- leer muchos libros para aprender a despreciarlos”. Después de hacer una contabilidad espavorida de la cantidad de libros que se editan por mes en los grandes países- versión periodística de la “tonelada estética” macedoniana- añade bajo el título de “Desorientadores”: “La mayoría de los que escribimos, lo hacemos para desorientar a la opinión pública”. Volvemos al final al tema del extravío. Si el que escribe por deber o por placer- pues tiene dinero -, el escritor “metafísico”, se pierde y desorienta, el escritor “político” (o en todo caso económico), el que escribe por dinero, pone a la desubicación en el plano del lector. El escritor extraviado usurparía un lugar que es el del lector; el escritor desorientado es, antes bien, el lector que escribe, aquel escritor que como el lector universal que figura Arlt, pone o ha puesto alguna vez a la escritura y a los libros en el lugar de la verdad más que en el de la mercancía.

CUERPÓBICE

*“He tratado de decir que el occidente
está enfermo de materia y de ironía”*
Girri

La publicación supone una exoterización de la escritura que deja ese leve, translúcido, flaco cuerpo, el papel, ese cuerpo dérmico como su mismo cuerpo biológico, y se expone de un modo impudendo al cobrar el sólido cuerpo del libro. Eludir la publicación es un acto de escamoteo similar al de la cobertura que procura el sobretodo sobre todo el cuerpo natural. Macedonio desea la desnudez del reciénvenido, del lactante, que no es la misma cosa que desnudarse en público. Macedonio se resiste a abrir el sobretodo.

Presocrático en su apartado meditar escribiendo y sin lecturas, socrático en su imantada oratoria de café, pero cínico en su precarismo y su renuncia a la competente socialidad. Pues tampoco se ha omitido medirlo con Diógenes. En principio parece ser la

contracara de cualquier cinismo, en sus dos casi antónimas acepciones. Arlt o bien Almafuerte podrían ser los cínicos de la literatura clásica nacional, pero no Macedonio. Si bien Macedonio es más una planta que un perro, en su abandono de todo, en su tododespojamiento es el monstruo local más parecido al can de Atenas. Claro que llega a la desnudez edípica por la moderna *reductio ad absurdum* con la que termina la vida como un místico, quitándose el sobretodo de la cultura (Contrariando cierta idea actualmente en vigencia en la bioantropología quizá Macedonio pensaría a la cultura, a la historia y al ser, como un adosamiento *a posteriori*, cuando se admite que la cultura trasunta en el desarrollo genético en vez de agregarse posteriormente.). Pero por un pudor que bien donado será a Borges, no se desnuda en público; voyerista no exhibicionista, no se quita el sobretodo efectivo, el de tela, ni la pensión es el tonel. Como aquel Diógenes que le pedía a Alejandro que se corriera del sol, hubiera preferido también el usufructo de un mero instante de placidez presente, un terso instante de baño de sol, a las perdurables regalías o el mecenazgo del hombre más poderoso del mundo. Esa anécdota diogenesiana- Diógenes después de todo compite con el porteño en el caudal de anécdotas y sale ganando; es un noventainueve por ciento anécdota- es la fábula más radical que el presentismo místico podría ofrecer.

Mas la relación con el entorno “premetafísico” es de simpatía y cordialidad; a cambio del denunciismo martirizado, la “cachada” y la “teoría”, como relaciones críticas hacia la cultura y la sociedad civil, la primera, hacia el estado, la otra. *Un máximo de sociabilidad con un mínimo de socialidad* es el eslogan que con mejor justeza definiría políticamente lo macedoniano total, enrarecido por esa ambivalencia y diabolismo de una doble aspiración de prescindir del público y presidir lo público. Duplicidad paradójica de la esperanza y la promisión: al mismo tiempo que se espera de Macedonio la salida de su novela, éste espera de sí su salida del Mundo.

La sociedad, la politeia, es lo interpuesto entre Diógenes y su objeto; el cuerpo, y sus vestiduras inescindibles, son el obstáculo entre Fernández y el suyo: “Ella”, la póstuma. Como escribe Serres, la física reside fuera de la ley, fuera del nomos, más allá de las relaciones humanas. Hasta la muerte de Elena Macedonio es un jonio empirista, es un físico; la suya es una física de la pasión y la mística, la única física sin telos, sin meta. Muerta Elena, Macedonio es un metafísico puro; con su ausencia omnimoda, desaparece el volumen, queda la figura, el recuerdo, el fantasma. La metafísica es ese “capítulo extra de las matemáticas” que trabaja sobre los restos oníricos de la ausencia del cuerpo; si hubiera una física sería de los cadáveres, un peritaje del orden de la autopsia sería su método y objeto. El cuerpo funda el régimen mundano de lo útil, del pragmatismo, del interés, lo que está entre, entre el amante y la amada, enredado entre el es, lo interpósito, la opacidad dérmica que levanta el velo nouménico, tapia dura que nos impulsa a un estar “entrematándonos”; en lo premetafísico de lo práctico-místico vivimos entretenidos, durmientes en la merma somnífera de la fina “atención”.

Diogenesiano Macedonio, cínico Arlt. Es una diferencia de clase: la tragedia arltiana, la falta de dinero, conecta a su protagonista no sin vacilaciones al comunismo en tanto cuanto empresa que conduce a la supresión del dinero como capital; la falta de tiempo que patencia Borges y su Sócrates los lleva parejamente a postular la abolición del tiempo en nombre de un platónico antiplatonismo de inspiración anticantiana. Antimarxianos inclusive porque esta común tragedia aristocrática cobra visos de tragedia antropológica, universal y suprahistórica, en cambio la arltiana no pasa de ser una particular tragedia de clase.

Cómo no denominar al retardo de Borges sino como el hecho de no llegar a tiempo para escribir sobre el tiempo. El criollismo filosófico es una filosofía de retardados, una filosofía del retraso; se vuelve a trazar lo ya trazado, y el re de esta nueva traza, se diría con Germán García, es el estilo. Vamos a admitirlo esta vez: la filosofía argentina es

estilística. La filosofía argentina es su literatura. La filosofía argentina está en la literatura argentina. La alternativa es escritores o profesores: estilo o epítome²⁴.

CONVERSAR O CONSERVAR

Aunque parezca lo contrario el suyo era un estilo oral, afirma Piglia en sus “*Notas*”: es el escritor que mejor escribe el habla desde José Hernández, apunta. Parecería ser, de manera tal, un coloquialismo exclusivo, un barroquismo conversacional, un gongorismo oral, que se teje entre la “*sintaxis de mudanza*” y la “*oratoria del hombre confuso*” como un minucioso *colage* de automatismos. Así como los diálogos platónicos no eran otra cosa que monólogos, los discursos del Presidente bien serían soliloquios en público, meditaciones de barricada. Pero entre conversar y conservar – como le escribe a E. Sabato -, el papel entre la voz y la imprenta, la emergencia de la tácita disputa entre Borges y Adolfo de Obieta. Macedonio es ese acto enunciativo que recusa la autoridad. Quien finalmente autoriza la publicación es Obieta. Macedonio estaría imposibilitado de autorizarla. Resulta imposible comenzar a concluir esa cesación ininterrumpida que es su escritura incesante, y sólo hay autor- en todo caso personaje raudo de las portadas señaladores y contratapas- en los márgenes externos del texto. Su lenguaje era exclusivo; su lugar el de un excluido. Exclusión, exclusividad, lumpenaristocratismo; el “excluido de su escritura”, como decía un García otro, fue el (otra vez) “insólito”, quizagenial, politicólogo inclusivista pero excluido. El absoluto descodificador metafísico tramaba casi en solitario alianzas políticas. Precisamente a esto él le llama “*diabolismo*”.

Para llegar al cero, lo primero a excluir es al tres; el primer tercero excluido macedoniano es el hijo; es la exclusión prohiada por su metafísica regresiva impulsada por la Infamiliaridad. Sacarse el sobretodo es excluir al Mundo; pero la Paramnesia Inversa es el punto de arranque de una pulsión de saber que mana de la exclusión, sea lo uno celular sea el espacio público, es esa expulsión la que funda en la errancia metafísica el saber desde el remoto tiempo de su primer registro occidental con los asombrados presocráticos

²⁴ Macedonio es mucho más epicúreo que estoico. Lo macedoniano es la *αταραχία*. Pues si la apatía está ligada a la perversión (Kuri), es eminentemente antimacedoniana (pese a aquel “estoicismo” propalado en aquel texto juvenil) ¿Qué lo hace tan actual y tan atractivo al lector contemporáneo? Hay algo en nuestra era muy parecido al mundo de la decadencia del imperio alejandrino. El hedonista de hoy llega por la televisión, por el cómpac, por Internet. El epicúreo es un hedonista negativo: no quiere el placer, quiere el no-dolor. El epicúreo es el *απολις*, está fuera del espacio de aparición (concepto de H. Arendt, que ubica y denota al *πολιτης*), replegado. Pero no es el reprimido, no es el santo, no es el mártir, no es el neurótico-obsesivo. Un epicúreo de hoy tiene que advenir de un pequeño-burgués expulsado, marginal, de un lumpen. En este circuito neoepicúreo reaparece Macedonio. Y en la desaparición del espacio- contra Arendt- despolitización metafísica. Renuncia al placer para evitar el dolor, decía Germán García. La traslación fernandeciana, sin relato, afásica, es amatoria y recíproca; la “transferencia” sicoanalista es un pase parlanchín y filial. Macedonio se traslada, huye del hogar como del lenguaje, deja en sus pasados habitáculos, yos y papeles. Entrelazados. Su metafísica fugitiva había encontrado su crítica persecutoria. La traslación, el traslado, es esperanza mística. Ahorro de rodeo heterónomo y paternista. Después de todo, se ha dicho que la finalidad del psicoanálisis era también la ataraxia.

Paradoja filial: el texto macedonio es incluido en el universo de la letra nacional por la labor filológica, filiológica, del hijo publicador.

Es cierto- como alguien, algunos, han dicho- que Macedonio, el texto macedoniano, da cabida a lo cotidiano y en esto- se añade- pone su grano para la piedra basal - sino la piedra toda- de algo propio de la literatura rioplatense- que Viñas reivindica en Marechal- que es la complicación de lo popular con lo universal, de lo cotidiano con lo celeste; pero también es cierto que lo cotidiano aparece humorizado, como restos perceptoverbales, locales, históricos, que se pegan a efectos de retornar a la nada.

A Macedonio le preocupa la cruza entre la intersubjetividad y la textualidad, y rechaza- pese a los que sigan con la delación del “solipsismo”- la subjetividad y la intertextualidad. La intersubjetividad que enhebra la textualidad es una manera de escapar al “entrematándonos” propio de la vida en su vis longevístico, y la erección metafísica que Macedonio espera vanamente realizar es el abandono definitivo de ese “entreglosarnos” del que hace tanto hablaba Montaigne como sino textual. Macedonio se burla de los procedimientos expositivos de la teoría de la “generación espontánea” pero lleva esta teoría al acto de la lectura. Lo que leemos permanentemente en Macedonio es el acto de escribir. Lo saltado- el *zapping* del lector- es una discontinuidad que se patencia como una tragedia que debe ser suturada con la fundación de una escritura saltada que regrese la escriturolectura a su continuidad coipsística. ¿No hay en Macedonio un miedo a la libertad del lector? Otredad espontánea e imprevisible, dotada de una terrible, incontinida libertad de aparecer por donde quiera. “Muchos miedos hacen humorista”: uno de ellos el miedo del Lector-Diferente. El terrible miedo a la diferencia habita permanente: la diferencia de “Elena”, la diferencia del “Lector”. El Lector se va y el Autor sigue hablando. O el Lector aparece de improviso en la página ochenta y el Autor se da cuenta de que ha estado solo. El soliloquio de Autor, la soledad de Deunamor. ¿No se previene Macedonio de que no le pase lo que a Víctor Hugo, a quien el Lector lo deja y sigue perorando ensimismado? ¿No sentís, Lector Macedoniano, una culpa al saltar a Macedonio? ¿No nos intimida?

Fernández también es, como “filósofo cesante”, el lector saltado de la tradición filosófica. Si esto es así el estudiante de filosofía actual- incluyo naturalmente graduados y docentes, que no podrán esquivar el bulto -, en la Era de la Fotocopia, lo puede encontrar también como precursor. Este extraño señor Macedonio Fernández fue lo que hoy- que somos felizmente tan estúpidos- solemos llamar un “personaje”. Su vida- toda lo es- fue ficticia. Es decir, no hay más que teatro, representaciones, actuaciones, obras, parlamentos, invenciones mutuas y conspirativas. Por eso vivimos, paradójicamente, de su “culto a la personalidad” que tanto irrita al lelismo seriófilo academista, a aquellos quienes- a diferencia de aquel- efectivamente nacieron y morirán; pero que nunca vivieron. Por él olvidamos la escuela, olvidamos la universidad, décadas no pocas de pupitres, amonestaciones, sanmartines, éinstenes, jégueles, mesas examinatorias, cúmulos de papeles y de compañeros portadores oportunos de virtuales manzanas. Pero hete aquí que Macedonio es el más cabal de los realistas, el único que hace de la novela efectivamente vida y realidad. Sólo hay una novela y es la que teje la trama en donde se representa una promesa perpetua de realización de una novela, y en la cual él y sus lectores son los personajes unamunescos, digo de carne y hueso. La trama de esa “novela” es el conjunto de peripecias múltiples de sus anuncios, de sus postergaciones, trama en la que Macedonio y sus amigos-discípulos, esto es, sus lectores, cobran el estatuto de texto y personajes. El suspenso que se extrae del seno de la novela prometida y permanentemente inhecha, se instala en su exterior en cuanto inexorable antelación. Es una novela en suspenso. Ese es su “asunto”; y es un asunto de la “vida”, y no por ello hay mengua alguna de su carácter ficcional. No hay bios en la grafía; cuantimás: erotografía, tanatografía, a modo de heterografía pues tampoco hay auto, salvo, eso sí,

aquellos que preventivamente debían venir sin parte delantera, para no chocar (También los hombres, al mismo afecto, deberían venir sin cuerpo. Una analítica de lo finito ilimitado-finito más que nada por lo enjuto- que se orquesta como una crítica angelizante del antropocentrismo.). Políticas de la ficción, ficciones de la política, los novelistas son presidentes frustrados y los presidentes novelistas impedidos. Macedonio logra el propósito de no leer vida, y, a la vez que iza una escritura sin novela, monta una novela sin lectura²⁵.

LO CÓ(S)MICO

No hay en el universo personaje más confrontable que Macedonio Fernández, que reviste las comparaciones más inesperables; en el mundo cultural argentino más reciente podríamos pensar, desde el mismo nombre para adelante, en Inodoro Pereyra, personaje que acaso le hubiera simpatizado; quizá en lo chaplinesco y en la borración de los límites en el último Charly. Tampoco el Borges de los reportajes mediáticos de la vejez podría quedar afuera, con su organización en el habla ante el comparecimiento público de una modulación propia del “sin límites” del precursor.

Macedonio es alguien que hablaba con los otros para tomarse el pelo a sí. Cordialidad y autoironía. Macedonio extiende la ironía, la hace especulativa, especular: de los otros al *cosmos* por completo. Es el absurdo. La risa macedoniana es la risa budista, cósmica. Retorno convulsivo y efímero a la madre naturaleza, la risa es instancia unitiva que se pliega a la Mística y la socorre en su fracaso. El humor en Macedonio es un modo de escapar de la cultura, por la cultura. Cuando Marechal en el “*Cuaderno de Navegación*” evocaba la etapa del martinfierrismo decía que “aquellos eran años de inocencia”. Si fue Girondo el único que perseveró hasta la vejez en el “juvenilismo” (aserto viñasiano), debe decirse que esa “inocencia” referida por Marechal no abandonó nunca al permanente reciénvenido. No hay origen, ni culpa ni pecado original; el humor es en su impelencia automática expulsión del universo de la culpa y la trascendencia, retorno a la inocencia primordial. La Humorística es también ese humor blanco que se pone sobre la Melancolía, humor negro. Negro es el melancólico misterio, blanca la mística, los dos (no)-colores de la Muerte. Del sentido de la pérdida a la pérdida del sentido y viceversa, esta es la inexorable, continua, oscilación. El humor, por lo demás, fue su posibilidad de ser legible. El humor es el medio de publicidad macedoniano; es la estrategia que se orquesta en la inminencia de publicación.

DESCARTES Y EL TANGO

“Y yo voy, como un descarté, / siempre solo,

²⁵ Hay un chiste recurrente que es la subversión de lo endonovelar y lo extranovelar. Pasa siempre por tornar imaginario esto y materializar aquello. La ficción recupera la sustancia y el espacio-tiempo que pierde su afuera, la realidad, pero que no son el ínfimo paralelogramo de un volumen (vinculemos la acepción bibliotecaria y la geométrica de este término) y el efímero e intermitente suceso de la lectura, sino el de la representación. Representación es ficción. En todo sentido.

siempre aparte, / recordándote”.
Cadícamo

Esto está confirmado: Macedonio es un descartes tanguero. Para Macedonio Tango es Verdad; y en Cartesius Verdad es Autocertidumbre. Autocertidumbre y nómeno-Descartes y Kant- son los dos enconos, óbices del manual filosófico que andaba en su cabeza al tomar la lapicera, que aquél con furor compulsivo quiere expulsar metafísicamente, porque son los dos polos- y las dos categorías fundamentales- de la Idilio-Tragedia. Macedonio tiene (paralelamente a una “autobiografía por otros”) una heterocertidumbre o Autocertidumbre-de-Ella, certidumbre de la perdidumbre, categoría esencial melancólica, que vuelve fúnebre su fenomenología. Macedonio melancoliza a Cartesio. Elena es la primer desaparecida argentina. Desde su biblioteca idealista y subjetivista, Macedonio Fernández es el más tenaz y desesperado intento por borrar el “solipsismo” heredado. No se entiende la terquedad de la crítica y su sociologismo consolador de acusarlo en el sentido contrario a aquel que se “desvivió” por desbaratar el *cogito-sum* y su concubino y consorte nouménico. ¡Qué en serio tomaron sus chistes!

Mas la crítica macedoniana está y estará condenada al naufragio; pero se salva, se salva por ciertos mensajitos de botella que arroja en medio de la masa acuosa de sus copiosas teorías. El resultado de esa inminencia de ahogo toca no pocas veces lo genial, y son esos retazos pegados al collage de retazos del retaceado texto-objeto, el andrajoso fetiche que leemos. La crítica con charreteras, la crítica de concurso, la crítica de mérito, de adustos profesores inalcanzables con lejano estrado cabizbajo, diga lo que diga, no puede dejar de enarbolar su rol paternal, clínico, normalizador, demarcador, su rol de platónico perro custodio de los mochos enunciados disciplinarios correctos y controlables; su aséptica distancia científica con el objeto literario. Abrirle boquetes y fratachar con la mezcla es el propósito postergándose del flagrante texto que se lee. Debemos resistirnos a las pobres “paciencias” monográficas. A la payada filosófica extendemos una zapada crítica²⁶.

Pues bien está entrar con “extrema cautela y desconfianza” a los textos macedonianos, pero bueno sería entrar también con un dominio de los saberes filosóficos y científicos vigentes por lo menos aparejable al que portara el autor. Ciertos pruritos que quizá puedan llamarse prejuicios impiden todavía la erección de esa lectura integral de Macedonio que Fernández Moreno reclamara y que obligaría a sus virtuales ejecutantes- fuera de la cuesta hacedera del escarnio o la apología- a tener que vérselas con este monstruo ponzoñoso alojado en ciertos oscuros recovecos de nuestra cultura e intertextualidad dispuesto a boicotear las empresas de éxito seguro de los comentaristas de lo que ya viene importado resuelto. Traducir a Macedonio a su propio idioma es mucho más inextricable.

Ciertamente Macedonio ha sido empleado “para pasar el rato” como decía Martínez Estrada; esto es, hemos priorizado su obra autoenunciada “pasajera”, los “*Papeles de Recienvenido*”. Aquel hombre que jamás había nacido ni muerto escribía obras “pasajeras” que son, que a primera vista serían, aquellas que nos entretienen, aquellas en virtud de las cuales unos y otros, autores y lectores, nos aferramos mutuamente, nos sujetamos de mancomún. Trapisonda irónica de un autor cuyo más tesorero imperativo era desujetarnos, soltarnos, hacernos trastabillar y marear acto continuo por “conmoción concienical” (De las “cuatro opciones” que encuentra el Presidente- “el Misterio de Ser, la Pasión, la Ciencia y la Acción”- dos son “entretencimientos”, las dos últimas, las dos que por cierto rechaza como

²⁶ No debemos olvidar que el profesor Nazareno F. Barrios del Total ya padecía Alzheimer por aquella época. **Not a.** De... de...

“abyecciones” longevísticas - “vivir por vivir”- que no tienen perdón- así afirma -). “¿No merece que se lo estudie seriamente, que se pierda un año descifrando sus jeroglíficos, sus paradojas”, cuestionaba el citado Estrada. Así avisados, hemos ofrendado más que unos años, deslustrado algún lustro a la busca de una Primera Crítica Buena que escapiza como pez coleteador ha perseverado en resistírseles; y es esta la hora en que nos es dado inquirirnos: ¿no será que es esa pasajericidad, esa vocación de pasarratos la mayor seriedad de este texto y el mejor fruto de su variopinto cortejo crítico? Hemos hedónicamente continuado la nada. Más-hedónicamente, pues el más allá del hedonismo que vislumbramos en el caosmos fernandeciano, el mashedoniano macedonismo como, asimismo, doble desvío por el que fugamos más allá del principio de la realidad y más allá del principio del placer, debería ser llamado hedonóstico, un *nostos* con una *algia* en goce, la felicidad unitiva del migrar a contramano por su – textual cita - “metafísica regresiva”.

Por supuesto, el Macedonio manipulado por los agentes de la Universidad es un Macedonio enrarecido, un mandril en el polo norte, un pavo real en jaula de canario del que se espera que cante mientras hacemos un plumero con su cola. La mezcla de la macedonidad con los saberes textos y autores canonizados por el universo universitario actual es inevitable, pero sus resultados o son ridículamente forzados y encubiertamente lelos, o son pocamente previsibles y posiblemente detonantes. Esa *melange* está compulsada a rebasar las legalidades y normaciones inexplicitamente pero fervorosamente operantes. Con Macedonio puesto como objeto salta a la vista lo inconmensurable en el mismo seno de esa ilusión de existencia singular llamada “literatura”, inventada como subterfugio del quehacer historiográfico. Esa inconmensurabilidad, inclusive, aísla sus propios textos, separa unos de otros de un modo hermético y que desespera.²⁷

7

(Escritura estado místico y oralidad)

ESCRITURA ESTADO MÍSTICO Y ORALIDAD

(Otra compulsas entre Borges y Macedonio que tampoco colabora)

Si en el escribir se pretende confirmar o ratificar la existencia de los otros, el no publicar, o más aun, el que lo escrito no sea leído por otro, parece más bien rectificarlo, refutarlo.

La lengua es madre pero la gramática padre. Perforarla para reencontrarse ocasionalmente con aquella es el goce del devenir escriturario.

Es la movilidad enloquecida de lo real lo que teje la atropellada prosa de Macedonio, ... *un neo Heráclito*.

²⁷ Suelta el profesor su apunte en manos, y despavorido huye ante ensordecido aplauso cervantino del vaciado salón de actos; trastabilla con mesa existente, y derrapa hacia el feliz desaparecer...

Arrancar ahora con más fuerza: la escritura, negra superficie de grafemas, es ese otro Sobretodo negro, que tapa, necesaria y lamentablemente, la blanca desnudez de la página y de la naturaleza.

Lo que en Macedonio es el par antitético Metafísica-Mística, en Sarmiento era- ... veo asustarse al lector - Civilización-Barbarie. ¿Qué hay en el medio de ambos pares? Por supuesto: la escritura. Otra reversión de Macedonio: la de la “metáfora de la violación”. La “visión pura” del estado místico es siempre violada por la interpelación metafísica. Escritura- se *nos* ha dicho hasta llegado Derrida- es violencia; sobre la barbarie, sobre la mística. La escritura (metafísica, civilización) es la permanente amenaza de la pureza del estado místico.

Lo místico es una inminencia en la escritura, que la hace atropellarse contra sí, tragarse los artículos. La va callando, perforando de silencio, trata de restarle palabras. El objeto que no hay en Mística, y que aparece y se presenta pero como falta en el Misterio, acaece como facticidad en la escritura. Migrar por la escritura en el ser de la intemperie a la morada, del misterio a la mística, del ser-verbalismo al ser-intensivo y presente; el ser es el lenguaje y el ser es lo presente y lo sentido, el ser es metafísico y el ser es místico. En este sentido el tiempo de la escritura- en la ambigüedad del ser- deviene humana tragedia. En la escritura se teje la tragedia del conocimiento.

El Mundo está en estado de prólogo, diferición de la presencia; el Ser acaece en la escritura, denunciado la falta, pero de límite. El Ser, luego de haber fracasado como presencia, como estado actual y pleno- en la experiencia de “*Vigilia*”-, nominalizado, sólo puede cobrar patencia en la escritura en tanto cuanto prológica.

(Escritura, foranidad del pensamiento en la que éste se piensa o cree hacerlo. Fracaso. Inhogar. El pensamiento como puridad sin escritura pero aún sin palabra sin verbo es finalmente no cosa otra que silencio; afección y estado místico). Ser es palabra, y con creces palabra escrita; y el acto de escritura se ontologiza. Es en la escritura donde no hay límites, donde hay “ser”. La “escritura loca” y la “locura del ser” son los dos haces de la cinta. Hay ontología en la escritura. La escritura es ontológica. Su afuera, y su referencia, mística - es la esperanza nunca factizada -. El Lenguaje es Metafísica. Pero es sólo en la Escritura donde el lenguaje se autentica con desvanecer su limitud. Sólo allí se verifica la tesis: “Todo es posible”, “El ser no tiene límites”. El lenguaje inescrito limita. En la coacción del otro, insufla falsa cordura. Espejo tapado, la conversación suele tener un lado sólo. “Ante todo, hablar él, era el único lado de la conversación que había descubierto”. El diálogo, el acuerdo, la cordura, el pragmatismo, el límite, el nómeno. La Escritura reemplaza a Pasión, a Amor. Escribiendo se está en trance de Mística. La locura es un estado místico; el amor, una locura. Una quieta locura. Macedonio señala cómo hay locura no sólo en el acto desenfrenado del psicópata, sino en la mansedumbre lacustre del quietivo. No hay “demostración”. La escritura es de muestra. En ella no se demuestra, ella demuestra, a το ον como το απειρον.

Leer es escribir: la afección afectándose.

¿Cómo es cotejable *la escritura* borgeana con la macedoniana? “Escribir, trabajar una escritura es entonces operar a partir de una violencia, que pulveriza todo escrito anterior, lo afantasma, lo hace vacío” escribe Laboranti sobre Borges. Por eso la escritura borgeana (prefiramos esta convención a “borgesiana”) no sella el Misterio; lo retiene difiriendo la subrogación de lo misterioso. La historia de la literatura más que un parnaso estático donde Dante es siempre Dante y siempre el autor del “libro más justificable y más firme de todas las literaturas”, un reino de los fines, o el acaecer presente del saber absoluto,

o el lugar donde convergen la necesidad y la libertad, es un devenir sin decantación final, sin pasado salvo el que se arroga cada nuevo futuro, cada nueva grey de lectores, o cada señor lector en cada una de sus señeras lecturas. Si la escritura afantasma la escritura es no mística. Borra o corre o desliza lo escrito con antelación. Recordar que la escritura macedoniana quería disipar el impar fárrago de letras y papeles baladíes de la historia de la metafísica a cambio de la sola página que lo dijera todo; diluir ese devenir misterioso e incómodo e inacabable de escrituras y lecturas, que desplegadas en el tiempo y en la distancia espacial escatimaban infelizmente la Mística. Sólo la escritura-lectura, habida en el devenir místico de la simultaneidad Autor-Lector, restituía la literatura a la mística. Aquí escribir es leer, leer es escribir. La literatura no tiene historia, es un acontecimiento. Pero Borges nunca duda de la otredad del Lector. En vez de querer ser él, como deseaba Fernández, al contrario le hace histeria. O si no, posibilidad dos, melancolía: lo sabe puntualmente un lector, es decir aquel otro (o si quieren le decimos Otro) que con sólo posar sus ojos reescribe el texto, lo hace otro. Leer es un acto ermitaño, subjetivo en el férreo sentido sartreano, pues toma lo otro (el texto-en-sí) para-sí. Afantasmarse todo lo anterior es el sentido de la escritura de Metafísica que contra viento y mareas del logos Macedonio busca para cubrir una única página y que no encuentra porque el fin de la Metafísica es como él dice la Mística, y lo místico no se escribe. Contrariamente, en la literatura Macedonio busca borrar la escritura en el acaecer de una lectura (-escribiente): fin místico del acto literario. Pero Borges escribe, él sí es un escritor; es su destino y mandato. Y escribir, se ha dicho, es el ejercicio de una violencia. Por eso el místico ha querido eludir el escribir en el leer (-escriturario). Borges en cambio escribe; difiere lo místico, escribe en la inminencia, la inminencia.

Su futuro es una dimensión utópica invertida, realiza en el presente lo que el pasado improbable coloca en el futuro como posibilidad irrealizable, escribe Nicolás Rosa en alusión a la escritura de *Georgie*. La escritura borgeana realiza en el presente lo imposible en el tiempo trial. Escritura de la posibilidad presente de lo imposible (el oxímoron no es impertinente), realiza en la literatura lo que la mística macedoniana sólo puede en el silencio. En esto es heredera de la literatura macedoniana, y en esto y por eso es también inhumana, toda vez que su móvil es diluir las lindes de lo simbólico y lo imaginario, desbaratar esa ligazón de la conciencia con el principio de realidad. No operar una pausa momentánea para que emerja puro lo inconciente al probable modo surrealista, sino por decir así, preservar la conciencia y sus formas pero ocupada por un contenido radicalmente imaginario; preservar la racionalidad diurna y su gramática, que como tal supone la preeminencia de lo pasado y lo futuro, el tiempo finito y trial, el discrimen preciso de lo posible y lo imposible, pero como máscara y simulacro, que vacía a la racionalidad y a la conciencia de su condena a lo simbólico, y realiza (la escritura) la irrealidad, en su presente escritural. Esta es la “imaginación razonada”, que en lo presente de su ser, realiza lo irrealizable, posibilita lo imposible. Como confirmación de la omnipotencia de lo presente importa un triunfo macedoniano. Pero que es inmediatamente desbaratado, pues por ser literatura- por ser humana- y no mudo acaecimiento, implica de suyo su falacia. Fracaso místico y victoria literaria, pues la escrita realización de lo irreal más que la abrogación de lo no imaginario es la patencia del oxímoron. El estado místico conduce al monismo/pluralismo; pero la imaginación razonada, con escribir la realización de lo irrealizable, induce al dualismo, fracaso místico, pues concilia lo inconciliabile. La literatura, y también la filosofía, y también la ciencia en Borges, perpetran el oxímoron. La labor escéptica de Borges es abrir la llaga por donde supura lo finito, y lo real acaece como imposible, y el saber como ficción. Triunfa el agnosticismo, el noumenismo, y la incomodidad concienical. La literatura borgeana lleva a cabo la meta macedoniana de igualación entre el sueño y la vigilia; pero de manera “conjetural”. Realizar en la escritura la equivalencia entre lo simbólico y lo imaginario, infringir la sartreana prueba ontológica, difuminar la subjetividad, es instalar la

evidencia del oxímoron, que deja como saldo una *todoconjeturabilidad* cuyo resultado es la presencia imborrable de la otredad. La escritura es lúdica porque es, doblemente, imaginaria-real; pero como escritura, como literatura, lleva indeclinablemente al oxímoron: *una realidad imaginada*. No hay una realidad para la ciencia, y una irrealidad para la literatura, en esto coincide con Macedonio. Hay una (*i*) *realidad* que como puede verse, de suyo acapara la diferencia. Ante este estado la literatura deviene sobre un fondo ya histérico ora melancólico, esto es, antimístico. Esperada o provocada, se escribe la inminencia.

No hay más que soluciones imaginarias aducía André Cojné en referencia al bardo del bastón. En efecto, la solucionabilidad borgeana- haciéndose pasar por seria y racional (“razonada”)- es patafísica. Es, distintamente de la de su maestro, una patafísica disimulada, sin comicidad.

El humor en Borges es el humor macedoniano pero vaciado de comicidad. Como el de Kafka, es humor; pero no es hilarante. Tlön es un chiste de Macedonio, pero sin gracia. Borges magnifica los chistes de Macedonio, los pone en obra en el espacio y el tiempo de la historia; magnificarlos quiere pues decir erudición y esfuerzo: “paciencias”. (¿Pa-Ciencias?) Los chistes de Borges- los que Borges se reserva- son irónicos, no absurdos. El absurdo es una autoironía y una ironía de todo. La ironía es la absurdización del otro.

“Todo está en todas partes, en el centro ficticio y en el borde del texto, en el texto y en el co-texto, pero nunca en el con-texto. Esta escritura es pura tensión, pero nunca extensión”, agrega Rosa. En términos macedonianos: incomodidad e inextensión. La tensión de la escritura inhiere a la diferencia, y ésta es la base del melancolismo borgeano. Por eso lo inextenso no deviene lo intenso, que es místico, sino lo tenso, que más bien radica en la vecindad de lo Trágico.

Escribir no era la “tarea” de Fernández dice, *textualmente*, Jorge Luis. Tarea (*Aufgabe*) es tener que ser escribía Heidegger. Ciertamente no era, como lo era en Borges, tarea, en el sentido de una vocación delegada en un mandato, lo cual no quiere decir que Macedonio no fuera por sobre todas las cosas una escritura. *Hemos demostrado* que Borges se equivocaba- acaso arteramente- cuando decía que a “Macedonio la literatura le importaba menos que el pensamiento y la publicación menos que la literatura, es decir casi nada”. Y agrega: “Milton y Mallarmé buscaban la justificación de su vida en la redacción de un poema o acaso de una página; Macedonio quería comprender el universo y saber quién era o saber si era alguien”. Sí, pero esto sólo sería factible en “la sola página que lo dijera todo”, único papel que Macedonio hubiera deseado no perder en las pensiones y poner, escudo metafísico, entre su torso escuchimizado y el negro sobretodo²⁸...

²⁸ Borges y una decidida vocación por conmemorar lo anecdótico. Por ejemplo el gracioso argentinismo porteño del filósofo, especie de política bis, más bien preservada en la sorna de las habladurías epigonales, y pequeña política de los recodos digresionales de los textos, apéndice *alternativo* a la vieja vocación del teorema utopista e inédito del “Estado”. Borges hizo perdurar al Macedonio coloquial, el que se mostraba a los otros sólo en la paradoja (la opinión excéntrica) y el retruécano. Lo borró como literato porque el literato era él. Como filósofo lo escondió tras “Hume”, “Schopenhauer”, “Berkeley”, los nombres que Borges desea escribir, las cimas intangibles de su parnaso universal, ecuménicos, indelebles. No la letra sino la voz. El mínimo texto, el máximo mito. Conjeturable es que sólo haya leído las obras editas, esto es, aquellos textos que ponen el mito Macedonio a la vista; en los cuales el juego está siempre ligado al carácter dual y encantador de este personaje-autor, que en definitiva casi no deja de hablar de sí. Lo llamativo es que mientras Borges excomulgaba al literato, velaba al filósofo, y santificaba a la personalidad, años setenta, se editaba de a poco el grueso de la obra macedoniana, olvidados artículos filosóficos aparecidos en el periodismo de la alborada del siglo, y principalmente elucubraciones y estudios no destinados a la publicación- a la publicación inmediata y determinada al menos -. Con los setenta- mientras Borges lo conmina a una sedicencia compartida de toda la pléyade de la era de oro de la literatura porteña, a una habladuría de

Habrá que decir ahora que en dos sentidos la virtud de Macedonio es oral: en el borgeano- que sonsaca su escritura y magnifica su conversación -, y en el garciano-froidiano: el delirio funerario melancólico como regresión a la fase oral (fase oral: carga de objeto = identificación).

Pero si Macedonio es un marginal gutembergiano, qué decir hogaño en la era de la cibernetica, la telematica y la informatica, de aquel que no hizo como Borges del Libro el Cuerpo restado. Así como la oralidad de los siglos se perdió en la espesura del pasado infinito, como palabra ignorante, como no saber, cuando sólo era conocimiento la palabra gravada en la escritura, continuación occidental del ardid de Platón ante la erosión del olvido de la palabra política, cuerpo que prolonga en las generaciones la voz efímera de Gorgias y Sócrates en el simposio, cuerpo como *corpus* de doctrina y de saber que se perenniza en la tipografía acaso como remedo del orden natural y divino, cuerpo que de Gutenberg a las editoriales populares de los años treinta ha sido diseminado por todo el gigantesco conjunto social, pero cuerpo que comienza a caducar y a ser una forma obsoleta anticuaria y nostálgica de (re)producción de la cultura y de la realidad, del saber, del arte. Macedonio es un marginal de una marginalidad aun cuando en ese reducido y selectivo

existencia incierta y rumorosa, de la que cada plume celebridad da versión original, como si fuera un Pitágoras o un Sócrates escondido para siempre en la hondura de un tiempo irrecogible - aparecen a publicidad, a la venta, cientos de páginas después de todo escritas no más que hacía veinte o a lo sumo cuarenta años. Anécdota, como puede saberse, es una palabra que deriva del griego cuya etimología señala el carácter de lo inédito, de lo no publicado.

Pelea herencial entre hermanos: Obieta o Borges.

Si acreditamos a Borges, Macedonio es aquel impar ingenioso, socrático y cuasi  grafo, a quien la literatura le interesaba poco y nada. Macedonio es una presencia sensible dialéctica y oral, impresentable en la galería de colosos universales de la Literatura; destinado cuantim s a perseverar en la finita memoria de quienes vieron sus ojos grises, oyeron su indefinible voz. Macedonio es el personaje-persona de sus pocos y efímeros libritos. Pero infinitamente superior. Por lo tanto  d nde hay que ir a buscar al asombroso Macedonio?  En sus textos que ahora irrumpen a manantiales?  O en la palabra evocadora de Borges y sus congéneres? en el seno de cuyas memorias- de cese inminente- privativamente habita el sólo Macedonio perdurable.

Devenido Homero público nacional, Borges se apropió no sólo de Macedonio, sino de toda la literatura mundial. La Biblioteca-Borges es la llave que la transparente cultura oficial ofrece como ingreso a la Buena-Literatura (la que Borges consienta). En este nivel de la transparencia mediática, pública, Macedonio es, ante todo, una habladuría de Borges (un invento más de Borges, agregar  su alter-ego Bioy, o Borges-Suplente); una habladuría sobre un hablador. Pues Borges de su padre recibe la biblioteca la ceguera y Macedonio; pero lo recibe en carne y hueso, o mejor en verbo y voz- ya que mucha carne no ten  -, no en libro. El libro lo pondr  Borges lugonizando la macedonidad, oralizando a Macedonio, y haciéndose homero y guardián nacional de los libros.

Toda la literatura de Borges- es decir *Borges* propiamente- es un diálogo silencioso con Macedonio Fernández. Mudo, silenciado, enmudecido. Tapado. Es decir: resulta hacedero, verosímil, leerla así. Borges lo esconde, pero su sombra- vaya uno a saberlo- fuera acaso terrible, oh Hamlet.

Cre  esto: que Borges y Macedonio están de uno y otro lado del *esse est percipi*. Para Macedonio- creyó un yo mío- existe lo que percibe, la percepción, lo percibido; Borges existe si es percibido, porque es percibido. Es la diferencia entre un budista y un hist rico. Pensaba que si tomáramos unas ya ininteresantes, viejas, desubicadas, categorías demasiado froidianas encontraríamos en el par macedonio/borges el par contemplación/exhibición. Dos melancólicos; uno esquizo, otro histerista. La histeria macedoniana est  en la forjación de su mito basado en el predominio del humor y la personalidad, de la paradoja y del retruécano. Empresa borgeana. "Ser percibido es soñar ser real".

mundo llamado la Literatura Argentina no deje de ser un canon. Cada vez el Libro tristemente o no, o alegremente- es menos el lugar, la casa, del Conocimiento, y más el culto de pintorescas y anticuarias sectas laicas. El Libro del Mundo es Internet, donde, por lo demás- como en Macedonio -, el Autor tiende a desaparecer complicado en la impersonalidad de la red. El Libro y el Museo cada vez se aúnan más: en el Libro se asiste a un Museo, y en el Museo se asistirá a los libros.

Borges no escribe “por Macedonio Fernández”. Macedonio es el don callado, silenciado. Es decir- ¡oh sombra funesta del perenne Freud!- no es un don; es el Padre. Es al texto-Borges lo que Jorge Borges a la persona-Borges²⁹.

Borges es ludización, erudización, y clasización del legado macedoniano³⁰. Conduce a semi parodia y bulto eruditista lo que en Macedonio es espontaneísmo analítico y patología; la “*Nueva Refutación del Tiempo*” desde su mismo título oximorónico es burla de esa utópica (ucrónica) empresa.

Fernández enumera el exceso de cosas del mundo contemporáneo. Habla de “acumulaciones de gloria del pasado” por ejemplo. El horror por lo vasto es recurrente en el texto macedoniano: por el vano producto verbal, moral, material, laboral, ingente, que han acumulado de mancomún el Tiempo y el Espacio en la historia del formato hombre a lo largo de la ancha geografía planetaria. La fusión dialéctica de Espacio y Tiempo acumula. No hay “Progreso” pero hay un cúmulo, una adición de cosas, una bola enorme y absurda, loca. La dialéctica del Espacio y el Tiempo pierde racionalidad. *Sabemos* que Macedonio invierte la locura. Lo que era Progreso es Locura del Ser. La dialéctica de lo Extenso amasa un cúmulo insólito que quizá no sólo desatiende lo Intenso sino que tiende a menguarlo. El

²⁹ Allende la verja, la externalidad borgeana, allí donde ya no rige la biblioteca paterna, allí donde la realidad inunda los sentidos y desmembra los juicios tipografiados. Allí comienza para el Borges joven el imperio de lo macedoniano, el desorden y el caos. Allí sólo rige la cairología del habla, el repentismo metafísico. Allí Borges va a ser el poeta que Macedonio no fue, y el escudriñador de la inmediatez localizada del horizonte “práctico-místico”, con sus calles, sus tapias y su malevaje.

³⁰ Si hay instancias en las que el delirio filosófico se ludifica - a diferencia del ludismo histérico más evidente de Borges- hay que decir, que es un ludismo desesperado, inminentemente tortuoso, ganado por una morbidez inquieta, de lo que resulta el exceso, que nada tiene que ver con el calculado barroco borgeano de la “*Historia Universal de la Infamia*”, sino con el barroco que pueda haber en la improvisación persecutoria de un Parker. Escribir, como vivir, resulta un juego sin reglas. En Borges la realidad tiene el permanente estigma del acaso, del tal vez. La veladura del rostro de Dios. El laberinto cafquiano. En cambio el orden del acaso radica en Macedonio en su propio y personal valor: la quizenialidad. Quería saber quién era dice Borges... La duda macedoniana no es ontológica, es deontológica. No duda de su existencia: no existe. Duda de su valor. Cómo era entonces... Foucault nos dijo que lo de Borges no era la utopía sino la heterotopía. En el caso macedoniano se trata de la...uterotopía. Casa no es el paraíso; el estancamiento familiar se revierte en nomadismo pensionista. El paraíso es siempre uterino. Perdonen que insista pero... *me da gracia*.

La novela futura, impedida, cuyo comienzo es la desgarrada tragedia del churrigueresco gauchifilósofo, es - este tema también es remanido, *como todos los que acá se tratan* - disipada por *Georgie* de entrada. También en el género cuento Borges pisa la huella. Sus cuentos toman de aquel lo especulativo, teórico, lo filosófico y metafísico (teoría es finalmente ficción, y la ficción se hace teórica), la voluntad de asombro, y la imposibilidad de narrar. Y toman de Lugones (pensar en los “*Cuentos Fatales*”): la erudición rutilante, la prosa prolija y minuciosa, la voluntad de orden, el “buen gusto”, lo meramente fantástico. La tesis de Viñas: Macedonio quería ser el Antilugones. Aquí añadimos esta: Borges es la síntesis, negación de la negación de Lugones y Macedonio.

Progreso es cúmulo y es Extensión. A cambio Intensidad y Regreso: la Mística es intensiva y regresiva. Los volúmenes (“tomos bobalicones”) de la historia, y el volumen físico, en el Tiempo y el Espacio respectivamente, para Macedonio serían lo mismo.

La enumeración borgeana es positiva (ontológica y estilísticamente). La macedoniana negativa: enumerar lo que hay (estatuas, doctrinas, instituciones, mecanismos) por economía hedónica, para dispensar de su paso y su peso.

Sin embargo- *urge decirlo*- el Borges geométrico de los pocos poemas de amor-estilísticamente de un “clasicismo” anacrónico adrede antimacedoniano - se vuelve por Amor al maestro contra el demonismo Espacio-Tiempo de la Cultura, y hace de la acumulación enumerativa el mismo procedimiento fugitivo, negándolo en la forma (métrica, erudición, despojamiento de la metáfora) pero reafirmando en el fondo.

*Lunas, marfiles, instrumentos, rosas,
Lámparas y la línea de Dürero,
Las nueve cifras y el cambiante cero,
Debo fingir que existen esas cosas.
Debo fingir que en el pasado fueron
Persépolis y Roma y que una arena
Sutil midió la suerte de una almena
Que los siglos de hierro deshicieron.
Debo fingir las armas y la pira
De la epopeya y los pesados mares
Que roen de la tierra los pilares.
Debo fingir que hay otros. Es mentira.
Sólo tú eres. Tú, mi desventura
Y mi ventura, inagotable y pura.*

“El enamorado”

Hay otra cosa y que Borges rebautiza con un personal adjetivo: lo “gárrulo”. El horror por la desbordante acumulación de páginas marcadas por caracteres (tema también del Cortázar más macedoniano- ... plebeyizado -, el de los Cronopios...) lo acecha a éste de un modo también propio (Borges es en este preciso sentido un completo apropiador...): lo fuerza a una literatura económica, muniaturística, parca, sentenciosa, comprimida. Es el fantasma del lector saltado. Temor a la desgracia de Víctor Hugo, que seguía ensimismadamente perorando tras el escape del Lector hastiado.

“Desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos”.

Borges rebercliza a Macedonio. Macedonio diría de aquél lo que escribió de Berkeley: que “su juego de realidad y apariencia no fue más que un curiosismo de inglés”, llevado a cabo “sin soltar la pared de la Física”. No sabemos si Borges soltó o no esa pared; su acaso nominalismo indicaría algo así como que sí. Lo que parece que sabemos sí es del prurito de Borges para con la ciencia, con la que jamás se metió sañosamente como lo supo hacer su maestro³¹.

³¹ (Se) me ocurre otra: Borges- que también simpatiza hartó más por “metafísica” que por “filosofía”- lleva la Imposibilidad de Creer de Macedonio- con mucho más decisión que él- a la Voluntad de Ilusión de Nietzsche. Más Voluntad de No-Creer que Imposibilidad de Creer. Otra vez Borges nos pone a las puertas de Foucault; pero no las abriremos, no.

Macedonio conduce a un radicalismo inédito y patológico todos los restos de la filosofía europea insular- la inglesa- pero con una semántica y una sintaxis donde colisionan y se aúnan la oralidad porteña y los arcaísmos de los clásicos hispanos. La metafísica como una aporética existencial, en este sentido experiencial y vivida. En Macedonio novela experimental es, en rigor, novela empírica. Si el gusto por lo aporético y lo inútil lo acerca a la tradición alemana- más que cierta pasión gramática por lo rimbombante o lo abundoso -, su patetismo solitario lo acerca a la tradición hispana pero en un grado de patología que si tiene que ver con la vanguardia no es con el heurismo alegre de sus voceros argentinos sino con el furor de dadaístas o de Antonin Artaud. Es un dadaísta terno-hilarante y un Artaud antimaterialista pudiendo y melancólico. Diabolismo, un museo en la vanguardia. Plus del ultraísmo: el arcaísmo hispanizante³². Pero para el que tiene su yo en ella, la novela autobiográfica es una metafísica descriptivista en negativo. No vela. Metafísica es visión- dice -; pero visión de la nada, de lo que no está, del vacío. No la ve. O el objeto está ausente, o el sujeto está ciego. Otra vez Borges o Macedonio. Una literatura como fracaso de una filosofía. La literatura es lo que queda como resto de la imposibilidad de lograr una filosofía, de terminar con la metafísica- en su doble sentido -. El paso siguiente es el de Borges: traducir esos jeroglíficos del imperio del argentinismo a la codificación ecuménica. Inhabilitar la patografía como literatura, positivizar el fracaso de la metafísica, envasar el mero estilo en un molde de normalidad genérica y dar legibilidad transnacional. De la “moribundia” patográfica a la geometría. Borges realiza con respecto a su antecesor aquello que Lautrémont como Isidore Ducasse se pidió y no llegó a realizar.

¿El realismo es un género, un estilo, o es la realidad? El verdadero nombre del realismo es normalismo. La literatura irrealista que busca Macedonio Fernández es la posibilitación de una escritura de la anormalidad. Realismo o patografía. En este sentido, Borges es realista.

Última Asociación ¿Libre? Paranoico-Obsesiva (A.¿L? P. O): en Macedonio y por Borges se vierte el mito gardeliano al parnaso de la literatura vernácula. Macedonio es la voz, la voz que murmura y susurra so los textos borgeanos, lo que zumba debajo de la garrulería textista borgeana. Y su eficacia es mítica: cada día farfulla mejor. A la vez la macedoniana paradoja como el mote gardeliano: el Mudo. El mudo cada día canta mejor. Fajos de textos abstrusos- “papeles”- que pueden atribuirse a Obieta a Borges a Twain o a Quevedo (hay quien dice- ellos- que el “Museo” fue escrito por Borges y sus amigos), fotografías de un guitarrista que simula ser un escritor o un escritor que quiere hacerse pasar por músico. Una guitarra muda que sólo puede ser fotografiada y una voz muda que sólo puede ser comentada. El ciego que oye al mudo; el timbre “indefinible” de la voz de Fernández, irrecuperable.

Pero en eso vino a quedar el final y el presente- por ahora pues - del viejo Borges pues mientras Fernández se volvía ya no más una voz y ya no más que una escritura - y acaso casi la escritura en cuanto tal en su configuración autoctonal - “lo mejor de Borges en su vejez- escribía César Aira - había pasado a lo oral”. En sus últimas dos décadas el sino laboriosamente, obstinadamente, forjado se invierte, y el mudo parlante pasa con

³² Cómo no leer con gusto a Fernández en estos días en los que la vanguardia es algo que nos llega por las enciclopedias- y los canales de cable- y cuyas obras yacen sacrosantas en sus pertinentes museos.

abundancia a ser- además del verdadero fundador del nuevo textismo local- no más que texto; y el otro no más que oralismo.

8

(Desorden y regreso)

DESORDEN Y REGRESO

*“El desorden de mi libro es el de todas las vidas y obras
aparentemente ordenadas”*

Ciertísimamente Macedonio es, por franca oposición al positivismo, Desorden y Regreso. El Cosmos macedoniano es un Desorden: “no hay Orden en la Realidad”. El estado místico es la resultante del desordenamiento de todas las cosas, del Mundo, del desordenamiento metafísico y humorístico. Contra Platón: la tensión es el orden, el caos es el orden.

Rafael Barrett, pensador anarquista que vivió por estos pagos y también recaló en el Paraguay, escribió alguna vez esto: “Hay muchas maneras de no existir; una de ellas es el desorden. Violencia es desorden”. Podemos ver en esta aserción una pintura parcial de Macedonio; la primera frase exacta; la segunda- puesta como descripción de la macedonidad- evidentemente falsa.

Se diría al contrario que para Macedonio sólo hay paz en el desorden, y que el orden es ineluctablemente guerra. Perfecto antiplatón. Por eso la “Metafísica” es una acción antipragmática- “intelectualística”- que actúa contra la política, contra la historia, contra el *bellum* del asunto, del pragmata, como deconstrucción logofóbica que espera el reposo del retorno a lo inanimado; en la ley de la selva, ser una planta. El tiempo es orden indica Bachelard; el orden es tiempo. Si el sujeto normal y gregario es aquel que cifra su vida en el tiempo reversible, en el tiempo astronómico y calendario, el hombre melancólico es aquel aterrado, azorado, o estropeado, por el paso pavoroso del ineluctable, y luctuoso, tiempo irreversible, el tiempo como cuenta regresiva, el tiempo incurable de los poetas, el tiempo borgeano. La fuga por la sempiternidad es la estrategia “mística” cuyo instrumento es un metódico desordenamiento y su corolario el desorden. Barret era un anarquista en favor de la existencia y el orden; el anarquismo macedoniano es su negativo metafísico, y a la vez un optimismo sin progreso: regresivismo hilarista por el que Macedonio adapta a Schopenhauer a su época y a las simpáticas demandas de una nación dotada de toda la esperanza de lo que despunta.

Toda experiencia de orden, en este caso, es una experiencia pretextual - una experiencia de la que habla Foucault en el borgeano prefacio- cuya fuga se produce por la escritura como experiencia del desordenamiento y, tras cartón, la espera de una postextualidad mística (: desorden). Borges, ese promotor de los laberintos, del tal vez, de lo conjetural y de la impotencia gnoseológica de la forma humana, prefería pensar un desorden con un “orden secreto” debajo, pensamiento de impronta caquiiana que en el negado

maestro produciría un molesto escozor denominable incomodidad concienical. Foucault habla de *l'heteroclite* como modo de desorden precisamente a partir de Borges, pero el señor profesor Ritvo hace una distinción entre el desorden como lo heterogéneo y lo heteróclito como orden sin centro que quizá sirva para inquirir sobre aquella diferencia. Ordenar para eso que llamamos Macedonio es una suerte de imposibilidad semejante a la de crear. Pues existe el orden porque existe la orden, y donde hay un orden no sólo existe quien ordena y lo ordenado, cosas y palabras adunadas por actos solitarios como los de un Crusoe, sino que existe el que ordena y el que recibe la orden. Por eso pensar en un orden sin amo y esclavo es contradictorio, es un equívoco metonímico - orden en las fuerzas productivas, desorden en las relaciones de producción -. Ante el fracaso de una política del desorden, se lo traslada a la relación con la naturaleza, que al no ser sometida por la producción queda expuesta en su indomesticidad. El quid de la voluntad nischeana, de la *Wille zur Macht*- como narra Heidegger- no queda meramente en desear o aspirar sino que desde su misma base es ordenar. “Pero ¿dónde radica la esencia del ordenar?- escribe Heidegger- Ordenar es ser señor de disponer sobre posibilidades, vías, modos y medios de producir efectos por medio de la acción”. Porque en la esencia de la voluntad- afirma- reina el terror al vacío- que consiste en la extinción de la voluntad, en no querer -, pavor activista que el humorismo macedoniano- con mayor eficacia que la ética de Epicteto- enseña a superar. Quien no quiere dar órdenes ni recibirlas fuga a la pampa o al papel (“un mínimo de órdenes y prohibiciones” era la aspiración de su utopía política, la “Ciudad-Campo”). Misticamente concebida la pampa no es un contexto sino un texto mudo, y el texto, una pampización. La tragedia nischeana es un destino agonal; la macedoniana es una tragedia amorosa en la que falta la resignación y puede ser eludida místicamente. La libertad para Nietzsche – *a quién se intenta aquí cabezudamente leer no a base de penúltimos franceses setentones* - era la acción y la guerra; el hombre libre es el guerrero anotaba. Para Macedonio la pasión, instancia donde rige el reciprocismo altruístico sobre el que se izan las relaciones de amor y amistad, donde no se dan ni reciben órdenes. El Desorden es la Reacción del Placer a la Acción del Poder, la Reacción del (Más) Hedonismo a la Voluntad de Poder.

MÁS ALLÁ DEL PRINCIPIO DE LA REALIDAD

Es tan fácil refutar a los realistas que como es tan fácil se inventaron las instituciones, universidades, disciplinas, jueces, policías, para defenderse de esa facilidad. Y es que Macedonio en oposición al aristotelismo, vincula la Acción a lo que llamaríamos el principio del placer. “El Automatismo de la Acción”. (Para Freud, al menos antes del “Más Allá”...lo automático se equipararía al principio del placer) La *φρονησις*- modo concreto e historizado de la razón, digámoslo rápidamente mezclando palabras tiempos y geografías disímiles- no está a la base de esta Acción. “Automatismo”, *contrario sensu*, equivale a “Locura”. Para Descartes los autómatas eran los que estaban del otro lado de la ventana. Pero Macedonio saca el soy y deja un cógito sin otro ni este lado de la ventana. El automatismo de la acción supondría al psicótico como el hombre *qua* hombre.

El desfasaje que hay entre la acción (la práctica) y la lectura es la tragedia quijotesca y es en este modo trágico como se configura la relación de Macedonio con el pragmatismo. Toda acción macedoniana es quijotesca.

El pavor al “solipsismo” que parecían estar obligados a registrar en sus papeles los profesores e intelectuales bendecidos por los circuitos para y universitarios, parejo a ese siempre oportuno encomio de la “acción” de parte de esos culochatos de biblioteca

(¡diabolismo!)- Serres adhiere -, no va a contaminar estas páginas de inocencia encubierta de erudismos. No somos los custodios circunspectos del principio de realidad. ¡Quién osa creerse tal! No somos búhos, ni avizores canes platonianos.

Para Macedonio lo imaginario es real (eso quiere decir que el ser no tiene límites y que todo es posible). No hay principio de realidad porque en la realidad no hay principio. ¿Había que creer en el pragmatismo? ¿Era un principio o no? Si era un principio era refutable; sino era mera utilidad. Pero había la Necesidad de un “conocibilismo” epifánico que se explique por sí mismo y no por un - arbitrario- principio. En la “Metafísica” Aristóteles *nos decía* (982 b) que los primeros filósofos perseguían el saber y el conocimiento por sí mismos y no por la utilidad. Macedonio en “Necesidad” es un presocrático. Satisfechos en las necesidades de la vida- nos va contando un Aristóteles español -, y escapando de la ignorancia a la que los arrojó el Asombro, los “primeros filósofos” buscaban la única Ciencia Libre. De la Filosofía Primera a la Mística esa libertad devendrá la de la “Libre Experiencia”, libre- entre tantas cosas: todas- de primeridad y principismo. La adquisición de tal ciencia (983a)- adquisición que no es humana, adosa- debe dar un estado de ánimo opuesto al inicial, dice el polígrafo de Estagira. La primer “todocomodidad concidencial”- como se ve- fue mediterránea.

Que algo exista y no exista al mismo tiempo es inconcebible; pero según algunos- dice receloso, cauteloso, Aristóteles- Heráclito era de otro dictamen. Como si el Oscuro de Éfeso fuera la sombra que- más molesta que tábano socrático- se posa callada sobre el texto de estos requechos de sus presuntas clases del Liceo, el estagirita va lanzando algunas frases que nos darán a *nosotros- metafísicos rioplatenses* - más que algo que pensar. Por ejemplo: “sólo un insensato emprendería algo sin llevarlo a término”... “es ridículo intentar responder a un hombre que niega y no da razón de nada; a un hombre privado de razón que se parece a una planta”... “es imprescindible designar un objeto, a nosotros mismos y a los demás, porque así se da sentido a las palabras, y aquel para el cual estas no tienen sentido no podría comunicarse consigo ni con los demás”... “si las palabras tuvieran todos los significados o ninguno no nos podríamos comunicar y todos los seres serían un sólo ser”... Así como Hobbes nunca imaginó que terminaría visitando Buenos Aires cuatrocientos años después de su deceso, tampoco se le pasó por la cabeza a Aristóteles mientras anotaba sus apuntes sobre la *πρωτη φιλοσοφια* que estaba siendo el primer y a la fecha único biógrafo del mayor presocrático sudamericano. Nos cuesta admitir la antojadiza división que trazó Borges para el conjunto de la filosofía universal entre aristotélicos y platónicos, poniendo a Hume a James y al nominalismo entre los primeros. Tal vez sea un poco menos irrisorio decir que Aristóteles hubo sido el primer filósofo sistemático del lenguaje; pero a la par el primer organizador de ese “esencialismo” que lo conectaría a la vez que con su divino maestro con Hegel y Marx según la historieta que arma la “*Open Society*” de Popper, otro “nominalista” como Borges- en este caso “metodológico”-, pero en cuya historia el de Estagira está claramente ubicado en el otro casillero (Bunge, al contrario, hablando precisamente de Borges y de Einstein, pone a Aristóteles- junto con Russell - del lado de las filosofías que “respetan la verdad”. Del lado del mal quedan Hegel y Heidegger).

No opone la Comprensión (sentido) a la Explicación (causa), sino la Descripción (cómo) a la Explicación (por qué). Que el porteño privilegie el *dónde* a cambio de qué y del por qué en virtud de los cuales Schopenhauer organizaba el conjunto entitativo de la representación con estos elementos caros a la tradición racionalista, indica su filiación empirista, positivista, fenomenista, sintetista, a la vez que su compulsión a la destrucción crítica. El dónde es un principio a la vez crítico y empirístico. Este “descripcionismo” parecería renunciar al encuentro de una unidad que centrifuge las experiencias dispersas en alguna forma de sujeto; por la misma razón no hay trama ni género sino el incierto errar de

la metafísica en la escritura. Macedonio hispaniza rotularmente a Hume: llama metafísica a un empiricismo radical, para que los julianmarías no chillen, y pasa del asociacionismo empiricista a la asociación libre pero por un camino que ahorra la mediación del psicoanálisis. El texto macedoniano es un desarmadero al que van a parar todas las tradiciones, todos los discursos, milenarios o novísimos. Así, convertidos en esta chatarra, cual escultor contemporáneo, el vate metafísico los hace elementos materiales y residuo proficuo de su estilo y su estética.

LA LOCURA DEL SER: EL ANTIPLATONISMO

“‘Apariencia’, como ‘Orden’, son palabras sin sentido en Metafísica”

“¿Qué sucede si se suprime el mundo verdadero?- escribía Heidegger- ¿Queda entonces aún el mundo aparente? No. Porque el mundo aparente sólo puede ser lo que es por oposición al verdadero. Si éste cae, tiene que caer también el verdadero. Sólo entonces queda superado el platonismo, es decir invertido de tal modo que el pensar filosófico es expulsado de él ¿Pero dónde podrá entonces sostenerse?”

En la época en que la inversión del platonismo se convirtió para Nietzsche en una expulsión de él, le sobrevino la locura”...

Pessoa – cita Abraham - había escrito que el filósofo es un hombre dolido. El suyo se diría es un dolor de locura. La locura- cuenta J. B. Ritvo- es dolor en el cuerpo y errancia sin fin. Se entiende así que la historia de la metafísica sea la “Locura del Ser”. La Locura del Ser señala que toda ontología es delirante, que el ser es locura, o sea, el lenguaje es locura. No es que toda física supone una metafísica, supone una patafísica. Se trataría no de invertir al platonismo, sino de anularlo. Ni ciencia/opinión, ni arriba/abajo, ni verdadero/aparente. Heidegger afanosamente centró a Nietzsche, arrasó la permanente maleza de su pensamiento deviniente e hizo de sus textos en vida la preparación para su “obra capital”, “*La Voluntad de Poder*”, escritos póstumos ordenados por la hermana del martillero de la metafísica. Algo parecido a lo de Fernández, quien a partir de los años sesenta y hasta hoy, fue leído como el autor del “*Museo de la Novela de la Eterna*”, obra póstuma “ordenada” por su hijo y vindicada asimismo como capital por la crítica literaria y por los escritores husmeadores de precursión. Salirse de esos lugares es requisito para seguir leyendo. Lo primero que *se me ocurre* para unir a Nietzsche y Macedonio es un modo parejo de relacionarse con el conocimiento, de abordaje y uso del saber, una relación- lo diré revirtiendo tiempos y espacios- cuasi dadaísta con el saber y el conocimiento. (Con Nietzsche y con Macedonio- *le hablaré ahora al gusto y la sapiencia de y por los ficheros clínicos* -, tendríamos ciertamente los más ejemplares esquizofrénicos literario-filosóficos, en sus dos tipos respectivos, “paranoide” y “desorganizado”) Obieta se preguntaba por qué su padre no se denominaba a sí filósofo sino “artista de Buenos Aires”, y esto daría pie para una elemental comparación con Nietzsche y su sonada fórmula artista-filósofo. Nietzsche llamaba al arte “la actividad metafísica”, pero lo pensaba- dándole mazazos al busto de Schopenhauer- en función de la concentración y ampliamiento del poder. El irrealismo más bien es una inversión del pragmatismo que del platonismo; es un antiplatonismo, y por eso mismo, la posibilidad de lo imposible. Donde Nietzsche prefería el mediodía- instante de

eternidad donde se patencia el eterno retorno, donde las sombras se guarecen y tarde y mañana y pasado y futuro convergen- Macedonio prefiere su dehiscencia, la morosa “Siesta Evidencial”. Nietzsche tapa el agujero de la muerte por la extensión- el eterno retorno de lo mismo -, Macedonio por la intensidad, pero su estética es de una liminaridad donde la muerte y las sombras se anuncian aunque sea por gráciles musitaciones. De todos modos hay una frase macedoniana que hubiera encantado a los neonischistas si hubieran no sido tan ignorantes. Macedonio ha escrito que “se puede vivir sin Dios, y sin ser Dios”. Cómo no ver en esta máxima la síntesis más ilustrativa de aquella posterior gesta de reateización del ateísmo de un presunto despertar del moderno sueño antropológico de un madrugado antisartrismo que soñó vigílica su superantropología ¿Pero cómo es que se puede vivir sin Dios y sin serlo? El vitalismo fugitivo de Deleuze, verbigracia, ¿no nos lleva acaso a la concreta asceticidad del estado místico? ¿Qué “Dios” murió? El del *plus ultra*, el de lo suprasensible, el del cristianismo, el de la “materia”, el del “yo”, el de la “idea”, el del “bien”, sinécdoque de Dios. Muerte, por lo demás, parcial, estadística, y provisoria. Pero Dios, no. Dios No-Muere. Vemos lo utópico del “vivir sin Dios, y sin ser Dios” de Macedonio. Esa prescindencia es la Mística, o es la Muerte.

El tiempo ontoteológico es un tiempo de espera. El universo cristiano y el universo moderno, con sus ideas de progreso, de redención, de revolución o de cielo, inventan un tipo de movimiento erigido sobre un tiempo lineal y sobre un espacio escalonado; es un movimiento de ascensión. Tanto el presentismo nirvánico macedoniano en el que convive Schopenhauer con Emerson, cuanto el arquismo vital y pragmatista nischeano, niegan la espera, uno en virtud de querer fundirse en el esto, otro, propulsional, en virtud de concebir a la perentoriedad (la froidiana *Drang*) como lo propio. En este último caso, se renuncia a la espera pero no a la “futuridad”. Es un tiempo proyectivo, del orden de la *Sorge*, pero que quiere- en Nietzsche- despojarse de la culpa, del elemento nostálgico y melancólico de la cuita por el vacío de Dios- el agujero de la muerte- que habita en el escenario de la antropología jaidegueriana. Lo sólo “divino” para Fernández es “la traslación del yo”; pero ante el ininteligible *factum* de la imposible muerte de “Ella”, reaparece una cierta dimensión teológica, un extramundo invertido. La “solucionabilidad”, que era antemundana y entera y completamente secular, se reorganiza como una forma seglar de la antigua salvación³³.

Nietzsche anotaba en sus esquicios póstumos que su nihilismo (positivo y activo) podría ser una forma divina de pensar, aserto que lo haría en todo caso mayor precursor de Sartre que de Deleuze. Macedonio parece señalar que sin-Dios más que superhombres somos místicos. El sin-Dios en vez de ser el hito superador de la vida ascética, es el que la vuelve inexorable. Se trataría, quizá, de la soledad del sabio y de la del amo. De todos modos mientras Nietzsche predica en pro de los superhombres- suponiendo que éstos alguna vez necesitaran su lectura- y a favor de una voluntad de ilusión- ilusionar a los débiles -, el proyecto sociomístico macedoniano, misticismo pragmático, misticidad convival y sin teología, forja un evangelio para incrédulos pero no para ilusionistas. La Voluntad de Ilusión es el apotegma de la ética perversa del nischismo. Hay tres en esta escena: los que ilusionan, los que creen, y los que no se dejan ilusionar: los que no pueden creerle al ilusionista. Acaso el Hombre de Corrientes y Esmeralda- “místico sin dios”-, lector-personaje de su discípulo Raúl Scalabrini Ortiz, afine más- pero secretamente- con

³³ Es en el “*Museo*” donde recién se musita apenas y como al pasar una “salvación” explícita para el Presidente, aunque metafórica, y que en un pasaje es el arte y en otro la acción sin objeto.

Nietzsche que con Fernández (“¡CREER! He ahí toda la magia de la vida”). Borges en literatura, Scalabrini en política... Macedonio no ha tenido, al final, ni un epígono fiel.

La Imposibilidad de Creer es un concepto negativo que en todo caso está más cerca de ser un antecedente del esquizofrénico-revolucionario de Deleuze que del *homo* protoperonista de Scalabrini³⁴. La Imposibilidad es el resultado de una Necesidad. Sabemos que lo macedoniano oscila entre estos polos. La Imposibilidad no es una decisión, no es una ética, es un *factum*, es un hecho. Es una solidez de hierro no poder creer; es mucho más que la inestable circunstancia de no querer creer. ¿Hay un nihilismo más firme, más inexorable? La Imposibilidad de Creer es de la índole de la refutación nischeana del orden cantiano: *¿por qué es necesario creer en él?* Mientras Nietzsche – parece – apela a la animalidad, empiricidad, cosidad, de la forma-hombre, lo perpendicular a lo ideal, a lo racional, que la metafísica es psicología, y que esta es biología, Macedonio apela – parece – a la *imposibilidad de demostrar la necesidad de ontologizar la lógica*, el lenguaje, salvo merced a la creencia. Nietzsche se ve conminado a admitir que lo suyo no es más que “interpretación” factible de ser refutada con el mismo argumento con que él refuta al sujeto cantiano: por qué es necesario creer en él. Todo lo que Macedonio afirma como metafísico surge del negar lo que niega. (O no) Mas cuando se trata de afirmar lo afirmado, verbigracia la Mística, el dilema salta a la vista. Macedonio no puede centrar el centro. Se le corre. En lo íntimo de Macedonio, más allá de sus certezas negativas, habita el excentramiento, enunciado como imposibilidad: de los otros, de demostrar, y, suya, de creer. Aunque no pueda demostrarse, y pueda no creerse, que sea sueño, no puede demostrarse, a lo sumo solamente creerse, que sea realidad. Y no siendo la realidad realidad qué más propio que llamarle sueño, magüer no sea esto demostrable, y pueda no ser creíble³⁵.

³⁴ “La inclinación criminal de las “mayorías” a hacer su víctima en el individuo aislado, única víctima que les es asequible, pues la lucha con otras camarillas o mayorías es incierta y laboriosa, viene pronunciándose desde un siglo. Y hoy con la Gran Guerra y el trustismo del Trabajo (gremios, huelgas) y del Capital, y la posesión gubernativista de los sindicatos (...) asume una intensidad máxima. “Aquel hombre está sólo” es el alarido de las mayorías...”.

³⁵ Si hay un nihilismo de Macedonio no es el nihilismo del Hombre-Divino sartreano, ni el nihilismo platónico-invertido. Es un nihilismo romántico, porque acaece como falta en la ausencia y como hecho en la presencia de “Amor”. Macedonio lleva el ideal carenciado del romanticismo- que es el del existencialismo también- negatizándolo al ideal de la todopresencia de tipo platónico-jegueliano y cristiano. El nihilismo macedoniano no es escéptico: el escepticismo es pusilánime, neurótico, religioso: la duda es credulidad. Tampoco es el nihilismo de los anarquistas rusos, ni el platonismo invertido de Nietzsche, que es una religión al revés. Macedonio es el hombre sin dios. Pensador-Flaco. Caña pensante. Pero sin dios no se puede ser hombre; ni ser puede ser. Cambia a Dios por la Naturaleza: ... Elena. Pero cuando “Elena” muere su positivismo descriptivista deviene en una nueva “alucinación por el transmundo”, palabras de Nietzsche. La subrogación empírico-fenomenológica de la muerte se vuelve dogmática aceptación y/o esperanzada espera: de que cuando llegue sea un retorno a Ella. Este Macedonio sufre en esa oscilación entre la espera y la certeza. Macedonio vuelve al transmundo pero sin Dios. Por *Elena*. La “emoción impráctica” es para nada dice. Este nihilismo-teleológico no es abatido, cínico, y atormentado, como el para-nada existencialista. Es el para-nada inexistencialista: budista. No es la desazón por la falta ante un vaciamiento ontológico para la ética. No es ético, es estético. Para Macedonio la praxis no tiene un fundamento ontológico; lo cual no genera cinismo sino retiro. Pero esta orfandad ontológica de la praxis, no lo exime de la posibilidad de una ética. La praxis no se deduce, es contingente. Es un hecho que no precisa legalidad ontológica. No la tiene ni la tendrá a su pesar tampoco la Mística. Es posible- en la región de lo místico-práctico -, de esta manera, una ética inontológica: ética. Pues para el Hombre de la antropología filosófica contemporánea, la ética no era ética: era ontología de la acción. Heidegger es- como decía Franco Volpi - la ontologización de la *πραξις* aristotélica. La praxis no era praxis porque el pragmatismo no

Macedonio será el fracaso pero no el fracaso académico, aunque Obieta cuenta que en algún momento la serpiente académica lo sedujo. Es la inexistencia académica. El fracaso académico es el de Schopenhauer dando clases en la Universidad de Berlín cuando en la otra aula estaba Hegel, célebre exitoso. A la luz de Kant y a la sombra de Hegel se propaga Schopenhauer para ser luz ante la sombra de Kant en Nietzsche y en Macedonio, donde Hegel, en ambos, sin ser luz ni sombra, inexistente. Las clases de Schopenhauer duraron seis meses. Paradoja: habrá que esperar hasta Borges para abrazar el éxito académico. “*El Otro*” también se lee como el (des)encuentro de Borges-Bachiller y Borges-*Honoris causa*. Borges dio un salto tan vertiginoso como el del Lector.

En 1831 el cólera manda a Hegel a la muerte- que es el lugar (“Sócrates” *dixit*) para el cual el filósofo se prepara toda su vida concibiéndola, pues, como un continuo cursillo -, y a Schopenhauer- más diestro- a Francfort, donde la esperará a que llegue (ya por el cólera y por afuera, o por adentro del cuerpo). La era jegueliana a Schopenhauer es más o menos lo que la positivista a Macedonio. Aquel tendrá que esperar la senectud para ser *best seller* filosófico, a través de sus obras menores y ulteriores. Muere en el 60.

He vivido para escribir un libro- decía Schopenhauer- y hecho esto el resto de las cosas, mi persona y mi destino, son accesorios. “*Die Welt als Wille und Vorstellung*”, El Mundo como Voluntad y Representación, es pues ese centro, tras cuya confección y edición el resto de su obra es comentario y accesorio. Se dice, no hay mutación ni evolución en su pensamiento. *Homo unius libri*.

El proyecto macedoniano es, visto en general, fracasado y menos unívoco. Menos unívoco porque a la centralidad del proyecto “*Vigilia*” hay que añadir la centralidad del proyecto “*Museo*” (y “*Adriana Bs. As.*”), y- acaso en menor medida- del proyecto “*Recienvenido*”. E infinitos proyectos parcial o totalmente impedidos que quedan guardados en cajones, publicados como artículos, anunciados como promesas, aludidos en un chiste, o cuyo texto se reduce a la sola extensión de un título (“*La Guitarra de un Abogado*”, “*Teoría Psicológica de la Música*”...), o de un índice temático. Macedonio es una enciclopedia futura, permanentemente diferida, a la que no escapa, o a la que no deja de escapar, parcela alguna del saber y la acción humana. Mejor- ya que se le llama a “*Museo*” antinovela -: una *antienciclopedia*. Macedonio ha pensado todo, ha querido fundar otra comunidad, y se ha postulado a presidente... ¡Es Platón! Más allá del gesto borgeano de desacreditar al Mundo (Viñas), que en Borges queda en eso, Macedonio es la puerta entre Este-Mundo y su Otro, cuya anunciación cuya víspera es su texto, el texto de su texto, y toda la sedicencia que define esa palabra que no me canso de hacer aparecer: MACEDONIO. Macedonio es El Otro Mundo, un Mundo-Sin-Mundanidad, un Desmundo, es un Mundo cuyo crédito no es en sí (pues no hay En ni Sí ni Crédito-Posible) más que el mismo desacreditar a Éste.

(¿Es Éste Ese?)

era pragmático- como lo sospecha Macedonio, como lo sospecha después Foucault- sino metafísico- diría Macedonio. Esta antropología era la metafísica del antropocentrismo. Para un antropólogo moderno (es decir jegueliano) el amor sólo puede ser la sumisión de un en-sí a un para-sí, y el diálogo la guerra de dos para-síes. Cuando Hegel se cantiza y Kant se jegueliza, en la antropología filosófica contemporánea (Sartre emblemáticamente), la moderna incomunicación de sustancias se hace carne. Se escribe, entonces, una *Gnoseología del Otro*. Macedonio es, en este sentido, un prehabermasiano, pues, sin sustancias, el diálogo y el amor pueden acaecer con “codear fuera a Kant”, y por lo tanto a Hegel.

Por un lado pensar en todo. Por otro pensar en nada. Teorías de todo, política, medicina, poética, música, novelística, psicología, humor, arte, lógica. No hay además teoría que no sea o no esté puesta en práctica: presidente, autosanador, poeta, músico, novelista, psicólogo, humorista. Por otro lado pensar en nada: Estado Místico, afección afectándose. “*No Toda es Vigilia la de los Ojos Abiertos*” es preferentemente la llave para pensar en nada, quizá como el resultado de haber pensado en todo. Ese todo pensado- todo el resto, el resto de la Mística- como resto, es el resto de su texto. Un ileído, ilegible, Plan de Reforma del Mundo. Crítica del Mundo. Conjunto de críticas ónticas, filosofías ordinalmente secundarias, cuyo final y filosofía primera, de la Metafísica a la Mística, es la crítica del ser en cuanto ser. Y en cuanto Ser-en-el-Mundo.

De la antienciclopedia, teoría de cuanto hay, al silencio, media “*Vigilia*”, aunque como fracaso. Por ser, como el objeto de la vida de Schopenhauer, un libro, un volumen, y no ser la sola página, última página mala, esto es, última página escrita, y, añadidamente, por continuarse- continuación de una nada negativa que no puede ser continuada sino comenzada con un principio y una falta, la de la hendidada nada privativa- con páginas siguientes, futuras, e incesantes, que, como fracaso de los fracasos, harán volumen tras su muerte.

Sabemos que Schopenhauer en Borges es un don. Por Schopenhauer, que acaso descifró el universo, dice. Porque el reino del segundo Borges- el que descubre (digo, devuelve a la luz) a Lugones y encubre, cubre, a Macedonio- es el reino del acaso, del tal vez, de la posibilidad, del ser el tiempo y el existir la muerte, de la melancolía como destino negadora de la “entendibilidad final de todas las cosas” que en su etapa adanístico-plagiaria era su propia modulación del todoconocibilismo del maestro ¿Pero a qué resolver ese Enigma del Universo que la ciudad mantiene enigmático si estaba ya resuelto cien años atrás? *Yo creo* finalmente que para Borges Macedonio no era sino otro *argentino perdido en la Metafísica*; pero sin texto, sin libro, sin escritura. Si bien Germán García le devuelve la escritura a cambio de quitarle el cuerpo, prolonga la empresa de Borges de quitarle una filosofía. García cambia a Borges por Freud y al gentilicio por el rótulo clínico: esquizofrénico. Borges le saca también el otro cuerpo, el borgeano, el libro, el que sí se forjó Schopenhauer.

“El único sistema filosófico cuyo conocimiento es imprescindible para comprender mi obra es el de Kant”. Esto le conversa Schopenhauer- el “mayor metafísico”- al filósofo cesante. Acaso sea este el imperativo por el cual a disgusto se acerca a la “Crítica”. Pese a que “*Vigilia*” gira en torno a la lectura de la “Crítica” cantiana, su autor confesará en otros papeles no haber leído demasiado a Kant. Borges comentaba en un reportaje hecho en España que se dispuso- Borges- a estudiar alemán para leer a Schopenhauer, pero que uno de sus primeros objetivos fue leer la “Crítica” cantiana; desechado prontamente. El tema de los idiomas en Macedonio pertenece al “mito”. Hay quien dijo que conocía seis. Él decía que sabía callar en varios. En “*La Ciudad Ausente*” Macedonio habla en alemán con Richter. A James parece que le escribía un poco en inglés y un poco en francés, que son los idiomas- ni en castellano ni en alemán- en que leyó a Kant. James sentía no saber castellano. La Muerte- ese impedimento que supura del Cuerpo- le impidió a Macedonio cartearse con Schopenhauer, que sí sabía castellano; pero lo olvidó al morir (pues morir es olvidarse de Todo, y ser políglota no exime del humano destino). El uso macedoniano de las mayúsculas sugiere la lectura del alemán de modo menos evidente que el uso del guión sustantivando un sintagma insinúa la lectura de sus traducciones. Schopenhauer fue traductor de Gracián. El traductor de Schopenhauer al castellano fue Unamuno a quien- según una carta- Macedonio planea enviarle un ejemplar de “*Vigilia*” – que parece se extravió cruzando el charco radical -. En una cierta busca de alguna

argentinidad para el pensar y el escribir Macedonio perpetra cachadas que tienen por objeto el estilo gayego de los unamunos o la aplaudida sabiduría de los ortegas reciénvenidos que traen en sus valijas exactas teorías de la argentinidad. La relación de Macedonio con Heidegger es la contracara de la de Ortega: al parecer de algunos su estilo cada vez más churrigueresco es influido por la lectura de Heidegger y sus perseverantes “frases al tanteo”, tal como las llama con malévol ironía, aunque su lectura del contenido- llamémosle así- es vaga y condenatoria. Al contrario la filosofía de Ortega siempre fue sospechada de ser una modulación ibérica del ser-en-el-mundo jaidegueriano, pero con un continente depurado de neologismos filosóficos y cargado de perífrasis poéticas de florida cepa peninsular. Borges, que aspiró a borrar del mapa la escritura fernandeciana y que condenó con su ironía ensayística el estilo de Ortega, dijo que Heidegger había hecho del idioma alemán una jerga. Es el Borges de los poemas geométricos y de las prosas concisas que, a la par que apaga las alarmas de los américos castros de la Real Academia, condena las transgresiones gramaticales del juvenilismo del pasado, y renuncia al barroquismo jeringonceador, al lunfardo gongoriano, a cambio de una neutra parquedad con la que aspira a castellanizar la sobriedad prosaica de los maestros de la lengua inglesa³⁶.

Heidegger, por su parte, desprecia a Schopenhauer. Su éxito- dice- se debió a la imposibilidad de los alemanes de estar a la altura del idealismo alemán. “Esta decadencia hizo de Schopenhauer un gran hombre”. Macedonio lee a Heidegger por la época en que el joven Carlos Astrada viaja becado a Friburgo a tomar sus clases. Época de pulición y ultimación de su pensamiento, penúltimas maniobras de amortiguación de aquel viejo choque entre Schopenhauer y James, por lo que el hedonista nirvánico, el budista del empirismo, no se deja penetrar por el pensamiento jaidegueriano salvo en lo “estilístico”, en lo sintáctico. Ya está cierto de que la cláusula prescriptiva de su Metafísica de la Afección es la posibilidad de una afección sin mundo, y su conveniencia hedónica. Heidegger le sirve de ornamento para finiquitar sus especulaciones y sus mezclas de resabios de añejas y nuevas lecturas salteadas, y de apoyo legitimador y confirmador de su estilo-método “al tanteo”; pero su lectura se le impone como un nuevo óbice a confutar que vuelve con el ya desacreditado Evangelio del Estar-en-el-Mundo (Macedonio traduce, pertinente a sus fines, el *sein* por “estar”. Sin mayor acercamiento conocido al idioma castellano, a Heidegger- al parecer y como era de sospechar- le llamaba la atención la bendita dualidad castiza del ser y el estar.). Y Macedonio quiere sacarse de encima, exonerar a su magro cuerpo, del peso de las filosofías. Quiere acabar con la filosofía, y suscribir su epílogo concluyente, aunque mudo. Es en este contexto en el que se cartea con Astrada a su regreso, quizá bajo el régimen del malentendido, y en donde ambos puján por conciliarse pero fracasan por culpa doble de sus maestros: Schopenhauer y Heidegger.

Al tanteo; efectivamente es en el claroscuro, en el vaivén de luz y sombra donde se vela y revela la *αληθεια*. El tanteo macedoniano podría indicar la prioridad del tacto, afectividad sin remanencia representacional.

“La vida se reduce para Macedonio a estar sentado, estar parado y estar acostado”, anotaba Foix en un artículo en la prensa. Es evidente que con Macedonio entramos de lleno

³⁶ Parece que era conocida la anglofilia del padre de Schopenhauer- comerciante emprendedor e irascible que se suicida en la mocedad del metafísico -, quien la hereda y hereda el gusto por las instituciones inglesas y la filosofía francesa de la ilustración. El gancho que mejor sujetaba a Borges a la cultura alemana, como se ve, está enganchado, otra vez, en la inglesa.

a la filosofía del estar. Deberíamos destilar que si el ser es metafísico-lingüístico, el estar es místico-afásico, físico. El ser no entendido ni como sujeto ni como objeto es pues cópula; la ontología así pensada sería una ontología no de términos sino una ontología proposicional... de una proposición... indecente; aunque púdica. El ser es una cópula pragmática que hace de ligamen en la vida común de lo práctico y lo místico, y en las metafísicas representativas, de lo místico y lo metafísico. Pero la verdadera cópula macedoniana, cópula amatoria extrasexual, es silentemente mística. El ser no acaece tanto como sido (*gewesen*) cuanto como obturación de lo presente, como tapa metafísica de la mística. Aquel lugar parece más bien asignado a la nada en cuanto *nihil privativum*. “La nada es ausencia de lo que ya fue, nunca hubo un no haber nada”. Claro que al decir algo sobre la nada (no hace falta ser Heidegger para notarlo) la negamos, porque decimos qué es, que es esto o aquello otro. Por eso de la nada nada puede decirse, pero al decirlo y negarla es la nada la que actúa sobre su imposibilidad; la nada, en su fracaso en la palabra, en su imposibilidad de ser, actúa, acaece, se vuelve acto en y sobre su imposibilidad de ser. Quizá lo que busque en sus papeles sea el patenciar por la andariega escritura su permanente tropezarse con la nada fáctica. Destapar las oquedades por las cuales la palabra no neutralice a la nada para que la nada opere por actos: “la Nada y su Ayudante han empezado”. “Amo y cultivo la nada insolemne, no me refiero a la nada voluminosa en páginas de tanto discurso y memorias. Sería deplorable que el lector se extraviara en lo existente cuando yo le prometo como único arte pasearlo en las espesuras de la nada”. “*Papeles de Recienvenido*” y “*Continuación de la Nada*”, en vez de ser discursos sobre la nada, son la experiencia escritural de su facticidad, una suerte de positivismo y pragmatismo de la Nada. “Un presentimiento de esta arte noble de la nada por la palabra hay ya en todas las obras inconclusas- cartas no contestadas, discursos, sinfonías, estatuas truncas- de las cuales un inexperto o grosero en lo artístico lamentaría que por una adversidad o catástrofe no hayan seguido; yo las encuentro que tocan a lo artístico, precisamente en lo que les falta, que son como especies de comienzos del no empezar, de llegar por lo menos a lo de entrada inacabable, o sea al noble cultivo de la nada”³⁷.

Kant, Platón, y los Vedas: las tres referencias que se reconocen en Schopenhauer, y que él reconoce. Mi sistema está bajo completo influjo de Kant y comienza con él- dice- (El de Macedonio no comienza.). La diferencia entre lo real y lo ideal, y el intelecto como mediación inevitable que difiere las cosas de uno, objeto y sujeto, es la gran revelación que da personalmente Kant a Schopenhauer, y lo que mantiene su dualismo donde el nómeno se hace llamar voluntad. Schopenhauer no dejará jamás de afirmar lo que Macedonio jamás dejará de negar: que es imposible conocer lo que las cosas son en sí mismas. Por eso éste, paralelamente a Husserl, propondrá un regreso a las cosas mismas; y paralelamente al positivismo lógico reconocerá la futilidad y torpeza de hablar de algo radicado allende las lindes de la experiencia. Cuando Antonio Negri llama a Husserl “ascetismo fenomenológico” y a Wittgenstein “misticismo lingüístico” no podemos espantar de nuestra

³⁷ Esos lugares que tiempo después se hicieron comunes por su frecuentación por el psicoanálisis son para Macedonio Fernández la manifestación patente de la nada. Factos propios de su irrupción en el cosmos fenoménico serían el lapsus, el fallido, por ejemplo- emergencias de lo inconciente para el psicoanálisis- pero a un mismo nivel con hechos ya no atribuibles al maldito genio intestino. La nada macedoniana tiene una extensión mayor que el inconciente freudiano e implica al azar y la suerte.

Con Freud y con Macedonio enloquece la biología; sólo que Freud, fundador de academias, lo disimula mejor.

memoria al fantasma de Macedonio, nunca mejor pintado (lo que confirma la eficacia universal de la “autobiografía por otro”).

Es justamente Kant quien está interpuesto en el diálogo epistolar entre Astrada y Fernández, en donde aquel trata de reivindicar la ética desde el punto de vista de la *Moralität*, del imperativo categórico, y éste- sin alusión precisa- desde el de la *Mitleid* yopenjaueriana, la compasión, el condolerse; ético-estética que- en opinión de Horacio González- lo pondría a las puertas de Wittgenstein. Claro que una ética concebida como facticidad- de orden afectivo y emocional en este caso- es de algún modo una contradicción una imposibilidad o no es, mejor dicho, una ética.

Tres móviles para Schopenhauer en la naturaleza humana: el egoísmo, la maldad, y la compasión, el eminentemente macedoniano, pues a lo restante corresponden el ayoísmo y la agresión imposible.

Lo lea en directo o lo lea en diferido Macedonio lee a Kant yopenjauerianamente. Dice Schopenhauer: la base de la filosofía cantiana es “este claro conocimiento y esta tranquila y reflexiva exposición de la naturaleza engañosa del mundo”. Esa tranquila y farragosa exposición intranquiliza a Macedonio cuando se desengaña de su ascético maestro. Siendo parte del mundo y percibida, esa exposición también es engañosa. Saber que la voluntad nouménica es otro engaño puede ser piedra de toque del optimismo cuya culminación pragmatista podría ser la desfundamentación de todo engaño/no-engaño. Kant se niega a llamar apariencia al fenómeno; pero Schopenhauer se sacudirá ese prurito. Por eso Platón. El mundo sensible será el mundo de la apariencia. El discontinuismo de Bachelard sigue a Schopenhauer. El continuismo macedoniano- místico, silente, a lo Wittgenstein -, experiencia sin ismo, es no la Metafísica Descripcionista sino el Estado Místico. Aquella es continuación de la nada, pues la experiencia de los sentidos no puede ser continuada sino rota por un principio, por un comienzo: el... poder. Toda metafísica es continuación de metafísica, cosa que sabrán Bachelard y Merleau-Ponty. La nada para Macedonio- contra Sartre- vuelve al ser; el ser deja la cosa, deviene... “lenguaje”.

La ciencia empírica, la ciencia beiconiana, la ciencia inductiva, la ciencia que comienza observando, es una que encuentra su principio en la apariencia. La voluntad se deduce. El noumeno es ese resto de deductivismo que el neopositivismo ha intentado purgar. No nos damos cuenta que el gran misterio, enigma, en Macedonio, y el gran problema moderno de la epistemología son el mismo: el comienzo ¿Dónde comienza la ciencia? La encrucijada de Hume (y ese “*air of paradox*” que Ayer y los suyos quisieron erradicar) y su anuncio cuyo eco es *nuestra época*, nos pone ante el dilema de decir de la ciencia sin nombrar como comienzo de su relato legitimatorio y su genética ni a la Deducción ni a la Inducción, ni a Descartes ni a Bacon. ¿No será Lyotard el verdadero jiumiano? El problema del método, lejos de la teoría del conocimiento, en la era de la continuación de la nada, sin comienzo (Deducción y/o Inducción equivalen a Resulta que... Érase una vez...), se articula en el orden de una eficacia convenida.

Ruptura de la opinión y de lo sensible dirá Bachelard para continuar a Platón, problema dirá Popper para continuar- por vía pragmática y corporativa- el *θαυμαζω* de Aristóteles, revelación de los sentidos dice Ayer en la cadena de Bacon. El Mundo y Yo nacimos comenzados diría Macedonio. Heidegger hablará de la mundanidad de la *Theoría*, toda vez que ontologiza la *πραξις* y practiza la teoría, y hace de la ciencia una filosofía segunda, una óntica; mas el Inexistencialismo, en su coherencia, no puede sino quitar al *Dasein* del comienzo (origen), borrar toda diferencia entre óntico y ontológico y mantener la común jerarquía de cómo y porqués.

Recibe el nombre del padre: Macedonio. Pero el nombre nombra a nadie, si el padre está ausente. Dios es la madre. Naturaleza es Mística. ¿Es esta la cifra de su Nominalismo? De la mala relación de Schopenhauer con su madre, que lo deshereda, al matriarcado de Macedonio, podrá algún primitivo froidiano cifrar el paso del pesimismo al optimismo. Pero: ¿un optimismo sin mundo? Para Nietzsche pesimismo es negación del mundo existente. Positiva, fuerte, si es negación de lo dado para superarlo; débil, si es mera voluntad de la nada. Macedonio considera errores tanto al pesimismo como al optimismo en algún momento; pero es claro defensor de un cierto optimismo sobre todo en la época de la impulsión martinfierrana. Su optimismo por hilaridad es un dejar el pesado sobretodo de la historia como regresión humoral a una nada uterina. Si es así, optimiza al maestro Schopenhauer sin invertirlo. Despojarse del Mundo, en este caso, es un acto positivo y optimístico, distinto del bilioso recelo del asceta. El crédito en lo absurdo nos da un tropezón comical que nos devuelve a la matria mística *ipso facto*. Pero es- a diferencia del retiro eremítico- un recupero subital, poco más que instantáneo, un parpadeo del vitalismo, una hiatación de la practicidad, un descanso de ella, por el cual lo práctico-místico se escinde sin malestar, muestra la arbitrariedad de su cariz realístico, con ser no más que un rellano metafísico-místico establecido en lo práctico, y no la predicación de su abandono definitivístico. Otra cosa es el “terminar la vida como un místico”- desde ya *contradictio* macedoniana, pues en Mística no hay término, no hay términos -, otro destino de su optimismo, éste si yopenjaueriano. Macedonio supera el referido e hispano pesimismo del maestro por estas dos vías, una que lo continúa, la otra quevediana, o de un rabelesianismo “despellejado” y quieto.

Lo que Nietzsche llamó el historicismo- la busca de analogías del pasado- era una de las formas del susodicho pesimismo. En Macedonio la historia es la excusa de sus “cachadas”, lo a tomarle el pelo, y es casi imposible un concilio historia-optimismo. Lleva el presentismo emersoniano a su completa deshistoricidad. El goce de la deshistorización es una de las formas más macedonianas del optimismo. Su política es optimística; pero impracticable por piadosa. Nischeanamente, un optimismo político es maquiavélico. Maquiavelo pío y fracasado, consejero sin príncipe, retrocedió hasta Platón buscando ya en Paraguay o en Buenos Aires su Siracusa; pero la relación del “Presidente” con el Filósofo-Rey es la del Quijote con las Novelas de Caballería...

Schopenhauer había escrito en su obra magna que la voluntad era lo más simple y conocido por todos. Nietzsche en “*Más allá del Bien y del Mal*” reacciona escribiendo que el querer es una de las cosas más complejas solo simplificable por la imprecaución característica de los filósofos. Lo que con furor rechaza Nietzsche es la disección de su otrora maestro entre la realidad y el conocimiento; la realidad se empuña de modo activo en virtud de una voluntad que es y sólo es de poder. Con Macedonio podemos ya prescindir de estas confusiones terminológicas enhebradas al quid de la precursión, porque la *Wille* deviene Afección, cuasi-centro de su pensamiento por el que descompleta al pragmatismo por efectos de la sombra del “mayor metafísico”.

Donde Schopenhauer se ubica como continuador de Kant es justamente en esa dualidad del fenómeno- la representación, el conocimiento- y la cosa en sí- la voluntad-noúmeno -, que a Fernández le repugna, sin por eso dejar de mantener la diferencia entre realidad- en este caso Mística- y conocimiento- Metafísica -. Claro que la “Metafísica de la Representación” trabaja con un conocimiento falso, al que opone la posibilidad de la descripción de la experiencia de la “Metafísica Descripcionista”. En este punto, su

antiplatonismo, como el platonismo inverso de Nietzsche, subroga la dualidad realidad-apariencia pues el fenómeno se noumeniza y el noumeno fenomeniza³⁸.

Quizá el “noumeno” sea una remanencia del texto cantiano. Es un invento gnoseológico, existe por el “conocimiento”, es una pieza del museo cognoscitivo cantiano; pero es un muro, una pared, vacío y ceguera. Tiene un estatuto negativo: no es lo que puede ser conocido. En la lectura macedoniana el noumeno recobra centralidad, maníaca centralidad. De ahí- verosíblemente - que sea lectura “metafísica”.

La opacidad del noumeno es el hecho trágico.

¿No es el mismo pudor el que mantiene en Kant escondido y velado al noumeno con las ropas trascendentales, y el que encuentra en la confesión de una culpa el orden de una verdad profunda? ¿Será todo dualismo neurótico y pudiendo?

El Pragmatismo-Pragmático puede ser la linde salubre entre la necesidad de un dualismo ontológico y la imposibilidad de todo dualismo.

“METAFÍSICA DEL AMADOR”

“todo lo vivimos nada lo pensamos”

Respetando con fidelidad el monismo neutral que hemos supuesto en “nuestro autor”, debe juzgarse que la percepción no está ni en el objeto ni en el sujeto; pero la objetividad de la percepción- y al hablar de objeto gnoseológico en Macedonio hablamos del otro como amado- supondría que en el orden perceptivo lo nouménico es expulsado. El otro es percibido tal cual es, y si ser es ser percibido, el otro es por nuestra percepción, que es sin embargo un atributo suyo- no es representativa sino presentativa -. El percibir es, de manera tal, un abandono al otro, patentamiento de la realidad del amado; pero la afección es la instancia ya del abandono mutuo. Parusia. El conocimiento- escribe Bergson- no es entonces ni subjetivo como dice el “idealismo inglés”, ni relativo como para el “idealismo cantiano”, porque está en las cosas más que en mí, y porque el fenómeno y la cosa no son apariencia y realidad sino que hay una relación de la parte al todo (por lo que el profesor Bergson sugeriría que la ciencia y la metafísica en el afán de abarcar la realidad *in extenso* perpetran un equívoco de orden metonímico). El conocimiento puro, que es la “oscuridad” del realismo e idealismo según la delación de Bergson, desinteresado y especulativo, sin abandonar estas cualidades deviene amatorio, y la Gnoseología una Teoría del Amor aunque jamás sea formulada con el pruritoso estilo exponencial del convencional discurso especulativo.

Macedonio mantiene el neutralismo jiumiano y jamesiano y lo intenta centrar en la Afección, que por primera vez aparece no como una cualidad o potencia del cuerpo- como

³⁸ Dice el conferencista Deleuze: las categorías son las formas de representación de lo que aparece; tiempo y espacio las de presentación. Como nuestro Macedonio es un filósofo informal, lo que se representa se representa sin condiciones. Una presentación espacio-temporal hubiese sido una presentación con espalda; con revés. El Amor macedoniano es un amor incondicional; mística quita condiciones.

por ejemplo en Bergson o en Schopenhauer- sino en todo caso afuera del él así como para Bergson lo está la percepción.

Si una relación de dos es la de dos inconcientes midiéndose (es el cálculo, el *elan* y el gesto de la racionalidad moderna), la aparición del Amante hace borrar de su lado lo inconciente. El Amante- no el Conquistador, no el Seductor- va hacia el otro en cuanto sí, no en cuanto otro. El Amor, como acto de lo mutuo que erige sendos amantes con erigir sendos amados, es el cesar del acto de esa diferencia de lo inconciente y lo conciente. Como relación es el cesar de lo inconciente; como acto, de lo conciente. Frente a la nomadología de Vida, la monadología de Amor. Mística es la Mónada de Amor. ¿Pero qué es un “amor narcisista” sino un solipsismo-sin-yo! Neikos- el Odio- es la fuerza que separa- cual recuerda Vitiello -. Lo que nunca viene bien a saberse es si es Tánatos o Eros la fuerza unitiva, que regresa todo al 0 del monismo aplatónico. El Amor tanatósico, el Amor como retornancia, es un amor sin ambivalencia, paradisiaco, unívoco, sin mella de Odio, salvo hacia fuera, hacia lo que obstruye, y no hacia adentro como el amor erótico, el ingestivo, capaz de amar matando. Éste, al contrario, ama matándose. Aquel amor borra al objeto en el yo. Éste borra al yo en el objeto (porque el objeto es yoico, el yo objético). De una u otra forma Amor es borración del objeto, o la aspiración de tal. Borración de la relación Sujeto-Objeto, relación de Conocimiento-Dominio (lo relativo, lo relacional, es cognocitivo-dominativo).

Aquello que da Eterna al Presidente es ese bálsamo curativo que interrumpe por estado místico su permanente estado crítico: “el trocador del Pensamiento en Amor”. “No hago una metafísica por voluptuosidad del pensar, sino para hallar el cómo de una eternidad de figura humana que amo. Es posible que Schopenhauer o Hegel no tuvieran alguien corporal amado cuya muerte no quisieron, y cuyo cómo de no muerte no creyeran posible hallar”. Seguramente que sí; pero no es justo negar que Hegel pinta más o menos bien el amor macedoniano, aunque amacedonianamente: la relación marital- dice - es “conocimiento de sí inmediato de una conciencia en la otra y conocimiento del ser recíproco conocido”. Se trata de una piedad (*Pietät*) mutua que- en los términos jeguelianos de la “*Phänomenologie*”- no es un reconocimiento ético sino natural (lo que en Macedonio es la ético-estética de lo “co-simpático”: “Altruística” o “régimen altruístico entre iguales” que es lo “sólo divino” habiente en el universo macedoniano, rechazado no obstante enfáticamente como piedad, afecto no igualitarístico para el porteño)³⁹.

Deberíamos, finalmente, pensar la *durée* macedoniana, o la sucesión, o la diacronía macedonianas, dentro de lo que solemos llamar lo finito ilimitado. Sintagma, en este caso, que contiene dos términos en beligerancia: lo ilimitado versus lo finito: lo místico versus lo trágico. Malestar y ambivalencia, compulsión al misterio, es el corolario de este conjunto oximorónico. Donde Tragedia y Mística se simultaneizan, acaecen Misterio y, acto continuo, la Incomodidad Conciencial. Macedonio parece sabía- como Lacan pudo profesar - que Ego es re-signación, fracaso, fracaso místico. El Yo es alemán; o es Tautología (*Ich bin Ich bin*), o es gimoteo romántico. Freud odiaba la esquizofrenia porque sabía que el esquizofrénico era aterapéutico. El mismo miedo y el mismo repudio que al filósofo. Macedonio, inavistado precursor de Deleuze.

³⁹ Esta suerte de comunitarismo amoroso parece, en todo caso, tener más que ver con eso “ético” (*sittliche*) jegueliano que con su opuesto *natiirliche*, bien que en Hegel esta relación existe también en una dimensión divina, la “ley divina” (*göttliche Gesetz*).

(Por una ciencia macedoniana)

POR UNA CIENCIA MACEDONIANA

“La única verdad es la irrealidad”
Charly García

Lo que en Kant es posibilidad- los juicios *a priori*- en Macedonio podría reportarse al arte en cuanto todoposibilidad; es decir, una estética normativa como barrilete que corta el hilo - ¿culinario? - de la estética kantiana. Lo que en Kant es realidad- los meros juicios sintéticos- podría ser la retahíla de registros en estado puro que parece suponer la “Metafísica Descripcionista”. Pero son especulaciones de una crítica poco viable salvo que pensemos que la mayor gracia macedoniana no es el “confusionismo” de ese socratismo textista que desactiva por conmoción los dispositivos del orden en cuanto jerarquismo instalado por el discurso merced a sus agencias disciplinarias... Pues la Metafísica de la Afección, lamentablemente, no escapa a la inexorable condena tautológica de los juicios sintéticos *a priori*.

“Macedonio”, rótulo hilarante que invoca a una figura esquivada, un rumor de precarios exquisitos, una difusa sombra del texto borgeano, gaucho y presocrático, una *rara avis* del criollismo para catadores de élite, payador ultraísta; pero también “Macedonio” es el nombre para la más anómala y maravillosa empresa de conspiración contra ese otro mito también mayusculado llamable “Ciencia”, el anhelo más desesperado y más desconcertante de boicotear por insistencia mayéutica los saberes instituciones y disciplinas que con sus leyes y normas levantan el extensísimo velo que tapa lo que mudamente está ahí ante nosotros. Atento centinela tloniano dispuesto en la frontera con el mundo realista, vigía controlando el descontrol, dispuesto a lanzar su gota de aceite en las aguas límpidas del edificio de las ciencias en cuanto experiencia socialmente aceptada e institucionalmente controlada. Se lee a Macedonio y muchas veces se parece asistir a los preámbulos de la inauguración de una nueva ciencia, radicalmente otra y aparentemente incontrolable. Pareciera haber permanentemente en ciernes, bocetada, una “ciencia-otra”, una explicabilidad obstinadamente distinta a la paradigmaticidad positivista e incommensurable. Macedonio hace de la literatura el lugar donde se comprueban y o ponen a prueba las hipótesis en la experiencia. Cambia el laboratorio positivista por el papel, magro soporte de una física sin fisis, de una ciencia antidualista coartadora de sus propios métodos y sus propias divisiones, pero dispuesta a inherir donde la vigente ciencia materialista inhería. ¿Una ciencia estilística?

En un mundo amacedoniano como aquel y este el hecho es que no se lo toma en serio, no que no lo sea, y que el texto-macedonio inhabita en la Facultad de Medicina, inhabita en la Facultad de Filosofía, y habita casi con exclusividad en la Facultad de Letras (o como ocasional paciente en la de Psicología). ¿Es vislumbrable la escena en principio

inverosímil de potenciales y diversos especialistas dispuestos a poner a prueba ese núcleo de saber? Ciertamente la ineficacia es la categoría primordial de su reversión del pragmatismo. El orden de la eficacia jamesiana se vacía. La metafísica del agujero prescribe la eficacia del vacío. No soy de este mundo decía Pizarnik, tácitamente glosando a Artaud, involuntariamente contribuyendo para la Metafísica Rioplatense levantada sobre los restos del Dr. Fernández, cuya teoría fundadora se encuentra en la innecesidad de “estar-en-el-mundo” como recepción crítica de “*Sein und Zeit*” en la Argentina. Pizarnik- posiblemente sin saberlo- daba el paso del inmanentismo amundano de Artaud al trascendentalismo del Macedonio de la espera. (“La inaplicación al objeto, que caracteriza a toda la literatura, es en mi caso inaplicación a la vida. Y yo en verdad puedo decir que no estoy en el mundo, y esta no es una simple actitud de espíritu”, escribía un Artaud fuera de las cuarenta del mazo de la consabida francesidad. “Los franceses son los únicos que estuvieron siempre seguros de no haber más mundo que éste”, anotaba un Fernández que jamás lo hubiera leído). ¿Pero qué Desaparición-del-Mundo preferimos? ¿La de Schopenhauer-Macedonio, o la de Comte-Popper? La patraña racionalista que como metadiscurso legitimador de “Ciencia” enlaza de alguna forma los dos grandes cuentos de la Modernidad (Lyotard), el emancipatorio (la técnica personalmente libera, aumenta la vida, reduce el dolor, y socialmente, desarrolla la democracia) y el especulativo (al adosar verdad a la eficacia relativa, simultáneamente libera de la ignorancia popular teológica o metafísica) debe hacerse responsable de ese estado de permanente inminencia de desaparición del Mundo instalado a partir de la segunda guerra mundial. Macedonio niega el objetivismo con suma indiferencia de los vaivenes contemporáneos de la ciencia. La Filosofía-de-la-Incertidumbre de Heisenberg es una patraña no sólo por ser un “noumenismo” o un “agnosticismo” sino de igual modo por ser una filosofía *a posteriori* de la ciencia. Una filosofía para lacayos de la ciencia, papel menesteroso, humilde, que le han querido dar sus enemigos, ya cantianos, ya positivistas. A cambio de la metodología heterónima de buscar elementos refutatorios en resultados recientes de experiencias y teorías científicas, este heredero de la recuperada tradición de Sócrates y sofistas dismantela la verdad impuesta a partir de su elemento más inmediato: el “lenguaje”; y acaba considerando más el saber de los lazos parentales que los saberes de las ciencias vigentes instituidas. El saber espontáneo de una madre para con su hijo es lo infalible que no es el pedante diagnóstico pediátrico de un doctor.

OBJETARISMO: OBJETAR AL OBJETIVISMO

“Finalmente puede descubrirse, en ciertos espíritus cultos, un verdadero masoquismo intelectual. Detrás de las soluciones científicas más claras, necesitan misterios”
Bachelard

¿Hay un psicoanálisis para macedonios? ¿Un “psicoanálisis de la actitud objetiva”, un “psicoanálisis de la razón”, es posible? ¿Por qué no un psicoanálisis de la razón privada, un psicoanálisis del conocimiento solitario? Pues Bachelard decía investigar las condiciones “primitivas” del conocimiento científico; para lo cual era “indispensable estudiar el espíritu en el instante en que por sí mismo, en la soledad, ante la maciza Naturaleza, pretende designar su objeto”. El psicoanálisis del espíritu objetivo bayelardiano principia con la disociación en su sujeto entre el interés por la vida y el interés por el espíritu, “contrarios” que un “vago pragmatismo” quiere unir arbitrariamente. Su sujeto es una Voluntad de

Espíritu que, además, no es un valor social, dice. La Ciencia Solitaria de Macedonio Fernández parte- en su escalón “metafísico”- del hito que señala al conocimiento como una relación íntima del sujeto solitario y la realidad (u objeto natural). Lo “Radical” en Macedonio significa un rotundo abandono: imperativo de omisión de la Historia. Radicalidad significa una relación directa con la realidad (inhumana) y no con los otros (historicidad, discursos vigentes, diálogo). Lo radical es tácitamente negar que se conoce en contra de un conocimiento anterior. Que- seguimos con las tesis de Bachelard- los objetos son una transformación de las objeciones, como lo es la “Ley” respecto de la “Crítica”. “La ciencia del solitario- escribía Bachelard- es cualitativa. La ciencia socializada es cuantitativa. La dualidad Universo y Espíritu, cuando se la examina al ras de un esfuerzo de conocimiento personal, aparece como la dualidad de un fenómeno mal preparado, y de sensación no rectificada. La misma dualidad fundamental, cuando se la examina al nivel de un esfuerzo de conocimiento científico, aparece como la dualidad del aparato y de la teoría, dualidad ya no en oposición sino en reciprocidad”.

Ciencia descontrolada la de Fernández, anárquica, ciencia del “Cosmos-Persona”; ciencia que se despega no solamente de la opinión y de la vida, como el “Espíritu Científico”; se despega de la escuela-sociedad, y en su culminación, del Espíritu. El Mundo de la unidad primaria místico-práctica es el de la convención como naturaleza, el cosmos cerrado y evidencial de la certeza instantánea, donde el ser, la acción y la cosa, están atados en una filial y ferrosa simultaneidad, la de lo uno; la Historia dada como Mística. El Estado Metafísico se propone buscar por el lenguaje, por la razón, un recupero de ese todo perdido, pero descubre su mero carácter humano, histórico, convencional, arbitrario, pragmático. Ese idilio trágico, entre el Misterio y la Mística, sedimenta en sus intersticios escriturales una ciencia privada, personal, melancólica y solitaria, pues carece del control intersubjetivo institucionalizado en sus procedimientos empíricos y proposicionales, y menos que aparecer bajo la arrogancia de un dominio colectivo del objeto, aparece- cual Pasión- como siendo dominado y zamarreado por éste. De la objeción no puede pasarse al objeto, ni de la crítica a la ley. Toda dualidad aparece en oposición, jamás en reciprocidad. El objeto es irresistible.

Escribe Bachelard citando a Julien Pacotte: “en la evolución biológica, la súbita orientación de lo viviente hacia el medio con el fin de organizarlo independientemente de su cuerpo es un acontecimiento incomparable... La técnica prolonga a la biología. Pero he aquí que el pensamiento abstracto y matemático prolonga a la técnica. He aquí que el pensamiento científico reforma al pensamiento fenomenológico. La ciencia moderna es cada vez más una reflexión sobre la reflexión”. Si se ve la evolución biológica desde el punto de vista de la relación de lo interno y lo externo- agrega -, se verá como mostró Bergson, que “el reflejo inmediato y local se complica poco a poco, se extiende a través del espacio, se suspende en el tiempo. El ser vivo se perfecciona en la medida en que puede vincular su *punto de vida*, constituido por un instante y un centro, con duraciones y espacios mayores. El hombre es hombre porque su comportamiento objetivo no es inmediato ni local”.

¿La Metafísica Descripcionista no es deshumanizarse para describir la Naturaleza tal cual es, desde la Naturaleza, sin la humana- distorsiva - mediación de la técnica, la abstracción matemática, el discontinuismo bayelardiano-platónico? Ciencia del Instante, ciencia singular. Retorno inhumano a lo inmediato, a la naturaleza; retorno a lo inconciente. Una ciencia que arremanga esa suma de prolongaciones- técnica, matemática, reflexiones sobre reflexiones- de la biología, en el Espacio y en el Tiempo; ciencia inhumana cuyo comportamiento objetivo es inmediato y local. “La Abrogación Radical de la Mismidad”, Ruptura Metafísica o Epistemológica- para el caso, lo mismo- solo cobra sentido bajo la latencia de una Sutura Mística. Ruptura de la Ruptura que recusa- en nombre de su “Tesis

Final"- (las siguientes mayúsculas son categorías bayelardianas) el "Conocimiento Científico"- el "conocimiento" para Macedonio- y recupera este nuevo "Conocimiento Sensible". La cultura científica comienza con una catarsis intelectual y afectiva dice Bachelard; pero la admiración es reemplazada por el conocimiento, las imágenes por las ideas, y ese apetito por el objeto, necesidad de sentir el objeto- dice -, esa curiosidad indeterminada, ya no pertenece al espíritu científico, sino antes bien al carácter mundano de la ciencia del siglo XVIII- individual, solitaria, y adúlona del poder político -. Jaideguerianamente, se sabe, la ciencia es mundana; pero lo que Macedonio no comprende de Heidegger es la necesidad de "estar en el mundo". Ciencia privada, pero también privada del Mundo. La Necesidad de Misterio como la Necesidad de Mística, de una Tesis Final de la Metafísica, borran a Macedonio del "Espíritu Científico", que es instinto de objetividad social y permanente dinamismo dialéctico, pero no en todo caso de la actitud objetiva, que torna así una Actitud-Objetiva-Incientífica.

Bachelard, finalmente, decía que el siglo XX comenzaba un pensamiento científico en contra de las sensaciones y que se constituiría como una teoría de lo objetivo en contra del objeto. Si hemos de dar crédito a la profecía de Piglia, deberíamos prever un siglo XXI dominado por un pensamiento sensacionalista que no pudiendo jamás coronarse en una teoría del objeto, está a favor de él: una Ciencia Solitaria y Melancólica y una Metafísica Descripcionista.

FEMINOMENOLOGÍA: FÍSICA Y GINECOLOGÍA

Macedonio hubiera querido ser el autor de una Feminomenología. Pocas cosas más extrañantes para Macedonio que la feminidad. Macedonio es ginéfilo, ginésofo. Lo macedoniano es la Envidia Vagínica.

Concretamente: la Mujer es Mística. Lo femenino es lo místico. Como el *niño feliz*, como el *pueblo*, la vida de *la mujer* es una vida mística. La Mujer está en lo práctico místico. Su vivir es ametafísico, y es premetafísico. La mujer macedoniana es como el pez en el agua en lo práctico-místico. Lo práctico-místico, lo sabemos, es el hogar. La Mujer es familiaridad, no Infamiliaridad. De aquí su otredad. "*¿Qué es la mujer?*" sería la pregunta fundadora de la Metafísica Representativa. Respuesta inútil y fracaso (destino de Metafísica): si la mujer es ametafísica, la mujer es ininteligible. La Mujer está en lo Práctico-Místico; pero es lo Místico. Sólo lo metafísico la nombra, la nombra en su ser: "Mujer". Saber de la cosa, se dirá. Si saber es poder, Metafísica se reintegra al Pragmatismo. Bacon es la clave para ganarse una mina. La seducción es de orden pragmático, la ausencia un fantasma cantiano. El Amor es orgásmico, es místico. Amar a una mujer es serla. Conocerla es habitarla, estarla. Toda ciencia comienza lo inempezable, pues lo que no se puede saber es lo que es ser (= absurdo). La razón, y con ella la Ciencia, es un edificio sobre las nubes, olvida el ser, sensata el sinsentido. El conocimiento es representación, conoce las apariencias de la Mujer, la mujer Vestida-para-el-Hombre. La Mujer-Noúmeno no puede ser en sí conocida sino poseída como dominada. Debe ser sida; mas es imposible. Sólo queda la pregunta. Freud preguntaba "*¿Qué quiere la mujer?*"; Macedonio pregunta: "*¿Cómo será ser mujer?*". Si la Ciencia (Ontología Cómica) es el orden del como (dice cómo es), será que Macedonio está pidiendo una Metafísica Descripcionista de Ella. Macedonio no sigue al viejo Sócrates, deductivista precartesiano - habría que decir -, fundador primero y remoto de la Ciencia, según criterio conocido de Mondolfo; no pregunta ¿Qué es la Mujer? Pero la Ciencia continúa

secularmente, posta en mano del Eidos-Padre, su machismo representativo. El descripcionismo, por cómico, no deja de serlo. Es que el Hombre- final sino cartesiano- sólo se encuentra a sí mismo. Ponerle el ser a la mujer es poseerla. Representación es posesión. Conocimiento es Amor, Pasión; epitalámico estado de naturaleza y retorno a lo inanimado que desacredita a la física “pedante” y fálica. Si hay una naturaleza en Macedonio es mística, no es una naturaleza objetiva. El objeto es una imposibilidad. La naturaleza de la ciencia moderna era una que soltó doblemente amarras del Hombre y de Dios, comprendida como un transcurso regular sólo cuyas apariencias- sus manifestaciones sensibles, calor, aroma- son fenómenos al interior del orden relacional en donde aparece mezclada en virtud de recíprocas relaciones con el aparato perceptivo del... Hombre. Si hay una naturaleza macedoniana es asimismo inhumana y ateológica; pero no objetiva. Es pasional no calculable. Y es antitécnica, rusoiana. La “naturaleza” de la física moderna es una esterilla de átomos y lo existente es la materia y fuerza en el tiempo y el espacio. Macedonio en este punto argumentaría en base a Kant: espacio y tiempo no son objetivos, ni independientes; son la sensibilidad, son formales; como formas puras a priori son mentales, oníricos, antropomórficos, representantes. La naturaleza macedoniana está más allá del espacio y del tiempo pero se resiste al cantiano destino melancólico de ser un intratable nómeno. Con gusto le daría su aval al Heisemberg que indica al objeto natural como un fenómeno gnoseológico, bien que amparado no por Kant sino por la radioactividad, la electrodinámica y la cuántica. En Heisemberg no hay objeto disociable del método, en Macedonio no hay objeto sino en el estilo. Las partículas de los cuánticos son históricas; son si son percibidas. Aunque ese *percipi* sea el efecto de aparatos físicos de medición, la típica objeción objetivista que aduce este hecho como argumento es boba, pues sea un aparato o sea la mente y su ojo no se discute la naturaleza de lo cognoscente sino la del objeto. Ahora, entre la constatación de la no objetividad de los objetos y la tesis jaisembergiana del “Hombre” mirándose en el espejo hay un hiato, y quizá mejor sería hablar de un solipsismo sin solipsista, esto es otra postulación del gnoseológico monismo neutro de Hume, James y Fernández. Las partículas son nuestro conocimiento de ellas, lo que captan interactivamente los sistemas físicos de medición; hay comportamiento en la observación. Quizá Heisemberg al decir que no hay naturaleza en sí sino contrapunto con el hombre se acerque más que a Kant a Hegel- la naturaleza es la alienación del espíritu -. Al ser el objeto de la ciencia natural y estando ésta levantada por la técnica- en un desarrollo dialéctico recíproco- la naturaleza es un objeto mediatizado por el aparato técnico. Es decir: pierde su liga inmediata con los sentidos. La naturaleza macedoniana, contrariamente, es inmediata. “*El hombre sólo se encuentra a sí mismo*” dice Heisemberg, a menos- corregiría Fernández- que se interne en esa mismidad sin sí denominada Estado Místico. Pues la resistencia macedoniana al objetivismo no es un humanismo. Actualmente sólo se puede pensar, nos decía Foucault como pintado a Macedonio, “*en el vacío del hombre desaparecido*”. Fue Nietzsche, según el fucoltismo, el que anunciara, tan profético que era, la desaparición simultánea del Hombre en la muerte de Dios. ¿Y Macedonio? Nietzsche inventó el eterno retorno y el superhombre. Al mismo fin de hacer desaparecer al hombre, modesto Macedonio, él mismo optó por desaparecer. Así las cosas, Macedonio le diría a Bohr que sí podemos ser espectadores, pero ciertamente de un espectáculo que acaece sin la línea divisoria entre un escenario y una gradería; acaecimiento macedoniano de un espectar expectante, de aquella permanente inminencia por advenir, el ser afectado el afecto por su autoexternalidad.

Foucault se guardaba para los que quisieran “antropologizar” una risa filosófica y silenciosa contagiada por un Borges macedoniano.

AYER U HOY

“el Hoy, único modo místico y estético del tiempo”

Error torpe y emoción mística

“Pero, en la medida en que a nosotros nos interesa, la distinción entre la clase de metafísica producida por un filósofo que ha sido engañado por la gramática (*a philosopher who has been duped by grammar*), y la clase producida por un místico que está tratando de expresar lo inexpressable (*a mystic who is trying to express the inexpressible*), no es de gran importancia”, escribía Ayer.

Dos clases de metafísica para Ayer: 1) torpes errores lógicos (*humdrum logical errors*), 2) “una auténtica emoción mística” (*genuine mystical feeling*) o el deseo de ir más allá de los límites de la experiencia.

Entre el engaño de la gramática y la expresión de lo inexpressable se balanceaba el metafísico de la Incomodidad, de la Infamiliaridad y el Misterio; el delirio teórico macedoniano conjuga los dos vicios. Pero en el orden de la solucionabilidad será fielmente monista, y tal vez más cercano a Wittgenstein que quienes se arrogaron sistemáticamente su escolta.

Ayer: “no hay campo de la experiencia, en principio, que no pueda ser sometido a alguna forma de ley científica” No hay “conocimiento especulativo” más allá de la ciencia. Para Macedonio la Experiencia no tiene Ley; no la puede tener: la Ley la hace imposible (porque la hace posible). No hay “conocimiento” que no sea especulativo, que no sea legal. Todo “conocimiento” legisla: lo especulativo es legislativo y viceversa. No sólo en el campo de la literatura menester era abandonar las Leyes; también para el despropósito pósito de la Metafísica en procura de su imposible final tético-extático.

La Metafísica: emoción y absurdo: un sustituto del arte

La metafísica “puede servir para despertar emoción, y, en consecuencia, ser objeto de normas éticas y estéticas”. El hombre que emplea el lenguaje científicamente (*scientifically*) se interesa por la expresión de proposiciones verdaderas (*true propositions*), y el que lo emplea emotivamente (*emotively*), quiere hacer obras de arte (*creation of a work of art*): escribe cosas absurdas (*nonsense*)- continúa Ayer- porque lo cree conveniente para los efectos que persigue su obra. Notamos, en todo caso, que la ciencia no es pragmática- por empírica- y que la metafísica- por no-empírica- resulta pragmática. De ahí que Ayer diga, inclusive, que “es posible ser un metafísico sin creer en una realidad trascendente”, cosa a la que asentarían Heidegger, James y todo pragmatista. Si pensamos que para Macedonio no hay un sentido, no hay una verificación posible, ni hay comienzo ninguno para una proposición protocolar, porque la experiencia es mudamente mística, notamos que todo el lenguaje (que no puede ser escindido demarcatoriamente en Ideología-Ciencia, Doxa-Episteme, Metafísica-Experiencia, no por lo menos ontológicamente sino acaso y a lo sumo pragmáticamente) queda comprendido en la dimensión metafísica: para Macedonio Lenguaje es Metafísica, Metafísica es Lenguaje. Para Ayer hay un lenguaje con sentido: el de las ciencias fácticas; es

un lenguaje cuyos polos son la Lógica y la Experiencia. El resto es Metafísica: absurdo y emoción. Como el lenguaje es metafísica, el lenguaje es absurdo y emoción. Si extraemos, abstraemos, al lenguaje de la acción (contra el pragmatismo) y a la vez de la experiencia (el misticismo contra el dualismo cientificista) queda su bruta esencia metafísica sin su ancla en lo tangible. De ahí la Humorística y la Poesía del Pensar, de ahí que la literatura macedoniana se concentre en eso: absurdo y emoción: Metafísica: la esencia – mejor decir la casa - del lenguaje.

Carnap distingue el juicio fáctico del juicio de valor del mismo modo en que distingue la ciencia de la ética y la estética, dominadas por el absurdo, esto es, un mundo lingüístico vacío ya de inducción como de deducción. Macedonio diría – *porque toda revelación le fue suya* - con Nietzsche que todo juicio es de valor; pero el juicio propiamente macedoniano será el estético: la emoción impráctica.

Define- Carnap- la metafísica como el campo de un pretendido conocimiento de la esencia de las cosas que trasciende la jurisdicción de lo empíricamente fundado de la ciencia inductiva. Incorpora, entre otros, estos nombres a sus huestes: Hegel, Bergson, Heidegger; pues de ella solamente quedan afuera las “tentativas orientadas a lograr generalizaciones o síntesis de los resultados de las diversas ciencias”. Una cosa es la actitud ante la vida y otra la teoría, sumará. Y ahora su tesis más vehemente: la metafísica es un sustituto del arte. Como “expresión de una actitud emotiva ante la vida” es simplemente un rosario de seudoproposiciones que tiene su origen en el mito, es decir, la personificación de los fenómenos naturales adversos; este es su “papel histórico”. Pero es un medio inoportuno, inadecuado, porque se mete en el lugar del arte, y - remata Carnap - a diferencia del inoperante metafísico, el poeta no trata de refutar con sus argumentos los de otro poeta. Y sabemos por Viñas que la voluntad de Macedonio era ser inadecuado. Inadecuado, también, porque no hay *adaequatio* posible. Si no fuera porque Carnap cree en una No-Literatura (la física por ejemplo) sería borgeano (aunque, por lo visto, mucho de poesía no entendía).

Hay algo que aparece de mancomún en los positivistas-lógicos y en *nuestro metafísico* y es una suerte de crítica jiumiana a Descartes. Dice Ayer: el *cogito* cartesiano no debe ser entendido como pienso sino como “hay un pensamiento ahora” (*there is a thought now*); y de esto no se sigue “yo existo”. Como Hume demostró concluyentemente (sic) (*conclusively showed*)- sigue- ningún acontecimiento se dirige intrínsecamente a otro, sino que se infiere la existencia de acontecimientos no observados a partir de principios generales. Parecida cosa dice Carnap: es errónea la transposición de “yo pienso” a “yo soy”; lo que se sigue es “existe algo que piensa”.

Schilick: es cognoscible todo lo que puede ser expresado y esta es toda la materia acerca de la cual pueden hacerse preguntas con sentido, por lo que no hay preguntas que en principio sean incontestables, ni problemas en principio insolubles. Lo que se ha considerado así son palabras sin sentido- cierra -. El error de la metafísica era haber creído que el sentido auténtico y el contenido final debían formularse en enunciados: expresar la cualidad pura, lo inexpresable. Adosa su amigo Carnap: lo que estuviere en principio más allá de lo experimentable no podría ser dicho ni pensado. Evidentemente, los de Viena y Macedonio Fernández- cuya “*No toda es Vigilia*” era “una protesta contra el `noumenismo`” que concluía en la postulación del “almismo ayoico”-, cada cual por cuenta propia, perseguían un mismo propósito, unos con medios metódicos, el otro con estilísticos, de purificación del legado cartesiano y cantiano (*cogito-sum* y nómeno) a la busca de un virgíneo lenguaje de pureza empiricística. Bien que el porteño acabará su vida como un místico y como un vidgueinsteniano extremista en su eticoestética y su secretismo misticista,

con la añadidura de una perseverancia en la “Metafísica”, pasión *im primis* nominal, y un posicionamiento en favor de ese contracartesiano “Yo Sufro” parejo al del esquizofrénico modelo de Deleuze. Y además, expresar lo inexpresable ¿no era la solucionabilidad de su Belarte Palabra? ⁴⁰

⁴⁰ ¿Acaso el neopositivismo creía hacer cosa otra que conferirle sentido a los enunciados? ¿Quién es el que divide al conocimiento del acto, a la verdad del sentido: la filosofía o la ciencia? ¿Quién es primero? ¿Cuál es la necesidad de creer que hay de un lado actos y de otro hechos? También Popper dirá: hay hechos y decisiones. Lo que no parecen estar dispuestos a admitir los hijos de los positistas lógicos es que sus cuadritos son, sin más, un punto de vista ¿Dónde están los hechos: del otro lado del ocular del microscopio? ¿Fuera del laboratorio no hay hechos, sólo actos? Heidegger dirá: no hay hechos en sí. En última instancia: ¿no es esto una discusión metafísica? Fanatismo por la Verdad; desesperación por la ακριβεια (exactitud); anhelo de acabar con la polémica (πολεμος, δοξα); distinción entre “ciencia” y “metafísica” al igual que “episteme” y “doxa”, todo esto da la idea de que los positivistas son en realidad los viejos metafísicos, aquellos que se creían iluminados por la ascésis y por encima de los otros, de los sofistas, que ahora se llaman “metafísicos”. Se invierte el lugar de la palabra “metafísica”. No es equivoco volver a Borges, ese discípulo de Macedonio, ese maestro de Foucault. No hay por qué creer que Borges es siempre un diletante y un anticuario de la filosofía. Amó paródicamente a la metafísica sabiendo que era un redivivo sofista (la perplejidad se enlaza a la infamia y al arte de la injuria). No porque repudiara la verdad, sino porque no hay una no-metafísica, ni hay no-sofistas.

Lo que sí hay en Macedonio y de seguro no hay en ninguno de los filósofos que le fueron contemporáneos- tan paternos, tan juristas, tan pontífices, tan morales- es una cruda, vertiginosa exhibición de esas experiencias de los límites, que están en el nacimiento mediterráneo de la filosofía (el borgeano orden de la perplejidad), que irrumpe a mansalva en costados de textos como Nietzsche, Hume, Berkeley, hasta Cartesio, y es callado por los filósofos jurídicos de la Demarcación. Filosofía acaso es dos cosas: principio demarcatorio, método de la división de una parte; de la otra: fuga de la caverna, jiumiana incertidumbre, sufrimiento de la crueldad del Genio Malo, θαυμαζω, esquizofrenia, puteada nischeana.

El vis propio que distingue filosofías como la de Nietzsche o la de Macedonio, por lo menos en el punto en que expresan tales experiencias, ya que no cuando afirman su “sistema”, su modo de fugar de ese estado, es ese fervor en la escritura que por su propio peso, en su propio paso, hace desaparecer, señalando su imposibilidad, cualquier establecimiento de una Ideología y una No-Ideología. ¿No es paradójico que el “realismo” de los científicos estilo Popper tenga un ideal tan idealista como la Verdad y la Aproximación a la Verdad, y el “idealismo” místico macedoniano (o el cinismo naíf de Cioran, por caso) tengan un ideal tan realista como el de Volver a la Naturaleza? ¿Quién es el idealista y quién es el idolátrico en todo esto?

La Ciencia para los de la secta de Viena ¿no es acaso una Metafísica Descripcionista? Acaso sea ésta la única transgresión que Macedonio tolere respecto del lenguaje en orden al conocimiento. Se trataría de una verbalización de afecciones que como tal es ya una dualización (verbo-afección), un cantismo cuantitativo, un empirismo sin sustancia, una retahila de juicios sintéticos. Ni explicación ni comprensión, el logos de la Experiencia es la descripción. Como Metafísica es Lenguaje- corrección que les hace un abogado porteño desde el Culo del Mundo (allí donde la Historia de la Filosofía no registra su objeto)-, la Ciencia- conjunto de enunciados que contienen la verdad y el control de la experiencia- no sería sino una Metafísica Descripcionista que registra los cómo del darse a los sentidos de lo real. ¿Cómo se da? Lo puesto a lo dado es el cómo (Comología) a cambio del yopenjauriano Por Qué (Cosmología). Entre la Comología y la Cosmología se define lo macedoniano como lo có(s)mico. Esta diferencia permanente del cómo y el porqué señala la necesidad y la urgencia de la Humorística como metaciencia y metafilosofía y como metalenguaje de toda reflexión de toda matemática de toda lógica de todo orden.

Kuhn: “Ahora yo sospecho que todas las revoluciones, entre otras cosas, implican el abandono de generalizaciones cuya fuerza, previamente, había sido la fuerza de las tautologías”. Lo que Macedonio sabía es que- como dirá después Heisenberg -: el hombre sólo se encuentra a sí mismo; la irrisoria de la naturaleza de la ciencia de Kuhn que al poner a la Naturaleza en el Espacio y el Tiempo la hace

EINSTEIN VERSUS LA AMEBA

“Ein-Stein: Una-Piedra, ¡qué faltos de cortesía los germanos con los sabios!”

Lo que en Platón era la Piedra, mucho después, en Freud fue el Protozoo. El filósofo absurdista discute y dialoga con Freud en un acontecimiento textual-cultural que no podría omitirse en ninguna “recepción de Freud en la Argentina” o cosa así. En los anales del humor absurdo (no hemos reparado aún en los orales y genitales)- por lo demás- además del señor Ga o del Zapallo- y de no ser por el avezamiento con que el encallecido hábito de la gravedad del saber escolástico taponaba nuestra lúcida y urgente hilaridad- la fórmula Niño = Pene, entre otras y *verbigratia*, debería figurar al interior de sus más jocosas páginas. Pero el monismo monogámico del metafísico del plata es también como el froidiano un “monismo agujereado” (tesis de Kuri). Hablamos, en este caso, de la “Metafísica del Agujero” – según J.C. Foix -, y hablamos preferentemente de un monismo unidimensional que es el del Mono darviniano. El “Hombre” es un mono con agujero y esa oquedad antropológica es la que establece la dimensión de la “Metafísica”. El Hombre- decía el maestro Schopenhauer- es un Animal Metafísico. Se trata- de Platón a Freud- del tema del deseo, en su circunscripción antropológica, allí donde éste es paradójicamente avivado por un hueco, el de la carencia. Platón- nischista invertido- no hablaba todavía del Mono sino del Tonel, pero de un Tonel-Agujereado, que no era ciertamente aquel en el que residiera ese arcaico precursor de Gilles Deleuze llamado Diógenes, cuyo propósito era el de tapar el agujero; y ese tapón es ser bestia.

cantianamente un fenómeno, esto es la hace humana, y que el Progreso menos que una Teleología-Teológica, proceso de ascensión de lo humano cadente, teodisea, queda restringido a lo que podemos llamar sin temor la Lógica de la Conversión de Paradigmas, cuya quinesis es una Evolución Atea, dominada por el azar del acontecimiento del Medio Ambiente y por el *struggle for life*, lucha generacional. No hay una Aproximación a la Verdad (Popper) más que en el nivel subjetivo del Solucionador de Enigmas (Kuhn) que huele a acercamiento progresivo a Dios. El Progreso es una relación del “Hombre” con lo “No-Hombre”; “progreso” es un cambio de las relaciones entre los Hombres y entre el Hombre y la Naturaleza, en un trípode simultáneo. Pero no se conoce la Naturaleza, se conoce el Mundo. Naturaleza es Estímulo es Ente y es Noúmeno. Si el Ente es lo fáctico (Hecho) la verdad proposicional (lógica o gnoseológica) es ontológica y no trascendente (en este caso: fáctica); esa *concordantia* es trascendental u ontológica, no trascendente o fáctica; es relacional o eficaz; lo cual es lo mismo que decir que no es tal.

Macedonio es el primer argentino perdido en la metafísica. ¿Dueño de su propio genio? Posesión y propiedad es lo que no deja de abandonar. Dueño de su extravío y su perdidumbre, que ese es su genio y ese es su “propio”. Esa errancia, en esta probable era de crisis y crisis de discursos, de cambalachasca “multiplicidad de imágenes del mundo”, de “pluralidad de códigos”, o como se le llame, hace que su texto de que pensar- por utilizar un sintagma de Abraham -, es decir, vibre como tábano socrático, chille en el oído como puteada nischeana.

Yo doy crítica loca.

Veamos lo que pueda aportar Popper a este entuerto. “En la ciencia dejamos que nuestras hipótesis mueran por nosotros”, escribe el epistemólogo, quien esboza en un lugar llamado “*La Responsabilidad de Vivir*” una teoría “del punto de vista teórico-evolutivo-lógico” que parecería sugerir un símil entre el imaginario Sujeto de la Ciencia y el Unicelular. Si el Sujeto Cognocente cantiano parecía estar condenado al celibato, éste, superior y con creces, está tan ayuno de sexualidad y mortalidad como los unicelulares. Claro que las amebas rehuyen de las falsaciones y Einstein no. Como Einstein objetivó sus hipótesis puede destruirlas sin destruirse, sentencia Karl Popper. Pero puede decirse que Macedonio moría con sus hipótesis; no debemos olvidar que la Mística es el suicidio macedoniano, antilugoniano, meramente almático-cósmico. Para Popper lo suyo sería entonces un conocimiento precientífico, dogmático, un conocimiento intermedio entre el animal y el científico, entre la Ameba y Einstein; pero- salvo por el uso del lenguaje- con las notas esenciales del conocimiento animal: morir con nuestras hipótesis. Eso es “objetividad” para Popper: despegar el cuerpo de proposiciones del cuerpo del dolor y el placer. En el origen está el Problema, dice Popper; en la ameba que enfrenta al mudado medio ambiente, en el científico puesto frente a una encrucijada de dos teorías y una serie de observaciones que se quieren en bruto, en el Misterio y la Incomodidad Concienal. Pero la especificidad del campo problemático científico se encuentra en lo impertérito de sus agentes. La Selección Natural- porque el conocimiento es un medio en el proceso que impone esta ley omnipresente en la naturaleza, y la ciencia está sujeta a ella- se continúa, acelerada, duplicada (¿imitada?) en un *struggle for life* intestino que descuenta de su seno al cuerpo y al *pathos* del científico: la evolución de la ciencia es una selección natural objetiva, indolora. En cambio Macedonio exhibe y despliega la patologización del saber, y propone algo así como morir con la Tesis “final” - así le llama - , la mística.

DISCURSO DE PARAEPISTEMOLOGÍA CONFUSA

“Un sobreviviente de las conferencias de Einstein me garante que esto es todo lo que le entendió”

“Dos personas tan caracterizadas por la claridad y a quienes por ello debe suponerseles aseguradas contra confusiones, han sido claramente confundidas la una con la otra: Einstein y yo”.

Porque estamos ante dos cuasi presidentes, aunque Einstein- después de todo científico y no filósofo- se salvó del jabón pero no fue jamás vendido como esclavo como su ancestro el divino ateniense, y a diferencia de estos filósofos, renunció a la presidencia israelí, gesto indecoroso en un Filósofo-Rey o Filósofo-Presidente.

Viejos simpáticos y pacifistas que escribían sobre todo y cualquier cosa, oráculos. Si Macedonio era un Zaddik, Einstein era un “gurú” en palabras de Mario Bunge. Aunque lo suyo no son los cuantos sino los dondes, ciertamente Macedonio se enrolaría en el bando de Heisemberg (los solipsistas de la epistemología según el custodio de la Realidad que se aproxima), o en la patota de los bacunines del cálculo presidida por Feyerabend (aunque si es por tirabombas, podríamos poner a Einstein de este lado), todos enemigos acérrimos de Popper, cuyo fervoroso embajador vernáculo es Mario Bunge, contrincante cabal del “supersticioso” – así le llama - Ernesto Sabato y de quien si bien no conocemos juicio alguno sobre el ingenioso porteño lo sabemos propietario gustoso de un apellido que desde

viejas épocas alzó lanzas contra la macedonidad. ¡Pobre el bueno de Einstein si supiera quienes son sus defensores en el objetivismo aprouchista!

Pero no me toca hablar de los fotones sino de las fotos. Y las fotos de Macedonio podrían ponerse en esa cúspide en la que descansan la foto de Lennon en pelotas, la de Charly en el inodoro, el Che mirando ese elevado horizonte que enhebra en la inminencia lo presente y lo venidero, Chaplin con el pibe, el rostro de Freud traslucido en el cuerpo de una mujer, o la de Einstein y su larga lengua. En el mito de Einstein su cara, cara al fotografiar, ha contribuido con sobradas creces. Sin embargo ojos y gestos del Macedonio anciano dejan reflejar al cosmos por entero al tiempo que a la grieta esa por la que la criatura humana existe en él y le duele, y lo niega, y lo ciega. Pero hay algo en Macedonio- todo- que se resiste a la popularidad. Todo bachiller en tránsito a diletante o a hombre cultivado ha aspirado a un mérito: entender la Teoría de la Relatividad. Tema que inclusive ha entrado al vario circuito de la literatura argentina por Sabato, a quien podríamos definir, en este orden, como “El-Escritor-Argentino-Que-Entendía-La-Teoría-De-La-Relatividad”, cosa que no es ajena, en algún punto, a su celebridad mediáticamente extendida. Rastrear perdidos residuos de Einstein y Macedonio ha de ser posible en aquel divertido duelo de destreza metafísica y erudita llamado “*Diálogos*” entre Borges y Sabato, si es que no olvidamos ver en ambos a sendos discípulos de aquellos viejitos fotogénicos pero en negativa y ocultamiento. El triunfo universal de la Ciencia, y los universales fracasos de la Filosofía y de la Argentina, están presentes también en la transparencia del sabio alemán en el mundo molar y global y la paralela opacidad del metafísico porteño en el Resto-Del-Universo que queda afuera y tras los muros de la Escuela de Letras del recóndito paraje rioplatense. Nadie entiende la Teoría de la Relatividad, ni recuerda la tabla del siete incluso, pero Einstein es tan inteligente que se lo ha sospechado de extraterrestre por lo que ha dejado de ser el Hombre-Más-Inteligente-Del-Mundo para adquirir estatuto universal no precisamente en su sentido filosófico sino preferentemente intergaláctico. Pero si el truco radica en ser ininteligible cabe recordar que Macedonio lo es asaz más que Albert, ya que por lo demás y contrariamente no se ha publicado aún ningún Manual-De-Entenderlo – más bien lo contrario - , claro que a Macedonio- tan ininteligible como Einstein o Heidegger- se lo sospecha antes bien de esquizofrénico o imbécil; inclusive como humorista Olmedo es mejor o hace más gracia. Los adolescentes prefieren a Cortázar; los burgueses de pipa y oficina- ¿quedan todavía?-, a Borges. En la Escuela se da hasta el Surrealismo (Superrealismo para los castizos de otrora; *surréalisme*, para Borges; Sub-realismo para los estudiantes de 4° año) (aunque no creo que textos linderos como los “*Cuadernos de Rodez*” de Artaud ni los Manifiestos Dadaístas de Tristan Tzara) pero de Macedonio se lee a lo sumo su nombre fichado, quizá lo más gracioso de todo y lo único que reviste comentario, en un escamoteo cotejable al que históricamente se ha hecho con el barba Marx. ¿Será Macedonio todavía más peligroso que el Padre del Proletariado? cuya vecindad merodeando cuerpos actuantes en más de un episodio de la patria que ha tocado en suerte ha sido pábulo de toda laya de crímenes acumulados de parte de asesinos amigos de quien en los años setenta condecoró a su discípulo *Georgie* Borges. Todo-Tiene-Que-Ver-Con-Todo decía no hace mucho un Filósofo de la Televisión a lo mejor sin saber que la filosofía relacional de un Rorty o el patrón de causalidad moderno de un sesgado modo lo avalaban.

“Ahora, considerado lector, espérame en esta esquina, que vuelvo enseguida: tan pronto como me haga millonario y halla entendido al tiempo como forro del espacio, según Einstein”.

EL ESCRITOR-EPISTEMÓLOGO: METACIENCIA Y LITERATURA NACIONAL

“Una piedra son dos piedras, una en su nombre y otra que le ha tirado a la geometría”

Lo que con una imprescindible, inexorable, arbitrariedad consideramos la “literatura argentina”- desde un mirador diacrónico- guarda en su amplio seno no sólo una relación dialéctica y temática con la “Metafísica”, íntima explícita y medular en el arco de Macedonio a Borges, sino- lo que a la fecha puede resultar más irritante y estimulante- con la “Ciencia”, legado sacrosanto y cerúleo de la vieja Europa que ha tomado la posta de aquella, finada y perdida en los nombres ya enciclopédicos y polvorosos de Bergson Hartmman u Ortega. Hay una literatura epistemológica; hay una Epistemología en la Literatura Rioplatense -. No una literatura científica en su sentido desimonónico, ni una ficción que hurga y especula con resultados y presunciones de la reciente ciencia- que los hay -, sino una literatura cuyo objeto es el juicio de la ciencia; o digamos mejor, la existencia de autores fichados, registrados, al interior de aquella, que han traficado con una epistemología profana dotada de toda la gracia o pequeñez que a nuestra literatura suele o pueda reconocérsele.

Las relaciones Borges-Ciencia- no podía esto no esperarse- han sido aludidas y estudiadas hartó ya, menos por nuestra venturosa crítica académica que quizá por el periodismo y por ciertos campeones locales de la Ciencia; pero es de señalarse que la ironía nominalista de nuestro vate ciego ha sido reticente con el tema “ciencia”, como no lo ha sido con la “filosofía”, y como no lo han sido otros cánones, otros popes: digo Macedonio, Marechal, Sabato. Este pudor, esta omisión de irreverencia, muy señores míos, da que pensar y es de estudiarse.

El caso Sabato que devino de la ciencia a la literatura- y toda su ensayistería está dominada por esa tragedia y una consiguiente retórica de la excusa en torno a aquella “traición”- sin haber sido jamás “epistemólogo” ni haber alegado especialización al respecto es, creo, único y curioso. Más cerca de Buber o Sartre que de Heisemberg, ha defendido la tesis de la literatura como conocimiento, y en ejercicio de sincretismo elíptico tomado partido por paradigmas exteriores y ajenos- a la epistemología interna, a las ciencias naturales, al fisicalismo- sin dejar de referir su amateurismo culposos en filosofía. Los escritores argentinos han usufructuado la filosofía, como quien toca a Chopin sin partitura (el paralelo puede ser el “zapar a Chopin” aludido alguna vez por Charly García). Una filosofía zapada, guitarreada. Han abordado la filosofía desde afuera, desde un afuera, por lo que la literatura rioplatense se ha convertido en una especie de filosofía periférica, lo que no está lejos de ser- y podría ser nuestro deseo que lo sea- una filosofía de la periferia. Siendo la demarcación el corazón de la filosofía, siendo la ciencia el discurso popularmente aceptado e institucionalmente legitimado como abanderado señorero de la verdad, no puede sorprender el manifiesto estatuto epistemológico de nuestro ensayo y ficción. Más allá de Bunge, más allá de Klimovsky inclusive, tenemos una tradición epistemológica que por precaria y omisa no parece, empero, ser mucho más equívoca que sus pares francesas o anglosajonas, magüer sus lujos de detalles.

FÍSICA, METAFÍSICA, Y PATAFÍSICA: ¿LA GUITARRA DE MACEDONIO O EL VIOLÍN DE EINSTEIN?

*“Por aquí, por allá, la piedra no se encuentra, y muchos hombres de
los que no han muerto en la guerra, se están arrugando los
pantalones buscándola”*

Con un estilo quizá más próximo a Wimpi, pero con una ideología de macedoniano antirracionalismo y un parejo vis crítico, Marechal ubica (en su *“Cuaderno de Navegación”*) a la astronomía en la misma jerarquía de la metafísica y la cosmogonía antigua; y con el mismo ímpetu chacotero encara a la tradicional historia de la “filosofía”, e indiferente al predicamento jaidegueriano hace de la física presocrática- ese “inicio” de nuestra “historia acontecida”- una copia adulterada de la previa filosofía oriental. La “literatura” porteña del “Escritor-Filósofo”- esta categoría pertenece a Arturo Firpo- esboza un jocosamente irreverente y precario relato donde la ecuménica y académica gravedad de “Filosofía” y “Ciencia” son objeto victimal de un Deconstruccionismo-de-la-Cachada que finalmente sólo deja a flote la comunión Metafísica-Literatura. Marechal continúa el legado macedoniano pero con-Dios. Sabato predicaba lo profundo contra lo extenso, Marechal lo alto, el ascenso. Macedonio- como sabemos- lo intenso. Es con esta salvedad, con esta no pequeña distinción, que Marechal- como su viejo y raro maestro de mocedad- ofrece asimismo criolla resistencia al Evolucionismo. “Justamente- le hice observar a Elbiamor que meditaba -, el gran error de Darwin, en su especulación acerca del mono y del hombre, ha consistido en tomar un “símil plástico” (el mono) por un “antecesor específico” del hombre; que a tales excesos conduce la pasión de medir calaveras”.

Darwin, Marx, Einstein, Freud, las cabezas salientes del pedantesco saber científico que parece, con un vigor inusitado, llevar la antorcha enhiesta del siglo, y con ésta sus inviolables verdades- nombres que no sólo evocan problemáticas en el misceláneo campo de los saberes académicos de los estados vigentes, sino íconos que con dibujos estandartes fotos y epítomes son dados a la adoración y el escarnio masivos- son motivo recurrente del juicio de los “escritores” argentinos y su epistemología de criolla suspicacia. Mientras la academia trama sus agasajos recepciones y reelaboraciones, se teje en sus afueras una epistemología acaso conspirativa. Es la rara epistemología de los *“Fedeli d’Amore”*, aquellos deudos tardíos y locales del renacimiento para quienes la mujer amada “simboliza el Intelecto trascendente por el cual el hombre se une o puede unirse a Dios”. En Marechal es un camino para llegar a Dios, en Macedonio- donde no hay transcendencia- Dios es ese camino, Ella. Si la teología apareja a Marechal con el Dante y los distancia de Macedonio, el maritalismo une a los argentinos y los abstrae del amor cortés- esto es: extramatrimonial -. El sólo mono que queda en pie para estos epistemólogos es el de la monogamia, no aquel que de Darwin a Levi-Strauss aduce una naturaleza poligámica y poliándrica.

“Y se me dirá: ¿por qué un incidente ocurrido en la *Royal Astronomic Society* figura hoy en el Cuaderno de Navegación de un poeta? Responderé que a raíz de un incidente, mister H y mister R interrumpieron su vieja y electrónica fraternidad, y sus respectivas mujeres dejaron de saludarse en el supermercado de Cambridge. Lo cual entristeció el alma de Elbiamor hasta un extremo tal, que me obligó a estudiar con ella los puntos del conflicto, sólo para restablecer la armonía de dos matrimonios universitarios que habían nacido para entenderse”.

Marechal, cuya epistemología evidentemente macedoniana- como lo muestra el citado párrafo- empero quiere recuperar el *Warum* yopenjaueriano que aquel abolió, claro que a costa de teología cristiana, continúa aquella senda *cachadora* también ante el fenómeno Einstein, acaso con menor irreverencia, y sin celos. “¡Viejo Einstein, yo te saludo en este

límite de la Física con la Metafísica, en esta frontera exacta que no franqueaste pero que intuiste un día, tal vez acostado a la sombra pitagórica de tu violín?”. Porque el “frum-frum” de la guitarra macedoniana quizá invoque de un modo turbio y desparejo atonalismos, minimalismos, aleatorismos o zapada yasera, pero con seguridad lo que aguardaba Macedonio de su “guitarra del pensar” era un recupero de la esencia mística de la música por encima del cerrojo matemático que le impuso para siempre Pitágoras (el tonalismo corriente, con su matemática del reposo-tensión de tónicas subdominantes y dominantes, no sería otra cosa que el “realismo” en versión musical, parejo al “asunto” en novelística y a las leyes lógico-físicas en metafísica)⁴¹.

El metafísico- espetaba Carnap para remate- es un músico sin capacidad musical: el sentimiento armónico ante la vida que el metafísico trata de expresar en un sistema monista lo expresa mejor Mozart; el sentimiento heroico que expresa en un sistema dualista, Beethoven. La música, efectivamente, está “librada de cualquier referencia a los objetos”; la música es emoción sin representación, es el puro acaecer de la Afección. Wittgenstein sugirió el silencio; Carnap la música... En definitiva: ¿Unapiedra o Unameba?⁴²

⁴¹ Siempre posaba para las fotos tocando la guitarra. ¿Qué quería demostrar a la posteridad? Que lo que nos llega de él, lo que se ha registrado, es lo de menos, lo más insignificante, el signo escrito. Era un músico, un guitarrista, un improvisador en guitarra, que concedía a escribir, a disgusto, cuando no tocaba, dejaba de tocar-pensar, supremacía de lo táctil-auditivo, para pensar-escribir. En este gesto – para volver al inicio y su cita – hay el más cabal antecedente de la ambigüedad del muy posterior “*say no more*” de las canciones de García...

⁴² La “objetividad” einsteiniana que entiende Popper aparece según dice cuando desaparece la expectativa, la convicción subjetiva, el estado de ánimo. No es como el dadaísmo “un estado de la mente”, estado mental animalcúlico en el caso del criticismo macedoniano, con el plus humano – ya definido – de lo tragicómico. Esta también humana objetividad – objetividad del lenguaje, contenido objetivo o lógico –; es “tan objetiva como una catedral” textualmente dice el traductor de Popper: una catedral, evidentemente, hecha de Piedra. La ciencia es un producto humano tan objetivo como una catedral. Fundemos la poperiana categoría, concepto de “Ciencia-Catedralica”

El Gorgias de Platón es un diálogo que – si bien trata sobre *la autonomía universitaria*, como casi todos – convoca inasiblemente a un par de objetos macedonios porque habla de la pistis, palabra que traducen por creencia, opuesta a la episteme y mathesis, y de la retórica como una culinaria síquica, orientada a los placeres, contraria a la medicina, orientada a la salud; Macedonio llamaba Culinaria a la poesía o a las artes dedicadas a la estimulación sensorial no a la conmoción y la emocionalidad. El otro tema macedoniano del Gorgias es el del tonel agujereado, símil del carácter desmedido, excitado, insaciable, en definitiva del hombre dado a cosas como la pistis o el arte de la cocina. En Macedonio el tonel agujereado es lo tantálico. El tonel almático macedoniano no es rebelesiano ni caliclesiano, está más del lado de lo que pierde que de lo que es llenado, tiene que ver quizá con la “Pasión”. El eudaimonismo macedoniano no tiene nada que ver con los búhos metafísicos de la Academia, la felicidad macedoniana es estado místico y traslación del yo, filia altruística más bien minimal – fuera de moralidades épicas, molaridades de la eticidad – , limpieza de las puertas de la Afección. Era como Gorgias un retórico, gongórico más bien, más dado a las misivas y a los “brindis” que a los libelos – aunque hubo quienes lo acusaron de ser autor de varios discursos de Yrigoyen, además de querer ser presidente –, pero lo que busca el (contra) fármaco de la retórica macedoniana es una contrapersuasión, la rotura de los lazos simbólicos de la “conmoción concienical”, el “mareo” como apertura a la “Vigilia”. Ni sofista ni metafísico; artesano de *shocks* pacíficos; no traumáticos: taumáticos. La retórica no tiene por propósito la peithos sino la suspensión de la pistis.

BUNGE Y BOHR: EINSTEIN PERONISTA

“-¡No me diga! Fíjese qué curioso, porque lo único
que yo sé de física viene de mi padre,
que me enseñó cómo funcionaba el barómetro”.

Borges

“Aquella expresión elénica - *aggiornada* para el empirismo político por el tres veces presidente de nuestro país, el general Juan D. Perón- que afirma que “la única verdad es la realidad”, convertida al maravilloso mundo de Borges, establecería que “en realidad la verdad no existe; y en verdad, la realidad tampoco”. Algo que los cuánticos suscribirían sin dudar.”

De este modo termina su ensayo Sbarra Mitre sobre Borges y la ciencia, induciéndonos a una inevitable enhebración de literatura política y ciencia con un hilo que no puede ser otro que el de la “ficción”. Con esto ya podríamos historiar nuestras corrientes epistemológicas de entrecasa, escindidas en lo tocante a la identidad, es decir, aquellas que se paran más allá y las que más acá del Principio de Identidad, bajo el dualismo de peronistas - el realismo poperiano de aquellos que esperan el estrechamiento de ensí-parasí de la realidad/verdad, representado por Bunge- y antiperonistas-cuánticos cuyo precursor sería aquel que se supone le escribiera los discursos a Hipólito Yrigoyen, me refiero a aquel trunco candidato del Partido Solipsista.

Aquello colgado a un costado del título de este apartado y que se lee como cita es una contestación que Borges da al físico tucumano Alberto Rojo, uno de los comentaristas científicos que han abonado las hipótesis del Borges-cuántico (versión aléfica del átomo de Bohr), y que hablando del bardo lanza una frasecita que nos vendría bien para pensar esta epistemología “en pantuflas”- como la llamaría Marechal- que podría ser más que la de los que profesan lo que “puede saberse sin saber que se sabe”- el caso de Borges, que alardeaba de ignorante y que jamás se metió con la ciencia- la de los que no saben que no saben, denominación que- me parece- sería más del gusto del señor Bunge, de quien no queda más remedio que hablar ahora.

Bunge- a quien la revista “*Gente*” ha considerado el argentino más inteligente del mundo (ya podemos avizorar cuál es su público)- comienza a semblantear su división Einstein-Borges: el “ciego” y el “vidente”, el que está en las “nubes” y el que tiene “los pies

La “Metafísica” no tiene el mismo objeto que las teorías científicas tal como las concibe Popper; es una *preparación para la muerte*: la Mística como *tesis final*, y el amoroso reencuentro póstumo. Probablemente el ideal antisubjetivo de Fernández, el yo trasladado, la afección ayoica, tenga algo de amébico, de unicelular, agregado a esto su consabida abominación por la sexuación: en la ameba no hay campo del Otro; hay autorreproducción, especie de utopía vincular macedoniana. Ni Platón ni Calicles sabían nada de los paramecios; les llamaban piedras: *ein Stein*. Ein Stein es lo opuesto al Tonel Agujereado glotón politiquero sensual y charlista, ideal de la “buena vida” que se daba el sofós socrático eudaimonista: ser como una piedra. ¿No es curioso que el modelo del sabio del siglo XX se llame así? (*Nota del Editor de Otro*)

sobre la tierra”, el “soñador” y el “realista”, el “conservador” y el “socialista”. La varilla demarcatoria que separa sendas fantasías- las de Einstein y las de Borges- es “el criterio de posibilidad” que discrimina lo legal y lo que no, criterio como se sabe ausente en el todoposibilismo anarquista que pasa Macedonio a la “ciencia-ficción” borgeana. Pues si el de Feyerabend es un anarquismo metodológico, el anarquismo macedoniano es metafísico en el sentido de que hace imposible la física en cuanto abroga el “criterio de posibilidad”.

Bunge, cabal y completo contramacedoniano, aglutinaría en las huestes poperianas a Einstein a Manuel Gálvez y a Juan Domingo, todo sea por la coyunda Verdad-Realidad; une en un mismo gesto veritativo al arte realista y a la ciencia (desde luego también realista por antonomasia). Claro que este peronismo es un realismo abemolado pues acepta que en uno y otro bando no hay más que “ficciones”- las unas disciplinadas y controladas, las otras no- aunque sólo desde el punto de vista neurofisiológico, es decir “por carecer de existencia independiente de todo cerebro”. Las ficciones del realismo (“realismo constructivo”) “representan, bien que mal, objetos reales”.

El antiperonismo borgeano, no hay que olvidar, fue un precursor esclarecido del fucoltismo antivoluntad-de-verdad.

“Y Einstein de nuevo inconfundible seguirá en su obra de confundir a todos”.

10

(ADDENDA POST-DATA BONUS TRACK O YAPA)

(EN EL CAFÉ-BAR “EL TEXTO” FERNÁNDEZ Y MICHEL VUELVEN A CONVERSAR...)

Y quizá Schopenhauer esté en el fondo uniendo a Foucault y Fernández, a aquel que se sintió estando en Japón atraído por el budismo, a aquel que en su mocedad marxista abrevó en el partido comunista en la esperanza de encontrar la disolución del Yo- ¡tendencia zen del cristianismo marxiano, ya más yopenjaueriano que jegueliano!-, pero que, como su par rioplatense, terminó contentándose con la escritura como lugar de fuga donde ir a “perder el rostro”, tal como reza el prólogo de la *“Arqueología”*. A propósito, escribía Fernández en una carta: “mi cara es lo que debe ignorarse de mí, lo único que sería importuno, es un retrato. Con esta táctica de vivir peleado con mi verdad fisonómica, he conseguido que por lo menos ¡mis retratos sean leídos!”. Escribir precisamente es: “abstenerse de cara”.

Se sabe que Foucault buscaba pensar de nuevo la extricación Hombre-Lenguaje, y que veía en Nietzsche al primer conato de fuga de la antropología en su “crítica filológica” y en un “cierto biologismo”. ¿Qué podría decirse de este nominalista místico vernáculo para quien el ser no era sino un “verbalismo” y la mística un método de deshumanización? También para Macedonio el hombre es, al menos, algo que acarrea en sí la torpeza y lo

irrisorio de lo divino. Para Macedonio el Hombre existe. Pero la Existencia no (Profesaba la existencia; de modo que existir es un trabajo e inexistir, ergo, el *free time*. ¿Le da la mano a Marx de un modo sesgado?). Macedonio fuga por la Mística porque sabe muy bien que el hombre es ese “lugar del desconocimiento” puesto que escapa por un lado al *cogito* y por el otro a la *res* objetiva, y driblea entre ambos dejando un hueco sobre el que el conocimiento puede erguirse sólo en merma. Ahora bien: ¿indica el Misterio macedoniano este mismo fenómeno histórico en el saber?, ¿o es Macedonio antes bien un heredero de un nihilismo o escepticismo que ya ha existido con los sofistas, luego en el helenismo, y más tarde en Hume por ejemplo? ¿Es la implicación de lo trascendental en lo empírico aquello que como en la antropopatía contemporánea a Macedonio, lo conduce a él, en efecto, como a aquello a un continuo juego neurótico e histérico con lo otro? Ciertamente en Macedonio el padecimiento del imborrable Misterio que induce a la Crítica del Conocimiento a un esfuerzo inacabable, es aquello que Foucault entiende como específico de la “episteme” “moderna”: el acompañamiento “sordo e ininterrumpido” de lo otro al lado del hombre, nacido no de él ni en él sino al mismo tiempo y a su lado y como exterior e indispensable, que hace que la iniciativa propia del pensamiento sea acercar a sí mismo a ese otro, sea pensar lo impensado su ley. Pintamos bien la patología gnoseológico-amorosa macedoniana citando a un Foucault que versa al contrario sobre esa impersonal gesta epistémica: “el pensamiento es para sí mismo y en el espesor de su trabajo a la vez saber y modificación de aquello que sabe, reflexión y transformación del modo de ser de aquello sobre lo cual reflexiona. Hace también moverse lo que toca: no puede descubrir lo impensado”. Ahora, doble labor acaso inédita en la historia la del sabio pampeano ante el lenguaje (esa condición de posibilidad de lo positivo y a la vez lugar a partir del cual puede manifestarse la finitud); por un lado en su impaga reflexión sobre la positividad del conocimiento y por otro, junto a Kafka, Bataille, Blanchot, Artaud, y otros ídolos de la escuela fucodeleziana mencionados por el susodicho, en la literatura, aquella “fascinada por el ser del lenguaje”. Si en el pensamiento se busca una liga entre el lenguaje y la positividad (: “Metafísica Descripcionista”)- anota Foucault -, en la literatura se manifiesta otra entre aquel y la finitud (: “Idilio-Tragedia”) (“En este espacio la literatura (...) se da como experiencia, de la muerte, del pensamiento impensable, de la repetición, de la finitud”. “Pero si la cuestión de los lenguajes formales hace valer la posibilidad o imposibilidad de estructurar los contenidos positivos, una literatura consagrada al lenguaje hace valer, en su vivacidad empírica, a las formas fundamentales de la finitud”).

Macedonio es la antítesis del *homo faber* y del Hombre-Dios. Dios le da risa. Si Borges ludifica la teología, que le seduce para sus argumentos ornamentales, Macedonio olvida lo divino. Macedonio es una máquina continua de repeler *theos*. A Borges lo seduce la teología. En Macedonio el *theos* es expulsado quedando sólo la incómoda logía. Metafísica es la busca por la lógica de lo no-lógico. El Humor es la burla de la lógica. La lógica es lo contrario de la Mística. Mística- dice- es la tesis final de la Metafísica. Ese final es siempre diferido. Más bien la tesis final de la metafísica es ésta: agregar el prefijo tauto a lo llamado lógica. Macedonio es el vidguenstain telúrico. Lo real como lógico es el abecé del Sueño. La lógica, lo que queda de divino en el hombre. Macedonio no se tragediza por acoplarse a la historicidad de las cosas ni por ser un dios que se muere. Tragedia es tragedia amorosa, una fenomenología amorosa, una fenomenología del idilio. Si hay una fenomenología para Macedonio es trágico-elegíaca. Fenomeno-logía es tragedia idílica. Lo humano macedoniano aparece en la merma, detenimiento, abdicación, de Amor y Pasión. Macedonio no habla del “hombre”, habla de sí. Pero más que una autobiografía, una biografía, y más aun una heterografía amismada “descripcionista”. La vida humana sucede como Idilio-Tragedia, lo finito macedoniano. ¿Qué indica el guión entre Idilio y Tragedia? La sucesión, el tiempo: o la diferencia.

Con Marx, Hegel, Hölderlin, a principios del siglo XIX, aparece el hombre con borrarse los dioses de la tierra; “en nuestros días” lo que se afirma es “el fin del hombre”, y en esto, añade Foucault, Nietzsche ha sido un punto de inflexión. ¿De qué raro modo Macedonio está implicado en esta inflexión? Pues a la vez que escapó del oficialato del positivismo y del redivivo cantismo premoderno que aparece luego en el circuito universitario como reacción al positivismo, tercero y muy de antemano hizo lo propio, bien que de guisa pormenorizadamente rala, frente al antropologismo que aparecerá como alternativa en su ancianidad con Fatone o Astrada, o en la literatura con Sabato. Y si tuviera que haber uno, se diga lo que se quiera, que sea Macedonio, no Ingenieros, que sea Macedonio, no Almafuerte, el niche rioplatense.

El vaciamiento de lo originario: el origen como vacío, y el pathos de ocupar un vacío con otro vacío⁴³

En el “orden clásico” tenemos en el lugar del origen a la génesis en el cuadro. El primer origen “moderno” es el trabajo, la vida, y el lenguaje. Aparecerá el positivismo como aquello que instala la cronología del hombre en médula de las cosas. Origen se dice, interno y extraño, para este hombre que se descubre sumido a una historicidad ya hecha, y que nunca es contemporáneo de este origen. El origen moderno desde la “Fenomenología” de Hegel es diferente no sólo de la génesis ideal clásica, sino igualmente de la historicidad de los seres. El origen es “la manera en que el hombre en general, todo hombre sea el que fuere, se articula sobre lo ya iniciado del trabajo, de la vida y del lenguaje”. Lo originario en el hombre de manera tal, nos indica Foucault, no es el momento natalicio de lo mismo y de la dispersión de lo otro (el uno edípico y el acceso a lo simbólico lacanianos por ejemplo), sino aquello que desde el principio lo articula sobre otra cosa que no es él mismo (los otros y la nada sartreanos por ejemplo), aquello que lo une a lo que no tiene el mismo tiempo que él (el ente jaidegueriano por ejemplo). El hombre es en definitiva “el ser sin origen”, sin fecha ni patria, y más allá de las cosas y su tiempo. Y de este modo el pensamiento emprende la tarea de “impugnar el origen de las cosas”, de “poner en duda todo aquello que pertenece al tiempo”, tarea interminable y famélica que Macedonio moteja “Metafísica”. Pero en él - en el hombre no en Macedonio - las cosas encuentran un comienzo, porque es “la apertura a partir de la cual puede reconstruirse el tiempo en general”. El tiempo se humaniza, o mejor dicho, el hombre se temporaliza, al deshacerse del espejo de lo divino y colocarse el de las cosas, que venían con un tiempo y un ser, que liga el hombre, pero porque antes fue repatriado en el lugar de las cosas. Pero en Macedonio no hay tiempo ni hay hombre, ni hay comienzo. Puede decirse- escribía Foix - que toda su obra es una obra que no llegó a comenzar. El “desgarrón sin cronología y sin historia del cual proviene el tiempo” pareciera ser menos que el hombre esta empiricidad asimismo trascendental (en cuanto al menos describiente de estados perceptivos) llamada al mismo ayoico, estado místico, o afección. Pero: ¿tiene proveniencia el tiempo? ¿De dónde, si no hay espacio? Este límite es señalado por Metafísica. Desde que se denunció como quimera la génesis clásica (y Macedonio no cesa de hacerlo), el pensamiento moderno instauró la problemática del origen. Se teje una continuada relación, agregará Foucault, entre el pensamiento (Metafísica, por cierto) y el origen (Mística, por cierto), nunca contemporáneos. Sucede que “el

⁴³ *Título que querría tributar a una seriedad probable.*

pensamiento descubre que el hombre no es contemporáneo de aquello que lo hace ser - o de aquello a partir de lo cual es- sino que está preso en el interior de un poder que lo dispersa, lo retira lejos de su origen, pero allí le promete una inminencia que quizá siempre le sea hurtada (...) este poder es aquel de su propio ser". "El tiempo- pero ese tiempo que es él mismo- lo aleja de la mañana en que ha surgido y de aquella que le ha sido anunciada". Es que en la finitud anida esa "relación insuperable del ser del hombre con el tiempo". Somos el tiempo, dice Borges, secretamente contra Macedonio.

El prólogo macedoniano- decía González- es la postergación del origen. La "Infamiliaridad de lo Familiar"- hay que adosar- es el origen de la falta de origen. La Metafísica desorigina al universo. Su inconsecuencia está en querer fundar como un origen (digamos de derecho) a la Mística; y en ese perseverante fiasco, en ese tropiezo entre dos inmanencias, la comicidad es el ejercicio de una regresión efímera y subitánea a una originalidad indecible. Ni teogonía ni genealogía, no hay ni origen divinal ni origen cósmico. Si "Metafísica" es el casillero asignado a la parte temáticamente gnoseológica de la Tragedia, la "Humorística" es la perenne tentativa de cura de ese destino trágico que es lo humano desde Hegel, y la bufonización del fracaso humanístico y pragmático de Fernández, de su imposibilidad de ser y de estar sujeto, la insistente deformación (esquizofrénica ociosamente *podríase* agregar, aunque en una estilística de rara convergencia entre Carroll y Artaud que extrañaría a Deleuze) de la forma-Hombre.

En Macedonio la desujetación es en todo orden: la del sujeto gnoseológico, y la del sujeto social. Ser sujeto, y estar sujeto. En efecto, el proceso metafísico, y su conclusión mística, son un desprendimiento y despedida de la *Befindlichkeit*; pero tan cabal que se desprende asimismo del Pragmatismo, y de lo práctico. En esto último invierte- con antelación- la propuesta sartreana, que es una abolición de la *Befindlichkeit* pero completamente práctica; justamente acaece en la acción; en la instancia previa de la elección el sujeto se saca el cuerpo, el cuerpo histórico que lo hizo Alguien, y elige en otro afuera del tiempo. Pero Sartre fue tenido por el filósofo del compromiso, y Macedonio ha sido, sin dudas, el filósofo de la viudez.

(Como empresa de encarnación de la conciencia y de mundanización inmediata de todo haber Merleau-Ponty es un escape de Husserl como de Schopenhauer, y no suena muy macedoniano; pero como empresa contrasartreana negadora de la interioridad cartesiana de lo concienzial podría a lo mejor ser un cordial socio.)

La cura fucoltiana de todos modos hubiera desapasionado a nuestro metafísico estrafalario porque esa "formalización general del pensamiento y el conocimiento" en busca de una "teoría pura del lenguaje" se promociona como una "segunda crítica de la razón pura", manera de un descodamiento ostensible de Kant.

La negación de la ontologización de la lógica del realismo conduce para Macedonio no a una practización o etización sino al mutismo inexistencialista de la supresión de la acción (-humana) y el juicio. Macedonio no podía admitir el pragmatismo por el acoplamiento de su teoría al antropocentrismo; Foucault- en este caso cerca de ciertas corrientes en boga de la filosofía anglosajona -, como alternativa a la jeguelización del cantismo y viceversa, sugeriría un cantismo pragmático y lingüístico.

El Foucault que pedía casi irritado formalizar ¿es un pragmatista? Rorty se pondría contento...pero ¿qué quería Foucault sino codear fuera a Sartre? Y de un manotón traer para adentro de nuevo a Kant...vestido con la "metáfora" y otras ciertas pilchas de Nietzsche. ¿A qué otra Crítica de la Razón Pura? ¿Para que el impensado nómeno, sobra, resto, pena, reciba un bautizo a la posmoda?

El Hombre, entonces, es una figura mistérica, idílico-trágica, cercada por un doble fracaso místico y metafísico, pues ha perdido la certeza cartesiana y no ha encontrado la certidumbre mística. Dado que ni tiempo ni espacio existen, y que Afección y Lectura para nuestro místico son dos modos por los que puede acaecer una cierta Telepatía, es que ha podido conversar con Hobbes así como ahora puede hacerlo con Miguel Foucault. La pieza de conversación, en ese caso, es el orden de las solucionabilidades. Pues ambos han encontrado en algún momento una en común por la cual han sabido despojarse del trágico e insipiente homínido pensante: la Risa. Que para Schopenhauer era un atributo divino, lo cual nos incitaría de nuevo a pensar qué es aquello que queda como supérstite en el vacío del Hombre. Quizá, de todos modos, para Macedonio- a diferencia de sus amigos Leopoldo Marechal y el citado Arthur- el cotejo que tácitamente produce el bigbán de la carcajada, no era el de lo menesteroso del engendro humano ante la perfección teósica, sino ante la perfección feminal, o la todoconocibilidad prehumana del bicho. Pero ninguno se contentó con la breve risa y fue allí que comenzaron amablemente a discrepar porque donde el abogado prefirió el mutis místico, el sicólogo galo le habló de Kant.

En definitiva, la “Metafísica Descripcionista” que mantuvo en algún momento ¿no descodificará de algún modo al caminador de Kéninsberg? Para los dos conversadores susomontados la vigilia fue despertar del sueño humanoide ¿Es necesario hacerlo teniendo al soslayo en la cama al célibe copernicano? Sueño...pensamiento...pesadilla cartesiana... ¿Hay Vigilia?

Macedonio pasa por el sueño de la Modernidad como desapercibido. Era- nos lo ha dicho Viñas, y lo rubricaría Borges- un hombre desubicado. En la base del “orden fucoltiano”- vamos a decirle así- estaba el viejo Borges haciendo un chiste, cuyo corolario imprevisto serían las trescientas páginas de “*Las palabras y las cosas*”, biblia de un nuevo rostro de la historia- ahora de la “episteme”- que ha jugado a desenmascarar a las herederas finitistas de la gnoseología. Macedonio siempre- hasta en este libro ya universal- está presente como una ausencia. ¿Pero es que acaso la historia puede ser pensada? La historia o es epopeya, una narración de las pasadas batallas que se creyó ganar, o es un sueño. La grave Modernidad y sus copistas y relatores se saltean a Macedonio tal como éste se saltaría esas trescientas páginas de victorhuguismo criticista devenidas de un chiste del más celebrado de sus discípulos.

Foucault es un durmiente más de los varios nuevos sueños de la Historia, de la cinemática y de la linténica, del heraclitismo platonizado de los deudores de Hegel o de la momificación estructurista, que como un sonámbulo detrás de lo innombrable, no ha sabido callar, don de la Mística.

LA ANORMALIDAD FILOSÓFICA

(*Manifiesto por una filosofía argentina posmacedoniana*)⁴⁴

⁴⁴ (*A la manera de Samuel Tesler...*)

Conferencia del citado profesor en el antiguo Bochín-Social-Club del Parque Urquiza ante público de una escuela de sordos. [Versión taquicardografiada]

“Se va a temer que en este libro haya tomado la palabra uno de los tres hombres comunes: el afectado mental”.

EL PRIMER ARGENTINO PERDIDO EN LA METAFÍSICA

El patrimonio exclusivo que es Macedonio de los profesores de letras nos devuelve una imagen sospechosa y parcial de la *cosa* macedoniana... La cualidad precursorial y fundacional que los que han historiado, esto es, construido, la “literatura” argentina rescatan y dan a perdurar es árbol que anda tapando un bosque; porque Macedonio Fernández fue por mucho tiempo un excepcional e insociable teórico consagrado precariamente al incierto estudio de la biología, la psicología, la economía, la política, la medicina y la metafísica, o bien algo que a todo eso se parecía, jurisconsulto - hay que decir - de profesión, poeta semiocasional y medio aficionado, conminado al ejercicio de la teoría y práctica literarias, en su madurez, a instancias, en mayor medida, de su privado concilio con la juventud maravillosa de “*Martín Fierro*”. Este azar y el de la muerte prematura de Elena concurren a delinear- es hacedero señalarlo, señores míos- ese resbaladizo y caricaturesco, familiar e inabordable, ser que *todos creemos conocer*.

¿Pero el texto llamado “Macedonio Fernández” se inscribe legítimamente en este campo que inciertamente denominamos literatura? Lo diré de nuevo sin palabras horribles de *la crítica*: ¿es literatura Macedonio? Dar una respuesta supone, ausente público quieto, el replanteo del juicio de su obra y su reevaluación. O en todo caso ¿qué es literatura y qué no en el texto-macedonio? Los paradigmas sobre los que se yergue- presuponiendo esperanzadamente que hubiera algo de esta índole que pudiera asirse- gambetea con eficacia maradoniana tanto los cánones de lo clásico cuanto los de la paralela vanguardia europea, o las formas genéricas del discurso de la filosofía. Lo de Macedonio no es una literatura de vanguardia; más bien es una ciencia desquiciada, ciencia sin método, oxímoron de una ciencia anarquista recuperada aceptada contenida y valorada como “literatura”. Pero: ¿debemos hablar de escritor-filósofo? ¿O de filósofo-escritor? Optemos ingrato público por esto segundo, y entonces más que como iniciador de una línea en la que van M. Estrada, Borges, Sabato, etc., pensémoslo como adelantado de una línea en la que están Marcel y Sartre, por ejemplo. Ahora, Macedonio y Borges: ¿son un simulacro de filosofía? ¿Y no es esto acaso ahora⁴⁵ la única filosofía posible?, el único modo de exhibir las apariencias en cuanto tales. El Filósofo en todo caso volvería al Poeta, que según Platón, “no sabe lo que dice”.

Macedonio coincide en algo con sus pares y parejos adversarios los positivistas lógicos: el mismo y adverso furor de estos para con la “metafísica” fue el de Fernández pero para con la “filosofía”. Pero así como los neopositivistas izaron - porque el burro lleva la carga y no la siente - una Metafísica de la Observación - Macedonio troca la observación por la mística- Macedonio fue filósofo. Macedonio recupera extrañamente el término “metafísica” pero se rehúsa por lo general a hablar de “filosofía” y menos de “ontología”. La “filosofía”, los “filósofos”, son un problema que aparece y hay que neutralizar,

⁴⁵ ... También antes.

reaparece, y hay que neutralizar, y así sempiternamente. Para terminar la vida como un místico, habría que haber dejado de leer definitivamente. Porque cada nueva lectura era un desafío al poder crítico de la Crítica del Conocimiento, y a la mantención del principio de constancia, de nirvana, de la Crítica del Ser. En este sentido, Filosofía y Ciencia son disruptivas; y la Crítica homeoterapéutica...

En definitiva, no hay - es imposible - un criterio de demarcación. ¿Por qué señores reniega de la filosofía? ¿Por qué no se nombra filósofo? No podríamos contestar. Acaso lo que sí sabía es lo que Trías mentó como la unidad y especificidad del discurso filosófico a lo largo de toda su historia: la escisión de un saber y de un no-saber, una episteme de una doxa. Sabía que el Filósofo era un Juez, y que filosofía equivale a legislación. Y este rol paterno y judicial es el que deniega - sin por ello poder abandonarlo - el filosofar chanfleado de Macedonio, quien sin embargo era, como consta biográficamente, Juez y Padre. Y no hay distingo, además, entre lo conocible y lo pensable; el lenguaje es metafísica, absurdo y emoción; pero a la vez simultaneidad de una necesidad de imposibilidad- que anhela una imposibilidad de la necesidad -, experiencia-límite, que impulsa sin solución de continuidad al “conocimiento” y a la escritura. Hay pues que pensar a Macedonio como quinesiólogo. No esos tipos que ponen calor en los meniscos, sino una Quinesiología Filosófica, existente acaso desde Heráclito hasta Deleuze. Se trata de Pensar el Movimiento. Y sin embargo pasa por ser - lo es - el argentinizador conspicuo del quietivo yopenjaueriano cuyo texto, empero, inquieta todavía y con creces, pese a la sed de silencio de la sempiterna crítica, que no lo puede agotar ni reducir. Pasión inútil e incausada que no dejaremos de emprender. Empero.

Macedonio no es un escritor maldito; pero menos aun - y aún - un escritor bendito. No es Capdevila. No es Lugones (¿Es “Antilugones”?). Es un “escritor insólito”... distinto de sí mismo. En él, en su texto, el tema del Genio está dominado por la ambivalencia: ¿lo soy o no lo soy? ¿lo es o no lo es el Presidente?. En el texto sobre su texto, en el texto sobre su mito, también: lo actual y lo caduco, lo retrógrado y lo adelantado, lo perdurable y lo contingente. ¿“Genio” o “Esquizofrénico”? ¿“Escritor”? ¿“Filósofo”? ¿“Humorista”? Ciertamente el Esquizofrénico y el Filósofo- desde su origen presocrático y platónico - tienen en común su identidad por su diferencia: son lo otro de los *polloi*, de los muchos, de la muchedumbre; y uno es la sombra del otro, y ambos están dominados por un sigiloso halo de incertidumbre: ¿qué otro del Filósofo no ha sospechado so su manto de inescrutable superioridad una entrevista imbecilidad, la de su terco e incurable rumiar lo obvio y lo insoluble? o atisbado en el débil mental la oscura y sucinta enunciación de lo esencial de las cosas divinas... La Genialidad- parejamente al “saber”- es siempre el predicado de un sujeto que aduce no poseerla, no habitarla, pero conocerla, comprenderla; lo cual tiene un halo de paradoja o necedad. Filosofía y Humor - en fin, dos procedimientos para lo mismo- dejan aparecer un tercero incluido oscilando entre la imbecilidad oligofrénica y achacosa y la sobregenialidad inabordable.

Macedonio juega con el resto óptico de la gran filosofía europea. Aborda todas las tradiciones del pensamiento occidental (positivismo, empirismo, pragmatismo, cantismo, fenomenología, etc.) y las somete a un procedimiento analítico (pues es más un método que un estilo) que parece desprendido (por ser acicateado no por la Facultad de Filosofía y Letras sino por la “*Martín Fierro*”) de las vanguardias literarias francesas, dadaísmo, surrealismo, nonsense. Gesto insólito y desubicado, involuntario. Una vista de conjunto a su obra - epistemológica, indudable y primeramente, pues se trata de un permanente reflexionamiento radical del conjunto de saberes científico-ontológicos en auge - deja ver a un Sócrates aguafiestas empecinado en obligarnos a admitir que toda ciencia es metafísica y toda metafísica patafísica. Sabio confuso, lleva a la parodia al lenguaje filosófico; parodia en la que nunca estará tan presente la identidad con lo parodiado; rótulos que van y vienen,

sistemas cuya jurisdicción es el instante de ser enunciados, lo que confirma sobre todo un *nominalismo de hecho* ya que de derecho puede ser “Idealismo”, “Almismo”, “Ostensibilismo”. ¿O acaso un Automatismo Filosófico? ¿Casuismo Ontológico? ¿Instantaneísmo Metafísico? ¿Surrealismo Conciencial-Teorético? Estrategia de despiste para un Sistema Asistemático que le escapa al manual porque más que la enunciación de una doctrina que puja por instituirse es un súbito apareamiento deslogizador, desrealizador leyéndolo, y memoria que vuelve con la risa para desexplicar el mundo y callarlo ¿Dadaísmo Pacifista-Hilarante?

Babeliza las tradiciones filosóficas, científicas, en un pensamiento haciéndose, permanentemente casuista, donde cada enunciación, tras cada pensamiento (o antes de él) es una mezcla calidoscópica que conecta en cada *kairós* de modo singular su variedad de restos lexicales. Alguien que no cree que en el lenguaje pueda residir la realidad sólo puede hacer una parodia de la filosofía. Por eso cabe decir que cuando no olvida esto, y concluye en esto (las dos tesis de crítica del conocimiento y del ser) la continuidad de su escritura es ya parodia. El lenguaje es comunicación. Ergo: cuando hablamos de realidad, de naturaleza, de cosa, sólo estamos comunicándonos. El resto- la referencia -: tautología, petición de principio.

El sistema macedoniano se descamina; se descaminan sus libros, sus objetos de discurso, las formas. Sombra espectral y criolla de Heidegger, impugnador absurdo y sin gradas: Metafísica es descamino, descaminarse ¿Es ésta la pérdida, el extravío, del metafisiquear borgeano? ¿Es descaminarse perderse? Pero Borges nos ha delegado una estética del extraviarse que inexistente en aquel, y que, como budista, deploraría. La del laberinto, noción fatigada ya hartó mucho,... asaz demasiado, hasta por quienes jamás lo leyeron, y que presume de ser heredada de Kafka: el Universo tiene la forma del laberinto (ni caos ni cosmos). El laberinto, “edificio para perderse”. La historia de la filosofía - sigue Borges- es la de todas las humanas tentaciones de trazar de él un plano. Se destila de aquí un aspecto, una nota más para añadir a la virtual e intersticial antropología borgeana: el hombre está perdido; y el filósofo - hombre inalienado en ejercicio y alarde de tal - lo reconoce en su masoquista obstinación vocacional. Ese plano es la meta-física. El hombre, finalmente para Borges, camina fiándose de un plano, en la inminencia de una salida pero destinado a descaminarse.

Lector desordenado, que se desubica leyendo, salteador misceláneo de tradiciones y discursos dispersos, queda paralizado en la incomodidad conciencial que sólo el retiro meditabundo pueda conciliar, a la espera de una Mística reitutiva, que quiere ser cedida por una Metafísica permanentemente postergada. Más falso que el Macedonio borgeano que no escribía, es el que no leía. Lector torrencial y desesperado, encontró la celebridad martinfierrana al momento en que más comenzaba a despojarse de ese saco, de ese pesado sobretodo de lecturas - que hubiera podido terminar en frac y levita -, ciertamente incómodo, que antes que nada tapaba la meta mística de su impedida metafísica, que su torso enjuto. Lector salteado, presuroso, sabiduría de “bricolage”; pero lector asaltado, que busca patéticamente la recobranza del lugar que nunca encontrará, ya que es imposible fundar una metafísica, y la mística no tiene donde. Sitiado por los saberes y las lecturas; nunca situado.

Después de una crítica que sólo pudo con la anécdota, de otra que sólo pudo con la precursión e innovación literarias (“novación” escribiría Fernández) y otra final que derrumbando las anteriores quiso anular desde el vamos la que apenas se había insinuado - *la que uno quería hacer* -, es la hora de leer a Macedonio como filósofo para encontrar un

pensamiento que falta en este autor faltante en un lugar, éste, que falta y amenaza desaparecer; una nación que tampoco nació y está siendo tlonada⁴⁶.

Murena le dio el bautizo del “primer argentino dueño de su propio genio”. Pese a que Macedonio sólo decía ser el primer metafísico de su barrio, Scalabrini le llamó “el primer metafísico de Buenos Aires”; Martínez Estrada añadió: “el más grande”. César Fernández Moreno consiente en esa primeridad reservándose decir si es de orden jerárquico o cronológico y se pregunta si no es el último (Fernández Moreno no advierte o deja pasar la proximidad extrema de Macedonio con el Círculo de Viena aun cuando en la más llana apariencia su lirismo bufo sea la contracara de la circunspección de los epistemólogos. Eso que él llama “metafísica” está tan cerca del epistemologismo normativo del “análisis del lenguaje” que se superponen, y que más justo que variar en torno a si fue o no el primer o mayor “metafísico” del pago sería decir que fue el primer “positivista lógico” de la pampa húmeda y sus adyacencias). Si definirlo es “imposible” como dijo Borges, preferimos “ubicarlo”- tarea borgeana de la crítica más que ardua para quien perseveraba en ser un “desubicado” (Viñas) - siguiendo un discrimen que el vate ciego aplicó a sí, al señalar la melancólica y fiascosa circunstancia de ser “*un argentino extraviado en la metafísica*”, en lo cual su maestro sin dudas lo precedió y fue adanísimo y ejemplar y tesonero.

La “comodidad conciencial” macedoniana, sutura del Enigma del Universo, no consistía en acomodarse en poltrona catedrática alguna ni en el hogar de la comunidad paga de filósofos, *comodidad consensual*. ¿Qué quiere la Academia? Orientar al perdido, pero más que orientar, occidentarlo (saludos a Lichtemberg), y en realidad es un lugar de terrible perdidumbre donde corremos riesgo de ser despojados de todo, y sobretodo, de una temporariedad y localía provisoriamente dada que nos cobijaba obrando un cuerpo entre la casa y la calle. El perderse en la metafísica de la autodelación borgeana, es la excusa de un rezago. En este sentido, empero, semblantea mucho más el destino melancólico y chato del filosofar en la Argentina, que el extraviado usufructo de sus discursos en Macedonio. ¿Quién menos rezagado que Macedonio? Ni vanguardia literaria ni retaguardia filosófica. Del lugar en que Borges filosofa se extraerían dos líneas: 1) el perderse, 2) el rezagarse. En fin: 1) los que se pierden, 2) los que se pierden rezagándose (Borges), 3) el rezago sin pérdida. Es este último - por antonomasia, como quien dice- el lugar de nuestro filósofo profesional.

Ese extravío metafísico que en Borges se resuelve sin molestias en un heurismo sofisticado (se trata después de todo de “desesperaciones aparentes”) es en Macedonio, según queremos sospechar acá, tragedia en la escritura, imposibilidad de una “Metafísica” definitiva y fracaso místico. “Macedonio” es al doctor Fernández del Mazo, lo que Don Quijote a un tal Alonso Quijano. Intentar una autoctonía metafísica qué fue sino un disparate quijotesco. Macedonio es el Quijote de la filosofía. No fueron las novelas de

⁴⁶ La lectura de Macedonio – uno aventura - en cualquier caso, sobremanera libidinal y hedónica. Su convite a la filosofía es, en todo caso... materno. Qué diferencia con los alemanes, quienes nos introducen a la filosofía como se introduce un astillado palo en el culo. De ahí el resentido olvido de nuestros académicos, envidiosos que no abandonan el instalado recuerdo de sus aciagos ingresos a cantes y marxes y platonos. Una filosofía precaria. Pero profunda. Lo que buscamos.

Una pregunta sería: “¿Cuál es el lugar de Macedonio?”. Cómo poder explicar Macedonio a partir de un conjunto de causas históricas (económico-sociales, políticas, intertextuales, lo que sea) que hicieron posible ese fenómeno heteróclito que es el texto llamado Macedonio. ¿Cómo se explica Macedonio? (Se sabe: salvo provisoriamente, en el fondo no hay solucionabilidad. Macedonio no cesará de ser un... Misterio) ¿Hay que preguntar entonces “¿Cómo opera?” el texto macedoniano? Se sabe: con cirugía de extirpación psíquica.

caballería, fueron las novelas de la Metafísica y la Ciencia, llegadas de la vieja Europa, de la nueva Norteamérica a un enclave virtual a un agujero negro entre el puerto y la pampa en el que no se puede dar respuesta jamás a la única pregunta filosófica, metafísica: *¿Dónde?*

MACEDONIO Y/O FILOSOFÍA⁴⁷

“Con mi sistema se aprende más que faltando a clase”

Alguien me decía al oído - quizá mi Genio Malo, no me acuerdo - que ya no se puede escribir nada sobre Macedonio, ni se puede escribir nada sin Macedonio. Alguien me dijo - Otro - que “no sólo se puede vivir o escribir sin necesidad de Macedonio, sino sin necesidad de ser Macedonio”. No obstante, la tentación de ser Macedonio, es tan terrible y perenne como la de la serpiente. Si fue un despropósito e insólita desubicación serlo para él, para cualquiera de nosotros, y a la fecha, lo será... ¿peor? ¿mejor?. Acá la pregunta es: *¿Cómo será ser Macedonio?*

Macedonio o lo reprimido por los filósofos, por la academia, por la ciencia; su sombra inconciente; tan extraño o tan familiar. Los científicos - en su calidad de obreros de la ciencia - le temen a la Filosofía porque si llegaran a dejarse seducir demasiado por ella se les desplomaría un mundo en el que detalladamente creen y al que contribuyen a diario con pequeño ladrillo y al que minuciosamente han entregado cada minuto de su permanente vida. Los cuerdos, del mismo modo, le temen a la locura. Los filósofos asalariados le temen a Macedonio. Es que Macedonio ha acercado tanto la Filosofía al Humor, que los ha confundido, establecidos ambos en el mismo escalón. Ha puesto a la Filosofía al lado del Humor y al lado de la Esquizofrenia; es decir: ha mostrado su ser al desnudo. Mostró la hilacha.

El gauchifilósofo perpetra un usufructo quijótico de la filosofía (no diré “quijotesco” porque quiero unainmunizarme). El goce quijótico lleva en la panironía a la autorridiculización. No habrá tenido cuerpo; pero hizo - ejemplo como Rousseau, como Nietzsche, como Diógenes, en fin... - filosofía con la experiencia. Y se dirá que Macedonio no es un filósofo académico y que esta fatalidad eleva el número de sus falencias. El pensamiento del siglo XX - el pensamiento que movió las cosas - hay que contestar sordos oyentes, está sostenido por pilares que son también falentes filósofos inacadémicos y hasta sin título y que rechazaron de uno u otro modo a la Filosofía: Marx, Nietzsche, Freud... Pero para peor, Macedonio también fue argentino. Y esto no se le perdona. Macedonio y el académico argentino son los dos opuestos extremos de la filosofía.

El de Macedonio - como el de Borges - es un pensamiento fuera de control; por lo menos de uno: del control académico. Una filosofía afuera del Estado (cosa que no parece proliferar al día) renegadora del Estado, no de clase, de desclasación, liberal en un relámpago, libertaria en otros, antitotalitaria, antirrealista, y si no anticapitalista, contracapitalista. La carencia de sistema, además, es la coherencia que hoy le falta a quienes lo tuvieron y es coherencia de Macedonio con su pensamiento, itinerante, nómade, siempre

⁴⁷ O donde veo enojarse al Autor (*Nota de... ¿el vecino?*)

escapándosele por los bordes a su escritura. Macedonio está efectivamente fuera de “*l’age de Hegel*” (Derrida), la era del filósofo funcionario, realización del sueño platónico. Es otro regreso macedoniano, no ya la reversión del progreso positivista, ni el retorno narcisístico; un regreso a la era de Descartes, en la que los filósofos - personajes privados, solitarios - yiraban por los márgenes de la institución, siendo, máxime, sospechosos corresponsales y consejeros de príncipes; lo que un Norbert Elias en uso de una llana y suasoria sofistiquería que se dice “empirista” llamaría “nuevo deductivismo” individualista y neoescolástico. Fugar, atomizarse, mezclar, enrarecer, visajes patéticos de un escaparse por la anomalía en donde el control de los saberes disciplinados se dilata para que el pensamiento- relación con el afuera, es decir: no relación- parle su mudez; acaezca.

Podrá inscribirse en el registro del “diabolismo” aquello que según Horacio González es lo propio del Bobo de Bs. As.: hacer anormal lo normal. Ahora, mucho más diabólico, y con creces, es lo que empeñosamente sucede en el seno de la filosofía académica argentina, allí donde los anormales normalizan ¡Y con qué furor! ¡Extraño diabolismo! ¡Patetismo de platonos! Por otra parte, que un humorista haya hecho la filosofía más seria de este país, no lo es menos... Si en la relación Schopenhauer-Macedonio (o si usted quiere: Arturo-Fernández) tenemos la distancia entre una filosofía hecha - y hecha libro, y un libro - y una filosofía haciéndose que se resiste a la obra y a la publicación, en la relación Sigmundo-Fernández (o bien: Freud-Macedonio) tendríamos que discutir la calidad de lo serio y lo en broma, presencia oscura pero presencia (ergo: siniestra) que está a la base de lo que es académico y lo que no lo es. Porque si desde Freud hay que decir que el chiste es serio, desde Macedonio debemos admitir- por el reverso- que la seriedad es chistosa. Seamos monistas: no hay un chiste serio y una seriedad seria. El gran chiste de filosofías y ciencias - institucionalmente enseriecidas - es llamado por Macedonio *Tantología*. Ya Nietzsche había dicho que los filósofos efectivamente eran unos “cómicos”. ¿No será la gravedad el solapado criterio demarcatorio? ¿No será “estilístico”? ¿No será propicio proponer esta dicotomía: la “payada filosófica” - como le llamaba Piglia - versus la payasada filosófica, de nuestros diplomados Payasos-Serios? Pensar filosóficamente, filosofar pensativamente (esto es: metasalarialmente) (metacadémicamente) en una Argentina flagrante, con su posmodernidad subdesarrollada y periférica, es estar a la altura de pensar macedonianamente.

Macedonio desborda - para su época al menos - las mallas de contención que hacen que un discurso, teniendo por objeto lo que tiene por objeto un discurso filosófico, sea un discurso filosófico; sus métodos se desesperan, su armazón léxica y genérica cobra la locura propia de esa vesánica “escritura”. En una era donde a excepción del filósofo asalariado y de éxito - figura en escasez- la filosofía (es decir las formas del pensar que dialogan con esa tradición discursiva) es predominantemente el incierto patrimonio de un contingente lumpenizado que sobrevive bajo los restos fósiles de una otrora pequeña burguesía y clase media y a espaldas del cosmos mediático, el reflexionar desclasado, como espantapájaros hecho de retazos de los géneros de occidente, cobra una vigencia y una autenticidad - si es que tiene gollete este término acaso espurio de la ascética tradición filosófica que arroga su primeridad autenticitaria - que la lógica del pensar a sueldo del profesionalismo neoliberal y burócrata de los circuitos editoriales-universitarios está obligada a empeñarse a tapar a riesgo de que salte a la vista su claro cinismo y poner en entredicho su necesidad autoridad y sentido. Y la Academia: ¿no es acaso el Museo de la Filosofía? Codear fuera a Kant - que no es posible sin codear con el otro codo a Hegel - es ese leve y sutil movimiento que de ella estamos esperando si es que no es preferible codearla de una a ella. Pero tenemos el ser de esperados.

Chisme: se cuenta que en la juventud James anduvo bastante mal padeciendo lo que podríamos llamar el mal de la filosofía, una crisis esquizoide, de la que habrá salido,

como todo buen filósofo, por la filosofía misma. Algo de esto, creo, se deja leer en el texto jamesiano. Con más formalidad, menos pasión, mucho menos desborde que nuestro filósofo. Fernández muestra a la filosofía en carne viva, en bruto: como su literatura: haciéndose. Los dos tomaron en serio a la filosofía. Nada más lejano de la tilinga superficie a la que estamos acostumbrados en la academia. Macedonio Fernández parece ser la vergüenza silenciada del filosofismo asalariado nacional. Emolumento y macedonio se repelen. Porque es esto lo que Macedonio rigurosamente hace: “faltar personalmente”. Es ese su modo de estar en la cultura y la intertextualidad argentinas. Macedonio es deducido, debitado, de Borges, de Marechal, de Cortázar, hasta del Mono Villegas. Filosofar en la Argentina de espaldas a Macedonio y sin la luz de su espejo es el gesto ridículo y ritual que presenciamos en tanto congresismo bizantino y torpe. No sólo es culpable de la mejor literatura argentina- que se ahorró de hacerla él y decidió pasarla- sino de alguna de las páginas menos olvidables de “la crítica”, ya la de sus enemigos, ora la de sus entusiastas. Pero su marca- que maradónicamente consiste en un permanente desmarcarse - está siendo acusada por no pocos...

Leer es caminar; lo son asimismo pensar y escribir, la derecha y la izquierda del paso macedoniano; el quietivo es místico no textual. Su texto no tiene rotonda mojón ni refugio; no tiene parada donde nos podamos bajar del colectivo y explicar su recorrido, sus metas. Itinerancia *intelectualística* que nos obliga a un peripatetismo escriturario similar al de su escritura. Caminos que se cruzan, encrucijada, laberinto, callejones que no derivan en el exutorio de la solucionabilidad, lo que no importa un fracaso crítico sino nuestra alegría. La fiesta nischeana del pensamiento abstracto. Macedonio está haciendo ahora filosofía, está siendo ahora filósofo, si es que no lo pudo entonces ser. Caminando a su soslayo va abriéndonos caminos, los pocos no irrisorios que pudieran hoy quedar si es que todavía tiene sentido alguno aquello que sin saber qué decimos llamamos “pensar” o “filosofía”. Leer a Macedonio como filósofo es la tarea que resta (oímos – *mal* - cierto eco del ensayo de González) para los que crean en una escritura pensamentaria, una filosofía acaecida en la escritura, escrita aquí (¿Dónde?) ante el hastío de la amanuensa francesa, el congresismo castrado, o la literatura muda... Se puede escribir desde este lugar, partícula aléfica, que es muchos y ninguno. Se puede escribir desde la pérdida del lugar, diálogo extramundano de desubicados.

La idea-experiencia de Borges respecto de la filosofía probablemente sea la de uno cuyo contacto más fuerte e íntimo es el del manual, alguna historia de las ideas (aquellas del tipo de las que ya no existen); eso que en cincuenta, doscientas o seiscientas páginas aborda y desaborda todo ese rosario atávico de desatinos en desuso. Así si Nietzsche se descubre a sí mismo en cada uno de esos escalones, Borges - decididamente menos patético, en *apariencias* - quita el cuerpo (el invisible cuerpo identitario) también acá, y en vez de atravesar ese camino como una tortuosa y múltiple metamorfosis, lo propone hacer como una mente (un lector) puesto ante una sucesión de ficciones capaces de deparar perplejidad; siendo cada una de ellas, en sí misma, tan o menos propicia para entender la realidad, encarar la vida. Un manual de filosofía en manos de otro profesor nacional fabrica crédulos del saber; en manos borgeanas, hace viable una tradición argentina.

En fin la Academia argentina- y como ninguna la filosófica- es un Museo, un Museo donde las palabras mientan fantasmas en los ya nadie cree; palabras que invocan cosas vacías, una toga, una estufa, una pluma de ganso...entelequias indignas de ser pensadas, objetos de otro mundo que no tocan nuestro cuerpo, que no acicatean nuestros actos, cosas despojadas de su mundo, de su uso, de su asa, tanto cuanto infértiles en nuestra vida, Museo de momias y cachivaches en los que sus cicerones hayan el efugio de su *impensamiento apocado*. ¿La filosofía es algo que se decide en la escritura o en los pasillos

bocones e infidentes de una facultad? Macedonio nos fuerza a preguntarnos por lo que la filosofía es o deba ser y más aun a abrir una pregunta sobre lo serio, ya que esta palabra se detenta tan impune y estúpidamente en los susodichos pasillos a manera de encubierta vara demarcatoria. Si un prurito epocal (¿estilístico?) impidió a los recensionistas nacionales de la filosofía leer filosofía en las páginas macedonianas, un pecado de incuria, fatiga mental, inercia de amanuenses, y anquilosamiento de oficinistas impide a nuestros metafísicos presentes hacerlo a la fecha. En esta época en que la filosofía poco se sabe qué es, pero se sabe que como escolta y apuntadora de las “ciencias naturales” tiene ya mucho menos que decir que como bufón-ladero de la literatura, estamos condenados a leer a Macedonio Fernández como filosofía, y olvidar el bizantinismo de la “metafísica” toda vez que para el buda criollo metafísica (no muy lejos en esto de Heidegger) es - como establecía Germán García - el lenguaje mismo. Pero para Macedonio, la metafísica como historia, como un cuento que se cuenta por generaciones de apartados de Tales a James, sería poca cosa más que lo anecdótico en el Ser. Casi ha sido imposible escribir sobre Macedonio Fernández, filósofo nacional, sin volvernos - los que lo hemos emprendido - una comitiva aislada de Diógenes Laercios que poca cosa pudieron más que recopilar, inventar, adulterar, un cuerpo de anécdotas destinadas a ratificar su existencia de “personaje” en nuestro cosmos histórico. Y sin embargo en el origen mismo de la “metafísica” - palabra de una severa gravedad de otrora cuya popularidad flagrante, devaluada y casi cómica, es inmediatamente atribuible antes bien a los parapsicólogos de los clasificados de diario que a Malebranche o a Nicolai Hartmann - no hay sino la anécdota. Llamamos metafísica a la metafísica porque unos escritos recogidos de Aristóteles estaban puestos atrás de los de la “Física” ¡Ironía perversal! ¡Ironía de la Física! ¿Dónde la Metafísica? Ahí.

Mientras Heidegger puso a la historia a su servicio, inventó una Historia del Ser que mudamente circulaba y engloba todo para desembocar en su desentificación - en sus ideas, bah - y se figuró una secreta alianza entre los griegos y ese “pueblo de metafísicos”, los alemanes, Fernández, adán pampeano, borró su ombligo, le tomó el pelo a los griegos, señaló la imposibilidad semántica de una mínima comprensión de los clásicos, tomó a la filosofía vigente como un cebo de su inagotable crítica - la “Metafísica” - e insinuó simpáticamente un modo de filosofar que intentaba doblemente correrse de la vieja tradición europea como de la nueva yanqui. Macedonio quiso - consta en una carta -, tuvo como meta, “completar” a W. James. A todos nosotros, sus espabilados leyentes, nos debe de constar una cosa que salta fácilmente a la vista. Macedonio no hizo otra cosa que descompletar a James. La perseverancia de su agujerearlo puede denominarse su texto. Y por renegado, alza la bandera polvorosa de la “metafísica”, abominado vocablo cuya sola mención encresparía a cantistas, materialistas, positivistas, y cientistas de toda laya, como revancha, tardía, terca y autoirónica con la que espera resistir a lo que llama “filosofía magistral”. Como escribía Korn, era un “horror a la metafísica” lo que tenían los positivistas autóctonos. Domador en apuros del “Misterio”, el gauchifilósofo no quiere sin embargo la consoladora solucionabilidad de la Ciencia, la “domesticación del fenómeno”.

Ingenieros, a su modo, continúa a Kant al reservarle a la “metafísica” un anaquel aunque fuera el último, en un gesto a la sazón de temeraria irreverencia ante el positivismo, pero de irreverencia en todo caso “normal”. Deja a la “filosofía” como poscencial síntesis murmurante y en total oposición a Macedonio le deja a la metafísica el chapucear sobre el resto “inexperiencial”, aquello tapado a la experiencia (científica), lo improbable, la sobra aporética de las síntesis filosóficas. Senda a contramano la de Macedonio, que llama “Metafísica” a una Crítica del Conocimiento impulsada por la perplejidad. Finalidad antiaporética y unitiva (al “Misterio”) de este quehacer negativo de la “Metafísica”. Tras cartón, esa metafísica puede encontrar un destino positivo como “descripcionista”, lo que parecería acercarla al registro de lo vivido de bergsonismos y fenomenologías o a la

purificación “protocolaria” de los neopositivistas. Pero esa “experiencia” encuentra sus unidades sintéticas no en una “ciencia” sino en una... “literatura”. Lo que llamamos la “literatura” de Macedonio Fernández es no otra cosa que la Metafísica Descripcionista, único quehacer, único reducto posible (positivo) para la palabra: la descripción de la experiencia, con el adosamiento - a veces brusco - de un escrúpulo estilístico a modo de tecnicidad. La literatura sería la estilización de la “Metafísica Descripcionista”, pero que no describe el tipo de percepciones sensovisuales de los cuadros, impresiones, paisajes, tipo de descripción que Belarte recusa, sino en principio la percepción del pensamiento. El pensamiento (aún la “apercepción”) es percepción, y ocurrencia: ocurre y acontece como estado-fenómeno en el continuo afectivo.

Si la filosofía, esa momia locuaz, guarda en su bolsa todavía alguna aguja para pincharnos el culo, acicatarnos para que asome la nariz afuera del lodo del permanente tedio de vivir y del cumplimiento de los deberes de los honestos profesionales, será por la impaga asistencia de los Macedonios y sus Borges, y no del set de profesores que van a las aulas como el Cid difunto iba apuntalado a la guerra. La filosofía argentina tiene una tradición borrada, omitida. Macedonio Fernández se salió con la suya: estar; pero ausente. Una filosofía indiferente y desnudada de la maya apremiante de la seriedad nos habla mejor de las cosas que la otra. Su texto es el origen borrado de una filosofía posible en la Argentina nunca realizada. A la Argentina le ha faltado su filósofo y ese es Macedonio Fernández. Un filósofo faltante; en su ausencia, y en su presencia.

A los recensionistas de la filosofía Macedonio les resulta poco menos que impensable. Como rápido efugio, se lo puede expulsar del parnaso. Pensar a Korn, requiere laboriosidad obstinada, pero no presenta mayor dificultad. Tiene un casillero claramente edificado. Visto con los cánones de la buena literatura, de la literatura clásica, de la vanguardia profrancesa, de las vanguardias, de la filosofía académica, e inclusive con los de la filosofía aforística, cínica y antiacadémica, Macedonio Fernández resulta o ininteligible o tergiversado, o como un intento fallido, un error grosero, o como un embrión interrumpido bruscamente, sólo justificable en la “precursión” (de la literatura argentina) o en la “fundación” (de un pensamiento, una filosofía, paralelos al fundarse de una nación). Macedonio o: un claro malentendido. Aquí se sopesarán, se pulsarán, las condiciones de posibilidad de una continuación, de un recupero, preservación - pero también mudanza tergiversante - de un modo macedoniano de reorganización de los discursos, del sentido-en fin: de... *Tbodo* -, de un modo que - aun reenviando y evocando a casi todas las tradiciones - es incommensurable y peregrino en su usurpación de los saberes, las disciplinas, las estéticas, las artes, las éticas, estantes. Toleramos las arbitrariedades filosóficas si vienen escritas en alemán, en francés, pero pocos por aquí, en el circuito de la filosofía legal, parecen estar dispuestos a soportar un régimen autóctono de arbitrariedades criollas. Preferimos ser los incansables rumiantes de una hermenéutica de los antojos de los clásicos mundiales que los cómplices contentos de un pifio vernáculo. En los escombros de una nación desfundada, ver en éste sólo el valor de un hacedor de cultura y sentido de una época cuyo interés es cada vez más exclusivo de la academia - la poca que quede y quedará en este país, y la nunca faltante de los *explorers* de las universidades de las naciones dominantes -, de un mero caso en el origen de nuestros estado y nación contemporáneos, es limitar su presencia a la de un ente histórico, polvo de los anaqueles, foto coloreada para la nueva enciclopedia, muerto objeto para excusar algún nuevo metodologismo investigativo en auge. Ir a él no sin antes venir de Macedonio, ponerlo de cara a todo, para ver qué resulta, y qué se puede hacer, ser.

Flammersfeld – comentadora germana del porteño- se encuentra entre las huestes de aquellos que por razón una u otra hacemos el agujero de escapar del Macedonio precursor de la novela latinoamericana, del Macedonio-escritor, cuyo exclusivo refrendaje-dice sin que la aplaudamos- “restringe el objeto-texto a la categoría de pura facticidad”, pues “su auténtica significación” “dentro de la civilización occidental escapa a los criterios de la filología o ciencia de la literatura”. Como estilo literario el de Macedonio es torpe, escribe Flammersfeld, con lo que ya no nos quedan dudas para ubicarlo en la grilla de lo malo bioyborgeano (con ese exacto adjetivo Bioy designa a sus enemistades de nuestras letras en su “*Diario*”). Pero al ser el mismo acto escribir que pensar “no puede ser abarcado por el concepto literario de estilo”; proposición que parece haber apuntado Germán García al entender que era el concepto bartésiano de “estilo” el que cabía en el sobretodo de Fernández. Pero este otro y paradójico “estilo”- con ecos del viejo “inc.”- induce a un criticismo patográfico bien que mezclado y sincrético (de “bricolage”, diría su autor), que por ahora tampoco interesa, menos aun en la medida en que se supone que conduce a la impugnación del objeto “Macedonio” como objeto filosófico.

Se dice que no hay sujeto de la ciencia, lo que sería decir que la ciencia no puede ser estilística. El efecto de la academia, de su legalidad su coacción y sus charreteras, sobre la filosofía, es el de borrar las marcas y dactilares huellas del estilo. Pero lo que viene pasando como “filosofía”, si no desde siempre por lo menos en las últimas décadas, al contrario de ocultar su hilacha estilística siguiendo la impersonalidad y universalidad del texto científico, la deja “a la vista”. Bien que aguando todo lo posible el “culto de la personalidad” (horror de los profesores) en un “universo discursivo” nacional, es después de todo, aunque fuere en colectivo, la sombra del estilo lo que hace reconocibles una filosofía francesa, una filosofía alemana, etc. La pasión por el murmullo anónimo es un fervor rioplatense que encuentra en nuestros frugales, sosos y curriculantes banquetes su acmé.

Germán García lo eximió de la normalidad⁴⁸. Como no podía ser de otro modo - por una cuestión de que el todo contiene a la parte -, Francisco Romero lo eximió, asimismo, de la “normalidad filosófica”.

⁴⁸ La denuncia de G. García se parece bastante a la prolongación en los 70 de ese reverso, de ese otro de Macedonio, el positivismo argentino. ¿No quiere renormalizar al lector macedoniano? “Yo no doy personajes locos, doy lectura loca”. No, tampoco ¡El loco es él! En el giro copernicano que este autor emprende respecto de la crítica macedoniana, lo “raro”, lo “insólito”, está al límite de ser juzgado por el Tribunal Mundial del Neurótico: “¡esquizofrenia!”, traición freudiana. Al final un Freud leído por Macedonio es devuelto en un Macedonio leído por Freud. En definitiva, el texto de Germán García puede estar al borde de ser la “Terapéutica” que Macedonio no tuvo y espantó de sí: hacerle escribir la Novela que jamás iba a escribir: la Novela Familiar. Codear fuera a Macedonio - y de carambola a Schopenhauer - para unir en el fondo a Freud con James. Freud también - pero preventivamente- había codeado a Schopenhauer, en el pánico temor de que el “mayor metafísico” fuera en efecto el inventor primero del psicoanálisis -. Desvivirse de Macedonio; es decir, la vida estaba en él. Rara reversión... Igual el texto freudiano, una escritura de poca red también perforada por la experiencia y la teoría, es también una metafísica haciéndose y deshaciéndose, maltrecha, enturbiada, pero hartó más reticente para con sus precursores, menos modesta, más “adanista” aun, claro que del otro lado del saber respecto del tolemeico abogado, del lado de la “afrenta al narcisismo” y su famoso yiro y con una tendencia a apelar a la “literatura” en versión acostada, del otro lado sobre la horizontal de los divanes. “*La Ciudad Ausente*” de Piglia parece que boceta una resistencia tardía al libro de G. García; devuelve un Macedonio con sexo y con máquinas; casi deleziano. Hay en la literatura una literatura de la literatura, y la “crítica” suele y puede ser una literatura de la literatura. En este caso la “ficción” se devuelve como crítica de la crítica. Renunciar, de todos modos, queridos e idiotizados colegas críticos futuros, a una discusión o diálogo con el libro de Germán García es una linda tentación, uno de cuyos desenlaces es apostar por una versión de la *cosa* demasiado liviana y amiga de todos, consensual, que es lo que se ve por estas fechas. Es conveniente embroncarse con su “setentismo”, no porque ya no se

El tema del juicio de valor aplicable a la filosofía argentina o la filosofía en la Argentina desde el siglo XIX se atasca en un par de disyuntivas: si una filosofía para la acción o una filosofía para el claustro, y si una filosofía profesoral o una filosofía precipitista precaria e improvisada sobre la marcha. Los narradores de su monótona y mansa peripecia histórica tenían quizá por afán salvador encontrar la perla de la “originalidad” local bajo la lejana impulsión alberdiana de “lograr una filosofía”; pero parecen haber estado condenados a desilusión por lo presuntamente impresentable de los conatos cuentapropistas donde es esperable esa originalidad, casi tanto cuanto por el mimetismo copista de los filósofos de carrera. La precariedad de la vida cívica y política desimonónica hizo hacer esperar hasta el siguiente siglo la aparición de los “fundadores”, que para Romero, no obstante, son “los que filosofan por su cuenta”. Lo que hace fatal cortocircuito a la fecha es la fuerte dificultad de hacer coincidir a la “normalidad filosófica” con “los que filosofan por su cuenta”.

“Hasta el año 1930 la filosofía no había logrado muchos ecos fuera de los recintos académicos” escribe Romero en 1960 en la publicación de “*La Nación*” del sesquicentenario de la patria. Macedonio publicaba “*Vigilia*” en el 28 y en el 29 Korn fundaba la “Sociedad Kantiana” que daría comienzo a entender de Romero a la era santa de la “normalidad filosófica” de marras. Paralelamente al momento genético de esta silente gesta de búhos del Plata se da la última “fase” macedoniana, el retiro itinerante en las pensiones tras haber terminado la era del inocente fervor de la vanguardia. A la distancia - antisocial y anticantiano -, Macedonio continuará maquinando las ultimaciones de su “Metafísica” sin saber que estaba “fundando” un modo nuevo de operar sobre el *corpus* filosófico por aquí, y que habrá que llamar, por contraste y de puro renegados que somos, la *anormalidad filosófica* en la Argentina⁴⁹.

piense así - eso es impunemente falso - , sino porque ya no se publica así, que es otra cosa. La crítica de García tiene - por la inversa - lo que abunda también en el texto macedoniano - : profundidad, no profundidad-Sabato, mórbida profundidad digamos “deleziana”.

⁴⁹ AUTOR QUE INSISTE: Patografía filosófica o filosofía anormal; si hay la linde es difícil determinarla. ¿Puede el Lector Salteado ser filósofo? Nunca han existido los sistemas. Siempre fueron una ilusión. El único sistema se llama “A es A” y no tiene autor ni dueño. La carencia de un sistema filosófico es lo que hace de Macedonio un filósofo contemporáneo, vigente ahora pero inactual para su época, la imposibilidad- con necesidad incluida - de un sistema filosófico es lo que hace de Macedonio el nombre de pila de la filosofía argentina. Nuestro contrato de locación de este bien septentrional lleva esa rúbrica subscripta: Macedonio Fernández.

Dos aportes teóricos de un vecino mío:

SUBROGACIÓN EMPÍRICO-FENOMÉNICA DE LA MUERTE

Lo que un primer Macedonio demuestra, me parece, pero mostrativamente en su criticismo deíctico-topológico, es la infacticidad de la muerte, en su irreferibilidad y su inubicabilidad. La muerte tiene una existencia *de jure* propia del realismo, pero cuya facticidad no es otra que una afección de miedo y un paralelo acto mentativo. De hecho la muerte no está; salvo un nombre, salvo un miedo. ¿No es el Inexistencialismo, con su sempiternidad mística, la coherencia que le faltaba al positivismo? Toda metafísica es mortuoria. Así, el positivismo, tal como lo entendían los positivistas, era una escatología para este Macedonio. Como narra Foucault, acaece en el humanismo, la duplicidad de lo crítico y lo escatológico. La ciencia empírica no puede admitir la muerte, sino la corrupción de un cuerpo que calla y se detiene. El imperativo de Macedonio, en este sentido, viene a cumplir un rol redentor, el rol de un Cristo para incrédulos ostensible en su “Evangelio del No-Creer”: disipar la mortalidad que ha dejado como remanente el pecado adánico (tarea de las religiones y hasta de las filosofías). La Esquizofrenización de la Muerte - menta Deleuze - revivifica ahorrándose la resurrección. Regreso inmanente (empírico, fáctico, verificable) a lo infinito. Ocupar el vacío dejado tras la defunción divina, la muerte.

(Tragedia dirá: pero con otro vacío.)

Pero se sale de la subrogación empírico-fenomenica cuando argumenta sobre la prueba de Pasión: que la destrucción del mi-cuerpo no afecta a la eternidad concienical individual. ¿Es que acaso creyó probada una Pasión sin Cuerpo? ¿Hay una destrucción del mi-cuerpo previa a la muerte? ¿Dónde la muerte? Si la Muerte no tiene donde es porque no tiene Ahora, y la Pasión es un ahora permanente. No puedo morir; la muerte es imposible. La vida es continua, no hay no-vida. O, propiamente para Macedonio, lo que no hay es No-Afección (como no puede haber un Dormir-Sin-Sonar). Lo que se llama “Muerte”-de-un-Otro es su desaparecimiento, su ocultación, su no estar, o el no estar de lo que no es su cuerpo, que puede estar presente como materialidad cósmica. Es una Ausencia y es Posible, y es como concepto (a verificar permanentemente pero improbable sin alegación de ubicuidad): Ausencia-De-Todo-Lugar-En-Todo-Tiempo. Como Macedonio acepta esta Toda ausencia como “Muerte”, acepta la identidad de ella o Muerte-de-Otro (Posible) con la Mi-Muerte (Imposible) o No-Poder-No-Estar (su mejor enunciación ayoica es: No-Poder-No-Haber), que por lo tanto devendría, como en el concepto vulgar-cósico-mortalista, otreddada, como Ausencia (-Apropiada) o Poder-Morir; pero como No-Hay un Poder-No-Haber o Poder-No-Ser, esa Toda ausencia (Posible-Pensada) y la Mi-Muerte como espejo de Ella (especulación) tornan Posibles-“Muertes”-En-El-Mundo (Este-Mundo) con ser empero Muerte Imposible. Macedonio del empirismo-fenomenico da el paso al transmigracionismo. Porque la Muerte-De-Ella no es la Muerte-De-Otro o Toda ausencia sino Mi-Muerte(-Imposible) o No-Poder-Estar-Muerto en virtud de la “Traslación del Yo”. Nada menos Solipsista. Ella no Pudo-Morir; pudo Irse-De-Este-Mundo del que puedo irme (o podré irme) en razón de no ser Esta-Muerte (Muerte Mundana o Estemundana) Muerte sino “Muerte”.

PORQUE-SÍ Y PARA-NADA: UNA CONTINUACIÓN DE MACEDONIO COSMOLOGÍA DE FACTO: LA DICTADURA DEL MUNDO

El *a quo* de Metafísica es la pregunta por el origen. ¿Por qué hay Mundo? ¿Cómo se dio? Es un duelo entre la Metafísica y el Pragmatismo. Todo porqué - dice - supone a la acción. Está pues en el terreno del Pragmatismo. La Metafísica llega a la conclusión de que nada es demostrable, sino tautológico. Toda respuesta es pragmática: relativa a la acción, y tautológica: se explica por sí misma, o mejor, es un capricho ontológico. La ciencia - dice - explica Cómo. Pero: ¿Por qué explica cómo?

¿Por qué hay Ciencia? La totalidad de los discursos se reducirían a dos formas: 1- Un Cómo de los Porqués y 2- Un Porqué de los Cómo. Hay cuatro parcelamientos posibles, entonces: a- Una Práctica, b- Una Ciencia, c- Una Ciencia de la Acción, del Hombre, y d- Una Humanística - una Filosofía - de la Ciencia. Todo lo que se ha dicho está aquí. Toda la disparidad del saber contemporáneo cabe en esto. Toda pregunta cosmológica (¿Por qué hay Mundo? por ejemplo) importa una argumentación pragmática. Es tautológica porque implica a su sujeto, porque el objeto no puede ser desprendido de su sujeto, porque siempre está el hombre y su acción. El campo humano es el campo de la pregunta y la respuesta. Responder a un preguntar es la imposibilidad de salir del Hombre, del pragmatismo. Hay una sola respuesta cosmológica: Porque-Sí. La Ciencia no dice por qué la tierra gira alrededor del sol, por qué los perros ladran, las flores se cierran de noche. No dice por qué hay Mundo: dice cómo lo hay. El *Big Bang* es del orden del Cómo. Responde a *Cómo se dio*. También Edipo, Falo y Castración explican *Cómo se dio*. El Universo existe porque sí. Porque-Sí es el único modo de la Cosmología No-Pragmática. Se trata de una Ontología de Facto. Inetiológica: Hay Ser Porque-Sí. Hay Mundo porque sí. Decir por qué hay Mundo es ser Dios: el centro del Mundo, el Creador del Mundo. Y Macedonio dice que se puede vivir sin ser Dios: el estado místico. La Mística es también un porque-sí. Es un hecho al que la Metafísica ha querido legalizar; es decir humanizar. Lo *Autoexistente-Increado* es lo que no tiene Porqué ni Para-qué. El Mundo es caprichoso: no tiene porqué. Darle un Porqué es inventar al Dios-Hombre, la metafísica tradicional. Darle un para-qué, darle un sentido, es pragmatizarlo, es humanizarlo, es inventar el Hombre-Dios. Y la Mística es asimismo el cese del para-qué. La Mística es Porque-sí y Para-Nada. Y a su vez la Metafísica sólo puede decir "Porque-Sí" y "Para-Nada". En el lugar del Porqué sólo es posible la Ciencia; pero dice Cómo. En el lugar del Para: el Pragmatismo. El Pragmatismo es teleológico y la Ciencia instrumental. El Cómo es un medio, el Para un fin. No hay forma de escapar al Medio-Fin. La dialéctica del Hombre y la Naturaleza está en el Cómo del Para y en el Para del Cómo. También la dialéctica entre el Yo y el Otro. Sólo el Amor, el Estado Místico, supera la escisión porque borra la Otredad de la Naturaleza, cesa la Soledad del Para, porque el Otro no es Para-Mí pues no es Otro, es un Fin. Soy Yo.

La Ciencia no explica Porqué hay Mundo ni Porqué hay Cada Cosa del Mundo. Explica cómo son, cómo se hacen, lo que supone la imbricación de la Teoría y la Técnica, pues el Ser y el Hacer están en el Decir y la Acción. En Cómo Se Hacen está el Cómo Hacerlas. La Dialéctica del Hombre y la Naturaleza es la Dialéctica del Cómo y el Para. Dialéctica de Medios y Fines en la que el Hombre como Medio se naturaliza en cuanto puede explicarse Cómo-Es. La desaparición del Dios-Hombre es la desaparición del Porqué, y lo que queda como saldo es la Dialéctica del Cómo y el Para.

Que No Falte una Página en Blanco: la “Bibliografía Consultada”

El profesor Fernández Barrios desapareció dejando a deudos y vecinos una feliz página en blanco: la de la Bibliografía Consultada, ya escrita además por tantos hagiógrafos podidos y que debiera faltar, siquiera por respeto, en todo ejercicio de escritura dedicado a M.F. Además de la Bibliografía Completa de aquella Incompleta Falta de Obra – que el señor Lector podrá ubicar en cualquier parte - , de ella y de su prolongación borgeana – aunque no hay constancia de que el Autor haya leído nada ni siquiera bien - que son la probable delirante y permanente interlocución sordomuda que inunda este texto y la damos por citada, no citamos la siguiente, Bibliografía Sobre Otra Cosa, quizá ni ojeada y que la hay tan abundante. A pedido de la falta de público íbamos a dar una tentativa, pero mejor no: la enviaremos por correo póstumo a quien nos logre ubicar. Todo está en todas partes, que el Lector lea, o no; pero que se haga cargo. Es gratis.

“El hombre que se ubicó en el vacío para vivir se abanicaba sin embargo”

Al Lector Salteado

